

MANUEL LOUREIRO

APCALIPSIS

Z





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

¿Qué sucedería si un día al levantarse descubriese que la civilización se está cayendo en pedazos? Eso es lo que le sucede al protagonista de Apocalipsis Z, un joven abogado que lleva una vida tranquila y rutinaria en una pequeña ciudad española de provincias, hasta que un oscuro incidente médico en un remoto país del Cáucaso tiene lugar. Paulatinamente lo que tan solo era una pequeña noticia breve en los periódicos se transforma en una epidemia de proporciones devastadoras que amenaza con aniquilar a toda la humanidad. A medida que la enfermedad se acerca devorando país tras país, el caos comienza a cundir en España.

L  LIBROS

Manel Loureiro

Apocalipsis Z
Apocalipsis Z - 01

30 December 2005 @ 13:15 hrs

Viernes, 30 De Diciembre: Día 1

Hoy va a ser un día de locos. Esta mañana cuando me he levantado llovía copiosamente, y lo seguía haciendo mientras me preparaba una taza de café.

Con el sonido de las noticias de la radio de fondo me he pegado una ducha.

Siempre lo mismo. Que si España se rompe, que si no se rompe, que si esto, que si aquello... Yo hoy tengo una reunión que puede suponer la diferencia entre que los próximos seis meses pueda vivir como un marqués, o me vea obligado a estar peleándome con unos accionistas que no tienen ni idea de lo que realmente les conviene. Es su dinero, no el mío, lo sé, pero si la fusión se lleva a cabo, mis honorarios me permitirían tomarme los próximos meses con mucha más calma. Necesito descansar, coger mi Zodiac e irme a hacer un poco de submarinismo en la Ria...

Mientras bebía la taza de café he estado mirando por la ventana que da al jardín. Esta casa fue un acierto desde un principio, aunque no puedo evitar que, de momento, muchas cosas aún me recuerden a ella. Fue ella quien la eligió, quien decidió como decorarla, quien... Bueno eso ahora da igual.

El jardín esta verde, húmedo, frondoso, descuidado. Lleva lloviendo sobre Galicia desde hace tres semanas sin parar, y la humedad se cuela por todas partes. Dentro de poco tendré que cortar el césped y limpiar las tapias del jardín. Eso también fue una decisión suya, que la casa tuviera esos altos muros de piedra a su alrededor y por los que ahora chorrean regueros de agua. Necesitamos privacidad, decía... Ahora que no está, a mi me da la sensación de estar viviendo en una fortaleza.

Me he ajustado la corbata, agarrado el maletín y apagado la radio. El locutor estaba comentando la explosiva situación en una de esas ex-repúblicas Soviéticas del Cáucaso con un nombre acabado en -an. Por lo visto, un grupo de rebeldes estaba asaltando instalaciones militares donde estaban acantonadas tropas rusas, o algo por el estilo.

Demasiada sangre. Apagué la radio y ahora voy a hacer lo mismo con el PC. Continuaré el diario por la noche... ¡¡Ahí vamos!!

03 January 2006 @ 13:15 hrs.

Resaca De Fiesta

Han pasado unos días desde que actualicé mi diario por última vez. ¡¡La reunión con los de la empresa ha ido genial!! Creo que este año me voy a poder permitir unas buenas vacaciones tan solo con lo que he ganado en el último mes.

En fin de año fui a cenar a casa de mis padres, cerca de Pontevedra. Hace unos años que se mudaron allí, ahora que no tienen que trabajar. Allí estaban mis padres, mis tíos y mi hermana y su novio, recién llegados de Barcelona, donde trabajan. Ella es abogada, al igual que yo, aunque nos movemos en ramas distintas. Parece estar muy integrada en la vida catalana, ahora que reside allí desde hace años. Yo, sin embargo, siempre he preferido Galicia...

Durante la cena comentamos la gran noticia de estos días en la prensa, el nuevo conflicto que tienen los rusos en el Cáucaso. Por lo visto, un grupo de guerrilleros islámicos de... ¿Daguestán?? Han asaltado unas antiguas bases soviéticas que aún están bajo control ruso en esa República. Mi hermana opina que seguramente trataban de conseguir algún tipo de material nuclear.

Espero que no. Lo único que nos faltaba era otro 11-M pero con bombas nucleares...

Las pocas imágenes que se han visto son muy confusas. Por lo visto las instalaciones asaltadas eran de carácter supersecreto y las autoridades no permiten tomar imágenes, así que los corresponsales se ven obligados a hacer sus comentarios con imágenes de recurso y planos desde la terraza de un hotel.

Se habla de que hay centenares de muertos y Putin ha decretado el estado de alarma en todo el territorio ruso. Las imágenes de soldados y tanques ocupando las calles resultan un poco escalofriantes... Seguramente temen que haya más atentados o asaltos por el país. Me alegro de no estar allí.

03 January 2006 @ 19:03 hrs.

Día 3

Estoy viendo la televisión. En Tele 5 han interrumpido la emisión para ofrecer en directo como la Federación Rusa está cerrando todas sus fronteras. Todos los vuelos de y hacia Rusia han sido suspendidos y un cohete Soyuz que iba a ser lanzado al espacio ha sido aplazado « Sine Die » . En CNN+ comentan que este cierre puede ser bien porque la situación en Daguestán se les está yendo de las manos o porque Putin desea reforzar su poder. Un sesudo tertuliano afirma que no hay motivos de alarma, que todo es una maniobra política... No sé que pensar.

Se me ha vuelto a ir la corriente eléctrica a primera hora de la tarde. Ya no aguanto más los puñeteros fallos de FENOSA. ¡¡Parece mentira que viva en una urbanización a sólo dos kilómetros de Pontevedra, una ciudad de 80000 habitantes!! Problemas en el trazado de las líneas de suministro, dicen. Seis meses para arreglarlo, estiman. A mí ya no me toman más el pelo. Mañana mismo voy a buscar placas fotovoltaicas para instalar en el techo y unos acumuladores. Les van a dar mucho a FENOSA y Cía...

04 January 2006 @ 10:59 hrs.

Ligeramente Inquieto

He vuelto a ver las noticias sobre Rusia esta mañana en CNN+. Por fin han emitido imágenes de lo que demonios sea que esté pasando en Daguestán. El gobierno de Putin está cerrando el país, no solo las fronteras, sino también informativamente hablando. Los corresponsales destacados en Daguestán han sido desplazados a Moscú para «garantizar su propia seguridad», según informan.

Hoy han emitido un video grabado con una cámara doméstica en el que se ve a unidades especiales del Ejército Ruso avanzando por una calle desierta de un pueblo cercano a la base asaltada, según pone el rótulo sobreimpreso. Los soldados, a los que se ve al principio de la grabación dentro de un transporte blindado son chicos muy jóvenes, con cara de estar pasando bastante miedo. Lo que más me ha llamado la atención es que cuando han saltado del blindado, se han puesto las máscaras antigás, como si temieran respirar algo nocivo. De repente se han puesto a disparar como locos contra algo o alguien y han salido por piernas de nuevo hacia el blindado. Ahí se acaba la grabación. No sé que pensar de todo esto...

En Antena 3 dicen que posiblemente las fuerzas rebeldes que asaltaron la base provenían de Chechenia e intentaban apoderarse de productos químicos o nucleares almacenados en los laboratorios allí instalados. Puto mundo de locos...

Hoy por la tarde he salido a hacer una serie de compras. Los Reyes se acercan y el Carrefour que esta a solo 3 Km de mi casa está hasta los topes de gente comprando regalos. Después de hacer temblar mi tarjeta de crédito he comprado comida en abundancia, varios garrafrones de agua de cinco litros, un par de linternas potentes y muchas, muchas pilas, por los puñeteros cortes de luz y algo de material eléctrico, sobre todo cable. Si voy a instalar paneles fotovoltaicos en el tejado, lo mejor es que esté provisto para pequeños incidentes. También he cogido una tonelada de comida para Lúculo, mi gato persa, que últimamente no me presta mucha atención.

Alguna gata del vecindario debe estar en celo y Lúculo considera que es su obligación ir a presentarle sus respetos, así que constantemente está saltando la tapia en busca de aventuras... ¡¡Y eso que la tapia mide más de 3 metros!! Lo que no se haga por una chica...

He pasado por la empresa que instala paneles solares. Me he comprado un par de BP Solar SX-170B. Salen un poco caros, en total, con instalación incluida (que será, por cierto, mañana) se va a los 2000 euros (sin contar las baterías acumuladoras), pero es de lo mejor que hay en el mercado. Cada uno de los paneles pesa unos 15 kilos, así que puedo instalarlos tranquilamente en el tejado

de mi casa sin miedo a cargar la estructura. Son de células de silicona multicristalina, así que me han garantizado una duración de las placas por 25 años. Con dos placas en el tejado puedo cargar dos series de 24 baterías acumuladoras incluso en un sitio tan poco soleado como Galicia, y en caso de corte eléctrico me pueden dar una autonomía de un montón de horas, cosa imprescindible si no quiero que la comida almacenada en los dos congeladores del sótano se estropee.

Tengo poco tiempo, normalmente, así que me gusta tener siempre la nevera bien surtida por si no puedo ir a la compra en un par de semanas. Esos congeladores son un gran invento.

En el camino de vuelta he parado en el estanco y me he cogido un par de cartones de Fortuna y un librito de Smoking, para los momentos más lúdicos. Mientras esperaba me he fijado que en la armería de enfrente, un par de cazadores estaban comprando cartuchos. Estamos en temporada de caza y este fin de semana con un festivo, va a ser muy largo para ellos.

Al llegar a casa he guardado la compra y he cortado un poco el césped mientras oía la radio. El jardín de mi casa tiene unos 30 metros cuadrados, no es muy grande, pues es poco más que un patio, pero resulta muy íntimo por las altas tapias que lo rodean. La casa, de ladrillo, está en una urbanización de 40 chalets todos iguales, alineados en filas de diez, en dos calles paralelas. El mío está situado en medio de calle 1 (aún no tiene nombre, la urbanización tiene menos de un año), con un chalet a cada lado y con otro por la parte de atrás, que da a la calle 2. Del chalet de atrás estoy separado por un pequeño patio trasero y una tapia, también de unos tres metros.

Apenas conozco a mis vecinos, ya que paso poco tiempo por aquí. Tan solo sé que enfrente vive un matrimonio de jubilados muy simpáticos, con un Pathfinder, y que a un lado vive un médico con su mujer y sus dos hijas pequeñas. El chalet del otro lado está ocupado por Alfredo, un chaval muy majo que trabaja en una constructora y vive con su novia. Yo, de momento, vivo con Lúculo, el gato más golfo y salido de toda la calle. Supongo que dentro de poco me encontraré con alguna vecina histérica en la puerta de mi casa, con una caja llena de gatitos clavados a Lúculo en los brazos exigiéndome una explicación... Tengo que hacer algo con este gato...

En la radio siguen dando noticias de Daguestán. La situación parece estar saliéndose de control. El gobierno de Putin ha decretado el bloqueo informativo y están mandando muchas tropas y mucho personal médico. Me pregunto qué demonios está pasando

05 January 2006 @ 13:54 hrs.

Día 5: Algo No Va Bien

Esta mañana han venido a instalar los paneles solares que compré ayer. Dan una potencia nominal de 170 W/HR, en condiciones óptimas de luminosidad. Teniendo dos líneas de 24 acumuladores en el sótano, eso me permite tener una autonomía de unas 8 horas de corriente eléctrica al día, más que suficiente para soportar cualquier corte de FENOSA.

He llamado a mi hermana para felicitarle los Reyes. Está en Barcelona y este fin de semana se va a casa de una amiga, en Girona. Me dice que está bien, y tras un rato de charla intrascendente, colgamos.

En televisión siguen pasando imágenes de Daguestán. Las últimas noticias (o lo poco que se sabe, dado el bloqueo informativo) es que las autoridades rusas han iniciado las tareas de evacuación de la población. Por lo visto en el asalto a las instalaciones rusas los rebeldes chechenos habrían liberado accidentalmente algún tipo de agente químico allí almacenado. En la Primera, Milá habla de Gas Sarín, como el de los atentados de Tokio, mientras en Tele 5 comentan que posiblemente sea Peróxido de Hidrógeno, que es el combustible que llevaban los cohetes intercontinentales soviéticos. Pero la verdad es que creo que nadie sepa a ciencia cierta que es lo que está pasando.

Noche de Reyes, noche de magia, yum, yum...

09 January 2006 @ 10:23 hrs.

Día 9

Algo va terriblemente mal en Rusia. Este fin de semana ha sido una constante acumulación de informaciones, comunicados, desmentidos a esos comunicados, bloqueo informativo y violencia. A cualquier hora del día, y en cualquier canal de televisión que pongas, se está haciendo referencia a los acontecimientos de Daguestán de las últimas 48 horas. Pero me estoy adelantando a los acontecimientos.

El viernes por la mañana se había decretado el cierre de todas las fronteras rusas. Ese mismo día por la tarde, la agencia Reuters dio la información de que las instalaciones asaltadas eran en realidad un laboratorio de investigación biológica y que la sustancia liberada accidentalmente era algún tipo de agente patógeno. Horas más tarde, el gobierno de Putin lo desmentía tajantemente y hablaba únicamente de una nube tóxica de fertilizantes químicos. Sin embargo el sábado por la mañana nos desayunamos con la noticia de que un equipo del CDC (Centro de Control de Enfermedades) de Atlanta había sido solicitado por Rusia para desplazarse hasta Daguestán. Ahora dicen que lo que se puede haber liberado es un brote del Virus del Nilo, un tipo de enfermedad infecciosa y bastante contagiosa.

Era endémica en Egipto, pero hace unos años un mosquito transmisor de la enfermedad se coló en un avión y por lo menos desde 1995 se han registrado casos aislados en Europa y el sur de EEUU.

La explicación parecería lógica, si no fuese por el pequeño detalle de que no hay mosquitos en las montañas del Cáucaso en pleno Febrero...

Además, el domingo las cosas parecieron salirse de control definitivamente. Tan sólo 5 horas después de haberse instalado el equipo de Atlanta, y justo cuando estaban empezando a trabajar y a atender a los intoxicados (o más bien, a los infectados), dos de sus miembros han tenido que ser evacuados de nuevo a EEUU, por lo visto tras haber sufrido algún tipo de incidente con los pacientes.

A última hora de la noche algo similar parece haber pasado con un equipo de la Organización Mundial de la Salud, que ha tenido que ser evacuado con carácter de urgencia a Ramstein (Alemania). En algunos portales de Internet se comenta que podría haber muertos entre los miembros de este equipo internacional.

De los rusos poco se sabe, ni de sus equipos médicos, si los tienen, ni de la población civil de la zona. Algunas imágenes de videoaficionado que han podido salir del país, en su mayor parte por Internet, muestran largas caravanas de gente huyendo o evacuada, algunos con mal aspecto y muchas, muchas ambulancias. También se ve a grupos de la Policía de Fronteras Rusa y del Ejército, equipados

con material de combate, que se dirigen en dirección contraria, hacia lo que ya se llama Zona Caliente.

Y esta mañana, la puntilla. El gobierno ruso ha declarado la Ley Marcial. Todos los periodistas extranjeros deben abandonar hoy el país, se suprime la libertad de reunión y prensa, y lo más curioso, han decretado un apagón de Internet en todo el país. Nada puede entrar o salir (en teoría) por la red desde Rusia.

Esta mañana ha salido el Ministro de Sanidad en la Primera. Ha dicho que el gobierno español está preparado para garantizar que no se producirían contagios de la Fiebre del Nilo en España en caso de una situación similar y que no existe ningún motivo de alarma. Por otra parte, esta mañana he oído a Bono en la SER diciendo que se va a mandar un grupo sanitario del Ejército Español y a una compañía de Zapadores a Daguestán para colaborar en el control de la situación. Ha garantizado que por supuesto no corren ningún peligro y que blablabla...

Equipos similares están siendo enviados desde Media Europa, Japón, EEUU y Australia.

Algo está pasando en Rusia. Algo gordo de verdad.

09 January 2006 @ 19:58 hrs.

Nuevas Ideas

Me he pasado toda la tarde probando los paneles solares. La potencia que generan es sorprendente, aunque no me permite tener conectados muchos electrodomésticos a la vez, ya que entonces el consumo se dispara y las baterías se agotan en un par de horas. Sin embargo, para un consumo bajo, un par de congeladores y el ordenador, por ejemplo, la autonomía aumenta hasta las quince horas, más o menos. Después, tiene un lapso de unas ocho horas en las que los acumuladores no se pueden usar porque la tensión es muy baja y podría dañar los electrodomésticos por la diferencia de voltaje. Según el fabricante, en climas muy soleados podría utilizarlo las 24 horas, pero esto es Galicia, y estamos en pleno invierno, así que supongo que no puedo tener motivos de queja. Además, no creo que nunca tenga que soportar un corte de luz de más de un par de horas, incluso en los peores temporales de invierno.

Lúculo está un poco sorprendido con el extraño sombrero que le ha salido a su casa (porque no me cabe duda que la considera SU casa, y a mí, su animal de compañía), pero creo que a pesar de todo es una inversión muy inteligente.

Esta mañana, al volver del despacho y mientras me preparaba la comida he estado escuchando la radio. El contingente español ya ha despegado desde Torrejón de Ardoz rumbo a una ciudad daguestaní llamada Buynaksk, donde se instalará su hospital de campaña. Al parecer los rusos tratan de repartir los grupos sanitarios internacionales en varios emplazamientos para evitar engorros. La región es muy atrasada y los servicios sanitarios rusos parecen estar realmente al borde del colapso. Por lo visto, en algunos de los campos de refugiados instalados en las Repúblicas vecinas se están dando nuevos casos de lo que dicen que es una variante especialmente virulenta del Virus del Nilo, aunque hay medios, como El Mundo, que hablan del Ébola. Si eso es cierto, los rusos están realmente jodidos. Nadie parece haber tenido la precaución de organizar campos de refugiados, así que estos se han repartido a los cuatro vientos en el momento en el que fueron expulsados de sus casas por el Ejército, tanto los sanos como los que no lo estén.

Lo peor es que grupos de refugiados han abandonado el país cruzando el Mar Caspio en pequeños pesqueros rumbo a Irán, con lo cual se teme que la enfermedad pueda llegar a Oriente Medio. Justo lo que les hacía falta.

Tengo que ir a hacer unas cuantas compras, sobre todo comida. También quiero coger unas cuantas cajas de antigripales y de paso, visitar a mi madre y que me dé unas cuantas recetas para comprar antibióticos. Soy muy maniático con respecto a los resfriados y como hago submarinismo los fines de semana me suelo constipar a menudo, sobre todo en invierno. Sin ir más lejos, me he pasado éste cerca de las Islas Cies probando la nueva caja estanca para la cámara de

video. Es un gustazo poder grabar las inmersiones.

09 January 2006 @ 20:40 hrs.

Más Noticias Reuters informa que tres de los médicos cooperantes de la OMS que fueron evacuados a Ramstein han fallecido. Por lo visto se trata de una fiebre hemorrágica muy virulenta que provoca desorientación y desvaríos en los afectados, con raptos de agresividad, según el parte médico facilitado. Parece que la teoría del Ébola cobra peso...

10 January 2006 @ 11:01 hrs.

Punto De Equilibrio (I)

Escribo esto en una pausa entre dos reuniones. Estoy sentado en un banco del parque que queda justo debajo del despacho donde trabajo. Dado que con la nueva ley no se puede fumar en los centros de trabajo (¡¡Ni siquiera en mi propio despacho!!), cada vez que me quiero echar un pitillo tengo que exiliarme aquí, al frío. Afortunadamente, desde este punto puedo enganchar un par de redes wi-fi, así que puedo bajarme el portátil y navegar por Internet.

Las noticias que aparecen en los distintos portales no pueden ser más confusas y casi todas ellas son preocupantes. La situación en Rusia ya parece estar totalmente fuera de control, apenas un par de semanas después del asalto checheno. La Ley Marcial parece no haber servido para nada y el caos se está extendiendo por todo el país. Como era previsible, el apagón de Internet que ordenó Putin no ha servido absolutamente de nada, ya que muchos servidores rusos están ubicados en terceros países, así que por la red sigue llegando información (de hecho, la ÚNICA información, aparte de los informes oficiales) sobre lo que está pasando allí. Muchos bloggers rusos hablan de patrullas militares en las calles, toques de queda e incluso de disparos indiscriminados. Algunas informaciones incluso citan casos de antropofagia. Supongo que eso se debe a que con el caos que se ha desatado, muchas zonas han quedado totalmente desabastecidas. Por supuesto, nada de esto está confirmado y el gobierno ruso lo desmiente absolutamente todo, comunicado tras comunicado. Según el Ministro de Defensa ruso, las revueltas son obra de extremistas musulmanes que quieren desestabilizar al gobierno. La verdad, es que la credibilidad del gobierno ruso ha caído en picado y toda la prensa internacional lo cita con muchas reservas.

Lo único seguro es que las medidas de seguridad en torno a las centrales nucleares y las bases de misiles rusas se han reforzado, según el Secretario de Defensa americano, Donald Rumsfeld, que cita fuentes de inteligencia (CIA) e imágenes de sus satélites. Por su parte, el gobierno norteamericano ha ordenado la repatriación de todos sus ciudadanos residentes en Rusia. Al parecer hay varios muertos y heridos entre ellos, ya que muchos eran cooperantes de ONG destacadas en Daguestán. Están llegando a EEUU desde esta mañana y en la CNN+ se ha podido ver la imagen de algunos de ellos bajando en camilla de los aviones, y con bastante mal aspecto.

Tropas norteamericanas están siendo retiradas de Irak para ser desplazadas a EEUU, donde se rumorea que podrían elevar el nivel de alerta terrorista a rojo. Casi todas estas tropas irán por vía aérea con escala en la base de Ramstein, en Alemania.

Última Hora: Se han dado casos del Virus del Nilo Ruso, como le llaman

ahora, en el Norte de Irán y parece ser que en Kurdistán Irakí también. Los foros de Internet están que arden y los agoreros del Fin del Mundo hacen su agosto en los blogs. No creo que sea para tanto, seguro que esto, al final, es como lo de la gripe del pollo...

10 January 2006 @ 11:43 hrs.

Punto De Equilibrio (II)

Como la gripe del pollo, decía... Como dice el anuncio, pues va ser que no. El Reino Unido acaba de anunciar que suspende la aplicación del Tratado de Schengen de libre circulación por la Unión Europea y que va a instalar controles sanitarios en sus fronteras. Otros países como Dinamarca, Suecia y Finlandia (ésta, con frontera con Rusia), planean hacer lo mismo. Está anunciada una rueda de prensa de Zapatero para hoy al mediodía, donde se supone que va a hablar sobre las medidas que va a tomar España al respecto.

En las radios están que echan humo y resulta sorprendente descubrir todo lo que saben sobre medicina los tertulianos habituales. Me ha llamado mi hermana desde Barcelona para decirme que la Generalitat se está planteando realizar una vacunación masiva de la población... ¿Vacunarlos contra qué? Nadie tiene ni puta idea y todos tratan de pescar en río revuelto... Lo de siempre.

10 January 2006 @ 12:03 hrs.

Punto De Equilibrio (III)

La base de Ramstein ha sido declarada en cuarentena, según informa Google News, en base a Agencias. Los miembros de la OMS evacuados desde Rusia parecen haber expandido la enfermedad entre el personal médico de la base militar. Todos los vuelos militares americanos están siendo desviados por terceros países.

El Ministro de Defensa, Bono, ha salido en la tele diciendo que el gobierno español ha autorizado que las naves americanas sobrevuelen territorio nacional. Puede que incluso se utilice Rota como base de apoyo.

Alguien ha colado una imagen de Ramstein en Internet. Apenas se ve nada, son solo dos personas hablando en la puerta de un barracón, pero hay algo inquietante en ellos.

11 January 2006 @ 11:48 hrs.

Punto de Ruptura

De nuevo en el banco del parque, y echando un pitillito. Sin embargo hoy hasta el más ciego se daría cuenta de que hay un ambiente distinto en la calle, algo muy sutil, pero que indudablemente ha sufrido un cambio.

Ayer al mediodía, Zapatero dio su anunciada rueda de prensa, junto con la Ministra de Sanidad, el Ministro de Interior y el Ministro de Defensa. El mensaje era básicamente «No hay motivo de alarma». Sin embargo, curiosamente el estado de alarma de la opinión pública parece estar aumentando por horas.

A ello contribuye sin ningún género de dudas las declaraciones de Rajoy y Zaplana solicitando el cierre inmediato de puertos y aeropuertos y la COPE pidiendo que el Ejército ocupe las fronteras. Y no en menor medida el hecho de que tan solo 48 horas después de haber sido desplegados han decidido traer de vuelta a los soldados desde Daguestán.

No soy fan de Losantos, pero no puedo evitar pensar que a lo mejor (sólo a lo mejor), en esta ocasión puede tener razón. La situación parece empezar a descontrolarse, pero de verdad. En Rusia, el caos se ha desatado definitivamente, por lo visto hay regiones enteras incomunicadas y fuera de control. Noticias de saqueos, pillajes y asesinatos masivos corren como la pólvora por la red. En Tele 5 emitieron ayer por la noche imágenes de un satélite francés donde se ven unos gigantescos incendios en Tbilisi, la capital de Georgia, que está a tan solo 300 kilómetros de la frontera con Daguestán. No hay comunicación con esa ciudad y no parece haber nadie luchando contra los incendios. ¿Pero qué coño les pasa? ¿Quieren abrasarse, o qué?

Ahora la OMS parece haber descartado el Virus del Nilo definitivamente y hablan de una cepa de una enfermedad muy similar al Ébola. El Ébola, según no se cansan de repetir en todos los periódicos, radios y televisiones, es una fiebre hemorrágica que afecta a humanos y primates. El Ébola, descubierto en 1976, tenía hasta hoy cuatro cepas conocidas: Ébola-Zaire, Ébola-Sudán, Ébola y Ébola-Reston (ésta última sólo afecta a los primates). El virus se extiende a través del contacto de fluidos, principalmente por sangre o saliva y tiene una tasa de mortandad de en torno a un 90%. Sin embargo hay medios que opinan que esto no puede ser Ébola, o por lo menos ninguna de las cepas conocidas. Rumores, rumores y ni una puta información correcta...

Yo creo que en el fondo nadie tiene ni puñetera idea de lo que realmente se trata y están dando palos de ciego. El gobierno suizo ha decretado la vacunación masiva de toda la población con Tamiflu, para evitar la gripe aviar. En el Reino Unido han cerrado temporalmente el Eurotúnel y los puertos, pero creen que ya puede haber casos en su territorio, traídos por los cooperantes que han evacuado

a toda leche de Daguestán (muchos venían heridos, según parece, algunos incluso por ataques de animales rabiosos). En Alemania la situación es aún peor, porque la cuarentena en Ramstein no parece haber funcionado y ya han declarado la Ley Marcial... Me pregunto cuánto tiempo nos queda en España antes de que se adopten medidas similares.

No sé muy bien que puede estar pasando en el resto del mundo, pero desde Atlanta ya hablan de una pandemia a nivel mundial. En EEUU hay sectas apocalípticas preparándose para la venida de los marcianos, o algo así... Por su parte, Bush ha anunciado que se eleva el nivel de alerta por amenaza terrorista al máximo y que van a crear un Gabinete de emergencia.

Según un experto del Ministerio de Sanidad hemos alcanzado lo que se llama el « Punto de Ruptura » en una epidemia y que ahora es inevitable una pandemia, que debería aterrizar en España en cuestión de días, si no lo ha hecho ya... Lo peor es que al haber sido esto tan rápido (tan solo dos semanas desde que empezó todo), aún no está muy claro cómo se transmite, ni cuál es el periodo de incubación, ni siquiera los síntomas... Al menos por lo que las Autoridades han hecho público.

Es por todo ello por lo que la gente está acojonada. Hoy he visto a dos personas con mascarilla por la calle. A un tipo que empezó a toser ruidosamente en un bar donde estaba ayer por la noche con Edu y Alex, le pidieron educadamente que abandonase el local. Algunas actividades públicas se han suspendido temporalmente y aquí en Galicia, la Xunta está pensando en cerrar por unas semanas las guarderías públicas, hasta que se vea bien de que va todo esto. El Gobierno aún no ha decretado ninguna medida de carácter restrictivo, pero la gente empieza a autolimitarse por miedo a un contagio desconocido. Somos como animales, encogiéndonos de miedo ante una amenaza que hace una semana era un breve en el periódico y ahora ya no sabemos lo que es...

Mi hermana me ha llamado desde Barcelona esta mañana. Me ha dicho que de momento allí el ritmo de la ciudad sigue igual, pero que también se percibe el miedo en las calles. La gente evita el metro, tras oírse rumores de que el aire caliente podría ser el medio ideal para la propagación de la enfermedad y todas las personas con aspecto de ser del Este son miradas con desconfianza. Por lo menos, me ha dicho entre risas, ahora la gente ya no está hablando a todas horas del puñetero Estatut...

He llevado a Lúculo al veterinario. Prefiero comprobar que tiene todas las vacunas en regla, por si acaso. Además, he aprovechado para pasar por la tienda de submarinismo a recoger un regulador nuevo y un arpón submarino con media docena de virotes de 50 centímetros, por si me apetece pescar algo este fin de semana. Tengo que llevar el coche a revisar el nivel de aceite, por cierto. Es un Astra de menos de un año, y no quiero que me pase como con mi anterior coche... Pero eso es una larga historia para escribir aquí y ahora.

12 January 2006 @ 13:19 hrs.

Caen Los Pájaros Del Cielo

Definitivamente, la gente empieza a ponerse nerviosa. Esta mañana la lluvia caía torrencialmente. He dejado a Lúculo bien calentito, lamiéndose los bigotes, sentado cerca de un radiador y me he subido al coche. Afortunadamente lo tenía aparcado justo enfrente de casa, porque si no, me hubiese empapado. Mientras cruzaba la ciudad camino del trabajo he observado que el número de personas que lleva mascarilla ha aumentado enormemente. A lo mejor debería conseguir una... Y por otro lado ¿habrá mascarillas para gato?

En la radio, la información no puede ser más confusa. No hay noticias de Daguestán desde hace 18 horas. Ninguna. Nada de nada. No sé que es más inquietante, las malas noticias o la total ausencia de ellas...

Incendios como el de Georgia que mostraban ayer en la tele, se repiten ahora por varias ciudades del sur de Rusia, aparentemente sin que nadie se dedique a combatirlos. La versión oficial rusa es que se trata de cremaciones masivas de cadáveres infectados por la epidemia, pero eso no se lo cree nadie. Los incendios son demasiado grandes (¡¡Se ven desde el espacio!!), y están arrasando manzanas enteras de ciudades, depósitos de combustible y puertos. No son muchos, apenas una docena, pero llama la atención que hayan empezado todos más o menos en los mismos días...

Las imágenes de Alemania son sobrecogedoras. Las autopistas están colapsadas por miles de vehículos tratando de salir de las ciudades y de dirigirse al campo, lejos de las concentraciones humanas. Sin embargo, solo un pequeño porcentaje tiene a donde dirigirse, la mayoría permanecen aún en las urbes. Aparentemente no hay pánico, pero sí que se nota a la gente preocupada. La Ley Marcial está vigente y todos aquellos que estén circulando después de las 20 horas o fuera de las Áreas de Descanso habilitadas en las carreteras, serán disparados, según la Primera Ministra Alemana... Éstos no se andan con coñas.

Sin embargo, he dejado lo más gordo para el final. La información oficial fluye a cuentagotas y es muy limitada. Hoy a las nueve de la mañana hubo una reunión de urgencia de los Presidentes de todos los países de la UE en Bruselas, junto con los Ministros de las carteras de Defensa, Sanidad e Interior respectivos.

Han estado reunidos hasta las doce de hoy, y al acabar, han dado una rueda de prensa conjunta. Y ahí han soltado la bomba. Desde este momento toda la información oficial será canalizada a través de un Gabinete de Crisis Único para toda la Unión Europea.

Este gabinete dará un parte oficial cada hora a todos los países de la Unión. Los gobiernos respectivos solo harán las puntualizaciones que consideren necesarias en materia de política interna, sanidad y seguridad. Las Fuerzas

Armadas de todos los países de la Unión han sido puestas en estado de alerta. Según aclaran, de lo que se trata es de evitar crear un estado de pánico innecesario entre la población. El Gabinete afirma que las informaciones son tan contradictorias y confusas que se está generando un estado de alarma irreal, lo cual tiene como consecuencia desplazamientos masivos de la población (se refiere a Alemania, supongo).

Me he quedado de piedra oyendo la noticia. Eso del Gabinete Único suena peligrosamente a censura ¿no? Lo peor no era eso, lo más grave resultaba ver las caras de los primeros ministros y presidentes, parecía que venían de un funeral... En Onda Cero un analista político comentaba que la cosa debe ser bastante grave, porque nada más acabar la reunión, han salido todos escopeteados hacia el aeropuerto con destino a sus respectivos países... Hay un runrun constante sobre la posibilidad de que se declare el estado de excepción en España, como en otros muchos países europeos. De momento, se han suspendido todas las competiciones deportivas de este fin de semana «por razones de prevención sanitaria» ...

En Estados Unidos han movilizado a la Guardia Nacional. Resulta alucinante ver el canal por satélite estos días. Tropas armadas paseándose por Nueva York, Chicago, Boston, etc... Están mal de la cabeza estos americanos, ¿qué van a conseguir con eso? ¿Asustar a los virus? ¿Le van a disparar a alguien o qué? Creo que están exagerando, como siempre... Hablando de EEUU, por lo visto hay enfermos en Atlanta, Houston y Los Ángeles, pero no dan más detalles ni imágenes. Allí sí que hay censura informativa. Lo único que se sabe es que los « vectores de contagio », como les llaman, han llegado en avión de Alemania o de países del Este en las últimas horas. El cierre de todos los aeropuertos americanos es inminente. Las noticias del resto del mundo son más o menos las mismas.

Aquí ya han llegado las tropas destacadas en Daguestán a Zaragoza. Por lo visto traen bastantes heridos leves e incluso se comenta que podría haber muertos, pero la información es sumamente limitada. Lo único que se sabe es que han habilitado una planta de un hospital civil de Zaragoza para atenderlos...

He llamado a mis padres. Me dicen que tienen pensado irse a la aldea de mis abuelos el próximo viernes, a pasar el fin de semana. Me parece una idea de la más de acertada. He llamado a mi hermana para ver que tal está. Me cuenta que en Barcelona han suspendido temporalmente el transporte público subterráneo y que en los autobuses sólo te dejan subir si te pones una mascarilla. He sacado un billete de avión para ir a verla este fin de semana... Espero convencerla de que se venga a tomar unas vacaciones a casa.

Noto que algo va a empezar a pasar dentro de poco y no sé lo que es. El miedo es más rápido que la pólvora... Y ya ha prendido.

12 January 2006 @ 19:28 hrs.

...Y Los Ríos Se Teñirán De Sangre

Se acaba de ir la luz. Es la primera vez en toda la semana. He llamado por teléfono a FENOSA y me han dicho que en un par de horas, a lo sumo, se reanudará el fluido.

Está lloviendo a mares y la calle está totalmente a oscuras, iluminada solo ocasionalmente por los relámpagos de la tormenta. Las tapias del patio chorrean agua, pero Lúculo y yo estamos cómodamente acomodados en el sofá del salón viendo la tele. No puedo tener muchas luces encendidas, porque sino las baterías se agotarían muy rápido, y francamente, no me apetece tener que bajar al sótano a conectar la segunda línea de acumuladores.

El Gabinete de Crisis ha empezado a emitir sus partes a las tres de la tarde, hora española. Por lo visto el responsable de la epidemia es una especie de filovirus mutado, o más de un filovirus simultáneamente, eso es algo que aún no tienen claro (en Antena 3 hablaban hace un rato del Virus de Marburgo, sea eso lo que sea). Ya hay casos confirmados en Alemania, Reino Unido, Italia, Francia, Holanda, Polonia, Grecia, Turquía... Y España, también, desde las siete de la tarde. Ha salido la Ministra de Sanidad en rueda de prensa, con unas ojeras que le llegaban a los tobillos, para anunciar que tres de los miembros del cuerpo militar desplazado a Daguestán estaban en la UVI de Zaragoza con síntomas de esta enfermedad « lo que sea » . Han emitido imágenes de ese Hospital y está rodeado por antidisturbios y Policía Militar. Joder.

Lo peor es que por lo visto los pacientes sufren una fase traumática aguda y tienen tendencias paranoides y agresivas. Ya se han dado varios casos de ataques al personal médico y más de un paciente se ha ido de los hospitales por su propio pie... Me alegro de que mi madre ya esté retirada de la Sanidad.

Por lo visto la enfermedad es altamente contagiosa, aunque aún se desconoce la vía exacta de transmisión. Un hospital de Sussex (Inglaterra) ha sido puesto en cuarentena después de que dos enfermos recorriesen las instalaciones durante casi una hora, agrediendo a cualquiera que se encontrasen por los pasillos. Esto salió en Internet hace un par de horas y todavía no ha aparecido nadie desmintiéndolo

De Daguestán no se sabe absolutamente nada desde hace 24 horas, es como si no quedase nadie allí. Desde Rusia lo último que ha salido es que Putin y su gobierno están refugiados en un búnker nuclear de la Guerra Fria y que el Ejército ocupa las calles de las principales ciudades. Ucrania ha decretado el Estado de Sitio, pero hay pueblos y ciudades de su frontera de los que no se tiene ningún tipo de noticias desde hace horas.

Un blogger ruso que vive en Moscú y que es natural de un pequeño pueblo de

Osetia del Norte dice en www.russiskaya.ru que tras llamar inútilmente a sus padres durante horas, empezó a llamar a todos los vecinos que salían en la guía telefónica. Nadie coge el teléfono. Como si allí no viviera nadie, en un pueblo de 5000 habitantes. Hace un rato alguien ha clausurado ese sitio de Internet. La censura rusa aún es implacable.

¿Qué coño está pasando? ¿Qué va a pasar? ¿Por qué no dicen nada?

13 January 2006 @ 11:10 hrs.

Viernes, 13 De Enero: Día 15

Esta mañana al salir de la ducha he pegado un par de estornudos de campeonato. Normalmente no le daría la menor importancia, pero con la psicosis que se está extendiendo por toda España, no puedo evitar que mi lado hipocondríaco tiemble de terror ¿Habrá llegado ya la epidemia a Galicia? ¿La habré cogido y esto es el primer síntoma o es solo un resfriado común?

Mientras desayunaba, he puesto los informativos. Desde hace unos días vivo permanentemente pegado a la tele, la radio o Internet (como sospecho, hacen las tres cuartas partes de los habitantes de Europa). Supongo que todos vivimos con la esperanza de que las noticias digan que la epidemia remite, que todo se ha quedado en un gigantesco susto, pero la realidad es macabramente tozuda.

Nada desde Daguestán desde hace ya 48 horas. Por imposible que parezca, no ha salido desde allí ni una sola noticia, oficial o extraoficial desde hace dos días. Es como si los varios millones de habitantes de esa república se hubieran esfumado... O hubieran muerto todos. La zona sur del Cáucaso (Georgia, Chechenia, Osetia, Arzabayán, Armenia, etc...), está silenciosa como una tumba. Es como si no quedase nadie allí. Sus emisoras de TV y radio no emiten hace horas, y sus pocas páginas de Internet no se actualizan desde hace dos días. Los refugiados que estén saliendo de esos países hacia Rusia, Irán y Turquía están siendo internados en grandes «Zonas Seguras» como las define la prensa internacional, custodiados por el Ejército y donde son más prisioneros que refugiados. La censura en esos países es férrea.

En Europa las cosas se están complicando por momentos. En Italia, la ciudad de Cremona ha sido acordonada por el Ejército Italiano y Grupos Especiales de los Carabinieri. Nadie puede entrar o salir, excepto grupos médicos escoltados. Han declarado a toda la ciudad en cuarentena y cualquiera que pueda llegar hasta allí es obligado a dar media vuelta. En Francia han decretado el estado de excepción. Se han instalado controles de carretera en los principales nudos de comunicación y es preciso disponer de permisos especiales para circular de una provincia a otra. En Inglaterra la situación es más dramática. El Parlamento ha decretado la «Isolation Act», por la cual las fronteras quedan clausuradas hasta nueva orden. Nadie puede entrar o salir de Gran Bretaña, al menos legalmente. Tengo amigos viviendo en Londres, hay allí un montón de chavales españoles, estudiantes, etc... ¿Qué va a ser de ellos? Y la epidemia parece estar fuera de control en Gales y zonas del sur de Essex, según la Página Web del Herald Tribune, que habla de disturbios y saqueos.

En Alemania, la situación en algunos Lander es confusa. En la zona Norte y en la frontera con Polonia han militarizado la sanidad, los transportes, las

comunicaciones y el control y gestión de las centrales nucleares. En Japón se han producido una serie de suicidios masivos y las denuncias de asesinatos y desapariciones están marcando un récord en el país. Es como si su sociedad se estuviera derrumbando...

En EEUU, la situación es distinta, según escuches las intervenciones de Condolezza Rice, veas la CNN o la Fox News por satélite. Es un país enorme, donde hay zonas que parecen llevar una vida normal y otras donde da la sensación de que la locura se ha desatado. El gobierno asegura tener todo bajo control, pero ver la Quinta Avenida de Nueva York cortada por camiones militares no me parece « tener todo bajo control » . La CNN informa también de disturbios, asesinatos y una ola de secuestros y desapariciones por todo el país... Parece como si se estuviera incubando una revolución, o algo por el estilo. Precisamente por eso, desde esta mañana se están replegando las tropas americanas de Irak Todas. Lo que hace unas semanas hubiese generado ríos de tinta ahora no merece más que una breve reseña en las páginas interiores de los periódicos. Las cosas han cambiado mucho las dos últimas semanas...

Aquí en España, dejando aparte Zaragoza, ahora en cuarentena, los cambios son pequeños, sutiles, pero son claramente perceptibles. Las iglesias están de bote en bote. Los supermercados empiezan a estar desabastecidos de ciertos productos, sobre todo aquellos de importación y los que caducan rápido. Las fábricas de coches han paralizado sus líneas por desabastecimiento de piezas que vienen desde el extranjero. Hoy por la mañana cuando salía he visto a mis vecinos de enfrente, los jubilados del Pathfinder, cargando un montón de maletas en el todoterreno. Me han comentado que se van unos días a un pequeño pueblo del interior de Orense « hasta que las cosas se tranquilicen un poco » .

He dejado a Lúculo encerrado dentro de casa, para que no deje preñada a media población de gatas de la zona y después, me he dirigido en coche hacia el despacho. Las calles están extrañamente desiertas y la gente va deprisa, sin pararse a hablar, con aire furtivo. La inmensa mayoría lleva una mascarilla quirúrgica puesta. Al llegar al despacho, nuestra secretaria me ha tendido una a mí. Órdenes del jefe, ha dicho. Así que aquí estoy, sentado en mi despacho y atendiendo a mis clientes con una mascarilla de papel puesta, como si fuera un cirujano. Me siento un gilipollas con ella puesta. Joder, ¿qué está pasando?

13 January 2006 @ 19:34 hrs.

ENTRADA 16

Escribo esto sentado en la sala de espera de fumadores del aeropuerto de Santiago de Compostela. Dentro de media hora mi vuelo sale hacia Barcelona, de donde espero traermelo de vuelta a mi hermana. La situación, lamentablemente, sigue deteriorándose por horas. Nuevos casos de la epidemia se han registrado en Toledo y Madrid. Se da la casualidad que en Toledo tiene su base la unidad del Ejército que acaba de volver de Daguestán y en Madrid están (o estaban) ingresados los casos más graves de los heridos de ésta, en el Hospital Doce de Octubre. La relación parece clara, no hace falta ser un lince para darse cuenta donde están los « Vectores de Infección » de la epidemia, como les llaman en la tele.

En Zaragoza, el gobierno ha decretado el toque de queda en toda la ciudad, a partir de las ocho de la tarde y hasta las ocho de la mañana. Hoy al mediodía he visto en Cuatro como los camiones de las brigadas de limpieza, junto con los bomberos y camiones cuba del Ejército baldeaban las calles de Zaragoza con unas sustancias desinfectantes llamadas Gludex y Jabogerm. Dicen que toda la ciudad huele como un hospital.

Precisamente, el Hospital Miguel Servet, en plena ciudad, está completamente acordonado. Según Europa Press, hace dos horas entraron grupos de GEOS fuertemente armados en las instalaciones. Los disparos fueron perfectamente audibles en gran parte de la ciudad. No se sabe si hay muertos o heridos, dado que el « Gabinete de Crisis » no dice ni mu, aparte de recomendar el uso de mascarillas quirúrgicas a toda la población. En Internet, hay (mejor dicho, había) un blog <http://historiasdeunaenfermera.blogalia.com>. Es de una enfermera que curra en el Servet y que contaba que había pacientes delirantes deambulando por el pasillo e incluso afirmaba que unos guardias de seguridad y unos médicos habían sido atacados en la morgue. El tráfico de visitas ha sido tan brutal que el ancho de banda ha petado a las pocas horas y ahora el mensaje es « la bitácora no existe ». Los amantes de la conspiración hablan de censura. Yo no creo que ese blog sea real. Seguro que es un fake, para asustar al personal. Al menos, quiero creer eso... Pero las ansias de saber de la gente son enormes y los rumores corren sin cesar. Hay quien afirma que son radiaciones nucleares, otros que es la Peste Negra, otros que es una nube tóxica gigante de una refinería rusa y no falta quien afirma que es una maniobra de la OPEP para subir el precio del petróleo.

Sea lo que sea, el miedo está a punto de dejar paso al pánico. Resulta aterrador ver el aeropuerto lleno de patrullas de la Guardia Civil armados con metralletas, y con guantes y máscaras. He visto como a un tipo que se ponía a

toser de manera aparatosa se lo han llevado rápidamente entre cuatro amables pero firmes agentes hacia una ambulancia. Sus protestas no le han valido de nada. Después de eso, no he podido evitar volver a pensar que llevo medio día estornudando con un resfriado y desde entonces no hago más que contenerme...

He llamado a mi hermana hace un momento. Va a venir a buscarme al aeropuerto, ya que el metro hasta el aeropuerto ha sido suspendido y los transportes de superficie han sido desplazados al centro de la ciudad como refuerzo. Según ella, coger un taxi estos días es una proeza.

He dejado a Lúculo con Alfredo, el chico de la constructora que vive en el adosado de al lado. Lúculo me ha mirado con una expresión ultrajada cuando lo he dejado en un hogar ajeno, pero espero que no me lo tenga en cuenta. Tan solo es un fin de semana.

Están dando la última llamada a mi vuelo. Espero que todo vaya bien.

15 January 2006 @ 18:03 hrs.

ENTRADA 17: Punto De Ebullición (I)

Las últimas 48 horas han sido una odisea. No puedo entender como las cosas han llegado a este punto. No soy ningún cobarde, pero tengo miedo. Mucho miedo. Da la sensación de que el planeta entero está descarrilando y no hay nadie que sea capaz de encontrar la palanca de freno. Estoy aturrido, confuso, cansado y ahora mismo me estoy preguntando que demonios vamos a hacer. Pero, una vez más, estoy adelantando acontecimientos.

El vuelo hacia Barcelona el viernes fue tranquilo, sin sobresaltos. Un vuelo rutinario, dejando a un lado a las azafatas con guantes quirúrgicos repartiendo mascarillas a todos los pasajeros. El avión iba medio vacío, algo casi impensable en una víspera de fin de semana. Lo que no podía saber era que en los escasos tres cuartos de hora del trayecto estaban teniendo lugar auténticos terremotos sociales en España. Cuando aterrizamos en El Prat fuimos retenidos en el avión durante casi una hora y media. Alguien decidió apagar el aire acondicionado y pronto la temperatura dentro del aparato se volvió sofocante. Los pocos pasajeros empezaban a ponerse nerviosos y a murmurar. El hecho de llevar una mascarilla de papel delante de la boca no contribuía precisamente a calmar los ánimos.

Por fin, nos han dejado bajar, pero no por un finger, sino que a pie de pista nos ha venido a recoger un pequeño microbús eléctrico que nos ha llevado a una sala de la Terminal. Allí nos han informado de que mientras volábamos, el Gobierno ha decretado el « Estado de Excepción » . Todos los vuelos nacionales e internacionales serán cancelados dentro de 24 horas y sólo a aquellos que ya tenemos sacado un billete se nos permitirá embarcarnos en dirección a nuestros lugares habituales de residencia. Así pues, mi proyectado fin de semana en Barcelona se ve reducido forzosamente a 24 horas y lo que es peor, no se si podré conseguir un billete de avión para mi hermana.

La Terminal de Barcelona es un maremagnum de gente, aunque por el momento se conserva la calma. La presencia de seguridad aquí es más acusada y por primera vez en mi vida he visto a tropas militares patrullando por una instalación civil en uniforme completo de combate. Impresiona.

Mi hermana y su novio me estaban esperando en la puerta de la Terminal B1. Me alegré mucho de verla. Es cinco años más joven que yo (tiene 25), y al igual que yo, decidió hacerse abogada. Vive en Barcelona desde hace 2 años y ya está completamente instalada en la ciudad. Cuando mi mujer se mató en un accidente de tráfico hace dos años, fue ella mi paño de lágrimas. También fue ella quien a los pocos meses me regaló una pequeña bola de pelo naranja llamada Lúculo que me permitió salir del agujero donde me estaba metiendo. Historias pasadas...

Mientras nos dirigíamos en coche hacia Barcelona me han ido poniendo al día. El Rey ha salido en Televisión, vestido con uniforme militar, al igual que en el 23-F, para leer un comunicado. Las tropas militares de toda España han sido puestas en estado de alerta máxima y se van a cerrar las fronteras, puertos y aeropuertos en el plazo de 24 horas. Las vallas de Ceuta y Melilla han sido electrificadas. Se han producido brotes de la epidemia en Cartagena, Cádiz y Ferrol. Eso está a menos de 150 kilómetros de mi casa... Me pregunto como es posible que hayan llegado los brotes allí. Lo más curioso es el hermetismo oficial en torno a la enfermedad. No se han hecho públicos cuales son los síntomas, ni el periodo de incubación, ni la tasa de mortandad... Nada de nada. Lo único que se sabe es que es muy contagiosa, muy letal y que está avanzando.

Los brotes de Zaragoza, Toledo y Madrid siguen sin controlarse, y en Zaragoza han empezado a evacuar a los vecinos que vivan en un radio de menos de un kilómetro en torno al Hospital Miguel Servet.

Al llegar a casa de mi hermana, en Gracia, me he pegado una ducha. He puesto la radio mientras tanto, para escuchar las noticias (parece que estos días nadie puede vivir alejado de un transistor o una pantalla). La OMS dará una rueda de prensa sobre la enfermedad el lunes. En Barcelona, la Policía Autonómica ha practicado detenciones preventivas de extranjeros sospechosos. La Generalitat ordenó análisis de sangre generalizados, pero los han tenido que suspender a las pocas horas. Los laboratorios clínicos no dan abasto con el trabajo.

Roger, el novio de mi hermana, me ha contado que el otro día estaba en una parada de bus y vio una pelea entre un inmigrante muy alterado y una panda de skins. Cuando llegó la policía empezó a meter a todo el mundo en furgones y a llevárselos sabe Dios a dónde. Él, afortunadamente, se pudo escaquear.

Íbamos a salir a cenar fuera, pero la situación no parece la mejor del mundo y preferimos quedarnos en casa, cenando delante de la tele. Roger y mi hermana me han dejado muy claro que ellos no se vienen a Galicia. Los padres de Roger tienen una masía en la provincia de Tarragona y piensan irse allí el fin de semana que viene y « hasta que todo esto se acabe » . Ya han pedido días libres en el trabajo, aunque me da la sensación que eso, dentro de poco, va a ser lo de menos. Me han invitado a irme con ellos, y mi hermana, como quien no quiere la cosa me ha informado de que cierta amiga suya estaría encantada de verme por allí. La oferta es tentadora, pero he dejado a Lúculo solo, tengo que ir a trabajar el lunes y además, me da la sensación de que si me quedo no podré volver a Galicia en mucho tiempo.

Justo cuando estábamos hablando han interrumpido la emisión. Matías Prats ha salido muy serio, informando que hace 15 minutos se ha registrado una explosión termonuclear en Shangai. No ha sido un accidente ni un atentado, ha sido el propio gobierno chino el que ha borrado la ciudad del mapa. Nos hemos

quedado de piedra. ¿Esa es la manera de hacer frente a una enfermedad? ¿Toda la ciudad? Dios santo, eso deben ser millones de personas...

En Alemania han decidido paralizar todas las centrales nucleares. No se puede garantizar el mantenimiento de las centrales porque los trabajadores, directamente, no se están presentando en sus puestos. Medidas similares se están adoptando en EEUU, Francia, Italia, Inglaterra y también al parecer, España.

De Rusia no se sabe nada desde hace horas. Las televisiones rusas han sido clausuradas por el Ejército y finalmente parecen haber conseguido cerrar el grifo de Internet de alguna manera, pues muchos bloggers, muy activos hasta hoy, no dan señales de vida. Según Reuters, grandes zonas del país están a oscuras, sin suministro eléctrico. Puede que esa sea la razón... Espero que hayan tenido la precaución de desconectar sus plantas nucleares. Lo único que nos hacía falta ahora es otro Chernóbil...

Noticias de la plaga parecen repetirse por todos los rincones del planeta. La epidemia ya es global.

En EEUU hay noticias de saqueos, asaltos, raptos y asesinatos masivos. De Europa no se sabe casi nada, porque el «Gabinete de Crisis» no suelta prenda. Lo único que hay son multitud de rumores en Internet, a cada cual más infundado y absurdo. Muchos testimonios coinciden en lo mismo: Los afectados parecen caer en un estado de confusión profundo y con una agresividad enorme. Hay informes de ataques de enfermos a otras personas por todo el mundo. Parece como si fuese una variante de la rabia, o algo así. Yo, de momento, no me creo nada.

La noche en Barcelona fue muy larga. El sonido de las ambulancias, los camiones del Ejército y de la policía recorriendo las calles no permitía dormir. Desde la ventana podía contemplar una zona de la ciudad. Las calles están desiertas, sin peatones, sin tráfico. Solo el ocasional paso de un coche patrulla, con un foco iluminando los portales rompía la soledad. Supongo que de día será distinto, cuando acabe el toque de queda, pero mientras tanto, es sobrecogedor.

15 January 2006 @ 19:11 hrs.

ENTRADA 18: Punto De Ebullición (II)

He llegado a casa. Estoy completamente agotado. El viaje de vuelta ha sido atroz, increíble. Tengo a Lúculo conmigo. Me voy a dormir. Hoy he visto como mataban a un hombre en el aeropuerto y no tengo ganas de escribir.

16 January 2006 @ 19:19 hrs.

ENTRADA 19

Ayer no fue un día fácil. Hoy tampoco lo ha sido. Cuando llegué a mi casa, ya bien entrada la noche lo hice en un estado emocional bastante roto. Todo empezó en el aeropuerto del Prat, el domingo a media tarde. La tensa tranquilidad que había visto el sábado se había transformado en histeria. Cuando llegué en taxi al aeropuerto, éste estaba absolutamente colapsado. Enormes colas de gente, gritos, empujones, niños agotados durmiendo encima de montones de maletas mientras sus padres intentaban conseguir un pasaje a donde fuera. Mi vuelo salía una hora después de que yo hubiese llegado al aeropuerto. Era uno de los últimos vuelos que iba a salir de Barcelona. Esa misma noche, por el « Estado de Excepción », El Prat iba a ser cerrado y todo aquel que quería salir en avión de Barcelona estaba en el aeropuerto. El problema era que las autoridades no permitían emitir ningún billete a nadie que no acreditase que se dirigía a su lugar de residencia habitual. Y aun así, no había suficientes billetes para todos, eso era más que evidente. Por eso, los nervios habían hecho presa en la multitud y los empujones, los gritos y las carreras eran constantes.

Como pude, me acerqué al mostrador de embarque, abriéndome paso entre un montón de gente histérica que se apelotonaba ante los mostradores. Solo cuando llegué delante de todo, perdiendo mi abrigo en el camino, caí en la cuenta de que las amables azafatas de tierra de toda la vida habían sido sustituidas por soldados. Y puedo jurar que no sonreían en absoluto.

Tras presentar mi DNI y mi billete, sacado cuatro días antes, me indicaron que era mejor « por mi seguridad » que me dirigiera hacia la puerta de embarque. Fue entonces cuando me fijé en que un par de los soldados que tanto me habían impresionado cuando llegué a Barcelona se habían apostado a mi lado. Por un segundo pensé que me iban a detener, o algo por el estilo. Entonces caí en la cuenta de como me estaban mirando las personas que estaban más cerca de mí. Me observaban como lobos. Yo tenía algo que ellos no tenían, un billete de avión. Y alguno, después de horas y horas de tensión, luchando por salir de aquel maldito aeropuerto, podía estar lo suficientemente desesperado como para intentar quitármelo. Aquellos armarios uniformados que tenía a los lados me fueron abriendo un camino entre la multitud, en dirección a la puerta de embarque, mientras notaba docenas de ojos clavados en mí. Yo miraba al suelo, incapaz de levantar la vista.

Donde normalmente tendría que estar el arco detector de metales había una línea de antidisturbios de la Policía Nacional, con los cascos de kevlar y los escudos. Justo detrás de ellos había otra línea, esta vez de guardias civiles, armados con metralletas y con pasamontañas. La imagen era horrible. Una

muchedumbre se apelotonaba delante de la línea, presionando para acceder a la sala de embarque. Los apretujones eran increíbles. Al llegar a la línea dos policías se abrieron a los lados para permitirme el paso. Al cruzar, me condujeron a un pequeño cuarto, donde normalmente supongo que se practican los cacheos. Allí, un oficial médico del Ejército me pidió mi documentación y me examinó mientras un par de ayudantes revolvían en mi equipaje de mano. Aunque soy abogado, no se me ocurrió protestar. No creo que hubiese valido de nada y no me parecía muy inteligente, dada la situación.

El médico me hizo un montón de preguntas. Había tenido fiebre, mareos, había estado fuera de España en el último mes, había estado en Zaragoza, Madrid, Toledo, había sido mordido por algún animal últimamente, había sufrido algún tipo de asalto... Cuando me preguntó esto último estuve a punto de responderle que me estaban asaltando en ese preciso momento, pero una breve mirada a su expresión me convenció de que era mejor mantener la boca cerrada.

Cuando salí del cuarto fue cuando sucedió todo. Un tipo, de unos cuarenta años, de pelo rizado gris, sin afeitar, vestido con un traje arrugado y con pinta de ejecutivo, estaba en primera fila, tratando de pasar hacia la puerta de embarque. Estaba sumamente excitado, nervioso y muy rojo. Sospecho que a lo largo del día se había metido más de una raya de cocaína, y en ese momento, estaba como una moto. Un súbito movimiento de la muchedumbre hacia delante provocó un momento de pánico. Los de las filas delanteras se caían al suelo, pisoteados por los de atrás y la línea de antidisturbios se quebró por un momento. Justo entonces, el fulano se coló por un hueco y empezó a correr hacia la puerta de embarque. Los guardias civiles de la segunda línea trataron de detenerlo, pero no lo alcanzaron. Alguien le dio el alto. El tipo corría a lo largo del pasillo hacia el avión, hacia la salvación. Súbitamente sonó una ráfaga de ametralladora. Al hombre le brotaron unas flores rojas en la espalda de su traje y se desplomó en el suelo, a lo largo del pasillo. La histeria se desató en ese momento. Chillidos, lloros, gritos, tiros al aire, la situación se descontrolaba por momentos. Uno de los militares me cogió por el cuello de la chaqueta y me arrastró hacia la puerta del avión, mientras sus compañeros trataban de formar una línea justo detrás de nosotros retrocediendo sin cesar por la presión de la muchedumbre. Al pasar al lado del cadáver no pude evitar fijarme en su expresión. Estaba muerto. Muerto. Estoy seguro. De repente el militar que estaba a mi lado se detuvo. Imperturbable, desenfundó una pistola de su cintura y le descerrajó un tiro en la cabeza al cadáver del suelo. Me quedé absolutamente aterrorizado. ¿Por qué había hecho eso?

Con un empujón, me llevaron hacia la puerta del avión, al otro extremo del finger. Unas azafatas muy nerviosas me urgieron a que entrara lo más deprisa posible. El avión estaba lleno a rebosar, juraría que incluso hay gente de pie en la

cabina del sobrecargo. Todo el mundo estaba muy nervioso y la situación solo empezó a relajarse en cuanto se cerró la puerta del avión y empezó a rodar por la pista. El tipo de al lado me susurró, mientras corríamos por la pista de aproximación, que después de nuestro vuelo solo quedaban tres más. Tras eso, El Prat cerraría hasta sabe Dios cuando.

Me pasé todo el vuelo en silencio, pensando lo que acababa de ver. Al recordar la escena, tuve que levantarme a toda prisa e ir corriendo al baño. Las arcadas eran incontenibles. ¡¡¡Joder, le habían volado la cabeza justo delante mía!!!

Nadie repartió mascarillas en este vuelo. Parece que ya nadie las considera necesarias. No sé si eso es bueno o malo.

Al llegar a Santiago volví a ver la escena de Barcelona, pero a mucha menor escala. En el aparcamiento, un tipo me ofreció su coche a cambio de un billete de avión hacia Zúrich, que despegaba en una hora. Parece que la escala de valores está bailando.

Conduje hasta mi casa en silencio, escuchando la radio. La situación es caótica. Nuevas explosiones nucleares en China. Parece que quieren acabar con la epidemia a bombazos. O con sus portadores, quién sabe. EEUU en DEFCON 1, sea eso lo que sea. Disturbios en Madrid, Valencia, Barcelona, Sevilla, Bilbao... La cosa parece fuera de control. En la SER comentan que puede que se declare la Ley Marcial en cuestión de horas. De Rusia, ni una noticia. De Alemania, una grabación de hace tres horas donde Angela Merckel decía que «Dresde está perdida», sea eso lo que sea. Órdenes de evacuación de París, Reims y Marsella. En Italia, un barrio de Nápoles está siendo tomado a sangre y fuego por los Carabinieri. El mundo se cae en pedazos y aún no sé por qué es.

He recogido a Lúculo y me he ido a casa. Hoy por la mañana he llamado al trabajo y les he dicho que estaba enfermo. No importa, dicen. Se ha suspendido temporalmente el funcionamiento de los Tribunales, excepto los de Primera Instancia, y tan solo para juzgar a saqueadores y a aquellos que vulneren el toque de queda. Me he pasado casi todo el lunes durmiendo. Al levantarme me he preparado un café y con Lúculo ronroneando en el regazo me he puesto a ver la tele y a escribir esto.

No sé que está pasando.

17 January 2006 @ 18:42 hrs.

ENTRADA 20: A Las Puertas Del Infierno

Pues ya está. Oficialmente, estamos jodidos. A las 15:00 horas de hoy ha salido de nuevo el Rey en televisión anunciando que se decretaba la Ley Marcial en todo el territorio español. Se confirma el toque de queda de 20 a 8 horas, con la salvedad de que ahora, a quien pillen fuera entre esas horas corre el riesgo de que le peguen un tiro. Así de claro. Se prohíben los desplazamientos por carretera entre Comunidades Autónomas, y se instalan check-points del ejército en las principales vías. Una lista de quince ciudades han sido declaradas zonas de riesgo y no se permite ni la entrada ni la salida de las mismas. Están en la lista todas aquellas en las que hubo brotes de la epidemia y nueve más. Madrid y Barcelona están entre ellas... Confío en que mi hermana adelantase sus planes y haya salido ya de la ciudad. Joder.

De momento, Pontevedra se salva de la quema, pero no se por cuanto tiempo. Ferrol y Coruña a menos de 160 kilómetros, son « Zonas de Riesgo » y en teoría están aisladas. Sin embargo un amigo mío que vive en Coruña me acaba de llamar de camino a la casa de sus padres, en Vigo. Dice que ha podido salir de la ciudad por carreteras secundarias y pistas forestales. Resulta materialmente imposible aislar una ciudad de tamaño medio y ya no digamos una gran urbe. La plaga va a llegar aquí, sea lo que sea. Debería hacer algo, pero no se me ocurre nada.

Me he subido al coche y me he dirigido hacia el centro. Las calles presentan un aspecto semivacío; parece una ciudad sitiada. Está lloviendo sin parar desde hace horas y se respira un ambiente de intranquilidad en las calles. Hace mucho frío. En todo el trayecto me he cruzado con varios coches patrulla de la policía, y con un par de transportes de la BRILAT. Los cuarteles de la Brigada Ligera Aerotransportable (BRILAT) están situados a tan solo tres kilómetros de Pontevedra. Llevan años allí, pero nunca había visto tropas estacionadas en el centro de la ciudad hasta hoy.

He parado en una estación de servicio para llenar el depósito del coche. Mientras estaba en el surtidor de diesel con mi Astra, he entrado en la tienda a comprar tabaco, unos cuantos periódicos y revistas y un bidón de aceite (tenía que haber revisado el nivel del coche hace una semana... ¡¡Joder!!). Mientras pagaba todo, el dependiente me comentó que había problemas de suministro en algunas estaciones de servicio, sobre todo en aquellas más aisladas. Al estar los puertos cerrados, las refinerías han parado su producción y el gobierno ha militarizado las reservas existentes. Genial.

Después he ido hasta el Carrefour para hacer una buena compra. Algo me dice que llenar a tope mi despensa puede ser una excelente idea, tal y como se

están poniendo las cosas. Me he llevado una sorpresa al ver que el supermercado estaba abarrotado. Más de uno ha tenido la misma idea que yo. En una de las tiendas de electrónica y hogar del exterior del supermercado me he comprado una radio de onda ultracorta con un dial de barrido. Le tenía echado el ojo hace tiempo. Con ella tenía pensado poder oír el canal de la Guardia Civil de Mar cuando saliese con la Zodiac a bucear en el pecio del Florita (es el casco de un buque naufragado hace años en la Ría. Su estado es muy peligroso y está prohibido bajar allí; si te pillan te meten una fuerte multa y te pueden anular la licencia, pero merece la pena). Ahora pretendo darle otro uso bien distinto.

Al llegar a casa he cepillado a Lúculo y le he dado una cena succulenta. Después he probado la radio. Al cabo de un rato he localizado la frecuencia de la Policía Nacional y de la Policía Municipal. Perfecto. Puede que ahora tenga información de primera. También he captado a unos cuantos radioaficionados, pero no les he prestado mucha atención, ya que me he quedado helado viendo el televisor.

Son imágenes de EEUU, tomadas desde un helicóptero. Es un embotellamiento en una autopista. De repente, unas dos docenas de personas tambaleantes han aparecido andando por un lateral de la vía y han empezado a atacar a los conductores atrapados en sus vehículos. La escena es horrible. Dura menos de un minuto, pero me ha dejado temblando, juraría que he visto como mordían a los conductores Es imposible... ¿Qué le pasa a esas personas?

Alguien ha abierto la puerta del infierno y ya se empieza a notar el calor.

19 January 2006 @ 11:08 hrs.

ENTRADA 21: La Estupidez Del Género Humano

No soy católico practicante, pero los acontecimientos de las últimas 24 horas parecen un castigo divino a algún gigantesco pecado colectivo de la raza humana. O un enorme monumento a su estupidez, según se mire...

El día de ayer fue largo. Por la mañana desayunaba con la noticia de que los disturbios ya se han generalizado a nivel global. Parece haber una pauta en todos ellos. En primer lugar el gobierno de turno afirma que no hay motivo para la preocupación. Acto seguido, se empiezan a decretar cuarentenas en algunas zonas. A continuación, se desata el pánico y estallan disturbios y saqueos. Después, normalmente, se declara la Ley Marcial. Tras esto, hay más disturbios, pero estos parecen ser de otro tipo, extraños, con mucha censura y muy poca información, más localizados y por lo que parece, sin saqueos. Tras esto, el silencio...

Esa es la pauta, pero también hay excepciones. Por ejemplo, en Chile, en la mañana de ayer un General, un tal Cheyre, ha dado un golpe de estado aprovechando la Ley Marcial. Unas horas más tarde, unos autobuses cargados de refugiados procedentes de Bolivia fueron ametrallados en la frontera al tratar de saltarse un control. En represalia, el gobierno boliviano ha empezado a bombardear la frontera chilena hasta que la aviación de este país ha reducido a chatarra a los cañones bolivianos. Esto es de locos. Estamos al borde del abismo y no se les ocurre cosa mejor que empezar una guerra. Muy propio del género humano, por otra parte.

La noticia del día, ayer a media tarde: Una comparecencia de la Comisión de Seguimiento de la OMS. Se ha retransmitido a nivel global. Dicen que desde la llegada del hombre a la Luna no se había visto nada así (y puede que nunca se vuelva a ver). Todas las cadenas de todo el planeta, emitiendo la misma imagen... Joder.

Una comisión de virólogos ha comparecido ante las cámaras. Serios, con aire circunspecto, han declarado que nos encontramos ante una especie mutada de un filovirus, que se transmite por la sangre y los fluidos (semen, saliva, etc...). Aún no saben si se transmite por vía aérea. Sus principales síntomas son fiebre, desorientación, palidez y más tarde, delirio y agresividad extrema. Avisan de que en caso de ver a alguien con estos síntomas se ha de avisar a las fuerzas de seguridad y no tratar de establecer contacto con el afectado bajo ningún concepto, ni aún en el caso de que se trate de un familiar o un amigo.

Eso es todo. ¿Pero de qué coño van? ¿Nada más? ¿Qué es eso de avisar a « las fuerzas de seguridad » ? ¿No sería mejor avisar a una ambulancia, en todo caso? Porque al fin y al cabo son enfermos... ¿Verdad? ¿Los van a curar a balazos o

qué...? ¿Y por qué da la sensación de que ocultan algo? Creo que no lo han dicho todo...

Internet es un hervidero de rumores, a cada cual más absurdo. Invasión alienígena, mutantes, muertos vivos, lavados de cerebro masivos... Hay donde escoger. Pero hay que ser racionales, joder. Es una enfermedad, o la contraes o no, y si la contraes, la palmas. Pum. Se acabó. aun así estoy convencido de que tiene que haber algo más, algo realmente horrible, porque si no, ¿a qué viene esta censura sin ningún tipo de precedentes? Es absurdo...

Estoy muy preocupado por mi hermana, pues no he conseguido hablar con ella desde el sábado. Las redes de telefonía móvil están saturadas, y en algunos puntos están empezando a fallar. Después de la desaparición de varias brigadas de mantenimiento a lo largo y ancho del país, ahora los técnicos se niegan a desplazarse a realizar reparaciones si no van escoltados. Las compañías privadas de seguridad están desbordadas y la Policía, el Ejército y la Guardia Civil se tienen que multiplicar por toda España para patrullas, cuarentenas, controles, etc... aun así, las noticias de asesinatos y desapariciones se multiplican. De hecho, y a no son noticia.

Bush ha salido en televisión, en EEUU. Está en un refugio presidencial. Eso es mala señal. Ha dirigido un discurso a todo su país, pidiéndoles que obedezcan las órdenes del ejército e instando a la población a que se concentre en lo que han llamado « Safe Zones ». Zonas seguras, joder, ¿seguras contra qué? No entiendo nada. En Jerusalén, el Papa, el Gran Rabino y los principales muftís musulmanes han realizado un acto religioso conjunto. Hubiese sido conmovedor en cualquier otro momento, pero no han permitido el acceso de fieles « por seguridad » y la imagen de los religiosos en la Explanada de las Mezquitas, rodeados por tropas de asalto israelíes montando un cordón defensivo no es precisamente tranquilizadora...

Ha comparecido Zapatero en televisión, junto con el Rey. Ha anunciado la creación de 52 Cuerpos de Seguridad, uno por provincia. En ellos se integrará la Policía Nacional, Guardia Civil, todas las Policías Locales y la Policía Autonómica, si existe. Estarán dirigidas por un coronel de la Guardia Civil cada una, y tendrán plena autoridad militar en toda su demarcación. El Ejército les dotará de material militar, si es necesario.

Hoy por la mañana he intentado ir a ver a mis padres. Me he llevado a Lúculo, porque no se cuanto tiempo podría tardar en volver. Lo he dejado en el asiento del copiloto. Es SU asiento (cada vez que llevo a alguien en el asiento delantero, invariablemente se baja del coche con la ropa llena de pelo de gato), y no soporta ir dentro de la cesta de viaje. A los dos kilómetros sin embargo, me he encontrado un check-point del ejército y he tenido que dar vuelta. He tomado una carretera secundaria, sumamente estrecha, que corre por la parte trasera de un barrio de las afueras y que va a dar a la carretera general a varios kilómetros.

Justo cuando pensaba que había pasado, me he encontrado de bruces con otro control, este de la Policía Local. Joder. Estos conocen mejor que nadie las carreteras secundarias. He intentado convencerlos de que me dejaran pasar, pero no ha servido de nada. Están muy nerviosos, y diría que asustados. Normal. Su trabajo habitual es detener rateros, regular el tráfico y llevarse coches mal aparcados. Ahora se encuentran montando un control, equipados con material del ejército, armados con fusiles de asalto HK, y con órdenes de disparar a quien desobedezca...

Estoy en casa. Me he servido un whisky, aunque es media mañana. Ahora estoy de nuevo viendo la tele, con el volumen apagado, mientras escucho las transmisiones de la Policía por la radio de onda ultracorta. Ya no sé que pensar...

19 January 2006 @ 18:58 hrs.

ENTRADA 22

Hay un helicóptero dando vueltas por la zona. Lleva haciéndolo toda la tarde. Además, he visto pasar un par de coches patrulla por la calle principal desde la ventana del piso de arriba. Parecen estar buscando algo, o más bien, a alguien. Van fuertemente armados. Uno de ellos incluso se ha metido en las dos cortas calles de nuestra urbanización, la 1 y la 2, para echar un vistazo. Han paseado el foco por todas las fachadas y le han pegado un susto de muerte a una vecina de la casa de la esquina, que estaba fuera en esos momentos.

He ido hasta la casa de mi vecino el médico, para preguntarle si todo va bien. Me ha abierto su mujer, con expresión ojerosa. Me ha dicho que su marido lleva 72 horas seguidas en el Hospital y que no sabe nada de él desde entonces.

He entrado en casa y he cerrado la puerta con dos vueltas de llave. He puesto de nuevo la radio de onda corta para oír la frecuencia de la Policía. Parecen estar buscando desesperadamente a alguien. Su frecuencia está llena de mensajes, la mayoría anodinos, en plan « Patrulla 27, zona 15 resultado negativo, procedemos a zona 16 ». Algunos son simpáticos, como un check-point de la Guardia Civil encargando unas pizzas. De repente parece haber estallado la locura, cuando una patrulla informa de un « Punto Caliente », sea eso lo que sea.

Al cabo de diez minutos juraría que he oído disparos. No han sonado muy lejos.

Han pasado 20 días desde que empezó todo. Hoy he oído disparos en mi ciudad. Sea lo que sea, se acerca.

20 January 2006 @ 01:40 hrs.

ENTRADA 23

Es la una y media de la mañana. Estaba dormitando en el salón, delante de la tele, cuando he oído un frenazo en el exterior. He subido corriendo al piso de arriba, desde donde puedo ver la calle principal. Un coche patrulla de la Guardia Civil ha parado justo en la entrada de nuestra calle. Dos guardias, con fusiles de asalto, se han apeado y han pasado corriendo delante de mi casa hacia el fondo de la calle, que da a un terraplén. Tras este terraplén hay unas casas y tras ellas, una carretera. No sé a donde van. Al cabo de un rato han pasado de vuelta. Les acompaña un pelotón de soldados, que venían en dirección contraria. Están nerviosos y uno de los soldados parece tener manchada de sangre o de alguna sustancia oscura una manga. Han pasado en silencio y han desaparecido por la otra punta de la calle.

He vuelto a oírlo. No podría jurarlo, pero creo que son disparos. Y han sonado más cerca que antes.

20 January 2006 @ 11:22 hrs.

ENTRADA 24

He bajado hasta el centro a comprar la prensa. No hay periódicos. No ha llegado la furgoneta de reparto y aunque hubiese podido llegar, no tendrían nada que repartir. En dirección a casa, me he fijado que la mayor parte de las tiendas están cerradas. He podido parar en una panadería pequeña a comprar algo de pan recién hecho. La dependienta me ha susurrado, con aire preocupado, que ayer por la noche oyó disparos justo al lado de su casa y algo que sonaba « como gemidos ». Dice que cuando se asomó por la ventana solo pudo ver un camión del ejército arrancando a toda velocidad.

He visto la huella del frenazo de ayer, delante de la entrada a mi calle. Ahora sé que no lo he soñado.

20 January 2006 @ 11:33 hrs.

ENTRADA 25

Estoy sentado en el jardín, disfrutando del sol de invierno, mientras observo a Lúculo, que contempla extasiado las evoluciones de una lagartija en la tapia. El helicóptero está de nuevo sobrevolando esta zona, incansable. En la radio informan que el gobierno va a crear unos Puntos Seguros en las ciudades, donde pretenden concentrar a la población. Al parecer, del orden del 80% de sus habitantes no han podido abandonar las ciudades (o no ha querido). Puntos Seguros. Hay que joderse.

A todas horas repiten que bajo ningún concepto se debe intentar mantener contacto con cualquier persona que presente un comportamiento errático, raro o desorientado, o con signos de violencia, ni siquiera en el caso de que sea un conocido o un familiar. Parece generalmente aceptado ahora que los enfermos son peligrosos para los sanos.

A todo esto, Antena 3 ha dejado de emitir su programación habitual. Están emitiendo películas y series pregrabadas todo el rato y cada tres cuartos de hora paran para emitir un informativo. Por la pinta, juraría que Matías Prats lleva varios días viviendo en el plató.

21 January 2006 @ 12:20 hrs.

ENTRADA 26

El viernes por la tarde fui sorteando los controles hasta casa de Rober, un buen amigo de la infancia. Rober es un tipo tranquilo, cachazudo y metódico. Trabaja como asesor contable de una empresa de importación. Está casado desde hace dos años y tiene una niña preciosa de tan solo unos meses. Cuando llegué a su casa me encontré a su mujer preparando las maletas y a Rober contemplando sombríamente la televisión. Me ha contado que se van hacia el Punto Seguro que han organizado los militares en el centro de la ciudad. Aún no saben donde se alojarán ni que harán allí, ni nada por el estilo, pero aun así, van a ir.

Lo entiendo. Yo soy un tipo solitario que vive con un gato, pero él tiene una familia a la que cuidar. Buena suerte, Rober. Creo que nos hace falta a todos.

De vuelta a casa he parado un momento en el chalet del vecino que queda justo detrás del mío, espalda con espalda. Antes de que todo esto empezase, estaba de obras en su casa, construyendo un porche trasero de madera. El olor a cola y las motas de aserrín volaban por encima de la tapia trasera que separa nuestros jardines, para deleite de Lúculo, que era capaz de pasarse horas hipnotizado contemplando el polvillo de madera girando en un rayo de luz. Ahora, hace días que los carpinteros no aparecen. Pese a que no tengo mucho trato con él, me he atrevido a pedirle un par de fuertes listones de madera, para apuntalar el portalón delantero de mi muro. Si aparecen los saqueadores por aquí tendrán que saltar un muro de tres metros o derribar una puerta de hierro forjado, reforzado con dos puntales de madera clavados al suelo. Creo que más que nada lo hago por tener la mente ocupada y no pensar en lo que está pasando. Joder.

Por los canales oficiales ya apenas llegan noticias del extranjero. Tampoco parece importarle mucho a la gente. Es como si cada nación se estuviese volcando en si misma para sobrevivir. Lo poco que sé es que, resumiendo, de Rusia no hay noticias DE NINGÚN TIPO desde hace días. Ni siquiera por Internet. Cero absoluto. Del norte de Europa hay unos cuantos blogs activos, pero desafortunadamente, no sé sueco, ni alemán, ni polaco, así que no puedo saber que coño se están contando. Observo que las mayúsculas y los símbolos de exclamación abundan, así que deduzco que están nerviosos. O sorprendidos. O asustados. Quien sabe.

En EEUU, por lo que he visto por la CNN+ (que es la única cadena generalista americana que aún recibo por el satélite, ya que CBS y ABC tienen un pantallazo azul con el logo de la cadena y la Fox News emite estática), la población está siendo concentrada en las Safe Zones, en el centro de las ciudades.

Por lo visto, fuera de ellas no garantizan la seguridad frente a « salteadores» . Sin embargo, por Internet corre el rumor de que la Safe Zone de San Diego y posiblemente, de otras muchas ciudades, han sido asaltadas por grupos de atacantes y que se ha producido masacres increíbles. La vida vale muy barata hoy en día en todo el mundo, por lo que veo. Si buscas « dead» en Google estos días, te salen docenas de millones de enlaces...

En España, la situación no es mejor. Los Puntos Seguros se están organizando en el centro de todas las ciudades de más de 50000 habitantes. A todas horas, en cualquier radio o TV insisten en que toda la población se debe concentrar en ellos por su propia seguridad. Yo no pienso ir. No permiten llevar animales domésticos (lógico, el espacio será bastante reducido en esos Puntos Seguros), y yo no pienso dejar atrás a Lúculo ni de coña. No es que sea un chalado de los animales, pero cuando mi mujer murió, fue Lúculo, con su presencia, quien evitó que hiciese una tontería. Se lo debo. Es mi puto gato y no lo voy a abandonar. Así pues, que se jodan el gobierno y los Puntos Seguros.

Ha vuelto a salir el Rey en televisión, una vez más, de uniforme, pero esta vez, rodeado de generales informando de la situación. Ahora que lo pienso, hace días que no veo a ningún político en la tele. Parece que los militares están tomando el control. Joder.

Telecinco solo emite programas enlatados, y como A3, un informativo cada tres cuartos de hora. Dicen que es para garantizar la seguridad de los colaboradores y trabajadores de la casa. Por lo visto, la zona donde está la cadena no es muy segura. Hay bandas de esos salteadores, según explican.

Los teléfonos móviles están muertos. Las tres operadoras han suspendido el servicio y han « cedido» su red a las Cuerpos Provinciales de Seguridad. Ahora si que me resultará imposible localizar a mi hermana. Es una chica lista, así que confío en que se lo esté montando bien.

Ahora estoy escuchando la radio de onda ultracorta de nuevo, oyendo como los militares están evacuando a mucha gente hacia el Punto Seguro. El ruido de disparos esporádicos a lo largo del día ha sido constante. La civilización está empezando a desmoronarse.

22 January 2006 @ 16:30 hrs.

ENTRADA 27: Ríos De Azufre

Me he pasado toda la noche escuchando las frecuencias de las Fuerzas de Seguridad. La mayor parte es cháchara intrascendente, sobre todo informes de situación de check-points, estadillos de situación de patrullas y poco más. Sin embargo, de vez en cuando, surge un « punto caliente » y entonces la situación se descontrola por completo. Me llama poderosamente la atención el hecho de que pese a que los medios de comunicación están permanentemente alertando de los riesgos de disturbios, estos suponen tan solo una mínima fracción de los incidentes que escucho por la radio. Puede que sea porque vivo en una ciudad pequeña, pero el número de saqueadores parece ser muy reducido.

Sin embargo, de lo « otro » cada vez hay más. Al principio, hace un par de días, apenas había referencias de ellos, pero ahora parecen aumentar por horas. Me refiero a los incidentes protagonizados por, tal y como se refieren a ellos los militares en la radiofrecuencia, « esas cosas » .

Hace tan solo 48 horas por lo visto no se estaban dando casos en Pontevedra. Lo que empezó como un goteo, un incidente de « esas cosas » cada 12 horas, más o menos, se está convirtiendo rápidamente en un chorro enorme, con llamadas de emergencia, avisos histéricos de unas unidades a otras, y mucho, mucho movimiento de policías y soldados, que parecen incapaces de atajar la situación.

No se a que se refieren cuando hablan de « esas cosas » ¿Son los infectados por el virus? Ya es conocido que los infectados tienen un comportamiento extremadamente agresivo, pero entonces ¿Por qué les llaman « esas cosas » y no infectados? ¿De qué coño va esto?

Hace unas horas, las Fuerzas de Seguridad de Pontevedra recibieron la orden de replegar su ámbito de actuación al casco urbano. Las parroquias, las zonas rurales del entorno de la ciudad deben ser evacuadas. Al cabo de unos minutos de oír esto por la frecuencia militar, en Localía, la televisión local, ha aparecido un capitán de la Guardia Civil en uniforme de combate del ejército leyendo un comunicado del Coronel al mando de la provincia, ordenando esa evacuación. Creo que estamos sitiados.

Hace tan solo una hora he oído por la radio de onda ultracorta una llamada realizada a una patrulla. Le informan de un incidente en una calle y le piden que vayan a investigar. La patrulla (creo que Policías Nacionales, por la forma de hablar) ha respondido que estaba llegando. No he vuelto a oír nada de esa patrulla desde entonces. Sin embargo, si he oído otra llamada, esta vez a tropas de la BRILAT, para que acudieran urgentemente a esa misma dirección tan solo un cuarto de hora después. Lo jodido es que esa dirección queda a tan solo un kilómetro escaso de mi casa. Y juraría que he oído dos disparos. Nada más. Sea

lo que sea que haya pasado en ese lugar solo se han efectuado dos disparos.

En general, las cosas parecen ir como el culo. De lo que puedo entresacar de toda la paja de la televisión, radio, frecuencias militares e Internet, la situación se degrada por momentos. Los Cuerpos de Seguridad parecen estar sobrepasados por los incidentes. Estos parecen haberse disparado en las últimas 24 horas, es como si siguiesen una progresión geométrica. Hay bajas entre los policías y los militares. Y entre algunas unidades, sobre todo las que estaban formadas por policías Municipales, parecen estar empezando a aparecer las deserciones. Algo tiene que ir jodidamente mal.

Hay un rumor insidioso sobre todos que está empezando a preocuparme. De todas las teorías delirantes que se repiten sin cesar estos días por la red, hay una que empieza a crecer enormemente y que parece consolidarse. Habla de que los enfermos están en una especie de animación suspendida, o una reanimación, un estado cercano a la muerte o algo por el estilo. No falta quien afirma que directamente, están muertos, pero aun así, andan. Sí, claro.

O no. Han pasado tantas cosas tan extrañas en las últimas horas que no se que pensar.

22 January 2006 @ 19:59 hrs.

ENTRADA 28

Ha sido hace apenas unos minutos. Un BTR, un transporte blindado del ejército y un camión de transporte vacío, acaban de parar justo en el camino de entrada a las dos cortas calles donde está mi casa. Se han apeado unos cuantos soldados y han empezado a aporrear las puertas, una por una. Como estaba en la cocina, escuchando la radio ultracorta, las luces delanteras de mi casa estaban apagadas. Cuando han golpeado mi puerta, no me he movido. He cogido al gato en el regazo y he esperado un momento en silencio, hasta quien quiera que estuviese en la puerta se largase. Quiero ver que pasa. Me he acercado sigilosamente a la ventana del piso de arriba, la única que tiene visibilidad sobre la calle. He visto como la mujer de mi vecino el médico, el que lleva desaparecido varios días, salía con sus dos hijas y unas maletas y los soldados la ayudaban a subir al camión. Lo mismo han hecho con varios vecinos de la calle. Se los llevan al Punto Seguro que han creado en el centro de la ciudad, un sector de calles perfectamente acordonado y protegido, en teoría.

Con un rugido, los camiones han arrancado hacia el centro. Justo antes de saltar a su vehículo, un soldado ha pintado una enorme aspa roja en el asfalto del cruce. Tras esto, su transporte ha girado la esquina y ha desaparecido. Es tal el silencio en la noche que he sido capaz de oír el sonido del pequeño convoy por un rato. Supongo que aún tenían que hacer muchas más paradas esta noche y las siguientes.

Ahora, la calle permanece en silencio y a oscuras. Todas las viviendas deben estar vacías, y si aún queda alguien en su casa, como yo, no parece tener la menor intención de dar señales de vida. Me he sentado en la cocina de nuevo, con la luz de la campana extractora como única iluminación y me he puesto a pensar. Es evidente que están evacuando esta zona. Mejor dicho, ya han evacuado esta zona. Con lo cual, supongo que aquí puede pasar cualquier cosa a partir de ahora.

23 January 2006 @ 10:05 hrs.

ENTRADA 29

Ya ha amanecido. Esta noche ha sido muy, muy larga. Tan solo unas horas después de que el convoy de evacuación hubiera partido, he sido completamente consciente de la enormidad de mi decisión. Estoy solo. Nadie sabe que estoy aquí. En una zona evacuada. En tierra de nadie.

Tras un primer momento de bloqueo me ha atacado un raptó de actividad febril. He cogido los listones de madera y he apuntalado con ellos el portón principal. Es una estupidez, por supuesto, porque tengo que salir por esa misma puerta tarde o temprano, pero el simple hecho de estar haciéndolo me permitía tener la mente ocupada y sentirme más seguro. Tras eso, he hecho un pequeño balance de situación. Tengo comida para unas tres semanas, si no me importa repetir menú de congelados hasta la saciedad. Tengo unos 25 litros de agua embotellada, y de momento, la presión del agua corriente no parece haber disminuido. La corriente eléctrica, en mi caso, no es problema, porque con los paneles, y economizando el consumo, puedo tener autonomía casi plena. Economizar el consumo no creo que vaya a ser difícil. No tengo pensado dar ninguna fiesta en los próximos días.

El gas sí que es un problema aparte. Mi cocina es mixta, tiene dos placas vitrocerámicas y dos hornillos de gas, pero las vitro tienen un consumo eléctrico espantosamente alto. De momento aún tengo gas, pero desconozco cuanto tiempo puede durar esta situación. Supongo que tarde o temprano cortarán el suministro a las zonas evacuadas, para evitar riesgos de explosiones.

El balance de mi arsenal es desolador. Tras una concienzuda revisión de mi casa de arriba a abajo, he reunido todas mis «armas» encima de la mesa de la cocina. Un arpón de submarinismo con siete virotes de acero, un cuchillo jamonero y una pequeña hacha para trocear leños en el patio trasero y que tiene el filo embotado. Estupendo. He cogido mi arma a priori más peligrosa, el arpón. Dejando aparte el hecho de que nunca la he disparado contra nada más grande que un congrio, presenta una serie de problemas. Tardo aproximadamente unos veinte-treinta segundos en montarla de nuevo tras haberla disparado y su alcance es relativamente corto, unos diez metros. Además, su fiabilidad es relativa a cierta distancia. Al fin y al cabo no es un arma de precisión, es un chisme ideado para ensartar pulpos a bocajarro. Si aparecen pandillas de salteadores por aquí, lo voy a tener jodido. Sin duda mi mejor opción es tratar de pasar desapercibido, de momento...

El teléfono se ha puesto a sonar de golpe y casi se me ha salido el corazón por la boca. Hacía días que no sonaba y me había olvidado por completo de él. He dudado por un momento si responder, pero el deseo de oír una voz humana ha

sido más grande que la prudencia, así que he descolgado. Eran mis padres. La sensación de alivio ha sido tan enorme que casi me derrumbo. He llorado en silencio mientras oía la voz de mi madre. Están bien, en la aldea natal de mi padre, junto con unos cuantos vecinos y me piden encarecidamente que vaya a reunirme con ellos. Eso dejó de ser una opción factible hace tres o cuatro días, y así se lo hago ver a mis padres. Estoy más seguro aquí que recorriendo cien kilómetros de sabe Dios qué carreteras, con qué controles por el camino y con qué grupos de incontrolados sueltos. Además, a Lúculo no le gusta el campo, le digo a mi madre, tratando de sacarle hierro al asunto. Está realmente preocupada. Mi hermana consiguió salir de Barcelona antes de que aislasen las ciudades y decretasen la Ley Marcial, según le contó por teléfono, pero ahora mismo no sabe donde está. La última noticia es que se dirigían a la masía de Roger. Del resto de mi familia, apenas hay noticias, supongo que la mayoría estarán en algún Punto Seguro, como las cuatro quintas partes de la población de este país. El ser humano es gregario por naturaleza y tiende a agruparse en situaciones de peligro. Solo unos pocos inconscientes no siguen esa pauta. Eso me pone en el lado de los inconscientes, supongo. Con un beso me despido de mis padres, prometiendo llamarles por lo menos una vez por semana, si la línea lo permite (mi madre llevaba tres días intentando contactar conmigo).

Tras esto, me he tranquilizado un poco. Le he dado salida a la presión emocional que llevaba acumulando todos estos días. Me siento más frío, más claro. Así que he empezado a pensar en cosas prácticas que hacer.

En primer lugar, la información. La televisión está desapareciendo. De 80 canales que recibía han desaparecido casi todos. Tan solo me queda La Primera (que emite su señal también por el canal donde hace unos días emitía La 2), Telecinco y Antena 3, con una programación reducida a la mínima esencia, básicamente películas (sin ningún tipo de intermedio), series enlatadas y cada tres cuartos de hora un mini informativo que básicamente consiste en indicar cuales son los Puntos Seguros y la mejor manera de llegar a ellos. También repiten insistentemente que no se debe bajo ningún, ningún concepto intentar contactar con los infectados y en caso de ser inevitablemente atacados por ellos, hay que evitar ser mordidos o arañados. Ha salido un militar con aspecto cansado en la tele diciendo que no pueden garantizar la seguridad de aquellos que todavía permanezcan fuera de los Puntos Seguros y que en caso de ser atacados, tratemos de dañar la cabeza de nuestro atacante. «Con un palo, con un machete, con una bala, como se ha dicho deben tratar de frenarlos volándoles la cabeza. Otra cosa no vale».

Me he quedado extrañado de semejante mensaje, pero las cosas ya llevan demasiado tiempo fuera de control, así que ya nada puede sorprenderme en exceso. De todas formas, parece que la censura informativa va aflojando poco a poco, supongo que porque ya no hay nada que ocultar, o casi nada. Ya está claro

que las bandas de salteadores son minoritarias en relación con el problema principal, los infectados, que actúan con suma violencia. En lo que no hay unanimidad es en el auténtico estado físico de estos infectados. Hay quien dice que están sanos, solo que enajenados, otros que afirman que están al borde de la muerte y cada vez más son las voces que afirman que están muertos, por increíble que pueda parecer esto último. Yo, de momento, no he visto a uno solo delante, aunque supongo que eso es algo que cambiará en las próximas horas. De momento, he de resistir aquí. A medida que se vayan sucediendo los acontecimientos, iré actuando. Como es lo más parecido a un plan de actuación que tengo, me he quedado más tranquilo.

Internet también se está cayendo a pedazos. Google y Yahoo hace horas que dejaron de funcionar. Supongo que los servidores donde se mantienen se han quedado sin suministro eléctrico y ahora están apagados. Lo mismo sucede con muchísimas páginas de Internet. De más de cien contactos que tengo en favoritos, tan solo dos docenas siguen activos, casi todos radicados en España, donde el fluido eléctrico aún parece funcionar. Eso posiblemente no dure mucho tiempo, visto lo que ha pasado en los países del norte de Europa, donde la epidemia llegó antes.

Las radiofrecuencias militares crepitan constantemente informando de más contactos y enfrentamientos con «esos cabrones», como les llaman. Sin embargo, parecen tener numerosas bajas. Las 52 Fuerzas originales han tenido que ser refundidas en 40. Los ataques se van concentrando en torno a los Puntos Seguros. Informan que dos de estos Puntos, uno en Toledo y otro en Alicante, han caído, asaltados por hordas de infectados. Docenas de miles de personas deben de haber perecido. Mucho me temo que otras decenas de miles más van a perecer en las próximas horas. Y yo no pienso estar entre ellas. Por mis huevos que no.

24 January 2006 @ 03:03 hrs.

ENTRADA 30

Estoy sentado, escribiendo esto, mientras un reguero de sudor se desliza lentamente por mi espalda. La descarga de adrenalina que aún recorre mi cuerpo me hace temblar las manos. Ahora sí que estoy acojonado. Pero, una vez más, me adelanto a los acontecimientos.

A media tarde he sido consciente de que, o hacía algo, o me iba a dar un síncope. Llevaba casi 24 horas seguidas encerrado en casa, paseándome como un animal enjaulado. Tenía que hacer algo. Necesitaba salir. Necesitaba ver. Necesitaba saber. Lúculo me ha estado observando atónito durante todo el día. Es consciente de que pasa algo, de eso estoy seguro, pero no sé hasta que punto su conciencia gatuna es realmente capaz de abarcar la enormidad de la situación. El mundo se está yendo al carajo por minutos, si es que no se ha ido ya. No es una broma. Está pasando y nos va a pillar a todos inevitablemente en medio.

He subido a mi habitación y me he calzado unas gruesas botas de montañismo, pesadas, pero flexibles y me he abrigado a conciencia. Las noches de invierno en Galicia son húmedas y frías. Ya había anochecido, y el toque de queda estaba en vigor desde hacía unas horas. Me importó un pito. Iba a salir. Francamente, dudaba mucho que me encontrase algún policía a la vuelta de la esquina que me lo recordase. Cuarenta minutos antes había oído el sonido una serie de vehículos circulando por la calzada principal a la que se conecta mi pequeña calle. Desde la ventana del piso de arriba he visto pasar una colección dispar de coches patrulla, camiones del ejército y blindados ligeros. Estos iban cubiertos de soldados. Parecían exhaustos, y algunos, asustados. Iban en dirección al centro, hacia el Punto Seguro.

No hace falta ser muy listo para darse cuenta de quiénes eran estos soldados. Eran la última línea frente a los infectados. Han estado aguantando su posición frente a éstos hasta que se ha completado la evacuación de los civiles al Punto Seguro. Ahora, son ellos los que se retiran. Eso significa que ahora no hay nada entre los infectados y el Punto Seguro. Tenían que venir pisándole los talones. Tenía que darme prisa.

Saqué los postes de madera que apuntalaban mi portalón y cautelosamente asomé la cabeza a la calle. Desierta, tal como ha estado las últimas horas. Restos de periódicos y jirones de plástico y basura revoloteaban por el asfalto. Un jersey beige, perdido por uno de mis vecinos en su apresurada evacuación reposaba en medio de la calle, abandonado. Quizás fue esa la imagen que más me impactó. Realmente se han ido. Todos.

Me he subido al coche, aparcado justo delante de la puerta. Al sentarme al volante me he vuelto a acordar de que aún no le había cambiado el aceite. De

golpe he recordado que el puto bidón aún estaba en el maletero, donde lo dejé el día que lo compré. Mierda. Ese no era el momento para bricolaje mecánico, así que arranqué, confiando en que el coche no me dejase tirado. El sonido del motor al encender sonó como un cañonazo en el silencio sepulcral de la noche. Me dio la sensación de que tenía que haberse oído a kilómetros. Me daba igual. Bajo ningún concepto pensaba ir andando. Me he incorporado a la calle principal y he enfilado en dirección centro, hacia la estación de servicio que queda a medio camino, a cosa de un kilómetro de mi casa y a dos de donde intuyo que empieza el Punto Seguro. Esta en plena zona evacuada, pero confío en que aún haya alguien allí. Al hacer inventario me di cuenta de que no tenía ni un mal mapa de carreteras decente. Si en algún momento iba a salir por piernas de allí, me iba a resultar imprescindible un mapa. En cualquier estación de servicio tenía que haber por lo menos un par de guías CAMPSA. A por eso iba.

El camino ha resultado ser sobrecogedor. Silencio absoluto y ni un ser vivo a la vista. Podría ser tranquilamente la última persona sobre la Tierra.

Al llegar al área de servicio he dejado escapar un suspiro de alivio. Las luces estaban encendidas. Parecía abierta. He parado al lado del surtidor y he entrado con cautela. No me avergüenza decir que estaba cagado de miedo. No había nadie a la vista, ni un cliente, ni un empleado. ¿Dónde estaba el puto encargado? La caja registradora estaba allí, al alcance de mi mano. Podría haber arramblado con toda la recaudación. He cogido un par de guías de carretera y todas las chocolatinas que me cabían en los bolsillos. También he cogido un par de revistas de información. Son números de hace dos semanas. En las portadas hablan de cosas que ahora se me antojan absolutamente irreales. Que absurdo parece todo, en este caos. Cuando estaba dejando el dinero sobre el mostrador, me ha parecido oír un ruido. La sangre se me ha helado en las venas. Había alguien ahí fuera. O algo. Joder.

Temblando, cogí unas cadenas de nieve que estaban colgando de un expositor. Como arma no eran gran cosa, pero al menos tenía algo sólido en las manos. Al salir he visto a un hombre, a unos treinta metros de la estación. Estaba demasiado lejos y demasiado oscuro para distinguir detalles, pero parecía andar tambaleándose. No me apetecía quedarme a comprobarlo. De un salto me subí al coche y giré en dirección a mi casa. Por el retrovisor me ha dado la sensación de que aquel tipo trataba de seguir al coche, con andares vacilantes. Que le jodan. No quería conocerlo.

Al cabo de un rato estaba de nuevo en casa, con la puerta convenientemente cerrada y apuntalada. Aún me tiemblan las piernas. Ha sido una salida de no más de un kilómetro y menos de veinte minutos, pero me siento como si acabase de volver de Vietnam. Esto es realmente jodido. Pensaba que me sentiría como un héroe de acción de una peli, y realmente creo que me siento como una presa que no sabe donde están los cazadores. Joder. Joder, joder, joder...

He encendido la tele. Ya solo me quedan dos canales nacionales, Antena 3 y la cadena pública, Televisión Española. Esta última tiene el escudo Real en pantalla y de fondo están sonando marchas militares. Muy tranquilizador. El resto, estática. En el satélite solo queda la CNN, pero con imágenes grabadas de hace unos días y con el scroll de la parte inferior de la pantalla informando. Atlanta ha caído. Y Denver. Y Utah. Y Baltimore. Y Cedar Creek Y... coño, la lista es interminable. No vayan a los Safe Points, busquen refugios seguros, es el mensaje. Me pregunto si aquí va a pasar lo mismo. Millones de personas están refugiadas en los puntos seguros. Millones de personas a las que esos « infectados» van a atacar, dentro de poco.

Internet casi no existe. La mayoría de los servidores han caído. De todos los buscadores de la red, el único que parece seguir funcionando es Alexa. Me pregunto como coño alimentarán ese servidor. Baterías de emergencia, intuyo. No pueden durar mucho, es cuestión de días, u horas. Hay gente que se está dejando mensajes en mi blog. No se como lo han encontrado, pero las historias que cuentan me llenan de terror. Por lo que dicen es uno de los pocos sitios que aún funcionan de la red. Mi proveedor es de cable, y tiene su sede en Coruña.

Me pregunto cuanto tiempo aguantará antes de irse al diablo. Me pregunto cuanto aguantará todo antes de irse al diablo. Van a llegar aquí. Es cuestión de horas.

24 January 2006 @ 20:56 hrs.

ENTRADA 31

Hoy se ha ido la luz. Pasaban apenas unos minutos de la seis de la tarde cuando las luces han chisporroteado y se han apagado definitivamente. Al principio me he quedado sentado estúpidamente en la cocina, que es donde paso más tiempo últimamente, escuchando las transmisiones militares y viendo los dos últimos canales de televisión. Al cabo de un rato, cuando mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad, he reaccionado. He cogido una linterna del cajón del aparador y he bajado al sótano, para conectar las filas de baterías acumuladoras. Esas pequeñas bestias negras de quince kilos cada una estaban apoyadas en el suelo del sótano, agrupadas en dos líneas de doce. Cuando iba a conectar el switch en el cuadro eléctrico me he quedado paralizado. Antes de conectar nada, tenía que asegurarme de que todas las luces delanteras de la casa estaban apagadas. Lo último que me interesa es llamar la atención, con la única casa iluminada de toda la calle.

Una vez que he estado seguro, he conectado los acumuladores. La sensación de seguridad que me ha proporcionado el suave resplandor de las bombillas al volver a la vida ha sido fantástica, indescriptible. Nunca pensé que podría llegar a tener tanto miedo a la oscuridad. Bueno, nunca pensé que todo esto iba a estar sucediendo...

Tengo un problema grave. Han cortado el gas, o las conducciones han roto en algún punto, no lo sé. El hecho es que no tengo gas. Y eso supone que la calefacción no funciona, lo cual, con una temperatura exterior de 3 grados centígrados no es ninguna broma. Me he abrigado profusamente, pero aun así noto el frío clavándose en mis huesos. Nubecillas de vaho salen de mi boca cuando respiro. Lúculo parece ser indiferente a esta temperatura, pero es un gato persa, al fin y al cabo. Además del largo pelaje, este pequeñuelo tiene una generosa capa de grasa forrando todo su cuerpo. Años de buena vida le tienen que servir para algo. Que tipo.

He salido al jardín trasero a fumar un pitillo y pensar un rato. Sentado en los escalones no podía dejar de darle vueltas a los acontecimientos de las últimas horas, mientras contemplaba, pensativo, las tapias del patio. Todo parece irse acelerando por momentos. En cierta medida todo esto resulta como un alud, primero son solo unas piedrecillas, luego unos cantos rodados, luego unas rocas y antes de que te des cuenta toda la puta montaña se está deslizando hacia ti a toda velocidad. Joder.

Y aún por encima, cada vez más aislado. Antena 3 ha muerto, ha dejado de emitir a eso del mediodía. En medio de un capítulo repetido de «El príncipe de Bel Air» la señal ha desaparecido. Zas. De golpe, como si alguien hubiese tirado

de un cable. No tengo ni idea de que puede haber pasado. En Televisión Española siguen con el escudo de la Casa Real de fondo de pantalla y marchas militares a todo tren. Ahora los informativos son cada hora y media, pero han cambiado de contenido. Ya no piden a la gente que se dirija a los Puntos Seguros, de hecho incluso avisan de que en algunos casos como Almería, Toledo, Badajoz o Mallorca es altamente desaconsejable.

Esos Puntos Seguros han demostrado ser una idea lógica (concentrar a toda la población para defenderla en unos pocos puntos), pero funesta. Los infectados parecen sentirse atraídos por la presencia humana. Oleadas de ellos, pues ahora deben ser ya millones en todo el país, rodean las ciudades donde están los Puntos y simplemente, arrojan las defensas con su número. Después, es el caos.

Por increíble que pudiera parecer ahora ya se admite abiertamente en todas partes que los infectados son cadáveres que, de alguna manera, han vuelto a la vida. El virus, o lo que demonios fuera, que se les escapó a los rusos en Daguestán provoca un fallo total de las defensas del individuo, infecciones múltiples, hemorragias y a las pocas horas, la muerte. En un plazo no muy claro el individuo muerto vuelve a levantarse, pero ya no es él, es uno de ellos. Ataca a todo ser vivo que se cruce en su camino, no reconoce a nadie, no se comunica aparentemente de ninguna forma y no parece tener un objetivo o criterio fijo. Simplemente ataca. Se citan incluso casos de canibalismo por su parte y por lo visto, la única manera de «rematarlos» si se me permite el chiste macabro, es destruyéndoles el cerebro.

Soy un tipo racional y sensato, y debería estar carcajeándome de esta teoría de locos, digna de una película de serie B, pero no puedo. Si algo me han demostrado los últimos días, es que todo es posible. Y por tremendamente absurdo que parezca, creo que esto es verdad.

Los muertos vuelven a caminar sobre la faz de la tierra y quieren acabar con nosotros.

Sumido en tan alegres pensamientos me ha parecido oír un ruido al otro lado de la tapia. Me he levantado como un rayo, completamente aterrado. Suena como si alguien arrastrase algo pesado. Necesitaba saber que era eso. Con sigilo, he cogido la escalera que utilizo para limpiar de hierbas y musgo la tapia y la he apoyado silenciosamente contra esta. A continuación he subido procurando que no chirriase ni un poco y he asomado los ojos por encima del borde del muro.

He visto a mi vecino sudando, arrastrando una serie de listones de madera como los que me dejó hace unos días. Completamente concentrado en su tarea le he visto entrar por su porche trasero inconcluso y meter los listones en su casa. Al cabo de un rato he oído el sonido de martillazos. Cuando ha vuelto a salir, le he llamado. Ahora, el que se ha llevado el susto de muerte ha sido él.

Es un tipo de mediana edad, corpulento, un poco calvo. Se llama Miguel y creo que tiene una empresa de distribución de material médico. Está divorciado,

vive solo, y según él « se niega compartir espacio con toda esa multitud del punto seguro» . Cree que estará más seguro en su casa y en cierta medida, no le falta razón. Ahora está barricando las puertas y ventanas de su casa, por si esas cosas logran pasar el portón de acero. Me dice que tiene un barco en el puerto deportivo y que si las cosa se pone fea podemos largarnos en él. Le digo que sí, pero en mi interior pienso que eso es una estupidez. Conozco su barco, es un seis metros, atracado cerca de donde dejo mi zodiac y con eso no podríamos ni salir de la Ría, suponiendo que fuésemos capaces de llegar de una pieza al puerto. Quedamos en hablar dentro de unas horas y nos despedimos.

De nuevo dentro de casa no puedo evitar respirar aliviado. No estoy sólo, hay otra persona cerca. Eso me recuerda, sin embargo, que ni él ni yo, estamos solos. Tiene que haber algo más, que ya no son personas, y que cada vez tiene que estar más cerca.

25 January 2006 @ 02:36 hrs.

ENTRADA 32

Ya están aquí. Los puedo oír. Están fuera. Mierda. Los estoy viendo desde la ventana. Hay docenas de ellos, por todas partes. Creo que voy a vomitar.

25 January 2006 @ 18:38 hrs.

ENTRADA 33

Ya estoy más tranquilo. Esta noche ha sido una auténtica pesadilla. Más tarde, con la luz del día, la situación aunque menos aterradora ha mostrado toda su angustiada realidad. Pero ahora vuelve a caer la noche. Dentro de unas horas volverá a estar oscuro por completo (ya que ni decir tiene que el alumbrado público está fuera de servicio), y yo no podré ver a esas cosas. Pero sé que están ahí fuera. Y creo, que de alguna manera, ellos saben que hay vivos por aquí cerca, en alguna parte.

Todo comenzó a la una de la mañana, más o menos. Acababa de volver de la tapia del jardín, de hablar con Miguel, el vecino de la casa de atrás, el único ser humano que queda aquí conmigo. Supongo que podríamos haberlo hecho por teléfono y así nos evitaríamos el terrible frío de estas noches, pero la necesidad de ver un rostro humano es enorme. Justo cuando he entrado en casa he trasladado mi cuartel general al piso superior, al dormitorio delantero. No he sido capaz de dormir en esta habitación desde hace dos años. Ahora, no me va a quedar más remedio que hacerlo, ya que es la única cuya ventana da al frente y está por encima de la tapia. Desde aquí puedo ver toda mi calle hasta el cruce con la principal y un pequeño tramo de ésta. He colocado la emisora, el portátil, un pequeño televisor de 14 pulgadas y el arpón de submarinismo alrededor de un sillón y he arrimado éste a la ventana. Me he sentado en él y allí he empezado a esperar.

Al principio no era capaz de distinguir muy bien lo que pasaba. El sonido ha sido lo primero. En el silencio sepulcral de la noche he empezado a oír un ruido extraño, una especie de arrastrar algo contra el asfalto, salpicado con algún ocasional gemido. Se me han puesto los pelos de los brazos literalmente, de punta. Al cabo de un momento he visto al primero. Era un hombre, vestido de civil, de unos 35 años. Llevaba puesta una camisa de cuadros azules y blancos y unos pantalones vaqueros. Le faltaba un zapato. Tenía una herida horrible en la cara y toda su ropa estaba empapada de sangre, que ya empezaba a acartonarse. Detrás de él siguieron apareciendo más, hombres, mujeres (¡¡Incluso niños, por el amor de Dios!!). Todos presentaban algún tipo de herida u otra y algunos, incluso amputaciones severas. El color de su piel es cerúleo, con el sistema de venas marcado en tonos oscuros sobre esa piel pálida, como si fuera un delicado tatuaje. Los ojos tienen la córnea amarillenta. Sus movimientos, son lentos, pero no demasiado, y parecen tener algún pequeño problema de coordinación. En cierta medida recuerdan en su forma de andar a alguien medianamente bebido, tras una noche de fiesta, camino de casa. No está nada mal, si tenemos en cuenta que están muertos. Jodida y totalmente muertos. Porque de eso no cabe ninguna

duda.

He visto a unos cuantos de esos engendros, con heridas que tienen que ser mortales de necesidad, y sin embargo han pasado por debajo de mi ventana, andando como si nada. Esto es pavoroso.

Las docenas del principio pronto se han transformado en centenas, quizá miles, no lo sé. Por un momento la calle recordaba una manifestación, o la salida de un concierto, sólo que sumida en un silencio sepulcral, únicamente roto por el arrastrar de pies por el asfalto y algunos ocasionales gemidos. Son una puta multitud y se encaminan directamente hacia el centro, hacia el Punto Seguro. Incansables. Inmutables. Imparables.

El motivo es más que evidente. No sé cuántas personas pueden estar hacinadas en el centro, pero toda multitud humana hace ruido, mucho ruido. En el silencio absoluto de esta noche llena de cadáveres andantes, lo puedo oír lejanamente desde aquí, a más de dos kilómetros. Sonido de altavoces, ruido de generadores eléctricos para proveerlos de luz y calor, ruido de vehículos. Un imán para esta multitud violenta y deseosa de cuerpos humanos palpitantes. Les van a caer encima y no van a poder hacer nada.

Al cabo de unas horas ha empezado a oírse ruido de armas de fuego, cerca del centro. Primero fueron algunos disparos sueltos, aislados. Más tarde el ruido de fusilería aumentó y se convirtió por un momento en un auténtico rugido. Juraría que por un momento incluso he oído algo parecido a cañonazos. La BRILAT fue retirada hacia varios puntos de España estos últimos días pero aún debe quedar aquí un contingente considerable que parece estar arreando de lo lindo. La radiofrecuencia se ha saturado durante horas interminables, llena de mensajes histéricos de unas unidades a otras. Llamadas de auxilio, peticiones urgentes de munición, pelotones rodeados solicitando ayuda urgente, informes de bajas, puntos de reencuentro, han roto por tal punto, nos están sobrepasando por tal otro... Y poco a poco, el silencio. El ruido de armas de fuego ha ido cesando paulatinamente y al rayar el alba no se oía absolutamente nada. Las radiofrecuencias están mudas, muertas. Un par de columnas de humo se elevan sobre el centro, marcando el sitio donde una vez estuvo situado el Punto Seguro de mi ciudad.

Estamos bien jodidos. Una docena o dos de esos monstruos se han quedado dando vueltas por mi calle, como autómatas. Uno de ellos está golpeando monótonamente el portal de la casa de al lado, la del médico. No se por qué hace eso, ya que me consta que esa casa está absolutamente vacía, pero lleva así horas y va a hacer que mis nervios estallen.

La noche va a caer de nuevo. Espero ver la luz del día.

26 January 2006 @ 17:57 hrs.

ENTRADA 34

Está siendo un día muy largo. Estoy sentado escribiendo esto en la habitación del segundo piso, la que da a la calle, y de donde no salgo, si no es para ir al baño, o a por algo de comer. Tengo una botella mediada de ginebra al lado de mis cosas. Esta mañana estaba entera. No creo que vaya a hacerme alcohólico, pero un trago o dos me están ayudando a sobrellevar todo esto. Joder, esta tensión me está destrozando los nervios.

Hoy de madrugada estaba dormitando delante del televisor, que enciendo tan solo de vez en cuando para ahorrar baterías (aún emiten el escudo de la Casa Real, pero ya hace muchas horas que no sale ni un informativo), cuando me he despertado de golpe. Disparos. He oído disparos, no muy lejos de aquí. Han estado sonando un rato, y luego, de repente han cesado abruptamente. Sonaban como una pistola o dos y posiblemente algo de más calibre ¿Una escopeta de caza, quizás? Lo desconozco, pero eso al menos me ha revelado algo fundamental ¡Hay más gente viva por aquí cerca! O por lo menos lo estaba hace tan solo un rato...

Miguel, mi vecino, está cada vez más excitado. Opina que quedarnos aquí es un suicidio y que lo mejor que podemos hacer es tratar de coger un coche y abrirnos paso hasta el puerto deportivo para coger su barco. Me he pasado media mañana tratando de disuadirle de semejante locura. En primer lugar, no sabemos si su barco sigue amarrado allí o no (lo más probable es que haya desaparecido). Además, seguramente la carretera estará cortada en una docena de sitios y si tenemos que abandonar el coche e ir a pie, con miles de esas cosas rondando por todas partes, no duraríamos ni un minuto. Creo que he logrado disuadirle, pero no sé por cuanto tiempo.

Sin embargo en parte, tiene razón. O mejoramos nuestra situación aquí o tendremos que movernos, y muy pronto, además.

La presencia de esos monstruos en la calle es constante. Cuando han sonado los disparos he visto pasar a cientos de ellos por la calle principal, en dirección al foco de los ruidos, incluyendo a unos cuantos de los que estaban vagando por aquí desde hace horas. Sin embargo, el resto han permanecido en la zona y con el transcurrir del día han llegado algunos nuevos. Ahora mismo, desde mi ventana puedo ver a once de ellos vagabundeando distraídamente arriba y abajo. Son cuatro mujeres, dos niños y cinco hombres (a uno de ellos lo he bautizado como Aporreador, tras pasarse horas golpeando con la palma abierta un portón de metal). Todos tienen el mismo aspecto cerúleo y distraído, y las ropas acartonadas, rotas y manchadas de sangre. Algunos presentan unas mutilaciones espantosas y una de las mujeres tiene la cintura aplastada, como si le hubieran

pasado por encima con un vehículo. Debe tener la cadera rota, porque le resulta sumamente difícil caminar.

Sin embargo, el más interesante es, sin duda, uno de los hombres, tan muerto como los demás. Es militar, con el parche de la BRILAT cosido en la manga. Tiene una horrible herida en el cuello y le falta un trozo de mejilla. Puedo ver parte de su dentadura cada vez que pasa cojeando por debajo de mi ventana. La sangre coagulada ha hecho extraños grumos en la parte superior de su chaqueta.

Pero lo verdaderamente importante es que aún lleva su mochila colgada de la espalda. Y un cinturón con lo que parecen ser una docena de bolsillos. Y una pistola. ¡Una pistola! El alcohol, el stress acumulado y la falta de sueño han hecho que mi cabeza se ponga a idear febrilmente una docena distinta de planes para conseguir esa pistola y esa mochila. Las necesito. Pero el problema es que lo único que tengo es un arpón de submarinismo. Suponiendo que sea capaz de abatirlo aún tendría que sacárselo todo y en ese lapso el resto de los monstruos se abalanzarían sobre mí. Al cabo de un rato he ideado un plan. Es horriblemente malo, pero es lo mejor que tengo.

No quiero pedirle ayuda a mi vecino. Está demasiado nervioso como para que pueda fiarme de él. Además, si le pasase algo por culpa de un plan ideado por mí, los remordimientos me matarían. No. Este es mi plan, es mi riesgo y es mi premio. No tengo ni puta idea de usar una pistola, pero seguro que hará que me sienta más seguro. Con ella me atreveré a salir de aquí. Y en el último extremo no dudare en utilizarla, incluso contra mi mismo, para evitar convertirme en una de esas cosas, de eso estoy seguro.

Ahora que ya sé que hacer, solo he de escoger el momento. Prefiero esperar unas horas más. Quiero estar seguro de que no hay más de esas cosas fuera de mi ángulo de visión. He montado el arpón y lo he probado contra un tocón de madera en el jardín. Al apretar el gatillo, la tensión acumulada en la goma, de un montón de newtons, es liberada bruscamente. El virote ha salido disparado como un cohete y se ha incrustado en el tronco con gran facilidad. He sudado un rato para sacarlo. No había caído en esto. No voy a tener tiempo para recuperar mis proyectiles. Y tan solo tengo media docena. Voy a tener que estar muy, muy fino.

27 January 2006 @ 11:25 hrs.

ENTRADA 35

Todavía me tiemblan las manos.

He tenido que dejar que pasase un buen rato, y meterme entre pecho y espalda otro buen trago de ginebra para poder sentarme a escribir esto. Dios bendito, mis nervios van a estallar como siga así...

He comenzado con todo al rayar el alba, en cuanto he tenido suficiente luz. Esas cosas resultan engañosamente torpes, pero pueden moverse realmente rápido cuando les interesa. No sé si pueden ver bien de noche o no, pero de lo que sí estoy seguro es que yo, a oscuras, no veo una mierda. Y ellos son más, así que no voy a intentar averiguarlo. Por lo menos, de momento.

Mi plan es una auténtica locura, pensándolo bien. Pero era lo mejor que se me ha ocurrido en esas últimas y febriles horas. Necesito hacer algo, necesito darle salida a la angustiosa tensión de los pasados días, desde que ellos llegaron. Además esa pistola y esa mochila se han convertido en una especie de símbolo para mí. Debo conseguirlas, a cualquier precio. Mi estado de excitación es tal que he acabado contagiándoselo al pobre Lúculo. Se ha pasado toda la mañana corroteando como un loco por el patio trasero.

Después de horas de observación me he dado cuenta de que los once engendros que están en mi calle apenas se desplazan, a no ser que descubran algo que les llame la atención. A eso de las siete de la mañana algo, una rata, un erizo o algo similar ha pasado corroteando por la entrada de la calle. Varios de estas cosas se han empezado a moverse hacia allí, pero evidentemente, no han sido capaces de coger al bicho. Sin embargo seis de ellos, los dos niños, tres hombres y una mujer se han quedado cerca de la entrada de la calle, a unos cuarenta metros, todos de espaldas a la puerta de mi casa. Al ver eso ha sido cuando me he dado cuenta de que mi plan podía tener alguna posibilidad de éxito.

Todo mi plan se basa en que tan solo hay un acceso a mi calle, por su parte inferior, donde se conecta con la calle principal. Por el otro lado está el terraplén por donde vi pasar al grupo de guardias civiles y soldados hace varias noches (aunque ya parece una eternidad). El terraplén tiene bastante pendiente, así que dudo mucho que cualquiera de esas cosas pueda trepar por él. Sin embargo eso es algo de lo que no tengo completa seguridad. Una incógnita más en mi maravilloso plan. Por la calle principal veo pasar de vez en cuando a pequeños grupos de estas cosas, aparentemente vagando sin rumbo, aunque no parecen encontrar especialmente apasionante mi calle, ya que sólo entraron dos en las últimas horas, dos civiles varones, y al cabo de un par de horas continuaron su marcha.

El cadáver del soldado está en la parte más alejada de la calle, cercano al

terraplén, balanceándose en medio de la calzada. Entre él y los seis engendros que están de espaldas, quedan tres mujeres y un hombre, el Aporreador, que sigue rondando la puerta de la casa vecina, a la que parece haberle tomado cariño. Una de las mujeres, a la que le falta un brazo y la mitad del pecho está justo enfrente de mi casa a menos de dos metros de la puerta, mirando fijamente al muro. Viendo que la situación no variaba en casi hora y media, me he decidido a actuar.

Me he devanado mucho los sesos sobre que vestirme. Evidentemente, no quiero que ninguna de esas cosas me muerda. Además, tampoco quiero que me toquen. No sé si sudan o si el contacto con su piel o su sudor, si lo tienen, puede transmitir el virus. La triste verdad es que apenas sé una puta mierda sobre ellos. Solo sé que están muertos, que son agresivos y que están en la puerta de mi casa. Joder. Cualquier precaución es poca.

Tras darle muchas vueltas he decidido ponerme el traje de neopreno. Es grueso, de 14 milímetros (soy muy friolero y el agua en Galicia en invierno está MUY fría), flexible y resistente. Dudo mucho que un mordisco pueda atravesarlo. En todo caso, puede provocarme un moratón debajo de la capa de neopreno, y eso puedo soportarlo. Además, es totalmente liso y termo sellado por el exterior. No tiene colgantes, botones o bordes por donde me puedan agarrar. Es como una segunda piel. He dudado a la hora de ajustarme la capucha. Esta me cubre toda la cabeza, excepto la cara, pero al ser tan gruesa, cuando me cubre los oídos, apenas puedo escuchar nada. No puedo arriesgarme a no oír a una de esas cosas acercándose por detrás. Además, me resta visión periférica.

Con un suspiro he cogido unas tijeras, y con no poco esfuerzo le he recortado la capucha. Esta maravilla me valió casi mil doscientos euros hace un año y ha sido mi mejor compañera en no pocas inmersiones de fin de semana, y ahora la estoy destrozando. Supongo que la situación lo justifica.

Una vez ajustado el neopreno, me he puesto unos guantes de invierno y me he calzado unas zapatillas deportivas de suela de goma, flexibles y, sobre todo, silenciosas. Con las gafas de submarinismo delante de los ojos, el arpón y un puñado de virotes enganchado a la espalda, me he mirado delante de un espejo. Jesús, vaya aspecto más estrafalario. No sé si acabaré con el soldado, pero a lo mejor se muere de risa al verme. Eso contando que tenga sentido del humor. Coño, estoy desvariando...

Antes de salir he cogido un viejo paraguas y le he sacado la tela y todas las varillas. Tiene una espantosa empuñadura de marfil, que pesa una tonelada. Como última línea de defensa, para pegar unos cuantos paragüazos, valdrá perfectamente.

Así que aquí estoy, he pensado, confiando mi vida en un arpón de pesca submarina y un viejo paraguas desguazado. Genial.

Ha llegado la hora de ponerse en marcha. Voy a dejar a Lúculo en el patio

trasero. Si algo sucede, espero que tenga el suficiente sentido común como para escapar saltando la tapia. Mi pobre amiguito. No se merece toda esta mierda.

Antes de destrabar la puerta he cogido mi « arma secreta » . Todo mi plan depende de esta pequeña cosa, olvidada y absurda, que he encontrado rebuscando en un cajón. Si funciona, puedo tener una posibilidad. Si no... Estaré realmente jodido.

28 January 2006 @ 15:45 hrs.

ENTRADA 36

El ser humano es tremendamente complejo. Si me hubieran dicho hace menos de un mes que sería capaz de hacer lo que hice ayer por la tarde, me hubiese reído a carcajadas. Y sin embargo, lo he conseguido. Aún estoy vivo.

En cuanto tuve puesto mi equipo de neopreno abrí ligeramente la ventana del piso superior, desde donde puedo tener una visión total de mi corta calle. He sacado por ella el arpón de submarinismo y con su cruceta apoyada en el alfeizar de la ventana he jugado por un momento con la idea de dispararle desde la seguridad del interior de mi casa a todos los engendros. Por supuesto, esa es una absoluta memez. Es imposible acertarle a una diana del tamaño de una cabeza humana a treinta metros de distancia con un arpón submarino, aún contando con que el proyectil llegase con suficiente velocidad y fuerza. Además, está el hecho insoslayable de que tan solo dispongo de seis virotes. Seis únicos disparos. Genial ¿Verdad?

No pude evitar que me atacase una risilla de maniaco casi histérica. ¡¡Estaba pensando en dispararle a personas desde la ventana de mi dormitorio!! Lo absurdo de la idea me parecía incluso irónico. Aunque esas cosas de ahí abajo evidentemente ya no son personas, sé que en algún momento han tenido vida, familia, amigos... Y ahora tan solo son... Lo que sean. O han sido más torpes, o han tenido menos suerte que yo. Eso es todo.

Con un suspiro me he decidido a afrontar lo inevitable. He cogido un rollo de cinta aislante y de un cajón he sacado mi « arma secreta ». Es un pequeño osito de peluche con dos platillos de cobre en las manos. Dándole al botón de su parte posterior el osito empieza a aporrear frenéticamente los platillos mientras una especie de hipidos suenan desde el interior. El ruido que monta es ensordecedor. Llegó a mi casa hace meses, en manos de su propietaria, una de mis primitas más pequeña, Laurita. Tras perseguir a un indignado Lúculo por toda la casa, mancharme de chocolate las cortinas y romperme un marco de fotos, finalmente se quedó dormida en el sofá y su osito quedó abandonado debajo de él. Lo encontré un día más tarde y lo guardé en un cajón esperando a que su legítima dueña volviese a reclamarlo.

Ahora, no creo que vuelva nunca.

¡¡Por el amor de Dios, sólo tenía cinco años!! Espero que esté bien, o en su defecto con un tiro en la cabeza, pero no viviendo como esas cosas.

He atado el osito a un virote con la cinta adhesiva. Después lo he colocado en el arpón y he apuntado a la fachada de la casa del extremo de la calle. Es la casa más cercana al cruce y tiene un revestimiento de madera en todo el piso superior. Mi idea era clavarlo allí para que montase el suficiente barullo para

llamar la atención de esas cosas. Mientras, yo me las vería con el cadáver del soldado, que por estar más lejos, sería el último en pasar por mi puerta. Un plan sencillo. Una auténtica mierda de plan, donde mil cosas podían fallar, pero es todo lo que tenía.

Con una profunda exhalación he apuntado a la fachada y he apretado el gatillo, justo después de conectar el juguete. El proyectil ha salido disparado como una exhalación, pero el peso del osito ha sido excesivo y ha desviado la trayectoria del virote. En vez de clavarse en la fachada ha golpeado el borde del muro de la casa con un sonido seco y ha caído en la canaleta de pluviales que recorre su parte baja. Por un breve instante no se ha oído nada. Justo cuando pensaba que mi curradísimo plan se había ido al garete nada más empezar, un agudo sonido de platillos ha empezado a salir de la zanja al pie del muro. El oso de Laurita no me ha dejado tirado.

El efecto sobre esas cosas ha sido electrizante. Al oír el sonido se han girado todos en la dirección de su origen y han empezado a desplazarse hacia allí. Tenía que darme prisa. Como una exhalación bajé las escaleras y abrí la puerta de mi casa. Me dirigí al portalón de acero, al que ya le había retirado los puntales de madera y con sigilo, tiré de él. Silenciosamente, giró sobre sus goznes (engrasados, gracias a Dios, hace tan solo tres semanas), y por primera vez en muchos días puse el pie en la calle.

Todos los engendros habían rebasado ya el punto frente a mi portal. Una breve ojeada a mi izquierda me permitió ver la espalda de todos ellos dirigiéndose, con una lentitud engañosa hacia la arqueta de donde salía el sonido. El soldado era el último y estaba cerca de mí, a tan solo unos metros. Cogi uno de los virotes y empecé a montar el arpón, al tiempo que dirigía miradas febriles a todos lados. Quince segundos después ya tenía la goma estirada y un virote en su punto. Mi propio récord. Levanté el arma y apunté, a menos de tres metros. A esta distancia no podía fallar. Si Dios aún tiene preocupación por esta condenada raza humana espero que me haya perdonado por esto, pero mi vida estaba en juego.

Apreté el gatillo. El virote salió con un leve zumbido y atravesó la parte posterior del cráneo del soldado. Este se detuvo en seco y lentamente, se derrumbó, con un sonido sordo. Con premura me acerqué al cuerpo. Ahora sí que parecía estar muerto-muerto, pero aun así cualquier cuidado era poco. Apoyé el arpón y el mango del paraguas en el suelo y empecé a pelearme con las trabillas de la mochila. Algunos grumos de sangre habían caído sobre las presillas y no era capaz de aflojar las cinchas. El sudor empezó a correr por mi espalda. Una mirada me bastó para darme cuenta de que una de esas cosas estaba metiendo su brazo en la arqueta, en busca de la fuente del sonido. Era cuestión de momentos que la cogiesen y la destrozasen. Entonces iba a estar absolutamente vendido.

Algo debe haber llamado la atención de la mujer con la cadera aplastada, porque se ha girado en mi dirección. ¿Me ha oído, me ha oído, me ha sentido? Francamente, no lo sé, pero lo cierto es que se ha girado hacia mí y me ha visto. Con ese extraño movimiento que hacía al andar ha empezado a acercarse a mí. Esta sí que es lenta, ya que tiene que arrastrar una pierna al hacer el apoyo con la otra y su punto de equilibrio está bastante deteriorado. aun así, apenas disponía de algunos segundos. Con las manos torpes he luchado para colocar otro virote en el arpón. Una gota de sudor se me ha escurrido dentro de un ojo, mientras tiraba del elástico hacia mí. Cuatro metros. Por fin he conseguido colocarlo todo. Tres metros. Levanté el arpón y apunté a la cabeza de la mujer. Dos metros. Disparé.

El golpe del virote fue seco, contundente. La mujer se detuvo y se derrumbó hacia delante, como un saco. Pero la situación se deterioraba por momentos. Uno de los engendros había cogido el osito y al sacudirlo, había conseguido que le cayesen las baterías. Sus platillos ahora, estaban mudos. El ruido de la mujer al caerse hizo que todos mirasen en mi dirección. Tenía que darme prisa. El tiempo se agotaba.

He agarrado el cadáver del soldado por una pernera y he empezado a arrastrarlo hacia mi portal abierto, hacia mi salvación. No tenía tiempo a aflojarle las presillas, tenía que llevarme el paquete completo. Mientras me acercaba al portal, de detrás de un coche aparcado ha salido de repente otra de esas cosas. Mierda. A este no lo había visto antes. El arpón colgaba de mi hombro, descargado, y no iba a tener tiempo de colocar otro proyectil. Solté por un momento la pernera del militar y con las dos manos, balanceé el mango desnudo del paraguas. Con toda mi fuerza, golpeé la empuñadura de marfil contra la sien del engendro. No sé si lo maté, pero lo cierto, es que se derrumbó tras oírse un crujido en su parietal izquierdo. Soltando el paraguas agarré de nuevo el cadáver del soldado y por fin atravesé el portalón de mi casa y lo cerré detrás de mí. Justo a tiempo. Estaban a solo unos metros de mí.

He dejado el cadáver del soldado delante de la puerta. He vomitado, de la pura tensión. Ahora, llevo bebiendo casi veinticuatro horas seguidas. Estoy borracho. Y lo peor, ahora esas cosas saben que estoy aquí. Pero estoy vivo. Y quien está vivo puede luchar por su vida al siguiente día.

29 January 2006 @ 17:14 hrs.

ENTRADA 37

Como sigan así me van a volver loco. Llevan aporreando el portón incansablemente, desde hace horas. Los puedo oír, todo el rato, me meta donde me meta. Es horrible. Y esos gemidos... ¡Oh, Cristo Bendito! Me están destrozando los nervios. Estoy bebiendo mucho desde hace días, lo sé, pero no se me ocurre qué otra cosa hacer para soportarlo.

Miguel, mi vecino no me está sirviendo de ninguna ayuda; más bien se está convirtiendo en una carga. Sigue empeñado en que nos larguemos al puerto deportivo para coger su barco y que nos vayamos a cualquier otro sitio. El problema es que no se atreve a hacerlo solo. Y me está rompiendo la cabeza con sus quejas al respecto cada tres por cuatro. Es insufrible.

He tratado de hacerle ver la situación tal y como es, pero no escucha. Las carreteras que no estén cortadas por esas cosas posiblemente estarán bloqueadas por vehículos abandonados, accidentes, puentes volados, etc... Es absurdo plantearse hacer un recorrido como si estuviésemos en una situación normal. Cualquier imprevisto puede suceder y si eso pasa, las consecuencias pueden ser fatales. Hay que planear las cosas a fondo antes de hacerlas si queremos sobrevivir.

Esta noche me he atrevido a subir a la buhardilla de mi casa. Es un pequeño espacio bajo la cubierta, poco más que un armario grande, pero hacía dos años que no subía aquí. Esta lleno de cajas con todas las cosas de mi mujer. Desde el día después de su entierro, cuando mi hermana y su novio guardaron todo esto aquí, hasta hace tres semanas, cuando vino el técnico a instalar los paneles solares, nadie había subido por las escaleras plegables hasta este espacio. El polvo lo cubre todo. Sobre el intenso olor a cerrado aún puedo percibir un ligero aroma familiar. Es su perfume, que ha quedado impregnado en su ropa para siempre. Se me ha encogido el corazón y me he derrumbado sobre un viejo sofá mientras regueros de lágrimas recorrían mi rostro. He estado llorando como un niño durante horas, sujetando un viejo jersey suyo. La echo tantísimo de menos... Oh, Dios, por lo menos no ha tenido que ver todo esto...

Al cabo de un rato me he recompuesto un poco. Aún tengo algo roto por dentro, pero por lo menos he podido llorar un rato y desahogarme. La tensión acumulada estos días es brutal. Quizás refugiarme durante estas pocas horas aquí arriba haya sido una decisión sensata. Han tenido un efecto balsámico sobre mí.

He observado las huellas de pisadas que dejó el técnico sobre el polvo cuando vino a instalar el equipo. Llevan desde la trampilla hasta justo debajo de la claraboya que da acceso al tejado. Debajo de ésta, aún puedo ver algunos restos de cable y una pequeña bolsita de plástico que en algún momento debió contener

tornillos o algo por el estilo. Son los restos de la instalación, como testigos mudos de que allí estuvo alguien haciendo su trabajo hace lo que parece un millón de años. Me pregunto qué habrá sido de ese hombre. Me imagino que estará dando vueltas por ahí, como una cosa más de esas...

Al abrir la claraboya un aire helado ha entrado en la buhardilla. Amarrándome a las estribas me he subido al tejado con extremo cuidado (¡¡Lo último que me faltaba ahora era partirme una pierna!!) y he subido al tejado. Justo al lado de la claraboya hay una pequeña superficie lisa, donde puedes sentarte. Detrás de ese rellano está la pendiente del tejado, ahora cubierta por la superficie irisada de los paneles solares. Justo debajo de mí, una caída libre de unos siete metros hasta el suelo, donde puedo ver a esas cosas agolpadas frente a mi puerta, incansables. No, definitivamente, caerse no sería una buena opción.

Han llegado unos cuantos nuevos, atraídos por el barullo que montan los de la puerta. El cadáver de Cadera Rota está en el medio de la calzada, hecho un guiñapo. Del otro no hay ni rastro, parece que el paraguazo que le propine no ha sido lo suficientemente fuerte para mandarlo de vuelta al infierno. Lástima.

Normalmente desde aquí se disfrutaba de una estupenda vista nocturna sobre la ciudad. No he podido evitar sorprenderme al ver que está totalmente a oscuras. Donde habitualmente tendría que ver miles de luces ahora solo hay la negrura más absoluta. La corriente eléctrica se ha ido definitivamente. Y no creo que tengan pensado mandar un equipo a arreglar la avería. Mientras encendía un cigarrillo he reflexionado sobre eso.

Cuando empezó todo esto, la gente dejó de presentarse en sus puestos de trabajo. Los operarios de las centrales eléctricas hicieron lo mismo, así que hace aproximadamente unas dos semanas que las centrales funcionan sin mantenimiento, en modo automático. Traté de recordar las explicaciones que una vez me había dado el novio de una amiga mía, ingeniero. Una central térmica (la inmensa mayoría), que funcione con carbón o combustible solo puede estar en modo «automático» veinticuatro horas, antes de que se apaguen sus calderas por falta de aporte de combustible. Una hidroeléctrica o una eólica en teoría podrían aguantar indefinidamente, pero requieren mantenimiento técnico especializado para reparar las constantes averías producidas por estar en marcha 24 horas al día. Podrían aguantar unas dos semanas antes de empezar a romperse por todas partes. Y los repuestos, ahora, no serían fáciles de conseguir. La posibilidad de pensar en una central nuclear funcionando sola, sin mantenimiento, es realmente espeluznante. Chernobyl, recuerdo que me dijo con una sonrisa triste, es el ejemplo de una central nuclear que falla por falta de cuidados.

Confío en que las noticias que dieron sobre la desconexión de las centrales nucleares fuese cierta...

Así pues, supongo que todo el país está a oscuras, o en trámite de estarlo en

las próximas horas. Red Eléctrica tenía un plan de contingencia por si una central o dos fallaban, pero el apagado de todas ellas casi a la vez debe haber supuesto el colapso total del sistema. De golpe y porrazo nos han mandado de vuelta al siglo XIX... Sólo que rodeados de cadáveres ambulantes y luchando por seguir vivos. Que panorama más cojonudo. He apagado el cigarrillo y me he vuelto para adentro. Hace frío. Aún tengo que revisar la mochila del soldado. Espero que haya merecido la pena. A ver qué encuentro...

ENTRADA 38

Coño. Las últimas veinticuatro horas han sido un desastre. Cuando piensas que nada más puede joderse, la realidad va y te pillas por los huevos con una nueva sorpresa.

Por si ya no tenía suficientes (¡¡Y enormes!!) problemas con ese grupo de cosas que están aporreando inmisericorde mi puerta desde hace un par de días, ahora se me abren nuevos frentes. En primer lugar, y como consecuencia del fallo eléctrico generalizado, Internet ha dejado de existir. Kaputt. Se acabó. Mi blog está muerto, como toda la red. El pantallazo blanco del Explorer es lo único que veo cuando trato de acceder a la Web. Es lógico, supongo. Los servidores están caídos y las compañías que facilitan el acceso a la red hace ya días que han dejado de dar servicio. El que la mía haya aguantado hasta hoy se me antoja un milagro. Resulta increíble ver hasta que punto dependemos de la corriente eléctrica para todo... Hemos vuelto al siglo XIX con todas sus consecuencias y no sé si estaré preparado para ello.

Voy a seguir haciendo anotaciones en el diario. Necesito escribir lo que veo y lo que siento. Necesito exponer mis pensamientos sobre algo en blanco, si no quiero volverme loco en un par de meses. Este diario es mi interlocutor, la única cosa en la que confío plenamente en estos momentos. Si en algún momento la jodo de verdad, por lo menos aquí quedará constancia de como viví estos terribles días. Vaya mierda de consuelo, amigo.

Cuando me armé del suficiente valor volví a salir al pequeño patio de entrada. Abrí la puerta con todo el sigilo del que fui capaz y asomé la nariz. El cadáver del soldado seguía tirado donde lo dejé, junto a la parte interior del portalón. Desde este lado, el ruido producido por esas cosas es ensordecedor. Apoyé la mano en la chapa de acero y pude sentir la vibración producida por los golpes. Creo, que de alguna manera, saben que estoy a este lado, y la imposibilidad de poder cogermelos resulta inmensamente frustrante.

Me senté en uno de los escalones de entrada y encendí un cigarrillo mientras contemplaba el cadáver. Era la primera vez que podía observar a una de esas cosas detenidamente y de cerca. Empieza a oler realmente mal. El proceso de putrefacción y rigor mortis que deberían sufrir todas las engendros de ahí fuera parece estar como ralentizado, pero una vez que mueren «de verdad» parece avanzar a su ritmo normal. Un líquido pegajoso ha estado fluyendo desde el agujero del cráneo del soldado, por donde entró el virote, y ahora es un coágulo solidificado en el suelo de gres. No creo que esa mancha salga en la vida, aunque supongo que eso ya no importa una mierda. El color de su piel es amarillento, cerúleo y su sistema sanguíneo se dibuja en la piel como un delicado encaje. En

conjunto, junto con las terribles heridas de su cara, presenta un aspecto espantoso.

Armándome de resolución, me he puesto unos guantes de látex del botiquín y he cogido la pistolera. Dentro había una pistola, negra, engrasada, pesada. Pone Glock en un lateral, y un número de serie de ocho cifras. Creo que está cargada, pero lamentablemente es la primera vez en mi vida que tengo un chisme de estos en las manos. He de estudiarla con más cuidado, pero ahora me siento mucho mejor. Estoy armado, de verdad. Sé que es más psicológico que otra cosa, pero la sensación de seguridad es maravillosa.

En los bolsillos del cinturón he encontrado dos cargadores más, que parecen corresponderse a la munición de la pistola. Tienen quince proyectiles cada uno, así que suponiendo que la pistola esté cargada tengo la friolera de 45 balas. Otra cosa es que sea capaz de disparar alguna sin atravesarme un pie. Ya lo veremos.

Además de la munición de la pistola he encontrado varios cargadores de lo que parece ser munición de rifle de asalto. Dos de ellos están vacíos, y aún huelen a pólvora. El pobre diablo que yace a mis pies tuvo tiempo de disparar al menos dos cargadores completos de su arma reglamentaria, de la que, por supuesto, no hay ni rastro. Cuando esas cosas le cogieron supongo que, sencillamente, la soltó. A saber donde está ahora.

La mochila ha resultado un tesoro. En su interior he encontrado un saco de dormir, un capote militar estupendo, con el camuflaje estampado del Ejército de Tierra Español, una brújula, un mapa con diversas situaciones señaladas (supongo que posiciones de la línea defensiva que contuvo a esas cosas durante la evacuación, ahora ya abandonadas), tabaco, un botiquín de primeros auxilios con tres ampollas de morfina y lo mejor de todo, varias de las raciones de emergencia del Ejército. Son unas latas estupendas. Tienen un depósito lleno de una sustancia reactiva en su parte inferior. Si se les añade agua, generan un intenso calor y así puedes comer caliente sin necesidad de encender fuego o una cocina. Supongo que me vendrán de coña cuando tenga que salir de aquí. Porque cada vez es más evidente que tendré que moverme, tarde o temprano.

Quedarme aquí solo conducirá a que esas cosas acaben entrando o yo me muera de hambre. El único problema es como salir de aquí. Y a donde coño ir, por supuesto.

Rebuscando en uno de los bolsillos inferiores me he encontrado una cartera, y ahí se me ha jodido el día. Es la de este chaval. Se llamaba Arturo Besada, tenía tan solo 22 años y era de un pueblo a tan solo treinta kilómetros de aquí. Tenía dentro fotos de una chica (¿Su novia?), y un perro precioso. A este chaval le han robado la vida. A este crío le he metido tres palmos de acero en la cabeza para poder sobrevivir. Joder, me pongo enfermo solo de pensarlo.

Con esfuerzo, y algunas arcadas, he retirado el virote de su cabeza. Lo he metido en agua hirviendo en una tartera, en la cocina y lo he dejado ahí durante

unas seis horas. Me ha costado media línea de acumuladores de energía hacer hervir el agua tanto tiempo, pero creo que eso matará cualquier bicho que pudiese tener el proyectil. Lo he devuelto a la vaina, junto a los demás. Ahora tengo cuatro virotes. Los otros dos los puedo ver perfectamente desde mi ventana, uno abandonado al lado del osito y el otro clavado en Cadera Rota. Podrían estar tranquilamente en la Luna. Es imposible llegar hasta ellos.

Ahora, no sé que coño hacer con el cadáver. No se me ocurre como lanzarlo por encima de la tapia sin que esos cabrones me vean. De momento lo he envuelto en un plástico. Ya se me ocurrirá algo. Un problema más...

Por si no fuera suficiente mi vecino, Miguel, está en un estado de excitabilidad sumo. Sospecho que se está metiendo algo. He cometido el error de contarle mi aventura con el soldado y ahora cree que podemos ser capaces de abrirnos camino a sangre y fuego por la ciudad, hasta su puto barco. No sé cómo explicarle que la realidad es distinta. Yo me he jugado la vida para avanzar tan solo media calle y cargarme a dos de esas cosas. Cruzar media ciudad con MILES de esos monstruos sueltos es una tarea distinta. Tendríamos que planearla con sumo cuidado y no salir disparados, con un gramo de coca corriendo por las venas, sin saber qué podemos encontrarnos al doblar una esquina.

Se ha fijado en mi traje de neopreno y ahora va vestido con una especie de mono de mecánico. Tiene un aspecto bastante idiota con él puesto. Sospecho que este tipo va a hacer alguna estupidez como no nos pongamos en marcha dentro de poco. Tengo que pensar. Rápido.

31 January 2006 @ 11:49 hrs.

ENTRADA 39

Estaba tranquilamente sentado en la cocina cuando lo he oído. Disparos. Sonaban como una escopeta de caza. Ha sido justo al lado. ¡¡Es mi vecino, seguro!! ¿Pero qué demonios está haciendo ese gilipollas? ¿Acaso pretende atraer a todo cuanto muerto andante esté en un radio de dos kilómetros? Jesús, esos disparos deben haberse oído en toda la puta ciudad...

He subido por la escalera apoyada en el muro y me he asomado a su patio. No hay nadie. Tan solo los tablones de madera ordenadamente apilados, que iban a ser empleados en un porche que ya nunca llegará a ser construido. Le he llamado, suavemente. Nadie responde. Miguel, tío, pero ¿qué demonios has hecho, joder...?

El ruido provocado por las cosas que están en el lado de la calle de Miguel es perfectamente audible desde aquí. Suenan golpes contra una puerta de madera. De alguna manera, esas cosas se las han ingeniado para atravesar el portón de acero del patio delantero de mi vecino y ahora están aporreando directamente su puerta principal. Vaya mierda. Joder.

Cuando estaba pensando como demonios bajar a su patio le he visto, a través de una de las ventanas traseras. Me ha dicho que está bien, que intentó llegar hasta su coche, « para recogerme en mi puerta y darme una sorpresa », pero que hay docenas de esas cosas en su lado de la calle y que le ha sido imposible. Además, se le han colado en su patio delantero. Se ha cargado a dos, me ha dicho con una enorme sonrisa. Grandísimo gilipollas. Con el barullo que ha montado para cargarse a esos dos, ahora debe haber una docena más ahí fuera, por lo menos.

Tiene el mono de mecánico desgarrado en el cuello y manchas de sangre sobre él. Le he preguntado que le ha pasado y me ha dicho que una de esas cosas intentó agarrarlo por el cuello, pero que se pudo soltar sin problemas. Toda la sangre es de « esos mierdas », me ha dicho. Está muy pálido y, no sé por qué, me ha dado la impresión de que me miente. Años de práctica en los Tribunales me han permitido conocer muy bien las miserias y los fallos de la naturaleza humana y sobre todo, ser capaz de captar las pequeñas señales inconscientes que emitimos cuando no contamos toda la verdad. Este tío me está ocultando algo, lo sé. Tiene que haber más.

Ahora vuelvo a estar en la cocina, preparándome una sopa concentrada, con Lúculo cómodamente recostado en mi silla, pensando en todo esto. Y no me gusta. Nada.

01 February 2006 @ 10:58 hrs.

ENTRADA 40

Esta noche he vuelto a beber mucho. Ahora, mientras escribo esto, tengo una resaca de espanto, pero es un justo precio a mis excesos, supongo. Nunca había sido un gran bebedor, ni mucho menos, pero desde que todo este infierno comenzó le he pegado tal meneo a mi mueble-bar que está casi en las últimas. Supongo que es mejor así.

Hace un montón de noches que no soy capaz de dormir bien. La tensión, la ansiedad, el ruido monótono e inmisericorde, constante, de esas cosas ahí fuera, forman un cóctel demasiado fuerte para mi mente. He pensado en tomar algún tipo de pastillas para dormir, pero me da miedo el sueño inducido químicamente. Si esas cosas se las arreglasen para entrar mientras estoy bajo los efectos de un par de pastillas de Valium, ni me enteraría. Sería un plato calentito y dormido puesto en bandeja de plata delante de ellos. Así que Valium no, gracias.

También he pensado en poner un poco de música para no oír sus golpes y gemidos, pero si la pongo lo suficientemente alta para que enmascare sus ruidos, lo único que voy a conseguir es atraer a docenas, cientos de ellos delante de mi puerta. Como un jodido flautista de Hamelin, pero con esas cosas. No me parece buena idea. Me he puesto los cascos del MP3 un rato, pero no he aguantado con ellos ni cinco minutos. Cada dos por tres me parecía sentir como el portalón de acero cedía y ellos subían las escaleras, buscándome. Me he arrancado los cascos tres o cuatro veces mientras me sentaba en la cama, temblando, agarrado a una pistola que ni siquiera estoy seguro de saber usar. Dios, el alcohol, la tensión y la falta de sueño me están volviendo un paranoico. Tengo que tomar una determinación acerca de qué hacer, si no quiero volverme loco.

Entre ayer y hoy han pasado tres cosas, una buena, una regular y una mala. La buena es que estaba trasteando con la radio de onda ultracorta, saltando de un dial a otro, como llevo haciéndolo desde hace varios días, y sin captar ninguna emisión, cuando de repente he cogido una señal. Es débil, llena de estática y con interferencias, pero es una voz humana, de eso no cabe la menor duda. Cuando la he recibido he pegado un bote de alegría y le he pegado tal achuchón a Lúculo que éste se ha pasado todo el día mirándome acusadoramente. Parece algún tipo de emisora militar, emitiendo partes breves de noticias y recomendaciones. Por lo visto, las Islas Canarias aún aguantan y el gobierno y la Familia Real están allí refugiadas. He oído un mensaje del Rey, pero no he entendido casi absolutamente nada de lo que ha dicho, por culpa de las interferencias, pero era él, no me cabe la menor duda.

En resumen, vienen a decir que las Canarias están hasta los topes de gente proveniente de la Península, que el combustible, los alimentos y el agua

comienzan a escasear en las Islas así que recomiendan NO dirigirse allí. Unidades de la Armada desviarán cualquier buque o aeronave que intente llegar hasta ellos. Que grandísimos hijos de puta. Son como los supervivientes del Titanic que estaban en los botes y que golpeaban con los remos a los que, desde el agua, trataban de subir a bordo de ellos. Están en su precioso y seguro bote y tienen miedo de que si nos subimos demasiados, éste vuelque y se hunda. Así que, en resumidas cuentas, educada, pero firmemente, nos mandan a tomar por el culo. Que nos busquemos la vida, vamos. Sé que no son buenas noticias, pero el saber que no soy el último superviviente de la faz de la Tierra me llena de un inmenso alivio. Además, que les den morcilla. Si Canarias es segura, eso significa que tiene que haber más sitios seguros. Más sitios con gente, con comida, conversación, calor y agua caliente (¡¡Dios, mataría por un buen baño!!).

Las 52 fuerzas provinciales, reducidas después a 40, han tenido que ser refundidas en 4 grandes unidades, con su fuerza extremadamente limitada. Las bajas han sido espantosas (el pobre chaval envuelto en un plástico en mi porche, podría dar buena fe de ello), y las deserciones y las unidades «perdidas» se cuentan por docenas. Únicamente están capacitadas para defender unos cuantos Puntos Seguros, que, de algún modo, se las están ingeniando para sobrevivir, aunque no se sabe por cuanto tiempo (hasta el momento que se les acabe la última bala, supongo). El panorama es absolutamente desolador, pero es algo, al fin y al cabo.

La noticia regular es que hoy he vuelto a oír disparos. Han sonado en dirección suroeste, en la zona entre el centro y la carretera de La Coruña. Ha sido cerca del alba, una serie de disparos cortos, como de arma pequeña y después una serie de hipidos rápidos que juraría que son de algún tipo de rifle de asalto. Han durado cerca de media hora y de repente, han cesado de manera brusca. O bien ya no les queda contra quien disparar... O ya no queda ninguno de los tiradores. Vaya mierda.

La noticia mala es que no se nada del imbécil de mi vecino desde hace casi veinticuatro horas. Por más que le llamo por encima de la tapia, no atiende a mis llamadas. Tiene un perro, un mestizo feo y malo como el diablo, que ha sido enemigo jurado de Lúculo desde que lo trajo a su casa y que siempre está rondando cerca de la tapia, supongo que con la esperanza de que mi gato resbale y caiga. Sin embargo, hace apenas una hora he oído unos gañidos horribles que salían desde el interior de la casa. Parecía como si alguien estuviese asesinando al pobre bicho. Después, ha cesado. Ahora, hace un rato, me he vuelto a asomar a la tapia. No veo nada, ni al perro ni a su dueño. Nadie atiende mis llamadas. Solo los montones de tablones, correctamente apilados en el patio trasero de Miguel, son testigos de lo que sea que esté pasando. Y mucho me temo que a mí no me va a gustar. Tengo que estar preparado. Joder.

ENTRADA 41

La Ley de Murphy dice que cuando las cosas pueden salir mal, saldrán peor. El puñetero autor de ese libro debe estar desbordado en estos momentos, si sigue vivo. Francamente, no creo que ese detalle ahora mismo le importe una mierda a nadie. Cada uno debe mirar por su culo en este nuevo mundo de «no vivos» en el que nos hemos metido.

Tras pasarme media mañana colgado de la tapia, tratando de llamar la atención de ese cretino de Miguel sin montar mucho jaleo, finalmente he desistido. He vuelto a casa con una profunda desazón. ¿Y si le ha pasado algo? Por mi mente han empezado a desfilar una serie de posibles accidentes domésticos que puede haber sufrido el muy idiota, desde caerse por las escaleras a resbalar saliendo de la bañera (contando con que desee bañarse en agua fría en pleno mes de enero en Galicia). No he podido dejar de darle vueltas al asunto mientras me calentaba una taza de café instantáneo en la cocina.

Es un capullo y su poca cabeza va a traerme una docena de problemas al día por lo menos, pero es la única persona viva que queda a mi alrededor, que yo sepa. Además, me cedió los postes de madera desinteresadamente, cuando se los pedí. Le debo un favor, aunque nunca pensé que tendría que pagarlo cargando con él a través de una ciudad desolada por la muerte y el caos hasta un puto barco que ni siquiera sabemos si está ahí. Es una auténtica estupidez de plan, pero está obsesionado con eso, y si no le acompaño, tratará de ir solo, y la cagará antes de doblar la esquina. Además, no quiero quedarme solo. Me da pánico, en esta situación...

He pensado que uno de los posibles motivos de su silencio es que esté absolutamente colocado. Estos días se ha estado metiendo cocaína, de eso no me cabe ninguna duda. Puede que se haya metido una raya de más, o que lo que la mierda que le haya vendido su camello esté adulterada, quien sabe. Es posible que tenga un exceso de imaginación, pero no puedo dejar de pensar en él, tendido en el suelo de su cocina, vestido con su estúpido mono con rayas rojas, y con un reguero de sangre saliendo de su nariz, muriéndose a menos de veinte metros de mí, mientras yo estoy rascándome los huevos. Con un golpe apoyé la taza en el fregadero y salí al patio. En el cobertizo del cortacésped tengo guardada una cuerda con nudos. Normalmente la uso en mis inmersiones, cuando he pasado mucho tiempo a demasiada profundidad y tengo que hacer descompresión. Para evitar la narcosis de nitrógeno debo subir lentamente a la superficie y la cuerda tiene una serie de nudos gruesos cada medio metro que me ayudan a calcular la profundidad.

Ahora esta cuerda me servirá para deslizarme hasta su patio. Atando un

extremo a la chimenea de mi poco usada barbacoa, en la esquina izquierda del patio, he dejado que la maroma se desenrollase hasta el suelo del patio vecino. El frío era atroz, intenso. Una suave capa de escarcha cubría toda la superficie de césped del patio, solo interrumpido por los ocasionales montones de tablones de madera, apoyados allí donde lo dejaron los obreros en su día. Si no fuera por el golpeteo constante de esas cosas contra el portalón de mi casa y los gemidos aterradores que lanzan, el silencio sería absoluto. Despreocupadamente, subí por la escalera de mano, pasé las piernas por encima del borde de la tapia y empecé a deslizarme hasta el suelo agarrándome a la cuerda.

Solo cuando he estado en el patio de Miguel he caído en la cuenta de que iba vestido con un jersey grueso y unos vaqueros gastados y que por toda arma llevaba un cúter en el bolsillo delantero derecho del pantalón. Sí señor. Muy precavido. Muy profesional. Olé mis cojones. He estado a punto de dar vuelta y equiparme correctamente, pero entonces he oído un crujido en el interior de su casa. Además he pensado en el ridículo que haría si me presentase con el arpón en ristre y mi neopreno puesto, sólo para encontrármelo tumbado en su sofá escuchando música por unos cascos mientras se está bebiendo una cerveza. No, mejor correr el riesgo, que uno tiene su orgullo. Estúpido orgullo...

Con precaución he cruzado el patio y apoyado los pies en el porche inacabado. El olor a aserrín y a barniz era muy intenso allí. Botes vacíos de pintura y herramientas de carpintero abandonadas se encontraban por doquier. El interior de la casa estaba oscuro, lóbrego. Con un suave golpe de nudillos he tocado la puerta trasera, mientras llamaba a Miguel. Nada ha pasado por un momento. Cuando estaba alargando la mano hacia el tirador para abrir la puerta, se ha desatado el infierno.

Como una explosión, la ventana situada a mi izquierda ha explotado hacia afuera. He visto salir dos brazos por ella y la cabeza de esa cosa. Oh, Jesús Bendito, eso de ahí NO era Miguel, pero lo había sido hasta hacía muy poco. Pobre imbécil. Por tratar de «darme una sorpresa» había conseguido que esas cosas lo mordieran. Ahora estaba jodido, y lo peor, es que iba a tratar de joderme a mí. Empecé a correr hacia la tapia como un poseído. Creo que me golpeé contra uno de los montones de tablas, porque ahora mismo tengo un tobillo del tamaño de una pelota de tenis. Al llegar a la tapia me he girado y he visto a Miguel tratando de zafarse del marco de la ventana. Se debe haber cortado porque un reguero de sangre terriblemente oscura, corrupta, corre por su brazo izquierdo, empapando su ropa. Me he quedado como un gilipollas, hipnotizado, contemplándolo fijamente. Solo cuando ha salido por completo de su casa y ha empezado a andar hacia mí he reaccionado. ¡¡Oh, joder, que lentos parecen y que rápidos son!!

He empezado a gatear por la cuerda. No es fácil, sobre todo cuando sabes que si resbalas lo siguiente que te encontrarás es la muerte, o algo peor. No estoy

seguro, pero creo que ha llegado a rozarme una bota con sus manos. Ha faltado poco. Desde lo alto de la tapia lo he contemplado. Está furioso, agresivo, empapado en su propia sangre. Es uno de ellos. Joder.

He entrado en casa y he cogido mi cámara de fotos. Es un modelo un poco antiguo, una HP 735 digital, pero tiene una lente Pentax fantástica y me ha acompañado en un montón de historias. Le he sacado un par de fotos a esa cosa aullante de ahí abajo.

Ahora estoy en la cocina, contemplando esas fotos en el portátil mientras le oigo rascar y dar golpes en la tapia. Sé que debo hacer algo con él, pero aún no he pensado nada. He de tomar una decisión. Mañana.

ENTRADA 42

La decisión ha sido complicada. Me he pasado todo el santo día pensando que hacer con la cosa que estaba arañando la tapia de mi patio trasero y la solución, por obvia, se me hacía cada vez más dura de adoptar. Lo más normal sería acabar con él, con su sufrimiento, si es que está sufriendo. No sé ni siquiera si es consciente de su propia existencia, si percibe la realidad como yo o de otra manera, por lo que no puedo saber si sufre o no. La verdad es que sé tan pocas cosas sobre ellos...

¿Piensan? ¿Sienten? ¿Hay algo de su antiguo yo todavía dentro de ellos, o su espíritu queda absolutamente aniquilado en el lapso de tiempo entre su muerte y su renacer? ¿Recuerdan algo de su vida? ¿Duermen? ¿Sueñan?... Joder, no sé absolutamente nada de mis depredadores. Solo sé que me quieren cazar. Y que yo, como el resto de los humanos, soy su presa. Vaya caída.

Aun sabiendo eso, me ha costado mucho adoptar una decisión sobre Miguel. Aunque sé que ahora es uno de ellos, ese tío es un conocido. Es mi puto vecino, por el amor de Dios. Aunque siempre haya sido un completo gilipollas, meterle tres palmos de acero en la cabeza me parece inconcebible. No soy un asesino, joder. No puedo hacer eso.

Me ha costado tres horas de tiempo y mi última media botella de ginebra reunir la suficiente presencia de ánimo para acabar con él. Lo que ha inclinado definitivamente la balanza es que los gritos que está profiriendo me están volviendo loco. Le puedo oír en todas las partes de la casa, su puta voz metiéndose en mis oídos cada minuto, cada segundo, pidiendo mi sangre, incansable. La verdad es que estoy histérico. Y borracho. A mi ese cabrón no me va a joder. No señor. Y una mierda. Voy a por ese hijo de puta ahora mismo.

Enfrecido y borracho he cogido el arpón y le he colocado un virote, mientras tiraba del elástico hasta su posición más tensa. Me ha llevado tres intentos conseguirlo, pero por fin lo he montado. Trastabillando, he subido la escalera de mano apoyada en la tapia y he asomado la cabeza. En cuanto me ha visto ha redoblado sus gritos y ha empezado a estirar sus brazos hacia lo alto de la tapia, tratando de tocarme. Desde ahí lo tenía a menos de dos metros. Era un tiro que ni un tipo completamente borracho podría fallar. Al apretar el gatillo el virote ha salido con un siseo seco. Con un ligero «crack» le ha entrado justo por encima del arco del ojo derecho. Un rictus de sorpresa (¿o de alivio?), ha aparecido en su cara un momento antes de derrumbarse como un saco en el suelo de su jardín, sobre el césped.

Ya estaba. Una risa histérica me ha atacado de forma incontrolable, mientras unos lagrimones enormes y redondos corrían por mis mejillas. Al cabo de un

rato estaba llorando a lágrima viva, apoyado en la tapia, sosteniendo el vacío arpon entre las manos. He asesinado a mi vecino desde lo alto de la tapia que nos separa. Acababa de meterle un trozo de hierro en la cabeza. Hace apenas un día estaba haciendo planes con él, soportando sus terribles chistes y ahora lo he matado. Joder, esto es una mierda. Me siento muy solo. Voy a volverme loco como siga mucho tiempo así. Me he descolgado por la cuerda de nudos hasta su patio, al lado de su cadáver. Al apoyar el pie que me golpeé ayer, un latigazo de dolor me ha sacudido desde el tobillo derecho. He contenido un grito. Dios, duele una barbaridad. Espero que solo sea una torcedura y no me haya roto nada. Cojeando, me he acercado a una pila de maderas cubierta por una gruesa capa de hule y he cogido la cobertura. Con el plástico en la mano he arrastrado el cadáver por una penera hasta una esquina del patio y lo he envuelto en él. Debería enterrarlo. Debería rezar algo por él. Ni siquiera sé si era creyente. Joder. Ya pensaré en algo.

Me he girado hacia su casa y me he quedado contemplándola pensativamente durante unos momentos. La puerta trasera está todavía cerrada y la ventana por donde salió Miguel está completamente destrozada. Una constelación de cristales rotos cubre el suelo, con manchas de sangre ya coagulada. Una cortina, con unos feos trazos de sangre está asomada hacia afuera. La casa está oscura, y silenciosa. No parece haber nadie dentro.

Tengo que entrar ahí. Sé que debo entrar ahí. En primer lugar, tengo que asegurarme que no hay más cosas de esas dentro de la casa y que su puerta de madera está convenientemente apuntalada. Lo último que necesito es una docena o dos de esos monstruos en el patio trasero de mi casa. Además, recuerdo que Miguel tenía una empresa de distribución de productos farmacéuticos. Ha de tener una tonelada de muestras de mercancía en algún lado, y los calmantes me están haciendo falta. Y sobre todo, lo más importante, su casa tiene vistas a la otra calle. Puede que por allí hay una salida, o que se me ocurra algo, no lo sé.

Pero en ese momento no podía entrar. Estaba anocheciendo y la oscuridad lo cubría todo. La casa de Miguel carecía de fluido eléctrico. No iba a meterme en la boca del lobo a oscuras, sin mi neopreno y borracho como una cuba. No señor. Mejor dejarlo para el día siguiente.

Como he podido, he gateado por la cuerda y he llegado hasta mi casa. Estoy tumbado en el sofá del salón a oscuras, mientras escucho los monótonos golpes de esas cosas contra mi portalón. Ya estoy más sobrio, y el sordo retumbar de la resaca parece estar acercándose. Voy a tratar de dormir un rato. Mañana me voy a meter en esa puta casa. Y voy a empezar a planear algo. Tengo que salir de aquí.

ENTRADA 43

Estoy sentado en una hamaca en el patio trasero de mi casa. Justo ahora, los últimos rayos del frío sol de invierno caen sobre este pequeño rectángulo de césped, calentándome un poco los huesos, mientras Lúculo dormita apaciblemente sobre mi regazo, soñando con lo que sea que sueñen los gatos. La verdad, este es el momento más tranquilo del que he disfrutado en las últimas semanas. Si no fuera por los ocasionales aullidos de esas cosas de ahí fuera y algún que otro golpe que propinan contra el portalón, podría pensar que es una apacible tarde de domingo. Casi me dan ganas de ir a prepararme una taza de chocolate y ponerme a ver una peli. Desafortunadamente, no es una tarde de domingo, y todos mis convecinos están muertos ahí fuera, deseando acabar conmigo. Además, hace dos semanas que no tengo leche en casa, que coño.

He dormido la resaca hasta casi el mediodía. Cuando me he levantado, me he preparado un regio desayuno compuesto por un par de tazas de café bien cargado y unas alubias en bote mezcladas con mayonesa (la variedad en mi menú se está recortando drásticamente desde hace tres o cuatro días). Hoy es un día donde he tenido que afrontar varios problemas. En primer lugar, el cadáver del soldado, en la puerta. Lleva descomponiéndose allí toda la semana y ahora empieza a oler auténticamente mal. Me he dado cuenta de que como no hiciera algo podía enfermar por su culpa.

Tras encerrar a Lúculo en mi cuarto (lo único que me faltaba es que saltase sobre el cadáver para inspeccionarlo y lamiese alguna parte del mismo) he arrastrado el cuerpo sobre el plástico en el que estaba envuelto hasta el patio trasero, conteniendo las arcadas. El aroma que ha dejado por su paso a través de mi vestíbulo, pasillo y salón, hasta el porche trasero, es inenarrable. Una vez allí he pensado en rociarlo con la gasolina del cortacésped y plantarle fuego, pero una idea horrible me ha paralizado. No sé si esas cosas pueden oler, o peor aún, si ven bien. Si es así y ven una columna de humo elevarse en medio del claro cielo azul del mediodía vendrán en manadas hacia mí. Con desazón, me di cuenta que la única alternativa era enterrarlo en el jardín.

Resignadamente me he puesto manos a la obra y he cavado una fosa no muy profunda en la esquina derecha del jardín, al lado de la barbacoa. El trabajo fue fácil, pues el suelo es muy blando y terroso y solo me hizo falta un pequeño azadón (por otra parte, la única herramienta de la que disponía). Cuando finalmente lo he deslizado dentro del hoyo y lo he tapado, me he sentado, sucio y sudoroso, al lado del túmulo. Mientras encendía un cigarrillo he pensado en lo irónico de la situación. Tengo un cadáver enterrado en mi patio trasero y posiblemente, en su humilde fosa, haya tenido el entierro más lujoso que se haya

celebrado en esta ciudad en los últimos días (si no es el único).

He arrojado la colilla al suelo y he vuelto al interior de la casa. Después de lavarme un poco, resollando por el agua fría que sale del grifo he preparado algo de comer para el gato y para mí. Hoy, conservas. Estoy de las sardinas en lata hasta los mismísimos cojones, pero a Lúculo esta dieta parece entusiasmarle. Puñetero gato...

Después me he preparado a fondo para la prueba más difícil de día. Me he enfundado el neopreno y he revisado mi arpón, con los tres virotes que me quedan (el cuarto aún estaba clavado en la cabeza de mi infortunado vecino, al otro lado de la tapia). El mango de paraguas había quedado abandonado sobre el asfalto en mi expedición previa para acabar con el soldado, así que ahora mi última línea de defensa era la pistola de éste. La Glock parece enorme y peligrosa en mi mano. Aún no estoy seguro de saber usarla bien, pero por lo menos ya he identificado cada una de las partes (gatillo, seguro, liberador del cargador, etc...) de ésta. Está cargada, pero siempre que pueda, procuraré evitar usarla. Los disparos previos que he oído estos días venían de muy lejos, estoy seguro, y aun así los he oído perfectamente. Ya sé lo que el ruido provoca en estas cosas. Si disparase el arma, posiblemente pudiese eliminar a unos cuantos pero el ruido haría que acudiesen docenas de ellos a ese punto en cuestión de minutos. Así que, mejor guardarla para otra ocasión.

Tras rezar todo lo que sé, he subido por las escaleras de mano y me he descolgado hasta el patio de Miguel. Todo seguía tal y como lo dejé ayer. Su cadáver, envuelto en plástico, permanecía en la esquina, como un bulto gris e inútil. Con recelo, me he acercado hasta él y de un par de fuertes tirones, le he arrancado el virote de la cabeza. Esta vez no he tenido tantas arcadas. A lo mejor me estoy insensibilizando. Que interesante. Puede que si sobrevivo el tiempo suficiente, acabe transformándome en un psicópata de manual. Que perspectiva tan curiosa... Joder.

He dejado el virote sobre la hierba, para recogerlo más tarde, y me he encaminado hacia la casa, con cautela. Seguía oscura, y silenciosa. He agarrado el pomo de la puerta y he tratado de girarlo. Cerrado. Debía suponerlo. No me quedaba más remedio que entrar por la ventana por la que anteayer salió Miguel. Con cuidado, para no cortarme con los cristales empapados por su sangre corrupta, me he deslizado dentro de su casa. El espectáculo era terrible. El puñetero perro, o lo que quedaba de él, estaba tirado en una esquina, completamente despedazado. Era un espectáculo atroz, como si una manada de lobos lo hubiese atacado. Me imaginé al jodido bicho, acudiendo junto a su amo agonizante, preocupado, solo para encontrarse con que este se había transformado en un depredador despiadado que lo haría trizas en cuestión de segundos. Vaya putada.

Rápidamente revisé la casa. Por una vez, me había equivocado. La casa

estaba vacía y segura. Ninguna de esas bestias había conseguido entrar, y la puerta del domicilio era blindada, así que podían aporrearla durante siglos, que no se movería. He subido al piso de arriba y echado un breve vistazo por la ventana. He podido ver toda esta calle y dos coches aparcados, justo enfrente. Uno es una furgoneta de reparto, con el emblema de la compañía de distribución de Miguel. El otro es un Mercedes, también de Miguel, con la puerta del conductor abierta. Hay restos de sangre en la tapicería y un cadáver tirado en el suelo al lado del coche. Otro más está no mucho más lejos, a medio camino entre la puerta y el vehículo. Los dos que se cepilló Miguel, intuyo. Los que le costaron la vida.

Una vez que he revisado toda la casa he respirado con alivio. Se ha duplicado el tamaño de mi territorio, esta mitad aún está por explorar, y lo más importante, he visto unas cuantas posibilidades interesantes en esta calle. Quizás salir por aquí sea posible.

Tras coger una caja de analgésicos bastante potente que estaba encima de una mesa, me he vuelto a mi casa. Pronto oscurecería y no había llevado ninguna linterna. No quería andar a oscuras por una casa ajena, con esas cosas ahí fuera. Mañana vendré y la saquearé a gusto. Además, así me dará tiempo a preparar mi plan.

ENTRADA 44

Hace un par de días que no me siento a escribir un poco en este diario. La verdad, creo que empiezo a estar emocionalmente exhausto. La presión lenta y distante, pero continuada, de esas cosas de ahí fuera, posiblemente no pueda tirar abajo las puertas, pero está derrumbando mis nervios. Estoy planeando mi salida de aquí. Quedarme me garantiza seguridad por un tiempo, pero también me garantiza quedarme sin víveres poco a poco y sobre todo, volverme loco.

Creo que ese es el principal motivo para salir de aquí. El hombre es un ser social por naturaleza, que necesita interrelacionarse, y descontando a mi malogrado vecino, hace semanas que no hablo ni veo a ningún ser humano... Vivo, por supuesto. Necesito comunicarme, necesito HABLAR con alguien. Volcarme en este diario me sirve de terapia para dar salida a toda la presión acumulada a lo largo del día, pero no es suficiente. Tengo la inveterada costumbre de hablar con Lúculo con regularidad, como si fuera una persona, pero últimamente las « conversaciones » que mantengo con él son demasiado frecuentes. Es señal de que hay que salir de aquí.

El uso que le estoy dando a las placas solares y a los acumuladores de electricidad del sótano no es el más adecuado y no tiene nada que ver con el objetivo para el cual fueron diseñados. Su finalidad original era proporcionarme fluido eléctrico en caso de un corte o de una caída de tensión de unas horas, no estaban diseñados para suministrar un flujo constante a lo largo de todo el día. Así que supongo que lo que ha pasado era lo que tenía que pasar. He sobrecargado el sistema. El sábado a mediodía conecté el microondas, a la vez que tenía encendido uno de los hornillos de la placa de inducción vitrocerámica y la luz de la cocina. Es un despiste imperdonable, lo sé, pero no me fijé en su momento.

Damos por sentado que la electricidad SIEMPRE está ahí y por ello actuamos en consecuencia. Yo simplemente, me olvidé que estaba utilizando las menguadas reservas del sótano. El nivel de las baterías estaba muy bajo, debido a que había estado tirando de ellas toda la noche, hirviendo agua del grifo y metiéndola en garrafones vacíos. Así que al conectar el microondas, provoqué una bajada de tensión y quemé el puto microondas... Y los motores de los congeladores del sótano. Ahora, la totalidad de mis reservas de congelados se han ido directamente al diablo. Las he enterrado en el patio del vecino, en una fosa al lado de la del cadáver, no sin antes pegarme una panzada con todo lo que he podido salvar.

La situación así, es aún más preocupante. La despensa de mi vecino ha resultado ser regular. Unas cuantas latas de conservas, algo de pasta y dos kilos de patatas mohosas son lo más gordo del botín. Aparte de eso, docenas y docenas de

sobres de sopa en polvo, cremas liofilizadas y rissotos para preparar en un minuto. Por una parte es fantástico porque me las puedo llevar en una mochila sin mucho peso, pero por otro lado su valor nutritivo es más que discutible y necesito estar con mis fuerzas a pleno rendimiento. Eso sin contar con su «delicioso» sabor...

No he encontrado muchas más cosas en la casa. No hay armas, aparte de una escopeta de caza. Es una Zabala de dos cañones superpuestos, pero toda la munición que he encontrado es de postas de plomo (me parece recordar que Miguel era cazador de perdices). Un disparo de esa munición no puede atravesar un cráneo humano, a no ser que sea realizado a quemarropa. Para ello tienes que estar muy cerca de tu objetivo y ese «muy cerca» es demasiado, cuando estamos hablando de esas cosas. Miguel podría dar fe de ello, si no estuviera muerto y enterrado en su jardín. Además, es terriblemente estruendosa. Aun así, me la he llevado, junto con toda la munición, unas quince postas. Nunca se sabe.

Me he vuelto loco buscando las llaves de su barco. Aún no tengo muy claro que es lo que voy a hacer cuando salga de aquí (De momento mi plan sólo se centra en salir de aquí de una pieza, lo que venga después y a lo veremos) pero sé que no debo descartar la opción del barco, por muy peligrosa y remota que me parezca. Tras revolver toda la casa buscando las puñeteras llaves, finalmente he caído en la cuenta de donde podían estar. En el sitio más lógico. Joder.

Con un suspiro me he vuelto al jardín y he empezado a desenterrar de nuevo el cadáver de Miguel, que había sepultado tan solo 24 horas antes, poco después de enterrar al soldado en el mío. Me voy a convertir en un experto sepulturero, como siga a este ritmo...

Enterrar a una persona es duro, pero desenterrarla es más duro aún. Ves como va apareciendo su figura poco a poco, sus manos, su cuerpo... Y te das cuenta de su espantoso olor y de que está rematadamente muerto. Conteniendo mi asco he revisado los bolsillos de su mono. Efectivamente, allí estaban las llaves, su cartera, y una bolsita con unos tres gramos de un polvillo blanco. Pobre diablo. Era un capullo, pero no se merecía acabar así. Nadie se merece acabar así.

Lo he vuelto a tapar y me he metido en su casa. Lo mejor de todo es que no estaba conectado a la red de gas, sino que usaba bombonas de butano para el agua caliente... ¡Y aún disponía de una de ellas al completo! Después de casi veinte días sin contar con gas, un baño se me antojaba un sueño fantástico. He llenado la bañera hasta el borde, he cogido una buena botella de vino de mi casa y me he pasado toda la tarde del domingo en remojo, reposando en medio de una nube de vapor enorme. Creo que me la he ganado. Además, me da la sensación de que va a pasar mucho tiempo antes de que pueda volver a disfrutar de algo por el estilo. Creo que las próximas semanas van a ser muy intensas... Si sobrevivo lo suficiente.

Tengo un plan medianamente formado en mi cabeza, para salir de aquí sin que me mastiquen vivo en la puerta. Aún tiene bastantes flecos sueltos, pero creo que se puede solucionar. He tenido casi tres días para relajarme, comer bien y acumular fuerzas. Ahora tengo que actuar.

ENTRADA 45

Resulta muy complicado decidir que es lo que te vas a llevar contigo cuando sabes que posiblemente no vas a volver a casa en mucho, mucho tiempo. Y es aún más complicado cuando piensas que del equipaje que te lleves puede depender tu vida. Así pues, cosas superfluas fuera. Pero no es tan fácil. Para empezar he ido acumulando en el suelo del salón todas aquellas cosas que considero imprescindibles, mi equipo de supervivencia básico, por decirlo de alguna manera. Tengo una mochila Jack Wolfskin de gran capacidad, unos 60 litros, que solía usar antes de todo esto para llevar mis cosas cuando me iba a hacer buceo y que aún huele un poco a mar. No he podido evitar un pequeño raptó de nostalgia al cogerla, y recordar todas las buenas horas que he pasado con ella. En fin. Además de la mochila, tengo un saco de dormir y un capote para el mal tiempo (Herencia del soldado muerto).

Además me llevo el portátil, la radio de frecuencia ultracorta, algunas mudas de ropa, calzado de repuesto y toda la comida liofilizada que encontré en casa de Miguel. También me llevo el botiquín de campaña con la morfina, todos los antibióticos y analgésicos que he podido encontrar y un garrafón con cinco litros de agua dulce. Un pequeño neceser y una bolsa con algunas fotos que no he podido abandonar y una libreta con unos cuantos bolígrafos, además de mi cámara de fotos y todas las pilas que encontré en la casa hacen que la mochila esté llena hasta los topes. Me he tenido que colgar una bolsa más pequeña de las trabillas del pecho. En esta bolsa he metido un par de linternas (una de ellas una SeaScub de xenón, que utilizaba en inmersiones nocturnas, y que devora baterías pero es como un faro), y toda la munición de la Glock y la Zabala. En conjunto, unos treinta y pico kilos. Una barbaridad.

Soy consciente de que todo este peso va a hacer que me mueva a la velocidad de una babosa, cuando en mi agilidad puede estar la clave de la supervivencia, pero no se me ocurre cual de todas estas cosas es prescindible. Además, por si no fuese suficiente, he de llevar la escopeta, la pistola y el arpón cruzadas en el pecho y una cesta de viaje con un gato persa asustado en su interior, lo cual supone que solo dispondré de una mano libre. Va a ser complicado.

Evidentemente, solo tengo que cargar con todo esto hasta que llegue al vehículo que he escogido para mi fuga, pero tengo que asegurarme de tener vía libre en el trayecto hasta él. Con todo este peso y con el gato en una mano no podría hacerle frente a uno de esos monstruos de ahí fuera y no digamos ya a una pandilla de ellos ni de coña. O eso creo. Joder.

La calle de Miguel está saturada de esas cosas, debe haber al menos dos o

tres docenas vagabundeando por ella, atraídos por los disparos del otro día. El espectáculo que se ve desde su ventana es casi grotesco. Una treintena de cadáveres erguidos, con diversas heridas, algunas de ellas auténticamente horribles, y las ropas empapadas en sangre ya reseca y acartonada, se balancean y se desplazan aleatoriamente por toda la calzada, mientras un puñado de ellos golpea, incansable, la puerta de la casa. No se me ocurre ninguna manera de despejar la calle para llegar hasta los vehículos de Miguel, aparcados justo enfrente. Son demasiados y están demasiado dispersos como para que la «estrategia del osito» vuelva a funcionar. No, definitivamente por aquí no está la salida.

En mi calle, el espectáculo es ligeramente distinto. De todos los engendros que pululaban por ella, ahora solo quedan cuatro, al menos los que yo puedo ver desde mi ventana. Supongo que la mayoría se fueron a la calle contigua en cuanto oyeron los disparos que realizó Miguel el otro día. Que irónico. Puede que su muerte no haya sido tan absurda, al fin y al cabo. Me está dando a mí la posibilidad de sobrevivir. Los cuatro de esta calle están concentrados en torno a mi portalón, por donde he de salir necesariamente, así que he de idear la manera de alejarlos de ahí. Creo que se como hacerlo, pero para eso sólo tendré una oportunidad. Si fallo, entonces estaré realmente jodido...

Una vez empacado todo, lo he apoyado en el zaguán de entrada, justo al lado del portalón por donde he de salir en unos minutos. Lúculo está sumamente nervioso y me ha costado un buen rato de persuasión, caricias detrás de las orejas y muchos susurros convencerle de que debe entrar en su cesta de viaje. Nunca le ha gustado (de hecho, en el coche siempre va sentado en SU asiento), pero no me queda otra alternativa. No me puedo arriesgar a llevar al gato enroscado en un brazo con esas cosas tratando de cogernos. Lo siento por Lúculo, pero tendrá que ir en la cesta. Si esos bichos me cogen, esto significará la muerte segura de mi pequeño amigo, que no tendrá posibilidad de escapar, pero es un riesgo que creo que debemos correr.

Me he enfundado el neopreno y he revisado mis tres armas, el arpón, la Glock y la escopeta. He dado una última vuelta por mi casa, acariciando con la mirada todos los rincones que me son tan familiares. No sé si alguna vez volveré a ver todo esto. Toda mi vida estaba aquí y ahora he de salir con rumbo desconocido y sin tener la seguridad de que dentro de media hora vaya a estar vivo. Es de locos. Mi salón, mi cocina, mi estudio, que nunca llegué a pintar del color que realmente me gustaba, ese sofá con una funda absolutamente arañada por mi pequeño compañero de piso... Con las lágrimas asomándome a los ojos he subido al trastero y he cogido un viejo jersey de ella. Todas sus cosas están aquí, desde que murió, y ahora voy a abandonarlas para siempre...

Me he enjugado las lágrimas y me he dirigido al patio trasero, para comenzar a ejecutar mi plan. La próxima vez que escriba en este diario será para contar

como me ha ido. Si no vuelvo a escribir aquí... Bueno, evidentemente, algo habrá salido mal y un nuevo cadáver, vestido con neopreno estará dando vueltas por la ciudad. Pero no sin haber vendido antes cara su piel. Estoy aterrorizado. Estoy nervioso. Pero también estoy decidido. Vamos allá.

07 February 2006 @ 21:01 hrs.

ENTRADA 46

Estoy vivo.

Agotado, horrorizado y creo que en estado de shock, pero vivo. Lúculo también está bien, creo que incluso mejor que yo. Estamos en un refugio bastante seguro, de momento, pero sólo podremos quedarnos aquí unas horas antes de que las cosas se empiecen a poner demasiado calientes de nuevo. He perdido parte de mi equipo a lo largo de este día interminable, pero aún estoy en condiciones de dar guerra. Cristo Bendito, hay MILES de esas cosas... Debería anotar la jornada de hoy, pero estoy absolutamente agotado y sin ganas de escribir. Mañana, descansado y con más calma, lo haré.

Hoy he disparado por primera vez en mi vida un arma de fuego. Creo que no va a ser la última.

ENTRADA 47

El sol de invierno es muy suave en Galicia, débil, dirían muchos. Su caricia no llega para calentarte en estas gélidas mañanas, pero por lo menos notas como se te entibian los huesos cuando te lleva bañando un rato. Menos es nada. Estamos tumbados, Lúculo y yo, en el tejado de este pequeño refugio provisional donde nos hemos cobijado toda la noche, esperando el momento en el que hubiese suficiente luz como para continuar nuestra marcha. Mientras desayunamos una de las latas instantáneas de fabada que encontré en la mochila del soldado, imágenes de la terrible jornada de ayer no han dejado de acudir a mi mente.

Fue increíble. Y terrorífico. Pero ahora mismo me siento más vivo que en cualquiera de los días de las ultimas tres semanas. Cuando crucé la tapia que separaba el patio trasero de mi casa de la del vecino, no estaba seguro de como podría resultar el plan. Cuanto más avanzaba éste, menos seguro me sentía sobre su resultado, pero ya no podía dar marcha atrás. Crucé rápidamente el patio de Miguel y entré en su casa, aún sumida en penumbras. Podía oír perfectamente los golpes rabiosos que esas cosas le propinaban a la puerta. Estaban muy excitados. Creo que podían sentirme al otro lado. Un par de ellos incluso estaban golpeando las ventanas tabicadas del piso inferior, una vez que habían cruzado el portalón. El sonido era sobrecogedor. Con cuidado, subí las escaleras hasta el piso superior y abrí la ventana del dormitorio, sin miedo a que esas cosas me vieran. Eso formaba parte del plan. Allí estaba, tranquilamente estacionada, una furgoneta de reparto de la empresa médica de Miguel. Sabía que en más de una ocasión se había quejado de que algún yonki había tratado de forzar las puertas en busca de Rohypnol o anfetaminas, pese a que el no distribuía ese tipo de medicamentos. Y también sabía que por eso le había instalado a las furgonetas un potente sistema de alarma (que de hecho, me había despertado más de una noche, al saltar accidentalmente). A ver que tal le sentaban a esas cosas unos bocinazos.

Agarré la Zabala con fuerza y le introduje dos cartuchos de postas en sus cañones superpuestos. Una vez hecho esto, apunté con calma hacia la furgoneta, mientras la multitud de engendros de debajo de la ventana seguía aporreando la puerta, ignorantes aún de mi presencia. Disparé. El estampido seco de la escopeta sonó como un cañonazo en el silencio de la mañana, mezclándose con el sonido de vidrios rotos de la ventanilla derecha de la furgoneta, que estalló en un millón de cristales al ser atravesada por las postas.

Al instante, la alarma del vehículo se disparó. Una serie de potentes toques de claxon y destellos de luz de los intermitentes acompañaba a una sirena estridente, constante. El efecto sobre la multitud de ahí abajo fue electrizante. La mayoría

fueron hacia la furgoneta y rodeándola, empezaron a zarandearla, mientras unos pocos, al haber oído el disparo, habían localizado mi figura en la ventana y se agolpaban ahora debajo de la puerta, estirando sus brazos hacia mí, mientras se podía ver una llamarada de odio en sus ojos empañados.

Satisfecho, me dirigí raudo hacia el patio. No tenía mucho tiempo. Entre el disparo y la alarma, en pocos minutos todos los engendros que estuviesen en un radio de dos kilómetros a la redonda estarían acercándose a esta zona. Esto se iba a convertir en un punto muy caliente. Trepé como un mono la cuerda del patio y bajé las escaleras por el otro. Al apoyarme en el tobillo maltrecho un ramalazo de dolor me subió por la pierna hasta los ojos. Por un instante lo vi todo blanco y estuve a punto de caerme. Joder. Tenía que darme prisa. Entré en mi casa y subí hasta el dormitorio superior para echar un breve vistazo.

Con un suspiro de alivio comprobé que el plan estaba dando resultado. Tres de los engendros de mi calle se dirigían, balanceándose y trastabillando hacia la boca de la calle principal, desde donde podrían acceder a la paralela en la cual la furgoneta no paraba de sonar, atrayendo a todos esos bichos como una luz a una mariposa. El restante había decidido de alguna manera que podría llegar antes atravesando el terraplén del fondo de la calle. Supongo que se acabaría cayendo, pero eso me daba igual. Lo tenía suficientemente lejos como para poder intentar llegar hasta mi coche con seguridad.

Sin aliento, llegué hasta el zaguán de entrada y me coloqué la mochila en la espalda. Crucé la escopeta y el arpón sobre el pecho, junto con la bolsa pequeña y a continuación, de un par de golpes saqué los postes de madera que apuntalaban el portalón. Con cautela, asomé la cabeza. Campo libre. Por segunda vez en un mes, más o menos, me aventuraba a salir al exterior, solo que en esta ocasión era para emprender un viaje del que no sabía si podría sobrevivir.

Agarrando con una mano la cesta de Lúculo y con la otra la pistola, crucé a paso lento la calzada, dirigiéndome hacia mi coche. Llevaba las llaves colgando de la muñeca derecha. Haciendo un extraño, conseguí agarrarlas con un par de dedos y apretar el botón de apertura. Primer error. Con un audible pitido doble y con destellos de intermitentes mi coche se abrió, pero llamó suficientemente la atención de las cosas de ambos lados. Ahora se habían girado y avanzaban hacia mí. Mierda. El tiempo se agotaba y tenía que ser rápido. Abrí la puerta del conductor y arrojé en los asientos traseros la mochila. Por un acto reflejo, di la vuelta al coche, para abrir la puerta del copiloto y apoyar a Lúculo en su asiento, tal y como tengo por costumbre hacer.

Segundo error. Al girar en torno al coche vi a esa bestia. Era uno de ellos, un hombre de unos veintitantos años, con melena larga y perilla. Llevaba puesta una camiseta negra, horriblemente sucia y rasgada y le faltaban las dos piernas por debajo de las rodillas. Ni se me ocurre cómo pudo haberlas perdido. Estaba tirado en el suelo, justo detrás del coche. No sé cuándo había llegado hasta allí

arrastrándose ni cuánto tiempo llevaba esperando, pero me lo encontré de sopetón. Asustado, di un paso atrás, pero no pude evitar que me cogiese uno de los tobillos (el bueno, gracias a Dios) y le clavase los dientes.

Fue todo muy rápido. Como estaba moviendo la pierna hacia atrás no fue capaz de hacer presa en el tobillo y además, el neopreno es una sustancia demasiado gruesa y flexible como para que un mordisco apresurado pueda atravesarlo. Sin embargo, dejó las marcas de sus dientes perfectamente visibles en el forro de tela que lo cubre. Con un asco supremo mezclado con terror en estado puro, arrojé la cesta de Lúculo al suelo y agarré la pistola con las dos manos. Apuntando directamente a su cabeza, a menos de un metro, disparé.

No soy un tirador experto (de hecho, era la primera vez que hacía fuego con un arma corta), pero a esa distancia no podía fallar. Con el nerviosismo le disparé varias veces a la cabeza. Joder vaya espectáculo. Aún tiemblo de asco al recordarlo. No es como las películas, no se abre un pequeño agujerito, sino que un impacto de bala abre un boquete ENORME en una cabeza y cuajarones de sangre, restos de cerebro y astillas de hueso salpican a todas partes.

Temblando de la impresión, me apoyé en el coche, tratando de recuperar la respiración, pero el descanso tenía que ser necesariamente breve. Las otras cosas estaban a menos de treinta metros de distancia y se acercaban muy, muy rápido. Cogí la cesta de Lúculo del suelo, y la arrojé dentro del coche sin miramientos. El pobre maullaba desconsoladamente, asustado por la situación. Antes de meterme en el asiento del conductor apunté a las tres cosas que venían desde la entrada de la calle e hice fuego con la pistola. Tercer error. No tengo ni puta idea de disparar, y menos a más de treinta metros de distancia. Lo único que conseguí fue vaciar el cargador y montar aún más ruido. Bueno, eso era lo de menos. Con el barullo que estaba montando se me tenía que oír hasta en Vigo.

Arrojando la pistola vacía en el suelo del coche me metí en él a toda velocidad. Con un giro de la llave de contacto, el Astra encendió con un par de tosiditos que me helaron la sangre. Llevaba muchos días sin encenderse y por un momento pensé que se iba a calar, dejándome auténticamente jodido. Afortunadamente, la maquinaria Opel es dura. Tosca, pero dura. Metiendo la primera empecé a avanzar hacia la boca de la calle. Con un par de giros de borracho evité a las tres cosas que se cruzaban en mi camino (he llevado unos cuantos juicios por atropello y sé lo que un cuerpo humano le puede hacer a las lunas y el chasis de un coche al impactar contra él), y salí a la calle principal. La visión era estremecedora. Una auténtica marea No-humana, centenares de esas cosas, avanzaban por la calzada desde el centro de la ciudad, atraídas por el ruido provocado.

Por el otro lado también avanzaban unas cuantas docenas de esas cosas, anhelantes de presas. Solo me quedaba una salida, un pequeño camino comarcal que se abría a unos veinte metros. Con un acelerón me metí por el y...

Estoy oyendo un ruido abajo. Mierda. Joder. Voy a ver qué es. Ya seguiré escribiendo luego.

ENTRADA 48

Hay que joderse. Con tanta historia me había olvidado por completo del diario. No sé, creo que mi mente está empezando a pagar todo el stress acumulado. Cuando ayer estaba escribiendo, con Lúculo en el regazo, oí un ruido en la parte de abajo de este extraño refugio. Con el corazón en un puño bajé, empuñando la pistola, pero por mucho que busqué no pude encontrar nada. Falsa alarma. O señal de que la tensión y la fatiga me están empezando a jugar malas pasadas, lo cual no es nada bueno. O que empiezo a tener alucinaciones auditivas producto de la « fatiga de combate », lo cual es aún peor. En fin.

Como iba diciendo, cuando estaba con el coche en la boca de mi calle la situación no era como para tirar cohetes. Por la calzada que venía del centro podía ver a cientos de esos seres avanzando, con esa extraña manera de caminar, engañosamente lenta, pero realmente rápida, ocupando toda la calle. Era la visión más horrible que cualquiera se pueda imaginar.

Joder, CIENTOS de cadáveres, con heridas y amputaciones, bañados en sangre, pálidos y con esa horrible expresión en la cara avanzando hacia mi vehículo, con sed de sangre y deseando atraparme. Maldita sea. Un cadáver andante es un concepto tan terrorífico que no se puede entender si no ves a uno en persona, pero la imagen de cientos de ellos tratando de cogerte realmente puede poner los pelos de punta al más templado.

Por el otro lado la situación no era mejor. Venían menos, no cabe duda, pero aun así eran demasiados como para que pudiera plantearme cruzar entre ellos sin tener un accidente. Y entonces, si no me mataba al estrellarme, esas cosas se encargarían de hacerlo. Solo quedaba una salida, la pista comarcal.

La zona donde está mi calle fue urbanizada hace relativamente poco. Aún quedan algunos estrechos caminos rurales, que serpentean entre las antiguas fincas de cultivo, que poco a poco se van transformando en calles y edificios, o chalets adosados, como el mío. Precisamente uno de esos caminos se abría ante mí. No veía a ninguna de esas cosas, así que aquella era mi opción.

Con un acelerón me metí por el camino, botando en un enorme bache que había en su entrada. Por el retrovisor pude ver como esa multitud de cosas confluía y empezaba a seguirme. Con terror pude comprender que el ruido del motor no haría más que atraer a docenas de esos bichos allí donde pasase. Mi única alternativa era circular lo suficientemente rápido como para que no pudieran cogerme y me perdieran el rastro. Fácil en teoría. Jodidamente difícil en la práctica.

Aquel camino no era precisamente una autopista. El ancho era el suficiente para un solo vehículo y, en ocasiones, el firme simplemente se transformaba en

un lecho de cantos rodados y enormes socavones en la tierra. Y lo peor, no sabía a donde podía ir a dar. Si era un callejón sin salida, estaba en un serio problema. Iba circulando a poca velocidad, unos 20 Km./Hr y en muchas ocasiones, tenía que detenerme a maniobrar, para evitar un boquete, así que en ningún momento esas cosas me han perdido de vista. Lúculo maullaba lastimeramente, dentro de su cesta, con cada bote del Astra. Estaba aterrorizado, y lo entiendo, porque yo me sentía igual.

Mientras me agarraba fuertemente al volante, el coche seguía avanzando, entre enormes tumbos. Ha habido un momento donde ha sonado un terrible crujido en alguna parte, en el motor o en la dirección, no lo sé, pero no augura nada bueno. Al llegar a un punto particularmente estrecho he pasado a demasiada velocidad y me he dejado los dos retrovisores y parte de la defensa trasera enganchadas entre dos muros de piedra. Me importa una mierda. Tenía que salir de allí a cualquier precio.

En un momento, sin embargo, y sin saber cómo, he desembocado en una carretera comarcal más ancha. Con un frenazo y entre una nube de polvo he detenido el coche. No había nada a la vista, aparentemente, ni vivo, ni cadáver. A lo lejos, reposando cerca del Lerez, podía ver toda la ciudad de Pontevedra, silenciosa, inmutable... Muerta. Solo unas columnas de humo se elevaban en unos cuantos sitios, producto de rescoldos, mientras asombrado, he podido contemplar extensas cicatrices negras en algunos puntos, donde calles enteras han arvido hasta los cimientos.

Supongo que cuando la electricidad falló, algunos transformadores y pequeñas subestaciones se fueron al carajo. Eso debe haber provocado algunos incendios. Y no había nadie para combatirlos. Joder.

Solo se oía el ronroneo de mi motor. Sacudiendo la cabeza, y mientras la nube de polvo se posaba, he colocado la cesta de Lúculo en el asiento del copiloto correctamente, mientras le susurraba algunas palabras para tranquilizarlo. No tenía tiempo en esos momentos de acariciarlo. Tendría que aguantarse un rato. En ese momento tenía que decidir a donde ir. Súbitamente caí en la cuenta.

Ya sabía donde estaba. Era la puñetera carretera secundaria que había tratado de utilizar para salir de la ciudad hacia casi un mes. Aquella misma donde un control no me había dejado continuar. Bueno, no era probable que me volviese a encontrar con un control. Y si por casualidad me encontraba con uno, los cubriría de besos, con tal de que nos acogiesen a mí y a Lúculo bajo su protección. Ya había desempeñado el papel de Llanero Solitario demasiado tiempo.

Tras rodar un par de kilómetros por la carretera desierta, no he visto absolutamente a nadie. Ni un alma, aparte de dos figuras podridas y tambaleantes que divisé a cierta distancia, en el borde de un campo de maíz. Había un pequeño río entre ellos y la calzada, por lo que no han podido seguirme, pero es solo cuestión de tiempo que aparezcan más de esas cosas. Finalmente he

pasado el punto donde estuvo instalado el control. Solo unos bloques de cemento recordaban la presencia de las tropas allí. Posiblemente los habían dejado cortando la carretera, pero alguien, más tarde, ha movido parte de ellos para dejar libre el paso. Aún se pueden ver los restos que dejó el cemento al ser arrastrado sobre la calzada. Quién los movió, con qué lo hizo y hacia donde iba o iban es algo que desconozco. Como tantas cosas.

He seguido rodando unos cuantos kilómetros, cada vez más preocupado. Pronto llegaría al empalme con la carretera general. Y eso implicaría más casas. Y más coches, posiblemente cruzados de cualquier manera en la calzada. Y más de esas cosas, muchas más. Esta comarca atravesaba una zona particularmente vacía en el entorno de la ciudad, pero era la excepción. El resto está densamente poblado, por lo que tiene que haber miles de cadáveres.

Además, no me podía olvidar de la enorme multitud que me venía siguiendo. Muchos se perderían por otros caminos o se pararían, pero no me cabía la menor duda de que unos cuantos llegarían hasta ese punto. Además, estaba anocheciendo. La noche es MUY oscura, sobre todo en un entorno urbano, cuando no hay alumbrado eléctrico. Oscura como el fondo de un pozo. En esas condiciones, continuar sería un suicidio. Tenía que encontrar donde refugiarme, y rápido.

Cuando ya estaba desesperando de encontrar algo, súbitamente, lo vi. Era perfecto. Sobre una pequeña colina, en medio de un campo cubierto de altas y espesas plantas herbáceas (xestas, le llaman los lugareños) podía adivinar un tejadillo naranja. Suspiré de alivio. Los conozco bien. Son las subestaciones de bombeo del gasoducto que cruza Galicia de Norte a Sur, para dar suministro a las principales ciudades. Podría valer.

Con un suave giro de volante me metí en el camino que subía la colina. A medida que me acercaba, éste se iba haciendo más estrecho, comido por las plantas en sus bordes. Casi me doy de bruces con la valla, alta, de tela metálica. Solo se veía la puerta, el resto del perímetro estaba absolutamente cubierto por una capa de al menos quince metros de una densa vegetación. Es imposible llegar a la valla a menos que te abras camino a través de esa selva a golpe de machete, cosa que dudo que esos monstruos puedan hacer. Así, que solo se puede acceder hasta aquí por el camino y este ni siquiera se ve muy bien. Era estupendo para pasar la noche.

Afortunadamente, la valla tenía un simple pestillo y no un candado. Enrollado en torno al pestillo había dos simples vueltas de alambre, sujetándolo en la posición de cerrado. Era bastante chapucero, pero lo suficientemente complicado como para detener a cualquier ser que no fuera un humano.

Tras atravesar la cerca y volverla a cerrar detrás de mí he llegado hasta la caseta. Es pequeña, muy pequeña, poco más que el tamaño de una habitación, pero es sólida y carece de ventanas. Tiene una puerta metálica cerrada con

llave, pero tras unos cuantos minutos de forcejeo con la palanqueta que tenía en el maletero he conseguido forzarla.

El interior es oscuro y polvoriento, solo iluminado por un haz de luz proveniente de una claraboya en el techo y la que entra por la puerta. En medio de la estancia se pueden ver unas cuantas tuberías, manómetros y contadores. Esta subestación tenía como finalidad la purga de aire de los conductos. No sé si queda gas en ellos o no, pero desde luego, no pienso averiguarlo. No voy a tocar esos chismes por nada en el mundo. Lo último que me faltaba era auto gasearme o volar por los aires.

Me he instalado cómodamente en el interior y he dormido casi doce horas de un tirón. Era la primera vez en semanas que podía descansar sin oír el permanente golpeteo y ruido de esas cosas. Es fantástico. Llevo aquí desde entonces y da la sensación de que podría quedarme aquí para siempre, pero no es nada cómodo. Además, el agua se está agotando, me queda poco más de medio litro. Y empiezo a tener sed. No puedo permanecer aquí más tiempo, eso está claro. Pero he podido pensar. Y ya sé cual va ser mi próximo movimiento.

10 February 2006 @ 12:11 hrs.

ENTRADA 49

Antes de que todo esto empezase yo era un tipo escéptico con respecto al destino. Pensaba que las señales, los presagios eran solo producto de fábulas y tonterías de vieja. Ahora, esta mañana, mientras estaba mirando pensativamente las llaves del barco de Miguel y a no estaba tan seguro de eso. Quizás el hecho de que insistiese tanto en lo de su barco era una señal. Al fin y al cabo, si todo el mundo se había ido al infierno en cuestión de semanas, en una versión despiadada del Apocalipsis, las señales divinas no estaban fuera de lugar.

Estaba en el tejado de la subestación, dejándome acariciar por los rayos de sol matutinos. Estos últimos días ha subido un poco la temperatura, pero a cambio, los cielos se han ido encapotando, así que cualquier momento es bueno para sentir la luz solar. Después de tantos días de horror y encierro se agradece profundamente.

Tengo un plan. Y ese plan pasa por hacer exactamente lo que le dije a Miguel que era absolutamente imposible de hacer, esto es, entrar en la ciudad y llegar hasta el puerto deportivo en la Avenida de Orillamar. Desde allí, hacerme con su barco y poner rumbo hacia un sitio que creo que todavía debe ser seguro y donde, si no me equivoco, tiene que haber electricidad, agua, comida y gente. El paraíso, en estos momentos.

Pontevedra está situada en el fondo de la Ría del mismo nombre. En esta Ría, que en su punto más ancho puede tener unos veinte kilómetros de orilla a orilla existe una isla, la Isla de Tambo. Esta isla ha sido a lo largo de los siglos, y sucesivamente un poblado celta, un oratorio sueco, un monasterio medieval, un lazareto y desde hace un montón de años, un polvorín militar perteneciente a la cercana base naval de Marín. El polvorín lleva vacío muchísimos años (creo que desde los 70), y la isla ahora forma parte de un Parque Natural. Es uno de los pocos trozos de terreno virgen en una zona tan densamente poblada como es la Ría de Pontevedra. Ese era mi destino.

Pienso, y creo que no sin razón, que cuando todo se empezó a ir a la mierda, a más de uno se le tuvo que haber ocurrido refugiarse allí. En esa isla hay edificios militares, barracones y almacenes. Solo se puede llegar en barco y está rodeada de fuertes corrientes. Además, confiaba en que los militares la hubiesen tomado bajo su control. En teoría, debe ser el punto más seguro en kilómetros a la redonda. Es perfecto.

Solo tenía el «pequeño» problema de conseguir un barco para llegar hasta ella sin quedarme por el camino. Y eso no iba a ser fácil. Tenía una idea, que aunque algo arriesgada, podría funcionar. En una esquina de la polvorienta subestación había dos grandes barriles de plástico azul con tapa, parecidos a los

que se utilizan en las expediciones de montaña para llevar el equipo. Por las etiquetas, supongo que en algún momento contuvieron químicos, pero ahora estaban vacíos.

Con algo de trabajo conseguí meterlos dentro del Astra, tumbando el asiento trasero. A continuación cogí la mochila y la cesta del gato y las coloqué como pude dentro del vehículo. Dejé abandonada la munición de la escopeta, pues no sé en qué momento, al subirme en el coche, en mi calle, había perdido la Zabala. Así que de nuevo mi armamento se reduce a cuatro virotes de acero y a una Glock con treinta proyectiles, tras la ensalada de tiros que les dediqué inútilmente a los monstruos de mi calle.

Al girar la llave de contacto el motor hizo un sonido espantoso, chirriante. Sin duda, el recorrido que realicé el otro día por aquel camino de cabras para escapar de mi calle debe haber dañado alguna parte del mismo. Noté que me bajaba la sangre a los pies. Si el coche no encendía, entonces sí que estaba muerto. Andando, no llegaría muy lejos, en cuanto me acercase a una zona más habitada. Empecé a girar furiosamente la llave de encendido una y otra vez, mientras maldecía por lo bajo. Oh, Jesús, haz que arranque el puto motor, oh, vamos, venga, vamos, joder, venga, vamos, ¡¡VAMOS!!

Con una explosión ahogada el motor arrancó, entre algún jadeo. Con un grito de alegría, metí la primera marcha y comencé a rodar hacia la calzada principal, dejando aquel extraño refugio que me había acogido durante casi dos días. Al llegar a la carretera comarcal giré en dirección a la general. Sabía que una vez que llegase allí, las cosas se iban a volver a complicar enseguida, pero confiaba en no tener que hacer más de un par de kilómetros antes de llegar a mi destino.

El camino se me hizo corto, muy corto. Al divisar el cruce de la general, apoyé la Glock, ya armada, en el asiento del copiloto y apreté el acelerador. La velocidad iba a ser fundamental. Con un chirrido de ruedas giré en el cruce y enfilé en dirección norte. La calzada estaba desierta, aunque solo aparentemente, porque ante el sonido de mi motor vi asomar a varias de esas cosas de entre unas casas cercanas. Con un rugido, aceleré, alejándome de ellos. Solo tenía que hacer dos kilómetros. Solo dos putos kilómetros, vamos. Al cabo de cien metros, sin embargo, me encontré el primer problema. Un accidente, dos coches empotrados de frente, ocupaban casi toda la calzada. Manchas de sangre rodeaban toda la escena, aunque no se veía ningún cuerpo. Solo me quedaba un estrecho paso por el arcén izquierdo. Maniobrando con cautela, para no quedarme atascado, enfilé el vehículo por el estrecho paso. De súbito, un golpe brusco en la ventanilla del copiloto.

Dos manos, seguidas de un cuerpo aullante, salidas no sé de donde, golpeaban insistentemente mi ventanilla, con las palmas abiertas. Casi se me sale el corazón por la boca. ¡¡¡Joder!!!

Temblando de miedo conseguí dejar atrás a esa cosa, mientras pensaba en mi siguiente movimiento. Un kilómetro más. He visto varios coches abandonados en la calzada o estrellados. Algunos presentan restos de sangre, otros parecen haber sido dejados allí por sus dueños en un momento de pánico o de locura, no lo sé. Más de esas cosas por todas partes. Ni un solo ser vivo a la vista. Quinientos metros para el desvío. Ya casi hemos llegado. Trescientos metros. Doscientos.

De repente, no sé de donde, han aparecido dos de esas cosas en medio de la calzada, una mujer y un hombre. No me ha dado tiempo de esquivarlas y las he arrollado. El cuerpo del hombre ha rebotado encima de mi defensa y se ha estampado contra el parabrisas, reventándolo. He pegado un frenazo de golpe, cuando he dejado de ver a través de la luna completamente astillada. El hombre ha rodado delante del coche, con la inercia del frenazo. A la mujer, creo que le he pasado por encima.

El putó coche se ha calado. He tratado de encenderlo de nuevo, pero el motor está mudo y el salpicadero es una constelación de luces rojas. No hay nada que hacer. Está kaputt. Es curioso, pero lo que se me ha venido a la cabeza en ese momento es que ya no tengo que cambiarle el aceite. Joder, de locos.

He salido del coche. Estoy a solo cien metros de mi destino, puedo verlo. Me he puesto la mochila y he cogido la cesta del gato. Con un ojo puesto en todas partes, he abierto el maletero para arrastrar fuera los dos bidones. Los cien metros que faltan son cuesta abajo, así que los bidones harán el camino solos, rodando. Los he mandado cuesta abajo, de una patada. A continuación he empezado a andar. El hombre se estaba levantando en ese momento, con un aspecto horrible, tras mi atropello. Era mayor, de unos sesenta años. Sin dudarlo, y antes de que se acercase demasiado he levantado la Glock y he hecho fuego a menos de tres metros. La primera bala le ha atravesado el esternón, pese a que apuntaba a la cabeza. Solo con el segundo disparo, casi a bocajarro, le he acertado en la cara. Es un espectáculo que me perseguirá el resto de mis días. No quiero ni recordarlo. Una vez que el cuerpo cayó, me he girado para ver a la mujer. Sigue tumbada en el suelo. Quizás le he roto la espina dorsal, no lo sé, pero no me pienso quedar aquí. Más de esas cosas continúan apareciendo.

He bajado la cuesta casi tropezando y he llegado junto a los bidones, a mi destino. Perfecto. El embarcadero fluvial del Lerez. Estaba vacío, aunque ya contaba con ello. Solo en verano hay un servicio de alquiler de barcas, pero no era eso lo que venía buscando. Desde este punto, y corriente abajo, el río discurre a través de toda la ciudad hasta desembocar en la Ria, justo donde se encuentra el puerto deportivo, y mi salvación. Lo único que tenía que hacer era arrojarme al agua y dejarme arrastrar por la corriente hasta llegar al barco de Miguel. En el agua, esas cosas no podrían cogerme y así podría atravesar toda la ciudad sin riesgo.

Con rapidez he metido la mochila y la pistola en uno de los bidones y lo he

cerrado. En el otro he metido la cesta de Lúculo, que vuelve a estar maullando desconsoladamente. Últimamente su vida está sufriendo muchas emociones, y creo que ya empieza a estar harto... Con uno de los virotes he perforado la tapa de ese bidón. Entrará un poco de agua, pero al menos el gato podrá respirar. Con un cabo he atado los dos bidones fuertemente entre sí. Arrastrándolos, me he acercado al borde. El agua tenía un aspecto oscuro, poco amistoso.

Ya casi habían llegado hasta mí. Con una honda inspiración me he arrojado al agua, arrastrando los bidones. Una sensación heladora casi me hace gritar al sumergirme en las frías aguas del Lerez. Joder, es febrero y debe estar a unos cuatro grados. Afortunadamente, llevo puesto el neopreno, pero aun así, la sensación térmica resulta espantosa.

La corriente ha empezado a arrastrarme lentamente, río abajo, mientras esas cosas me contemplaban, impotentes, desde el embarcadero. Un par de ellas han caído al agua, pero no las he visto salir a flote. Supongo que se habrán quedado en el fondo o habrán sido arrastradas por la corriente. Desde luego, cerca de mí no están.

Me duele la muñeca de escribir y además, Lúculo está demandando su comida insistentemente. Ya seguiré después.

11 February 2006 @ 15:49 hrs.

ENTRADA 50

El frío. Creo que no hay una sensación tan horrible como el frío, cuando lo padeces dentro del agua. Notas como tus músculos se contraen, como tus dedos poco a poco dejan de responder, mientras miles de pequeñas agujas se van clavando lentamente en todo tu organismo. Es horrible.

Cuando recorté la capucha de mi traje de neopreno, hace lo que parece un millón de años, no pensé en ningún momento que fuese a volver a usarlo alguna vez para meterme en el agua. Ahora, por el cuello recortado, me estaban entrando raudales de agua helada del río mientras Lúculo y yo nos deslizábamos corriente abajo. Todo el aislamiento que me podría proporcionar la gruesa capa de neopreno quedaba de esa manera seriamente limitado.

La corriente del río en ese punto era lenta, perezosa. No había tenido en cuenta que tan cerca de su desembocadura, el efecto de la marea alta ralentizaría mucho mi marcha, por el contraflujo de las aguas. Así, lo que pensaba que sería un sencillo recorrido de tan solo unos minutos, se estaba convirtiendo muy lentamente en una odisea que ya duraba más de hora y media. De todas formas, calculaba que ya debía de estar acercándome. En uno de los últimos tragos involuntarios de agua comprobé que esta ya era salobre. El agua marina y la del río se estaban mezclando. Tenía que estar muy cerca de la desembocadura del Lerez en la Ría.

El principal problema era que estaba anocheciendo. El sol en Galicia se pone muy pronto en invierno, pues a eso de las seis de la tarde ya es de noche cerrada. Poco a poco la oscuridad iba cayendo sobre las aguas y mi visibilidad era cada vez peor. Eso le añadía una nueva dimensión al asunto, y nada buena, por cierto.

Ahora corría el riesgo de que atravesando la ciudad a oscuras, pasase al lado del puerto deportivo sin verlo, y arrastrado por la corriente y la marea baja las aguas me llevasen al corazón de la Ría. Eso sería mi segura sentencia de muerte, ya que con esa temperatura del agua y sin nadie disponible para rescatarme, lo más probable es que acabase llegando cadáver a mar abierto o totalmente aterido y desamparado en una orilla, sin saber qué me podía aguardar dos metros más allá. Lo más jodido de todo es que no tenía ni la más mínima idea de que hacer al respecto. No se me ocurría nada...

Poco a poco la oscuridad se fue adueñando de las orillas. Eso en parte me suponía la ventaja de que yo tampoco sería visible. De hecho, tras coger una bolsa de plástico que me encontré flotando a mi lado y taparme con ella parte de la cabeza, desde la orilla tan solo se vería un par de bidones atados y una bolsa enganchada a ellos. Basura a la deriva. Nada interesante. La tapadera perfecta.

A medida que el río se iba internando en la ciudad comencé a pasar por

debajo de los puentes que comunicaban las dos orillas del Lerez. El primero que me encontré era el que más me preocupaba. Era el que estaba en lo más alto de su curso y su distancia al agua era tan corta, que si una de esas cosas estaba sobre él y decidía saltar sobre mí, me atraparía con toda seguridad. Cuando pasé bajo él no me atreví a levantar la mirada. No sé si había algo o alguien sobre el, pero el hecho es que nadie me vio.

Poco a poco las orillas se iban transformando en un paisaje urbano. Lentamente, edificios, calles y avenidas iban surgiendo a mi alrededor, a medida que el cauce avanzaba de manera perezosa.

Las calles estaban desiertas, salvo por la presencia constante de esas cosas por todas partes. Docenas, cientos de ellos, algunos mutilados, otros cubiertos de sangre y bastantes de ellos aparentemente intactos vagabundeaban por las calles cercanas, en un perpetuo ir y venir.

La imagen era aterradora, impactante, sobre todo por el silencio. Era un silencio total, absoluto, tétrico. No oía nada, salvo el rumor de las aguas al discurrir a mi alrededor. La ciudad estaba silenciosa, oscura. Muerta. Podía ver los efectos de toda esta mierda sobre ella. Coches abandonados en las calles, con las puertas abiertas. Accidentes de tráfico por doquier, a los que nadie les había prestado ningún tipo de atención. Algunos locales abiertos, otros con las verjas cerradas. Miles de papeles, bolsas y residuos revoloteando por las calles vacías. Ni una sola luz encendida, semáforos muertos, farolas apagadas y rotas. El viento silbando por las calles desiertas de una ciudad muerta. La imagen del vacío. La imagen de la devastación. La imagen del Apocalipsis.

Poco a poco, mi visión se fue reduciendo. Al cabo de unos minutos tan solo podía adivinar la forma de los edificios, que formaban una especie de cañón a mi alrededor. La ansiedad empezó a hacer mella en mí. Nunca me ha gustado estar en el agua de noche, sin saber qué es lo que hay a mi alrededor. Agarrado a los bidones, mis ojos trataban de perforar las tinieblas, buscando adivinar cualquier amenaza, real o imaginaria, que me acechase.

Mi imaginación, enfiebreada, galopaba de manera desbocada. Treinta veces creí haberme pasado de largo el puerto deportivo y las treinta eran falsas alarmas. Sin embargo, súbitamente la forma fantasmal del club náutico fue surgiendo delante de mí, iluminada de forma tenue por la luz de la luna. ¡Iba a conseguirlo, joder!

El Club Náutico de Pontevedra, un edificio instalado sobre una estructura de pilotes, en la orilla del Lerez. Tratando de chapotear lo menos posible, empecé a mover mis entumecidas piernas para dirigir la deriva hacia esos postes. De ahí, tenía pensado subirme a los pantalanés, pasar al lado de mi zodiaco e ir hasta los amarres del fondo, donde estaba fondeado el barco de Miguel. Era pan comido. Tres minutos, a lo sumo.

Con un esfuerzo titánico, después de dos horas en el agua, mis brazos

dormidos no querían ayudarme a subir al pantalán. Cuando por fin lo conseguí me quedé tumbado como un pez jadeante, absolutamente exhausto, sobre el pontón de madera. Si en ese momento, una de esas cosas hubiese aparecido por allí, podría haberme merendado en cuestión de segundos. No podía ni mover un dedo, y menos aún, defenderme.

Con los ojos cerrados, tumbado a lo largo, traté de aguzar el oído. No se oía absolutamente nada. Bien. Con esfuerzo me incorporé y subí los bidones al pontón. Lo primero de todo, Lúculo. Saqué su cesta del bidón y con mis dedos ateridos luché con el cerrojo de la portilla. El pobre estaba asustado, confuso, hambriento y mojado, pero vivo, al fin y al cabo. Creo que mi pequeño amigo se ha ganado un premio. Ha soportado todo este viaje fluvial sin apenas quejarse, aterrado, pero sereno. Buen chico.

Con la mochila en la espalda y la cesta en la mano comencé a andar hacia el barco. Al llegar al pantalán principal, me quedé paralizado. No podía ser.

No había ni un solo barco. Ni uno, ni siquiera mi zodiac. Todo lo que podía flotar y moverse, había desaparecido... ¿Pero cómo?

Caí de rodillas, absolutamente agotado, incapaz de pensar, bloqueado ante la situación. Mis peores presagios se estaban cumpliendo. No había barcos. En los últimos momentos del Punto Seguro, la multitud aterrorizada debió correr hacia los muelles y subirse a cualquier cosa flotante, con tal de escapar de esos monstruos. Lo debí suponer.

Los mástiles de dos veleros sobresalían del agua, mientras los barcos que los soportaban yacían en el fondo del río. Exceso de carga o falta de pericia, supuse. Esos no habían ido muy lejos. Poco a poco empecé a ver más cosas. La sangre se me heló en las venas. Restos de sangre y agujeros de bala por todas partes. Huellas de pelea. En ese embarcadero había habido una masacre. Una pelea a muerte por un barco. La lucha del más fuerte por sobrevivir. Un paisaje del infierno. Oh, Dios mío...

Súbitamente, tuve un recuerdo. Quizás no estuviese todo perdido. En la otra orilla, fondeado lejos de los pantalanes, recordaba haber visto en multitud de ocasiones algún velero. Eran los barcos que estaban en lista de espera para conseguir un punto de amarre. Para sus dueños era una lata, pues cada vez que querían embarcar tenían que ser transbordados en Zodiac hasta ellos. Quizá la multitud no hubiese podido abordarlos. Quizás aún quedase alguno. Resueltamente metí de nuevo a Lúculo en el bidón, así como la mochila en el otro y, procurando no hacer ruido, me sumergí de nuevo en las oscuras aguas del Lerez.

Tan solo eran unas cuantas brazadas, pero me dio la sensación de estar cruzando el puto canal de La Mancha. Mi esperanza se iba desvaneciendo a medida que me acercaba. Nada. ¡¡Nada!! Pero... ¡¡Espera!! Al fondo, contra el reflejo de Venus en las aguas, podía divisar un mástil balanceándose. Quedaba

uno. Joder. Sí. Sí. ¡¡¡Si!!!

Utilizando mis últimas fuerzas, chapoteé hasta el barco. Era un doce metros, amplio, airoso de líneas, con un bruñido espejo de popa donde podía leerse su nombre. « Corinto ». Mi nuevo barco. Mi salvación. Con un último esfuerzo me agarré a la regala de popa y subí a bordo. Con una mirada a mi alrededor, comprendí porqué nadie se había llevado este barco. Y lo que tendría que hacer si lo quería para mí.

13 February 2006 @ 11:26 hrs.

ENTRADA 51

Está lloviendo torrencialmente. El cielo matutino es gris, plomizo. Sopla un incómodo viento racheado del norte, que arrastra cortinas de agua contra el plexiglás de los ojos de buey de la camareta del Corinto, mientras éste atraviesa suavemente las ondas de la Ría. Puedo oír el viento silbando entre las jarcias y la lluvia chorreando sobre toda la cubierta. Estoy cómodamente instalado en un camarote, con una taza de humeante café al lado mientras trato de ordenar en mi mente los acontecimientos de las últimas horas y planear mi próximo movimiento. Debe haber un potente temporal ahí fuera, en mar abierto, pues los restos de la resaca están sacudiendo el barco. Mi barco. Mi nueva casa, de momento.

Cuando subí a bordo del Corinto, la pasada noche, el espectáculo que se abría ante mis ojos no era precisamente esperanzador. Alguien había estado a bordo, tratando de hacerse con el velero, y no había podido. Lógico, por otra parte.

Había restos de sangre por toda la cubierta, ya resecos. Asimismo, pedazos de fibra de vidrio y una fea cicatriz en la botavara atestiguaban que en esa cubierta alguien disparó al menos un arma. Me pude imaginar la escena perfectamente. La noche en que cayó el Punto Seguro, mientras miles de esas cosas inundaban en oleadas las líneas de defensa, los civiles refugiados en su interior debieron sentir pánico. Los barcos, amarrados en el puerto, parecían la salida lógica, así que cientos de personas debieron precipitarse hacia ellos. No todos cabían a bordo, por supuesto, así que la ley del más fuerte se hizo presente en los pantalanés. Los restos de pelea eran buena prueba de ello.

La pelea, posiblemente, se extendió a las cubiertas de los barcos, mientras estos desatracaban y salían a navegar, sobrecargados y semihundidos, huyendo de la ciudad condenada. El río debió arrastrar muchos cadáveres ese día. Vaya estampa. Sin embargo, algo salió mal en el Corinto esa aciaga noche, algo que no me resultó evidente hasta que llevé a cabo una más detenida inspección.

El Corinto es un doce metros precioso, afilado, agresivo, producto típico de los astilleros holandeses De Rijj, una cuna de pura sangre del mar. La cubierta tiene los acabados en madera de teca y cromados. Una auténtica preciosidad. La distribución interior es amplia y espaciosa, ajustada, como es siempre en este tipo de barcos, pero cómoda. No podía entender porqué esa preciosidad aún estaba amarrada cuando hasta el bote del vigilante del puerto, una vieja barcaza de madera, había desaparecido. Pronto lo comprendí.

Al no estar amarrado en los pantalanés, sino fondeado en la desembocadura del río, el Corinto estaba sujeto al fondo limoso del Lerez por su ancla. Ésta, en vez del corriente cabo de fibra y nylon estaba sujeta por una cadena. Hoy en día

casi no se utilizan cadenas de ancla en los veleros, por su peso excesivo, y se suele preferir un tipo de cabo similar a las cuerdas de los escaladores para sujetarlas, ya que su resistencia a la tracción es muy alta con respecto a su peso y volumen.

Sin embargo, el anterior dueño del Corinto debía ser un tipo chapado a la antigua, porque su barco aún usaba cadena para sujetar el ancla. Al pesar más, para jalar el ancla tenía que usar un pequeño motor eléctrico situado junto al escoben de proa, el hueco por donde entraba la cadena a medida que ésta iba siendo recogida. En la noche de locos en que el Punto Seguro cayó, un número indeterminado de personas debió abordar el velero con intención de escapar con él, haciéndose a la mar. Mientras parte de ellos se dedicaba a hacer fuego contra otros fugitivos (y a recibir disparos, tal y como atestiguaban la sangre y los agujeros de bala), alguien trató de llevar anclas. Sin embargo, ese alguien no debía tener mucha idea, porque no tuvo en cuenta que el limo del fondo posiblemente tuviese las uñas del ancla profundamente sujetas. En vez de ganar cadena poco a poco, para situarse en su vertical y despegar así el ancla de la succión del fondo, que es la manera correcta de hacerlo, conectó el motor del cabestrante eléctrico a tope desde el principio. Este no pudo sacar el ancla con la cadena en diagonal y se empezó a recalentar hasta que finalmente, se quemó.

Supongo que el tipo que lo manejaba estaba demasiado aterrorizado con todo lo que sucedía a su alrededor como para darse cuenta de que se estaba cargando el cabestrante. Después, fue demasiado tarde. Con el motor quemado era imposible llevar el ancla. Alguien trató de cargarse el soporte a hachazos (el hacha y las marcas aún estaban presentes en el escobén de proa), pero lo único que consiguió fue deslaminar parte de la fibra de vidrio. La cadena no podía cortarse y el tiempo se les acababa. Un barco que no podía moverse no valía de nada, así que supongo que lo abandonaron por otro objetivo más útil. Fin de la historia.

Ahora yo estaba en la cubierta del Corinto, pensando en como liberar el ancla del fondo para largarme de ahí antes de que saliese el sol. Tenía que conseguir ese velero a cualquier precio. Podía haber una manera, pero eso implicaba mojarme de nuevo. En fin.

Acomodando a Lúculo en el camarote, tras secarlo un poco, me zambullí de nuevo en las oscuras aguas del Lerez y empecé a nadar hacia el Club Náutico. Una vez allí me dirigí, chorreando agua, hasta la esquina desde donde podía ver el acceso principal. La verja estaba cerrada y podía ver algunos de los monstruos vagando al otro lado, ignorantes de mi presencia aquí. Había huellas de batalla por todas partes. Los supervivientes, antes de huir, debieron cerrar las vallas detrás suya para evitar que esas cosas (o más supervivientes), los molestasen mientras partían. A mí me venía de perlas pues implicaba que, en principio, no me iba a encontrar a ningún muerto andante dentro de las instalaciones.

Mi objetivo era una puerta en la parte inferior del edificio. Incluso sabía donde se escondía la llave de esa puerta. Era el almacén donde se recargaban las botellas de oxígeno. Había estado allí en multitud de ocasiones. Ahora contaba con encontrar al menos un equipo para poder descender al fondo y liberar el pasador del ancla, el punto de unión entre esta y la cadena, el « eslabón débil » por decirlo de algún modo.

La llave estaba debajo de una boya, al lado de la entrada. Con ella abrí la puerta lo más suavemente posible. El cuarto, a oscuras, resultaba aterrador. La escena más absurda de los últimos meses la viví cuando me pareció ver una figura amenazante al fondo y disparé el arpón, solo para descubrir, unos segundos más tarde, que había perforado un traje de buceo colgado de una percha con mi virote. Muy profesional.

En una esquina, cubierto por una lona, estaba el equipo de un monitor de buceo. No era ninguna maravilla, pero tendría que valer. Comprobé el nivel de oxígeno de la botella y el funcionamiento de los reguladores y me lo coloqué a la espalda. Me calcé las aletas y empecé a buscar las gafas, solo para descubrir que no estaban allí. Genial. Tendría que sumergirme en las turbias aguas del río a oscuras y sin gafas, lo que implicaría que tendría que retirar el pasador a tientas. Como no quedaba más remedio, me arrojé al agua y empecé a nadar en dirección al Corinto. Una vez que llegué a la cadena, me sumergí hasta llegar al ancla. El fondo, a unos tres metros y medio, era oscuro como el petróleo. A tientas descubrí que el ancla se había enganchado en unos hierros oxidados que sobresalían del lecho. Por eso el motor se había quemado. Al manipular con paciencia el pasador de cobre, poco a poco se fue aflojando. Cuando ya tenía los dedos entumecidos, súbitamente el pasador se salió por completo. Apenas me dio tiempo a sujetarme a la cadena mientras el Corinto, arrastrado por el reflujo de la marea, se empezó a deslizar por la Ría, en dirección al mar.

Tras trepar por la cadena y desembarazarme del equipo, me sequé por primera vez en horas y lancé el rízon, el ancla pequeña de emergencia, por el escobén de popa. Cuando el barco estuvo asegurado me dirigí tambaleándome al camarote y me derrumbé, agotado, encima de una litera. Creo que he dormido más de doce horas. Ahora, me he levantado, y mientras escribo esto, estoy navegando hacia Tambo. Espero llegar allí en menos de una hora.

13 February 2006 @ 19:38 hrs.

ENTRADA 52

Vaya mierda.

Tambo ya no es una opción válida. Joder. Estoy fondeado a unos cincuenta metros de una de las pequeñas calas de la isla. Desde aquí, en el claroscuro del atardecer puedo verlos, vagando por la orilla. De momento no he visto a muchos, tan solo a una docena, más o menos, pero es más que suficiente. La isla, y quien quiera que se encontrase en ella, ha caído. Cuándo ha sido, no lo sé. Cómo ha sido, ni puta idea. Si hay supervivientes, tampoco lo sé.

Esto es horrible. A lo largo de la mañana he visto ir creciendo el familiar contorno de la isla, a medida que la proa del Corinto se acercaba a ella. He pasado docenas de veces a menos de cien metros de la isla, incluso he desembarcado en ella en unas cuantas ocasiones, pese a que está prohibido, pero nunca me había dirigido con tanto entusiasmo hacia este trozo de tierra como en esta ocasión. Por eso la decepción ha sido aún más dolorosa.

Cuando estaba a unos veinte metros de la orilla y estaba pensando como ingeniármelas para llegar a tierra sin embarrancar la nave, he visto salir por un camino, de entre unos árboles, a un soldado de Marina. Vestía el uniforme blanco de la base Naval e iba con su característico gorro plano. Aparentemente, no me había visto y se dirigía a un sendero que se internaba de nuevo entre la vegetación. He corrido hacia proa y me he puesto a agitar los brazos como un loco, cuando ha trastabillado con una piedra del camino y casi se cae, mostrándome su lado izquierdo. Le faltaba media cara, y su impoluto uniforme blanco tenía un color herrumbroso, de sangre reseca. Su mirada era vacía, perdida, como la de todas esas malditas cosas. El grito de júbilo que estaba a punto de proferir murió en mi garganta antes de poder salir. Había llegado hasta allí. Joder. De alguna manera, de algún modo, pero había llegado.

Con sigilo he vuelto a la cabina y me he pasado toda la tarde bebiendo vino peleón y contemplando con desesperación la orilla. Tan cerca y tan lejos. No puedo ni plantearme tocar tierra. He visto por lo menos una docena, así que debe haber bastantes más. No sé cuántos son, no conozco el interior de la isla y no sé qué sorpresas puedo encontrarme. No tengo a nadie que me de apoyo si algo sale mal. Sería un puto suicidio. Mierda.

He llorado amargamente. Me he emborrachado. He maldecido. He escupido con ira sobre la borda, mientras esos monstruos vagaban errantes por la orilla, al parecer sin ser conscientes de que a unos pocos metros de ellos, en el Corinto, tenían carne fresca a punto para ser servida. Que se jodan.

A última hora de la tarde, he tomado la determinación. Levando el rizón, he costeadado el extremo occidental de la isla hasta llegar a una pequeña cala que ya

conocía. En ella hay un manantial de agua, que necesito con urgencia. Tan solo un pequeño camino empinado comunica esta cala con el interior de la isla. No sé si esas cosas serán capaces de bajar por ese sendero de cabras, pero si lo hacen les llevará mucho tiempo. Confiando en esto, he remado hasta la orilla en el pequeño chinchorro hinchable del Corinto y he llenado el bidón de agua de a bordo. Son al menos 500 litros de aguada, más que suficientes para la travesía que tengo pensado hacer.

Ni uno solo de esos seres ha aparecido mientras hacía la aguada. Por un minuto he jugado con la idea de subir el camino y curiosear un poco por la isla, pero la he desechado. No soy ningún comando y apenas estoy armado. Ya me está costando horrores mantenerme a salvo como para encima jugar a los héroes. Si hay alguien en apuros en la isla lo siento por él o ella... Tendrá que arreglárselas por su cuenta. A joderse. En este nuevo mundo sólo el que pueda cuidar de su culo tiene posibilidades de ver el nuevo día.

Remando con dificultad, he remolcado el bidón lleno de la aguada hasta el Corinto. Tras esto, y dirigiendo una última mirada a la isla he levado anclas y he puesto rumbo Oeste, hacia la boca de la Ría. Hacia mi nuevo destino.

15 February 2006 @ 01:19 hrs.

ENTRADA 53

Aún estoy vivo. Eso sí, de milagro.

Las últimas veinticuatro horas han sido terriblemente agotadoras. A medida que el Corinto se iba acercando a la bocana de la Ría las condiciones del mar iban siendo cada vez peores. Estos últimos días una potente borrasca se debe haber situado cerca de las Azores y está mandando oleada tras oleada de tormentas sobre la costa de Galicia. Las típicas galernas de invierno, las que hacen que nadie que esté en su sano juicio salga a navegar fuera de las Rías con este tiempo de mierda. Claro que eso ya no es una opción ahora.

Cuando me fui alejando de Tambo mi cabeza no paraba de dar vueltas. Todo mi grandioso plan de fuga tenía como objetivo traerme de una pieza hasta la isla. A partir de ahí serían los militares, o quienquiera que controlase Tambo quien pasaría a cuidar de mí. El descubrir que la isla era un pedazo más del infierno que se ha abatido sobre la tierra ha supuesto un mazazo enorme. Por unas cuantas horas, no he tenido ni puta idea de que demonios hacer.

Al volver de hacer la aguada, mientras izaba el depósito de agua a bordo con una roldana, mi mirada se posó casualmente en la costa sur de la Ría, en el Puerto de Marín. Estaba absolutamente vacío. Aquí también cualquier cosa flotante había sido utilizada en la huida. Incluso los muelles de amarre de la Base Naval estaban desiertos. Donde normalmente se podían ver dos o tres de las grises y modernas fragatas de la Armada, e incluso algún portaaviones como el Príncipe de Asturias, ahora estaba vacía de todo, excepto por la devastación, el desorden y las docenas de figuras tambaleantes y cubiertas de sangre paseando sin rumbo.

Bien. Perfecto. ¿A dónde coño ha ido toda la gente? No me cabe en la cabeza que se hayan desperdigado a los cuatro vientos. Deben haber tenido algún objetivo. Quizás otro Punto Seguro. Podría ser. El puerto de Vigo, uno de los más importantes de la costa Atlántica Europea, estaba a solo unas veinte millas marinas de allí. Quizás esté todo el mundo concentrado en él.

¡Sí! ¡Eso es! Con toda probabilidad el Punto Seguro de Vigo aún resiste y todo aquél que pudo partió en barco hacia allí, con la confianza de que por vía marítima el trayecto sería completamente seguro. Con estos pensamientos borboteando en mi cabeza me precipité hacia el cabo de mi pequeño anclote, dispuesto a poner rumbo hacia ese nuevo destino.

Quizás fuese el cansancio, quizás la excitación producida por estar en movimiento hacia lo que consideraba que iba a ser mi salvación, quizás fueron las ganas tan enormes de salir de allí las que hicieron que no prestase atención, pero fuera lo que fuese, resulta imperdonable. He vivido toda mi vida al lado de

la Ría, y sé perfectamente cuándo las condiciones no son las indicadas para hacerse a la mar, pero esta vez no las vi.

Todos los pequeños indicios, las crestas de las olas de un color gris sucio, las gaviotas volando hacia tierra, el viento racheado e inconstante del norte, deberían haber sido como señales luminosas, pero mi cerebro no era capaz de procesarlas. Todos mis pensamientos estaban cifrados en salir de allí cuanto antes.

Al cabo de tres o cuatro horas de navegación estaba absolutamente claro de que el mar iba a estar muy, muy movido. Olas de tres metros sacudían el Corinto como una cáscara a la vez que auténticas cortinas de agua se desplomaban sobre la cubierta, empapándome, mientras yo, agarrado a la caña del timón, me obstinaba en ganar la boca de la Ría. Si esto ya estaba así aquí dentro, no puedo ni imaginarme lo que me podría haber encontrado en mar abierto.

El viento soplaba furioso, inmisericorde. El Corinto, muy marinero, se deslizaba entre las olas abriéndolas como un cuchillo, mientras entre las rociadas de espuma adivinaba la costa. Estaba claro que no podría soportar esa situación mucho más tiempo. Reconociendo lo inevitable decidí poner la proa hacia el pequeño puerto de Bueu, a poco más de un par de millas de la salida de la Ría, para fondear a su cobijo hasta que el tiempo mejorase un poco.

Convencido de lo que hacía, cometí el segundo error de la jornada. Por mucha experiencia que tengas en el mar no puedes confiarte NUNCA. Y eso es lo que hice. El spinaker, la vela de proa, comenzó a flamear cuando giré en dirección a la costa y el Corinto se puso contra el viento. Saliendo de la bañera de popa comencé a dirigirme hacia proa para amarrarla. Súbitamente una ola de costado golpeó el casco del barco, haciéndome perder el equilibrio.

En menos de lo que se tarda un pestañeo me vi colgado de la borda por un tobillo, enredado en una vuelta de un cabo, y con todo el cuerpo colgando fuera del barco, mientras este avanzaba, dando pantocazos, sin control, hacia la costa. Me había propinado un fuerte golpe en la cabeza y el hombro contra el casco y supongo que momentáneamente perdí el sentido, aturrido. No tardé en recuperarlo, despejado por las olas que me rompían directamente en la cara, casi ahogándome. La situación era realmente peligrosa. Si no conseguía volver a bordo, o bien me ahogaba boca abajo, o bien me caía y quedaba a la deriva, dejando que el barco se estrellase contra las rocas de la orilla. Y no contaba con que Lúculo se hiciese con el control del barco. Los gatos no son animales muy marineros, que digamos.

Tras unos cuantos minutos de angustia, un súbito cambio de viento hizo que el Corinto se inclinase hacia la borda contraria. Súbitamente me vi elevado, casi proyectado, contra la cubierta de nuevo. Aprovechando la oportunidad me agarré a una de las cornamusas y me aupé de nuevo a bordo. Empapado, tembloroso y aturrido me arrastré de nuevo hasta la bañera de popa y cogí otra vez la caña del timón. Rectificando la deriva, dirigí la proa del Corinto hacia el

puerto de Bueu. El barco, lentamente, empezó a responder a la presión y poco a poco dejó de sacudirse. En menos de un minuto estábamos dirigiéndonos velozmente hacia el puerto, con el viento a favor por el costado.

Fue entonces cuando empecé a temblar violentamente. Había estado a punto de perder la vida. Podía haberme matado de una forma totalmente absurda, o quedar malherido a la deriva, lo que en esas circunstancias era exactamente igual. Joder. Sintiendo arcadas asomé la cabeza por la borda y vomité, sobre todo la gran cantidad de agua salada que acababa de tragar.

Acababa de aprender una importante lección. Esas cosas, esos No Muertos, no eran lo único que podía acabar conmigo. Accidentes, enfermedades, hambre, cualquiera de las causas normales de muerte seguían ahí presentes. No se habían retirado, simplemente estaban agazapadas en la sombra, esperando su oportunidad. Y si no tenía cuidado, podían cogerme. El hecho de haberme pasado los últimos días pensando solo en mis cazadores casi me había hecho olvidarme de algo fundamental. El hombre es un ser muy, muy frágil.

Ahora estoy fondeado en el puerto de Bueu, a una distancia prudencial del muelle, mientras la tormenta ruge con intensidad sobre la villa. La costa está oscura, silenciosa, sacudida por ocasionales relámpagos que iluminan por un momento, de forma fantasmagórica, las siluetas de los edificios, mientras el rugido de los truenos sacude todo el barco.

Sé que ellos están ahí, en la orilla. Y creo que ellos también saben que he llegado. Y lo peor no es eso.

Lo peor, es que me he dado cuenta de que necesito algo fundamental, y para conseguirlo, mañana tengo que ir a tierra.

Justo donde están ellos. De nuevo junto a esas cosas. A la boca del lobo.

16 February 2006 @ 10:13 hrs.

ENTRADA 54

Nunca me ha gustado la lluvia, lo cual en Galicia, donde forma parte del paisaje, es un sentimiento un tanto absurdo. Pero hoy, mientras contemplaba los chaparrones cayendo sobre la pequeña villa marinera de Bueu, he pensado que quizás, en el fondo, no esté tan mal. Incluso puede que me sea útil.

Está cayendo agua de forma torrencial desde hace casi doce horas. Una tormenta de lluvia y viento está azotando en estos momentos todo este tramo de costa. El mar, sacudido y revuelto, presenta un color gris acero ominoso, que normalmente invitaría a la flota a quedarse amarrada a puerto y a sus marineros a tomarse algo caliente en la taberna. Pero ahora no hay flota, ni marineros, por lo menos vivos, que yo sepa.

El Corinto, pese a estar resguardado detrás del espigón del puerto de Bueu, se balanceaba violentamente con los restos de la poderosa tormenta que, desde el exterior llegaba hasta aquí. Las ráfagas de viento sacudían las jarcias y arrastraban auténticas cortinas de lluvia. Los imbornales casi no daban abasto para expulsar toda el agua que se iba acumulando en la cubierta, mientras en tierra, la lluvia hacía que apenas se pudieran divisar los edificios de la orilla. Estar cinco minutos a la intemperie suponía quedar absolutamente empapado. Un tiempo de perros, en definitiva.

Y sin embargo este tiempo me favorecía. El sonido del viento, y de la lluvia taparían cualquier posible ruido que pudiera hacer en tierra. La visibilidad era realmente reducida, mientras esta tromba de agua se estaba desplomando desde el cielo. Creo que en esta ocasión el clima podía ser mi aliado.

Y es que no me quedaba más remedio que bajar a tierra. Necesitaba con urgencia unas cartas marinas. Los fugitivos que asaltaron el Corinto no fueron capaces de llevarse el barco, pero lo registraron a fondo y se llevaron cualquier cosa que encontraron útil, entre ellas las cartas náuticas, que deberían estar en el cajón al lado de la mesa de navegación. Sin ellas, corría el riesgo de chocar con algún bajío o escollera que pudiera haber en la Ría de Vigo. Además, en su precipitada huida trataron de arrancar el GPS empotrado en la consola de mando y lo único que consiguieron fue romper su pantalla de cristal líquido. Ahora estaba absolutamente inservible y yo lo necesitaba. Aunque sólo tuviera que ir costeando hasta Vigo la experiencia de Tambo me había enseñado la lección de que no podía dar nada por seguro. Puede que de ese puerto tuviese que seguir mi camino hacia cualquier otra parte y debía estar preparado para eso.

Además, tenía que reponer las provisiones, en un nivel cada vez más bajo. Yo podría soportar un par de días a media ración, pero Lúculo me miraba indignado cada vez que olisqueaba las magras raciones que le sirvo de comida. No sé qué

pensará de todo esto, pero estoy seguro de que más que los sustos, las sacudidas y las mojaduras lo que realmente le molesta a mi pequeño amigo es la catastrófica situación de nuestra despensa. Y no me apetece tener un motín a bordo, aunque sea gatuno.

La verdad sea dicha, está aguantando como un campeón. Y realmente, se lo agradezco. Es la única compañía que tengo desde hace casi un mes y si no fuera por él, con todas esas cosas pululando por todas partes, supongo que estaría a medio camino de perder la cabeza.

Tomada la determinación, solo me quedaba trazar un plan, y la verdad, la perspectiva era realmente aterradora. No conocía el estado de las calles más allá de lo que podía ver desde cubierta. No sabía lo que me podría encontrar al doblar la esquina. Así que el plan se reducía en llegar hasta la orilla, conseguir lo que necesitaba montando el menor jaleo posible y salir de ahí cagando hostias. El resto, habría que irlo improvisando sobre la marcha.

Me puse el neopreno, cogí la Glock con sus dos cargadores y el arpón con sus cuatro viroles de acero. Vacíé la mochila en el camarote y con ella colgada a la espalda descendí hasta el chinchorro que se mecía amarrado al lado del Corinto. Este estaba medio anegado con el agua de la lluvia y las salpicaduras de las olas. Haciendo caso omiso a la sensación de frío que me subía por las piernas a medida que me empapaba, empecé a remar cautelosamente hacia la desierta orilla, hacia el muelle.

El agua del puerto, normalmente turbia y aceitosa, presentaba un aspecto extrañamente limpio. Mientras remaba he pensado que es increíble como casi un mes de ausencia humana puede cambiar el entorno. He observado que apenas he podido ver animales estos días, excepto pájaros. Hay cientos de ellos, sobre todo gaviotas. Con un estremecimiento he recordado que las gaviotas, aparte de piscívoras, son carroñeras. Supongo que últimamente no les estará faltando alimento, y sin necesidad de pescarlo. Tiempo de vacas gordas para ellas. Joder.

Finalmente he llegado a los escalones del muelle. Dejando amarrado el chinchorro a un noray he subido silenciosamente por los escalones. Con una breve mirada he contemplado el muelle. Estaba desierto. La tormenta arreciaba en esos momentos. El ruido de la lluvia y del viento silbando por las calles se combinaba con el estruendo de los truenos, que cadenciosamente se marcaban de fondo. Era una tormenta horrible. El viento azotaba mi cara, arrastrando la lluvia a mis ojos. Resultaba imposible ver u oír nada a más de cinco metros. Era perfecto.

Con cautela he cruzado el muelle hasta apoyar la espalda en la lonja del puerto y he asomado la cabeza por la esquina. He visto a dos, un hombre joven y una mujer de edad avanzada. Estaban inmóviles, en medio del paseo, con un aspecto curiosamente desolado. La lluvia chorreaba sobre ellos y les pegaba las ropas al cuerpo. He observado que después de casi un mes de uso y de estar a la

intemperie, muchas de las prendas de ropa de esas cosas están empezando a desgastarse. Ahora, tienen un aspecto sumamente inquietante, como salidos de una película de terror.

Como si no lo tuvieran antes. Es que hay que joderse.

Pegado al muro he comenzado a avanzar, con el arpón y la pistola listos. He pasado al lado de ellos, a menos de cuatro metros Y NO ME HAN VISTO. La tormenta, la oscuridad creciente y la lluvia me han ocultado pero sin embargo, de alguna manera, me han sentido, estoy seguro de ello.

Mientras pasaba a su lado, con los nervios tensos como cuerdas de piano, parecen haber salido de su trance. Han empezado a agitarse, inquietos, girándose hacia todas partes, tratando de localizarme. Sus sentidos físicos, tras haber cruzado el umbral de la muerte, parecen estar bastante disminuidos, pero por otra parte parecen haber desarrollado una suerte de percepción propia que les permite «sentir» a los seres vivos. Saben que estoy aquí. Cerca. Muy cerca. Pero no saben exactamente dónde. Pero solo era cuestión de tiempo que me localizaran. Tenía que darme prisa, mucha prisa. Joder.

Deslizándome pegado a las paredes y agachándome ocasionalmente entre los vehículos abandonados en la calzada, he avanzado toda la calle hasta una tienda de productos náuticos que sabía que estaba en la esquina. Ha sido al llegar a ella cuando he sido consciente de dos cosas. La primera, que la tienda tenía la verja echada. Mierda. Joder. Sería imbécil. No lo había pensado. ¿Como cojones iba a subir la verja, sin electricidad y sin la llave?

La segunda cosa era que inadvertidamente, al menos una docena de esas cosas se estaban acercando por la calle hacia mi posición, atraídas por la percepción, de algún modo, de mi presencia.

Necesitaba una solución. Tenía que ser rápido. Súbitamente, lo he visto. Estacionada contra la fachada de la tienda, ubicada en un bajo de una casa cercana al puerto, estaba un furgón de reparto. Gateando por su capó me he subido hasta el techo. Con la lluvia ha sido más difícil de lo que esperaba, y he estado a punto de resbalar un par de veces. Me he puesto histérico, mientras esas cosas que se acercaban. Tenía que trepar. Joder. Joder. ¡¡¡Joder!!!

Por fin he conseguido subir al techo del furgón. Desde ahí, a menos de un metro, estaba el balcón del primer piso, justo encima de la tienda. Jadeando, he cruzado de un salto. Casi resbalando en el musgo del borde, me he dejado caer en su interior. La puerta, cerrada, estaba acristalada. Con la empuñadura de la pistola he roto un vidrio. Me ha dado la sensación de que se oía en todas partes, aunque ha quedado amortiguado por el ruido de la lluvia torrencial.

He entrado en la casa. Ahora estoy en la habitación del piso superior, solo iluminado por la tenue luz que entra por la puertas del balcón.

He oído un ruido abajo. No estoy solo aquí dentro.

17 February 2006 @ 19:17 hrs.

ENTRADA 55

Desde que toda esta mierda se desató ha habido multitud de ocasiones en las que he estado en una situación, digamos, comprometida. Pero casi siempre la necesidad de moverme rápido para salvar mi vida ha tenido la virtud de no dejarme pensar realmente lo que estaba pasando a mi alrededor. Sin embargo, mientras estaba en la planta superior de esa casa, entre penumbras, oyendo el sonido proveniente de la planta baja, por primera vez he de reconocer que estaba cagado de miedo.

Respirando entrecortadamente me acerqué a la puerta de esa estancia, un dormitorio con una cama antigua, monstruosamente grande, con dosel. Toda la casa olía a cerrado y a humedad, pero de fondo podía sentir un leve aroma a corrupción, a podrido. Supongo que ya me mentalicé para lo peor. Al llegar junto a la puerta, estiré la mano hacia el elaborado pomo de cristal, y con una profunda inspiración, abrí la puerta de un tirón, mientras saltaba hacia atrás.

Nada. Tan solo un cuarto a oscuras. Con manos torpes busqué en el fondo de la mochila vacía y saqué una linterna. Alumbrando mi camino, me introduce en el cuarto a oscuras. Podía oír el rumor de la lluvia y del agua cayendo por los canalones mientras de fondo, de cuando en cuando, sonaban potentes truenos que hacían retumbar toda la casa. La puta tormenta estaba encima de nosotros en ese mismo momento. Para ser sincero conmigo mismo, he de reconocer que estaba muerto de miedo.

La habitación contigua, un comedor, daba paso a una especie de distribuidor, un zaguán de donde arrancaba una escalera que conducía a la planta baja. Supuse que la casa y la tienda de productos náuticos de la planta inferior estaban conectadas por dentro. Serían del mismo dueño. Yo que sé. Lo cierto es que cuando tenía apoyado el pie en el primer escalón e iba a iniciar el descenso he vuelto a oír el mismo puto ruido de antes. Era como una especie de golpeteo rítmico, constante, acompañado como de... ¿Cascabeles?

Splam, splam, splam, splam, splam, ¡SPLAM!... Y de repente, paraba. Y de nuevo otra vez, con esos puñeteros cascabeles de fondo. Era para volverse loco.

El ruido no venía de abajo. Estaba equivocado. Provenía de la misma planta donde yo me encontraba. Justo del fondo de la casa. Podía haberlo ignorado y simplemente limitarme a bajar las escaleras, saquear lo que me hiciera falta y salir por donde había entrado, pero soy humano. Y los humanos, aparte de irracionales, estúpidos e imprevisibles somos, sobre todo, curiosos. Quería saber qué coño era ese ruido. NECESITABA saber qué demonios era eso. Así que, cagado de miedo, empuñando la Glock en la mano derecha y la linterna temblando en la izquierda me giré y empecé a caminar hacia el fondo de la

casa.

Atravesé una especie de salita, con un televisor a oscuras, un par de sofás, algunas revistas de hacía más de un mes y una solitaria calceta abandonada sobre una mesa camilla, que tenía otra puerta al fondo. El ruido sonaba aquí más potente. Me estaba acercando. Al llegar a la puerta, acerqué el ojo a la cerradura. No se veía absolutamente nada, pero el olor a descomposición era más intenso aquí. Agarrando la linterna con la boca, abrí la puerta de un tirón, sólo para encontrarme con un nuevo pasillo, más corto, con dos puertas.

¡SPLAM! El golpe sonó fuerte, claro, intenso, mientras una vaharada de aire podrido asaltaba mis fosas nasales. ¡SPLAM! Dando un par de pasos, entré cautelosamente en el pasillo, mientras trataba de aguantar las arcadas. El olor era nauseabundo. ¡SPLAM! ¡SPLAM! Enfocando la linterna a todas partes, comprobé que el pasillo estaba libre. Tan solo una serie de antiguas litografías de estampas marinerías y las dos puertas. Una de ellas, entreabierta, me permitía adivinar un baño. Cuidadosamente, empujé la puerta, que se abrió con un audible chirrido, mientras paseaba el halo de luz por toda la pieza. Vacía.

¡SPLAM! ¡SPLAM! ¡SPLAM! ¡SPLAM! El chirrido de la puerta del baño había hecho que el cascabeleo y los golpes al otro lado de la puerta cerrada se multiplicasen. No era algo producido mecánicamente. Fuera quien fuese, me había oído. Conteniendo la respiración me planté delante de la puerta.

Aún estaba a tiempo. Aún podía dar la vuelta e irme. Fuera lo que fuese, sabía que estaba aquí y aún no había salido. O no podía o no tenía interés en verme. Y francamente, supongo que yo tampoco. Pero sin embargo TENÍA que saber que coño era aquello. Así que agarré el pomo y con un fuerte tirón abrí aquella maldita puerta.

Jesús. Buen Dios. Aún me estremezco. Aquella habitación condenada debía haber sido en algún momento el dormitorio principal de la casa. Una colcha de lino cubría una enorme cama, apenas iluminada por los relámpagos que se colaban por la persiana a medio bajar. A los pies de la cama, desprendiendo un olor infernal, yacía el cadáver de una mujer, de una edad indeterminada. Enlazada en sus manos tenía una escopeta, apuntada hacia arriba. Se había metido los cañones en la boca y había apretado el gatillo. De la mitad superior de su cabeza no quedaba absolutamente nada. Debía llevar muerta por lo menos tres semanas. Enfocando la luz hacia lo que un día fue su cara pude ver unos gusanos blancos, enormes, asomando por los restos de su boca. Con una arcada me incliné hacia una esquina y estuve vomitando lo que me pareció una eternidad. Mi pequeña aportación a aquel paisaje del infierno.

¡SPLAM! Con un hilillo de bilis colgando de la boca me incorporé como un rayo al oír aquel nuevo golpe. Enfocando mi linterna a una esquina lo vi. Joder.

Era un niño, de unos tres o cuatro años. Vestía un pequeño peto vaquero y estaba descalzo. Estaba sentado en una trona, una silla infantil, fuertemente sujeto

a ella por sus correas.

Era uno de ellos.

Joder. Al enfocarlo con la linterna empezó a sacudirse en su sillita, produciendo los golpes que había oído antes, al chocar con la pared. El cascabeleo era producido por los sonajeros sujetos a la parte delantera de la silla, que se agitaba violentamente mientras que con ojos vacíos y muertos estiraba sus pequeños brazos hacia mí, intentando agarrarme. Era una estampa demencial.

Asqueado, me aparté a una esquina, mientras contemplaba a ese pequeño monstruo. Si no me equivocaba, la mujer que yacía a mis pies debía ser su madre. De alguna manera, su pequeño contrajo el virus y fue demasiado para ella. Cuando vio en lo que se transformaba seguramente no tuvo valor para acabar con él, pero tampoco para seguir viviendo. Atrapada en esa casa, desesperada, sola, finalmente se pegó un tiro. Aquel engendro debía llevar amarrado a esa silla semanas, atrapado para siempre, incapaz de desatarse y de caminar, como todos sus hermanos, en busca de sangre caliente y seres vivos. Joder.

El monstruo no dejaba de balancearse, inquieto, ante mi presencia. Con la poca sangre fría que me quedaba me eché el arpón a la cara y apunté el virote hacia su cabeza. Un débil gruñido salió de su boca oscura, maloliente, mientras se agitaba amenazador ante mí. Noté que lagrimas saladas corrían por mis mejillas mientras apuntaba, con temblores, el arpón hacia el crío. Cerrando los ojos, disparé. Oh, Buen Jesús. Sé que hice lo que debía, pero no puedo evitar pensar que era prácticamente un bebé. Es la cosa más horrible que haya hecho nunca... Me perseguirá el resto de mi vida.

Recogí de un tirón el virote ensangrentado y limpiándolo en la ropa del cadáver del suelo abandoné, tambaleante, esa habitación digna de una estampa del averno. Tenía que reponerme. Había ido hasta allí con un objetivo. Ahora estaba allí. Tenía que hacerlo por mí. Por Lúculo, por poder ver el siguiente día. Limpiándome las lagrimas comencé a caminar hacia las escaleras que llevaban a la tienda.

20 February 2006 @ 13:13 hrs.

ENTRADA 56

Estaba oscuro. Jodidamente oscuro.

Aquellas escaleras que descendían a la planta baja estaban negras como la boca de un túnel. El halo de luz de mi linterna me ayudaba a vislumbrar los escalones de madera que se perdían hacia abajo y el pasamanos de hierro forjado que se retorció en complicadas formas. Aún tenía temblores y el regusto amargo de la bilis en la boca. Tenía la lengua como el esparto, terriblemente seca. En ese momento hubiese matado por un vaso de agua.

Con cautela comencé a avanzar. A medida que iba pisando los escalones, éstos crujían bajo mi peso, provocando sonoros quejidos. Fuera, el vendaval se estaba desatando con toda su potencia. El viento soplaba con furia y los rayos iluminaban fantasmagóricamente toda la escena. Un paisaje digno de una película de terror. Solo que no era una puta película. Y yo estaba allí, en medio de toda esa mierda. Súbitamente sentí un intenso deseo de dar media vuelta, salir corriendo de allí a toda leche y refugiarme en el Corinto, pero eso ya no era una opción viable. Ya no.

Finalmente, llegué al rellano. A un lado se abría una puerta cerrada con llave, pero éstas estaban colgadas del pomo de la puerta. Al usarlas, con un sonoro « clic », la cerradura se abrió. Bingo.

Con sumo cuidado asomé la cabeza y enfoqué la linterna hacia un bulto cercano. La luz me mostró un estante, donde en ordenadas filas podía ver un montón de carretes para cañas de pescar. Estaba dentro de la tienda de náutica. Genial. Con más confianza di unos cuantos pasos hacia el interior y fui pasando el haz de luz por los distintos estantes, mientras mi mente repasaba a toda velocidad mi « lista de la compra ». No debía demorarme mucho. En un rincón vi unos cuantos arneses de seguridad para veleros. Después del incidente que había tenido de camino a aquí pensé que serían una « compra » más que lógica. Tras apoyar la pistola, el arpón y la linterna orientada hacia mí en una balda cercana, comencé a escoger uno de mi talla, absolutamente abstraído en la tarea. Casi me cuesta la vida.

Con estruendo, un montón de cañas de pescar amontonadas a mi lado se vino abajo, empujadas por un par de brazos de color blanco cerúleo. Tras ellos asomó el resto del cuerpo, lívido y espectral de un hombre, de unos cuarenta años, con expresión muerta en sus ojos y con su boca entreabierta. Uno de ellos.

Estaba muy cerca y fue demasiado rápido. Antes de que me diese cuenta, lo tenía encima y todas mis armas estaban demasiado lejos de mí para poder servirme de ayuda. Sus manos como garras me agarraron de un brazo, mientras que con el impulso que llevaba me empujaba hacia atrás. Desequilibrado,

trastabillé y me caí de espaldas contra un expositor, arrastrando al engendro en mi caída.

Montando un enorme barullo aterrizamos en el suelo entre un montón de brújulas. Lo tenía totalmente pegado a mí. Había conseguido sujetarle los brazos y con una pierna semiflexionada entre los dos conseguía mantener su boca a cierta distancia de mi cara. Su expresión era absolutamente enloquecida y abría y cerraba la mandíbula dando rabiosos mordiscos al aire. Uno estuvo cerca de arrancarme la nariz. Demasiado cerca. Joder.

Mientras lo sujetaba mi mente pensaba a toda velocidad. El muy cabrón estaba encima mía y pesaba lo suyo. Además, hacía bastante fuerza y no sabía si esas cosas podían llegar a cansarse, pero desde luego, yo sí. Empezaba a notar calambres en los brazos. La situación empezaba a ser desesperada.

Con un último esfuerzo rodé sobre mi cadera hacia la derecha. El cuerpo de ese ser impactó con estruendo contra el pie de un expositor cercano, clavándose una esquina de acero en la base de la espalda. Cualquier ser humano se hubiese retorcido de dolor ante una cosa así pero él no pareció ni notarlo. El muy hijo de puta.

Ahora yacíamos ambos de costado, como dos amantes entrelazados en una cama, pero su actitud no era precisamente sensual. Con el giro, uno de sus brazos había quedado aprisionado debajo de mi cuerpo. Podía notar sus uñas tratando de clavarse en mi piel a través del traje, pero por fortuna el neopreno era demasiado grueso y la posición demasiado forzada como para que pudiera conseguir algo.

Sin embargo, ahora yo tenía un brazo libre. En medio de la confusión la linterna se había caído y apagado, así que estábamos a oscuras. Palpando por encima de mi cabeza empecé a pasar la mano libre por las baldas más cercanas, tratando de encontrar algo, cualquier cosa. A tientas, aferré un objeto cilíndrico y pesado. Haciendo toda la fuerza posible, se lo estampé al ser en la cabeza. No pareció notar nada. Repetí el golpe, una vez y otra, inútilmente. Nada. Ahora sabía que esos hijos de puta no se quedaban inconscientes de un golpe en la cabeza, pero saberlo no me iba a ayudar a salvar la vida en ese momento. Con el último golpe, sin embargo, algo pasó.

Una sustancia líquida, resbaladiza y untuosa empezó a caer sobre mí. Primero pensé que aquel ser estaba sangrando, pero era demasiado pastoso y abundante como para ser sangre. Entonces pensé que quizás me había vomitado encima. El asco que sentí al pensar lo que una de esas cosas podía vomitar me ayudó a sacar fuerzas de flaqueza. Soltando su otro brazo, empujé con mi pierna semiflexionada contra su cuerpo y me separé de él. Con el impulso me deslicé hacia atrás a una velocidad sorprendente, hasta chocar contra otra fila de estanterías.

El golpe que me di en la cabeza me hizo ver las estrellas. Por un momento un

millón de puntitos blancos, verdes, rojos y azules bailotearon delante de mis ojos. Resbalando, me incorporé mientras oía a esa cosa caerse a menos de metro y medio de mí. Al apoyarme en el mueble, me di cuenta de que era el mismo donde había apoyado mis cosas. Tanteando desesperadamente busqué mi arma, rezando para que no se hubiese caído al suelo junto con la linterna. Esa cosa, mientras tanto, trataba de levantarse infructuosamente, a mis espaldas.

Gotas de sudor empezaban a resbalar por mi frente. De pronto mis dedos encontraron el familiar tacto de la culata de la Glock. Me giré y aún a oscuras, hice fuego.

El disparo, en el espacio cerrado de la tienda sonó como un cañonazo. Mientras mis oídos pitaban mi mente trataba de asimilar lo que había visto a la luz del fogonazo del primer disparo. Rectificando, apunté al bulto que era esa cosa e hice fuego tres veces seguidas.

El estruendo de los disparos y el olor a pólvora inundaron toda la estancia. El ser, simplemente, dejó de moverse. Jadeando, me agaché buscando a tientas la linterna, con la Glock apuntando a todas partes, mientras mis ojos trataban de penetrar las tinieblas. Cuando la encontré la sacudí y comprobé con satisfacción que no sonaba a roto. Apretando el interruptor, la encendí de nuevo y pude contemplar la escena.

Parecía que un huracán hubiese sacudido ese pasillo. La mitad de los expositores estaban en el suelo, o semivoltados, como producto del forcejeo. El cadáver de esa cosa yacía contra una pared, tumbado, como si estuviera dormido, con un negro y enorme agujero en medio de su frente, por donde manaba sangre sin cesar. El suelo estaba cubierto por una espesa capa de una sustancia oleosa. Desconcertado, me agaché a inspeccionarla y entonces comprendí que había pasado.

El objeto con el que le había golpeado la cabeza era una lata de aceite de motor de barco. Al utilizarla de martillo se había abierto y había derramado todo su contenido sobre nosotros (el supuesto «vómito» que había sentido un momento antes). Gracias a ella al separarme había ido a parar tan lejos, deslizándose. Y también gracias a ella, aquel monstruo había resbalado varias veces, dándome el tiempo suficiente para encontrar mi arma. Repsol me acababa de salvar la vida. No debía de resultar irónico.

Estaba empapado de aceite de motor de los pies a la cabeza. Debía ofrecer una imagen un tanto tétrica, de pie, en medio de aquella devastación, untado de una sustancia oscura y viscosa. A medida que la adrenalina dejaba de rugir en mi organismo, caí en la cuenta que seguía vivo de puro azar. Si no hubiese sido por esa lata de aceite y por un disparo afortunado, ahora mismo ese cabrón me estaría merendando o yo sería uno de ellos. Joder. Volvía sentir arcadas. Al menos, no me quedaba nada para vomitar.

Ese debía ser el padre del niño de arriba. Ahora entendía como se había

contagiado el pequeño. Su mujer encerró a su marido aquí abajo, en la tienda, cuando vio en lo que se convertía, y escapó arriba, con su pequeño, sin saber que ya estaba sentenciado. Vaya mierda.

La verja estaba echada, y no parecía haber más de esas cosas rondando por aquí abajo. Sin embargo, el estruendo de los disparos había atraído a una pequeña multitud, que agolpada al otro lado de la verja metálica, la aporreaba arrítmicamente.

Ahora tenía tres tareas, asegurar la zona, buscar lo que había ido a buscar y encontrar la manera de escapar de esa puta casa de locos. Y tenía que darme prisa.

21 February 2006 @ 13:15 hrs.

ENTRADA 57

Creo que fue Roosevelt el que dijo que solo había que tenerle miedo al miedo mismo. Se nota que él nunca estuvo encerrado en un bajo comercial a oscuras, chorreando aceite de motor y adrenalina y con docenas de monstruos deseosos de matarte, aporreando la verja de la entrada a menos de dos metros de ti. Entonces seguro que él también tendría miedo. Mucho miedo. Que coño.

Justo después de acabar con esa cosa que tenía a mis pies, fui consciente de la magnitud de la situación. Me derrumbé agotado y tembloroso sobre una pila de chubasqueros sin poder apartar la vista de la verja metálica, que se ondulaba cada vez que una de las cosas de fuera descargaba un puñetazo sobre ella. Era aterrador.

No se oía ningún otro ruido, ni siquiera los truenos de antes. La tormenta, después de descargar toda su furia parecía haberse disuelto en la atmósfera. Solo el continuo gorgoteo del agua por los aliviaderos me recordaba la tromba de agua que acababa de descargarse sobre Bueu mientras yo luchaba por mi vida contra aquel guiñapo del suelo.

Apoyándome en la estantería a mi espalda, me incorporé con dificultad. Eché un vistazo cauteloso a mi alrededor y con todos los sentidos alerta, rápidamente reconocí toda la planta baja, para asegurarme de no llevar ninguna otra sorpresa. Todo estaba tranquilo. No había ninguna otra puerta y tan solo encontré un pequeño aseo y un almacén donde se apilaban ordenadamente multitud de mercancías diversas. Nada excepcional, excepto una mancha herrumbrosa de sangre oxidada en una esquina del almacén, donde supuse que el tipo que me acababa de cargar había padecido la transformación a su último estado. Allí, solo, a oscuras, tirado como un perro... Me estremecí al pensarlo.

No disponía de mucho tiempo. Era cuestión de minutos que esas cosas rodeasen toda la casa y entonces sí que estaría condenado.

Con celeridad metí en la mochila dos juegos completos de cartas marinas de las costas españolas y norteafricanas, uno de la Armada y otro del Almirantazgo Británico (siguen siendo de las mejores). También me incauté de un GPS de buena calidad, con conexión de plotter, un par de brújulas, docenas de pilas de linterna, bengalas de señalización, una caña de pescar telescópica, una caja de anzuelos y sedales, un arnés de seguridad y un neopreno de repuesto, por si las moscas. Expuestos en un mostrador había varios modelos de arpones. Escogí un OmerSub excelente y un Beuchat de carbono, así como casi dos docenas de virotes de acero fundido, largos y de aspecto ominoso. Francamente, me sentía más seguro con tres arpones cargados que con tan solo uno.

Con todo eso en mi mochila y con los arpones cruzados en el pecho salí de la

tienda y subí de nuevo a la planta superior. Mientras ascendía por las escaleras una risilla histérica empezó a asaltarme, incontrolable. No podía dejar de pensar que con esos arpones, la mochila, el neopreno desgastado y roto y el baño de aceite y sangre cubriéndome todo el cuerpo debía tener un aspecto de maniaco de lo más siniestro.

Una vez en la planta superior me dirigí a la cocina, a ver que podía sacar en limpio de allí. Lo último que deseaba era tener que corretear por toda la villa, esquivando a esos monstruos, para encontrar una tienda abierta o que no hubiera sido ya saqueada. Cuando salí de mi casa, en Pontevedra, había jugado con la idea de plantarme en el Carrefour más cercano para conseguir provisiones antes de seguir hacia el barco, hasta que caí en la cuenta de que a docenas de personas se le debía haber ocurrido la misma idea en los últimos días del Punto Seguro. Lo más probable es que todas las grandes superficies comerciales del país ya hubiesen sido saqueadas, bien por incontrolados, bien por los militares para alimentar a las multitudes de los Safe Points. Esa comida, si aún existía, ya no estaba allí y se encontraba fuera de mi alcance.

Por fortuna la despensa de esa casa resultó estar bastante abastecida, sobre todo de pasta, conservas en lata, salsa de tomate y algo de arroz y harina de trigo. Asimismo me llevé unos cuantos paquetes de azúcar y dos kilos de café. Satisfecho, me disponía a marcharme cuando en un armarito descubrí un auténtico arsenal de potitos de bebé. Me quedé paralizado, mirando hacia ellos, consciente de que su destinatario acababa de morir a mis manos hacía escasamente una hora. Me sentí enfermo solo de pensarlo.

Con lágrimas en los ojos metí toda aquella provisión, atesorada por la madre del niño, en mi mochila. Yo no pensaba comérmelos, pero estaba seguro de que a Lúculo le encantarían. Antes de irme crucé la pequeña salita y abrí lo que me parecía un mueble bar. De allí saqué un par de botellas de ginebra y para mi alegría, medio cartón de Marlboro. Pensaba pillarme una buena al llegar a bordo, para poder dormir. Para poder olvidar. Joder.

A esas alturas mi mochila no estaba llena de todo, pero pesaba considerablemente, más de lo que me parecía prudente, habida cuenta de que tenía que hacer todo el camino de vuelta y esquivar a la multitud ululante de ahí abajo. Con precaución me asomé a la ventana delantera, por donde había entrado. Imposible. Unas dos docenas de No Muertos, empapados, espectrales, se agolpaban en el estrecho margen de los seis metros de ancho de la calle, pegados a la casa.

Con ligereza me dirigí a la cocina. Su ventana daba a otra calle, más estrecha, que parecía desierta. Asomando la cabeza y mirando a la izquierda, podía ver el mar. Esa sería mi salida. Apoyando la mochila, bajé de nuevo a la tienda. Evitando mirar el bulto del cadáver, corté unos siete metros de cabo de barco de una maroma allí enrollada. Con el cabo en las manos volví a la cocina y atando

un extremo fuertemente a un radiador descolgué el otro por la ventana. Tan solo tenía que descender por él y ganar el final de la calle antes de que esos mamones me vieran. Chupado.

Sin embargo, antes tenía que subir la persiana semibajada, para poder asomar mi cuerpo, y la precipitación me hizo tirar con demasiada fuerza. Sonó como una metralleta en el silencio sepulcral de la calle. Oh, mierda.

Como un rayo me descolgué por la cuerda y toqué el suelo, con cuidado de no fastidiarme de nuevo el tobillo lesionado. Tras esto eché a correr hacia el final de la calle, esquivando fácilmente a un par de esas cosas que surgieron en mi camino, una de un cruce y otra de detrás de una cabina telefónica. Simplemente ni me detuve a mirarlas, tan sólo cogí el lado de la calle más alejado de ellos y seguí corriendo, sin mirar atrás. No me atrevía. En mi mente febril se agolpaban imágenes de una multitud de cadáveres ocupando toda la calzada, siguiéndome silenciosamente, solo para acorralarme en un callejón sin salida y acabar conmigo...

Afortunadamente la calle no era ningún callejón sin salida, sino que desembocaba cerca del puerto, ya que era paralela a la que había tomado en la ida. Gateando por la escollera, para evitar ser visto, me acerqué lentamente al punto donde había dejado el chinchorro. Este último tramo me costó casi el triple de tiempo, un par de moratones al resbalar por las rocas, alguna mojadura y muchos sustos. En honor a la verdad, casi me parto la crisma. Gatear por las rocas batidas por los restos de la tormenta, sobre una capa de algas resbaladizas y con el viento empujándome furiosamente es algo que nadie en su sano juicio haría en un mundo normal. Pero este ya no es un mundo normal, es un mundo de cadáveres.

Cuando alcancé la altura del chinchorro trepé al muelle y rápidamente, mientras la oscuridad caía, me deslicé hasta el pequeño bote. Remando con suavidad, en medio de la marejadilla me iba acercando al Corinto cuando de repente la sangre se me heló en las venas. ¡Había algo moviéndose por la cubierta! ¡Esos cabrones habían, de alguna manera, llegado hasta allí!

De repente, la sombra se detuvo en su vagar por la cubierta, como si me hubiese divisado. Un largo maullido saludó mi llegada ¡Lúculo! Mi pobre gato, desorientado, confuso, alarmado por mi tardanza, había salido de alguna forma hasta cubierta buscándome. Casi se me parte el corazón al pensarlo. Un sentimiento de gratitud y afecto enorme me invadió a medida que me acercaba al Corinto y podía verlo, empapado y temblando de frío, pero orgulloso, en la borda del barco.

Había estado, vigilante, en cubierta, aguantando toda la tormenta, esperando mi regreso. Ese es mi chico.

Con un último esfuerzo subí a bordo, halé el bote y vacié la mochila en el interior. Después de darme una buena ducha y secar convenientemente a un

Lúculo que no paraba de ronronear a mi alrededor, los dos nos hemos sentado a cenar algo en la bañera de popa, contemplando las ahora silenciosas y oscuras calles de Bueu, donde hace unas horas he estado a punto de dejarme la vida. Pronto amanecerá. La tormenta ha amainado y es el momento de continuar nuestro rumbo. Hacia nuestro próximo destino. Hacia la esperanza.

ENTRADA 58

Menos mal que el único espejo de a bordo es el que está en el aparador del mini baño. Así por lo menos no puedo verme la auténtica cara de excitación que se me tiene que estar poniendo a medida que el Corinto se está acercando a Vigo.

Las últimas treinta horas han sido intensas, vibrantes, liberadoras. Con las primeras luces del alba levé el anclote y dejé que el barco se deslizase perezosamente desde el muelle de Bueu hacia el centro de la Ría, aprovechando el efecto de las corrientes y de las mareas. En medio de un silencio sepulcral, absoluto, sólo roto por los chillidos de las gaviotas y los cormoranes, el Corinto fue derivando con lentitud, alejándose de la orilla. La mañana era fresca, luminosa, sin un solo resto de la espantosa tormenta del día anterior. Un día perfecto para ir a navegar.

Si no hubiese pasado todo este infierno, ahora mismo los barcos pesqueros estarían saliendo del puerto y posiblemente también podría ver algún velero saliendo del Club Náutico, zigzagueando entre los pesados mercantes que se estarían dirigiendo al puerto de Marín. Pero ahora, de pie en la popa, bien abrigado, con una taza de café muy cargado en la mano, agarrando la rueda del timón mientras dirigía al velero hasta una zona más batida por el viento, miraba a mi alrededor y no veía absolutamente a nadie. Todo estaba totalmente muerto. Ni un alma. Me sentía como el último hombre sobre la faz de la Tierra. Es una sensación realmente perturbadora, joder.

Cuando consideré que la brisa era lo suficientemente fuerte, largué la vela Génova y un pequeño foque y el Corinto, como un caballo que ha pasado demasiado tiempo descansando, saltó hacia adelante, rápido y nervioso. Al cabo de un rato, navegábamos a unos buenos siete nudos.

Mientras contemplaba las blancas cabrillas que íbamos dejando en nuestra estela, Lúculo apareció desperezándose en cubierta y con un ágil movimiento, me saltó al regazo. Desde que era poco más que una pelota de pelo ha sido, como todos los gatos, muy independiente. Pero ahora, en medio de todo este caos me resulta muy difícil sacármelo de encima. Posiblemente nota, de alguna manera gatuna, que el mundo ha cambiado, y prefiere estar cerca del único elemento de su universo que no ha desaparecido, o sea, yo.

Realmente es de agradecer el cambio, pero cuando un gato persa naranja decide ponerse cariñoso, puede ser pesado. Muy pesado. Pero aun así, es un encanto. Y mi único compañero, de momento.

A medida que iba pasando la mañana el viento nos iba acercando a la salida de la Ría. Con los prismáticos no cesaba de barrer las dos orillas, contemplando las silenciosas poblaciones, tratando de atisbar alguna señal de vida. Era

desolador. Bueu, Combarro, Sanxenxo, El Grove... Iban deslizándose lentamente ante las bordas del Corinto y lo único que podía divisar eran sus edificios oscuros y silenciosos, coches abandonados por doquier y muchas, muchas de esas cosas paseándose erráticamente por sus calles. No podía evitar preguntarme como era posible su presencia en sitios que en teoría habían sido evacuados con anterioridad a la caída de los puntos seguros.

Mi teoría es que esas cosas, de algún modo, conservan una especie de memoria residual de lo que fueron en vida, que les lleva a acercarse a los lugares donde habitualmente vivían. Como idea no está mal, aunque a lo mejor es una gilipollez. Pero como por lo visto soy el único ser humano vivo que queda en kilómetros a la redonda, supongo que mis teorías son las mejores de esta parte del mundo.

Eso me ha llevado a plantarme la siguiente pregunta: Si queda alguien vivo en cualquiera de las miles de viviendas que se asoman a la Ría... ¿Qué pensará al ver un velero surcando sus aguas, rumbo a mar abierto? Si yo estuviese atrapado a dos kilómetros del mar, por ejemplo, y tuviese vistas a la Ría y viese pasar al Corinto, creo que me moriría de la angustia...

Por si acaso he rezado por que nadie me hiciese ningún tipo de señal desde la costa o desde la línea de montañas de los alrededores. Para mí, sería imposible acercarme a la costa a rescatar a nadie, pero el sentimiento de culpa no me permitiría dejarlos atrás, lo que finalmente me conduciría a una muerte cierta al intentar hacer cualquier idiotez.

Así, pensándolo mejor, guardé los prismáticos en su estuche y dejé de otear hacia lo que ya estaba quedando definitivamente atrás. Eso me permitió centrarme en algo muchísimo más productivo. Lúculo y yo llevábamos comiendo alimentos envasados o enlatados desde hacía casi dos meses. Era hora de darle un poco de variedad a nuestra dieta. Colocando la caña de pescar con un par de cebos por la popa, me senté a disfrutar una agradable mañana de pesca con un cigarro en la boca y el sol bañando mi cuerpo. Al cabo de tan sólo veinte minutos ya tenía media docena de caballas agitando dentro de un cubo, listas para poner a la parrilla. Era absolutamente maravilloso. Por unas horas fui capaz de olvidarme de la llegada de esos monstruos, del putito fin del mundo y de la angustia por la falta de noticias de mis seres queridos. Por unas horas fuimos mi gato, mi barco, el mar y yo. Algo genial.

Solo cuando entré en el camarote, buscando un cuchillo para destripar el pescado, mi mirada se posó en mi sucio y desgarrado neopreno y una nube enturbió el día perfecto. Como un recordatorio de toda la podredumbre y maldad que estaba vagando, expectante, por la orilla, mi gastado traje, que me había salvado la vida en más de una ocasión, se balanceaba al ritmo de las olas, colgado de una percha en una esquina del camarote, como diciéndome: « No te olvides, que tarde o temprano has de volver a tierra ». Joder.

Por lo menos el pescado, asado en la parrilla instalada en la popa, resultó estar sabrosísimo. La primera comida fresca en meses. Viendo a Lúculo delante de su cuenco, temblando de emoción mientras le servía una caballa, hacía que se entendiese la expresión « relamerse los bigotes» .

Al doblar la punta de la Península del Morrazo, que marca el extremo sur de la Ría de Pontevedra y el extremo norte de la vecina Ría de Vigo, las cosas cambiaron un poco. Un fuerte oleaje, con ondas de dos a tres metros empezó a agitar el Corinto, que sin embargo, resultó ser un animal extremadamente marinerero. Largando el spinaker, conseguí hacer quince nudos, mientras la proa tajaba las olas, levantando auténticos rociones de espuma. Grité. Chillé como un loco, con una expresión salvaje mientras las gotas de fría agua marina inundaban la bañera de popa, empapándome. Era genial.

La noche de ayer fue un poco más complicada, ya que apenas pude dormir, pendiente de la ruta del velero. Las últimas horas han sido absolutamente agotadoras, pero geniales. El Corinto, respondiendo excelentemente bien a la caña, consiguió entrar en la Ría de Vigo exactamente por donde estaba trazado en la carta. Ahora, después de casi treinta horas de navegación ininterrumpida estoy fondeado frente a una playa desierta, preparado para echarme un sueño reparador, mientras el sol se pone. Mañana, al amanecer, cubriré las últimas millas náuticas hasta llegar frente al muelle de Citroën, en el enorme puerto comercial de Vigo. Espero que quienquiera que quede allí me dé una cálida bienvenida.

27 February 2006 @ 17:38 hrs.

ENTRADA 59

El Corinto se mecía suavemente bajo una suave brisa de tierra, mientras las olas del reflujo de la marea chapoteaban, perezosas, en torno a su casco afilado. Su mástil, desprovisto de velas, se balanceaba lentamente, acompañado del ocasional tintineo que producían los pasadores de acero al golpear contra el aluminio del tope. Y en medio de esa estampa tan bucólica, apoyado en la cubierta, estaba yo, derrumbado contra una escotilla, con una botella de ginebra mediada en la mano y los ojos arrasados por las lágrimas.

Vigo estaba muerto. Total, absoluta y terriblemente muerto. Cadáver. Kaputt. Ni una puta alma se veía desde donde yo estaba, fondeado a poco más de doscientos metros de los muelles comerciales de lo que un día fue una ciudad de un cuarto de millón de personas. Los muelles estaban atestados, sí, pero de esos monstruos, en una cantidad abrumadora, como no había visto hasta este momento. Podía ver cientos de ellos, vagando por las instalaciones portuarias, arriba y abajo, en medio de una devastación sin precedentes.

Todo el puerto parecía un campo de batalla. Vehículos calcinados, enormes naves industriales que parecían haber reventado desde dentro por efecto de alguna potente explosión, incluso un par de BTR del Ejército de Tierra abandonados y con todas sus escotillas abiertas, en medio de un paisaje arrasado y espeluznante. Cientos, quizás miles de cadáveres parcialmente carbonizados y descompuestos yacían por todas partes, y caminando entre ese horror, ajenos a todo lo que les rodeaba, estaban ellos, los No Muertos, los vencedores de esa batalla.

Yo tenía razón. El Punto Seguro de Vigo había resistido hasta el final, transformado en el último refugio de toda la zona sur de Galicia. Pero había llegado demasiado tarde a él.

En torno a los principales atracaderos podía ver la parte más terrorífica de todo ese paisaje infernal. Docenas de mástiles y de antenas de buques sobresalían, semisumergidos, del fondo de las dársenas. Aquí y allá podía ver parte de la estructura de buques semihundidos e incluso un par de cascos panzudos boca arriba, enseñando indecentemente las hélices al aire.

Para completar las imágenes del caos, de las grúas de puerto colgaban, como racimos de fruta madura, docenas de cuerpos de ahorcados. No era capaz de imaginarme qué especie de carnaval del infierno se había desatado en esos muelles no haría más de un par de semanas, pero el espectáculo era dantesco, atroz. Las huellas de disparos e incendios estaban presentes por todas partes. De las instalaciones de Pescanova no quedaba absolutamente nada. Carbonizadas hasta los cimientos. Del resto, la imagen era para vomitar.

Tan solo unas horas antes, cuando me estaba acercando a la ciudad, un mal presentimiento me estuvo recorriendo la espina dorsal, a medida que podía ver cada vez más claramente la metrópoli desde la cubierta del Corinto. Con ayuda de los prismáticos podía distinguir las feas cicatrices que unos enormes y devastadores incendios habían dejado en muchas partes de la ciudad. Los rescoldos, aún humeantes, me indicaban que no habían sido los bomberos, sino las recientes tormentas, las que se habían ocupado de apagar las llamas. Al atracar frente al puerto, fue cuando tuve la certeza de que no me encontraría a nadie por allí.

Desde ese momento me había pasado un montón de horas, sentado contra la escotilla, demasiado atontado como para poder reaccionar. No sabía que hacer. No sabía a donde ir. Por un momento incluso ideas negras, terribles, cruzaron por mi cabeza. Aquello era demasiado impactante para ser verdad.

Solo al cabo de unas cuantas horas, una buena cantidad de alcohol y toneladas de autocompasión fui capaz de fijarme en el único aspecto disonante de todo aquel escenario. A unos dos kilómetros de la orilla, fondeado plácidamente, se encontraba un viejo y enorme carguero de color rojo, con la superestructura blanca. Profundas marcas de óxido corroían su línea de flotación, y en general, tenía todo el aspecto de haber pasado momentos difíciles, pero estaba de una pieza, y sobre todo, era, aparte del Corinto, la única cosa a flote que había encontrado desde que salí de Pontevedra. Su sola presencia allí desafiaba toda lógica.

Supongo que lo que me animó a acercarme a él fue la absoluta ausencia de cualquier otra cosa que hacer en ese momento. Sin mucho entusiasmo, y aprovechando que la suave brisa me era favorable, levé el ancla y dejé que el Corinto se fuese acercando a aquella mole a paso de tortuga, mientras me imaginaba la manera de subir a bordo y poder saquear algo de provisiones.

Pronto pude ver su nombre y su puerto de matrícula «Zaren Kibish - Nassau» rezaba en enormes y desvaídas letras blancas sobre su popa. Del tope de su palo mayor colgaba, flácida y deshinchada, una bandera española, preceptiva por estar en aguas de España. De su mástil principal, un pedazo de trapo tan descolorido y arrugado que podría haber sido la bandera de cualquier país del mundo, y eso siendo generosos. Y justo al lado, el mástil del radar, con su antena inmóvil.

Según me acercaba, al contraluz pude divisar un extraño soporte que asomaba incongruentemente sobre la borda. Empecé a preguntarme qué demonios podía ser. De súbito, el soporte se levantó y salió corriendo, gritando por la cubierta. Por un instante pensé que me había vuelto loco. Tan solo tardé un segundo en darme cuenta de que lo que había tomado por un pedazo de acero eran en realidad las piernas de una persona colgando por la borda. Las piernas de una persona. Las piernas de un ser vivo. Las piernas de ALGUIEN, ¡¡¡por

Dios!!!

Noté como una especie de corriente eléctrica me sacudía todo el organismo. Pegando un alarido que haría palidecer de envidia a un comanche me precipité hacia la proa y empecé a hacer aspavientos como un loco. Pronto, a la primera figura se sumaron dos más, y tras éstas aparecieron por lo menos otra media docena.

Mientras chorretones de lágrimas me resbalaban contra las mejillas, fui acercando el Corinto al costado del Zaren Kibish. A medida que ajustaba los cabos de las velas y preparaba las boyas de cortesía para amortiguar el contacto contra el casco del carguero, no podía dejar de pensar que éstos eran los primeros seres humanos con los que me encontraba en semanas.

Desde arriba me lanzaron un par de cabos que me permitieron amarrar el Corinto por proa y por popa. A continuación me arrojaron una escala de cuerda, por la que comencé a trepar como un mono, deseoso de llegar a cubierta y poder abrazar a mis nuevos amigos.

Para mi sorpresa, lo primero que vi cuando apoyé un pie a bordo y levanté la cabeza, fue el negro cañón de un par de fusiles de asalto apuntado a mi cara. Y detrás de ellos, con expresión nada amistosa, un grupo de tipos de aspecto extranjero.

Había llegado al Zaren Kibish. Y no era bien recibido. Algo estaba horriblemente mal.

28 February 2006 @ 17:17 hrs.

ENTRADA 60

El sol caía a plomo en la cubierta del Zaren Kibish, rebotando sobre las planchas de acero del casco del buque. Totalmente inmóvil, pendiente de la reacción de los tripulantes, notaba correr el sudor por mi espalda, sin saber exactamente si era por el calor o por el miedo.

El aspecto de aquellos hombres no podía ser más desconcertante. La mitad de ellos, por lo menos, tenía un inconfundible aspecto asiático, mientras que la otra mitad parecía una delegación de la ONU realizando una gira mundial. Cautelosamente levanté las manos, mostrando que no llevaba nada en ellas y les saludé con un tímido «Buenos Días» en castellano. Ni una mueca cruzó sus rostros. Probé a presentarme con el inglés, luego con el gallego, el portugués y el francés, agotando todos mis idiomas conocidos, no obteniendo ni un arqueó de cejas por respuesta.

La situación empezaba a ser ridícula. Éramos sobre una docena de personas en la cubierta del barco, cociéndonos al sol del mediodía y mirándonos fijamente, sin hacer ningún gesto. Lo peor del asunto es que yo estaba del lado equivocado del cañón de los fusiles y empezaba a sentir calambres en los brazos, tras cinco minutos con las manos en alto.

De pronto, apartando a unos cuantos marineros apareció un individuo corpulento, de mediana edad, de un aire indefinidamente eslavo, vestido con una gruesa chaqueta de paño y con una espesa barba dorada perlada de restos de comida. Por el gesto de respeto que le dedicaban un par de marineros supuse que se debía tratar del capitán de lo que fuera que fuese el Zaren Kibish, al que me estaba arrepintiéndome de subir cada vez más según pasaban los minutos.

Cuando llegó a mi altura se plantó con los brazos en jarras y me contempló de arriba abajo durante un buen par de minutos, pensativo. Finalmente debió tomar algún tipo de decisión porque le ladró un par de frases en un idioma absolutamente desconocido para mí a los tipos que me estaban encañonando, que bajaron las armas.

Dando un par de pasos al frente, me tendió unas manos grandes como jamones y espachurró las mías en ellas mientras me obsequiaba con una enorme sonrisa.

El ambiente en la cubierta se relajó ostensiblemente. Del alivio que sentí yo casi ni quiero hablar.

El hombre se presentó en un inglés con marcado acento eslavo. Su nombre era Igor Ushakov, ucraniano y capitán del Zaren Kibish, y me daba la bienvenida a aquel montón de chatarra. Antes de que me diese cuenta fui rodeado de un montón de marineros que me palmoteaban la espalda y se dirigían a mí en

medio de enormes sonrisas, hablando media docena de idiomas absolutamente incomprensibles. Afortunadamente fui rescatado a tiempo por el Capitán Ushakov, que me salvó de ser aplastado por las muestras de afecto pegando un par de gritos con su potente vozarrón.

Mientras las preguntas se agolpaban en mi cabeza me condujo al interior del barco, al tiempo que un par de marineros descendían al Corinto para subir a un Lúculo que no paraba de maullar, desesperado, con el cuello estirado hacia arriba.

Una vez que llegamos a su camarote fui consciente de que había interrumpido su comida con mi llegada. Con un gesto me invitó a sentarme en su mesa. Antes de que me diese cuenta tenía delante un plato de algo, que siendo muy tolerantes podríamos definir como un estofado de carne y de un vaso lleno de cerveza fría. Mientras me abalanzaba sobre la comida como un lobo, Ushakov no dejó de contemplarme con aspecto pensativo. Al cabo de un rato, cuando me estaba peleando con los últimos restos del sorprendentemente rico estofado comenzó a hacerme preguntas. Quién era. De dónde venía. A dónde iba. Cuánta gente me había encontrado por el camino.

Retrepándome satisfecho en la silla comencé a narrarle la historia de mi vida durante los dos últimos meses. Parecía interesarle más la situación actual de la boca de la Ría antes que mis apuradas aventuras con esos monstruos, pero me estuvo escuchando educadamente hasta el final. Entonces llegó mi turno de hacer preguntas.

El barco se llamaba Zaren Kibish y tenía bandera de conveniencia de las Bahamas, aunque realmente su armadora era griega y sus propietarios un conjunto de empresarios estonios. Estaba cargado con 40000 Ton. de bobinas de acero y llevaba fondeado más de un mes en la Ría de Vigo. La mayoría de la tripulación era de nacionalidad filipina o pakistani (como en la mayor parte de los cargueros internacionales de hoy en día, por otra parte), y el resto de una colección de países del Tercer Mundo. De aquel barco el único marino profesional era el capitán y su primer oficial, otro ucraniano, y se dirigían a la marinería en una mezcla de tagalo y urdu, según fuesen filipinos o pakistaníes los interpelados. El resto era mano de obra barata en un cascarón que no pasaría ni una revisión técnica sumamente indulgente. Un buque basura, en definitiva, como tantos cientos de miles que cruzan anualmente las aguas de todo el mundo. Que cruzaban, mejor dicho.

Con un gruñido el capitán Ushakov se levantó de la mesa y se dirigió a un aparador, de donde sacó una botella de vodka ucraniano y dos vasitos de cristal, pequeños y finos. Sirvió dos generosos chorros en los vasos y me pasó uno de ellos, mientras se rascaba la cabeza, como rebuscando en su sonoro inglés la manera de continuar con la historia.

—Entramos en la Ría de Vigo justo antes de que se cerrasen los puertos de

toda la Unión Europea —comenzó su relato—. En aquel momento aún no se había decretado la orden de concentrar a toda la población en los Puntos Seguros, así que en principio no vimos nada fuera de lo común. De todas formas, Vigo era el primer puerto que veíamos en casi dos semanas de navegación, así que estábamos deseosos de bajar a tierra para enterarnos de que demonios estaba pasando.

—¿Dos semanas? —le interrumpí—. ¿De dónde demonios venía el Zaren Kibish?

No me lo podía creer. Por lo que me estaba contando aquel hombre, mientras el mundo se estaba yendo al carajo, él y su tripulación estaban navegando a través de medio mundo, ajenos a todo lo que estaba sucediendo.

—Del puerto de Pusang, en Corea del Sur —me respondió—. Nuestro destino era el Puerto de Rotterdam, pero tuvimos que recalar en Vigo por una avería en el eje del motor, tras cruzar una borrasca a la altura de Canarias —masculló con un encogimiento de hombros mientras alargaba el brazo para servir otra ronda de aquel vodka explosivo.

—¿Y desde aquel momento os quedasteis aquí? —pregunté, atónito—. ¿Por qué demonios no salisteis cagando leches cuando visteis lo que estaba sucediendo? ¿Hacia las Canarias, por ejemplo?

—No podíamos.

—¿No podíais?

—No puedo cambiar la ruta del barco sin una autorización expresa de la compañía. Es una política de empresa.

—¡Pero si tu empresa ya no existe! —le repliqué, asombrado de su cabezonería.

—Ni hablar —me respondió tercamente, mientras se servía otra copa—. Podría perder mi empleo si lo hiciera.

Y ahí acababa toda la discusión para aquel tipo terco. Él era un hombre de su compañía y eso era todo. Su barco se había averiado y él había fondeado en aquel puerto, a la espera de que la compañía le diese instrucciones. Y mientras no llegasen, él no pensaba moverse ni dos brazas de su actual posición.

En vano traté de explicarle que lo más probable es que sus jefes ahora mismo estuviesen deambulando por alguna parte de Estonia o de Grecia convertidos en una de esas cosas que podíamos ver en la orilla, pero no hubo manera de convencerle. Ushakov era un ex-capitán de la Marina de Guerra Soviética, que se había pasado a la flota civil con la desintegración de la URSS. Ahora no llevaba uniforme, pero su mentalidad seguía siendo la de un militar. Sin órdenes, no se movería un pelo. Para él estaba claro que tenía que haber alguien por encima todavía, alguien que tomase las decisiones. ¿Qué no hubiese nadie al mando? ¡Eso era inconcebible!

De su boca me faltaba oír lo más aterrador, sin embargo. Con desgana

comenzó el relato de los últimos días del Punto Seguro de Vigo y la explicación de porqué seguían ellos vivos todavía.

Por lo visto, las autoridades militares y civiles de la zona pensaron que la zona más segura para montar el Punto era la Zona Franca del Puerto de Vigo. Totalmente vallada en su perímetro, dotada de amplias naves y almacenes, ideales en teoría para acomodar a multitudes, llena de productos comestibles no perecederos, con una planta desalinizadora de agua y justo al lado del mar, que garantizaba el abastecimiento por vía marítima, parecía la opción perfecta. Así, la asombrada tripulación del Zaren Kibish fue testigo de cómo en pocos días una multitud de casi 200000 personas atestaba hasta límites insospechados las instalaciones portuarias.

Lo que parecía una superficie imposible de ocupar en su totalidad pronto resultó ser insuficiente para acoger a tal marea humana. Los niveles de hacinamiento comenzaron a ser insoportables, a medida que refugiados de otras zonas de Galicia e incluso del norte del vecino Portugal se iban sumando a los originales. La Zona Franca pronto llegó a su límite de habitabilidad, dadas las circunstancias, pero los refugiados seguían agolpándose ante sus puertas, escapando de todas partes, y por otro lado ya nadie se atrevía a salir del Punto Seguro. Ellos, los No Muertos, ya estaban rondando por sus proximidades y salir sin protección era un suicidio.

El mando en el Punto Seguro en teoría le correspondía a un comité civil compuesto por el alcalde de la ciudad, el subdelegado del Gobierno Central en la provincia y dos conselleiros de la Xunta de Galicia atrapados casualmente en el Punto, pero realmente quienes manejaban el tinglado era un Capitán de fragata de la Armada y un Coronel del Ejército de Tierra, que dirigían conjuntamente las fuerzas militares que defendían la zona.

Súbitamente Ushakov se interrumpió y levantó la mirada del fondo de su vaso de vodka para mirarme.

—A partir de aquí es cuando la historia empieza a ser desagradable... —me observó fijamente—. ¿Está seguro de querer oír el resto?

Tragando saliva, asentí con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. Con un suspiro, Ushakov comenzó a hablar.

01 March 2006 @ 18:45 hrs.

ENTRADA 61

Empezaba a hacer calor, mucho calor, en aquel camarote. Mientras me desabrochaba la parte de arriba de la camisa, mi mirada no podía apartarse de la cara de Ushakov, que con voz grave seguía narrándome la historia de los últimos días del Punto Seguro de Vigo.

Al principio todo fue según lo planeado. Las fuerzas militares presentes en el Punto Seguro, unos seiscientos hombres pertenecientes a diversas unidades del Ejército, la Armada y la Guardia Civil, junto con los restos de la Policía local se encargaban de mantener la integridad del perímetro. Para ello contaban con abundante equipo de combate, incluidos varios transportes blindados y un par de helicópteros artillados. Amarradas en el Puerto estaba un buque de transporte de la Armada y una de las modernas fragatas F-100 recién salidas de los astilleros de Ferrol, con su moderno sistema de misiles absolutamente inútil en esa situación, donde se había instalado el mando civil y militar del Punto Seguro.

—Las primeras oleadas de No muertos que llegaron hasta el Punto fueron fácilmente eliminadas por sus defensores —seguía Ushakov—. Estaban bien atrincherados y tenían la suficiente potencia de fuego como para mantenerlos a raya. Pero seguían llegando, cada vez más. Y la munición de las armas era cada vez más escasa.

—¿Cómo sabe todo esto?

—En ese momento parte de mi tripulación y yo estábamos en tierra —me dijo, con un encogimiento de hombros—. Uno de mis marineros estaba en el Hospital de campaña que organizaron en una de las naves industriales, con la cadera rota a causa de una caída durante la borrasca, así que hacíamos visitas frecuentes a tierra.

—¿Y por qué no se quedaron en tierra?

—No podía dejar mi buque —me respondió, con cara de «eso-es-más-que-evidente»—. Además, las autoridades del Punto no nos permitían quedarnos más que unas horas en tierra —se sirvió otro vaso—. Los recursos empezaban a ser escasos y no querían tener más bocas que alimentar.

Por lo visto, el Punto se había ido convirtiendo en una superficie ultra saturada según pasaban los días. La población inicial de 200000 personas fue creciendo paulatinamente hasta llegar a los 350000 refugiados, a medida que grupos procedentes de otros Puntos Seguros y supervivientes aislados como yo se iban sumando a lo que parecía el único lugar en manos humanas en más de 400 kilómetros a la redonda.

Pronto comenzaron los problemas de abastecimiento, y las enfermedades. Una multitud de más de 300000 personas consume cantidades ingentes de

alimentos, varias toneladas de víveres cada día, y éstos pronto comenzaron a escasear. El supuesto abastecimiento por vía marítima no llegó nunca, pese a las promesas de las autoridades presentes en la zona. Posiblemente no llegó porque no había ningún otro lugar cercano de donde pudiese llegar ayuda. Era irónico.

Las autoridades pronto organizaron partidas de saqueo para abastecer a la multitud y todos los días, columnas de camiones escoltados por blindados y cargados de militares y voluntarios armados hasta los dientes salían del Punto Seguro para volver al caer la noche con kilos y kilos de alimentos. Pero el plan pronto se reveló un fracaso. Una vez saqueados los centros comerciales de la ciudad las expediciones tenían que ir cada vez más lejos, y los resultados eran cada vez más pobres. En un día muy bueno podían meter en el Punto del orden de tres toneladas de alimentos, pero esa cantidad era absolutamente insuficiente para mantener a tantas bocas. Pronto empezaron las medidas de racionamiento.

—Racionamiento —musité, atónito—. ¿Cómo es posible? Yo he estado multitud de veces en los grandes centros comerciales de esta zona y son ENORMES. Deben tener provisiones para alimentarnos durante años.

—Querido amigo —me respondió Ushakov, meneando la cabeza—. Piense en la cantidad de comida necesaria para mantener a 350000 personas todos los días. Uno de sus grandes centros comerciales podría mantener a semejante multitud, con suerte, durante una semana. Después, estaría agotado y no habría camiones de reparto para reponer las mercancías consumidas.

Me quedé en silencio, asombrado por la magnitud de los acontecimientos. Me imaginé la desesperación que debieron sentir las partidas de saqueo durante esos días, cruzando la ciudad muerta, rodeados de miles de esas cosas, viéndose obligados a vaciar alguna pequeña tiendita de barrio para conseguir víveres, jugándose la vida por menos de cien kilos de comida. Joder, tuvo que ser angustioso para esa gente.

—La falta de alimentos no fue el único problema —continuó Ushakov, inmisericorde—. Trescientas cincuenta mil personas generando residuos, cagando y meando, sin una infraestructura adecuada hizo que el puerto pronto oliese como una auténtica cloaca —una sonrisa triste iluminó su rostro—. De repente, vivir a bordo del Zaren Kibish se transformó en una auténtica ventaja con respecto a la multitud de tierra.

Yo no podía responder. Notaba una presión terrible en el pecho, que se iba acentuando a medida que la historia se iba desarrollando ante mis ojos. Joder.

—Las enfermedades siguieron con rapidez a la suciedad, como acostumbra a suceder en estos casos. Puede que en toda la superficie del Puerto hubiese un total de mil o dos mil servicios, con lo cual salía a una media de 350 personas por cagadero, ¿niet? —Ushakov era duro hablando, en ese momento—. Así que el tifus y otras enfermedades comenzaron a asolar el Punto Seguro.

—¿Otras... Enfermedades? —conseguí pronunciar, con voz ronca. Mi

garganta estaba como papel de lija.

—Sí, otras enfermedades. Casi todo el mundo pareció olvidar que pese a lo excepcional de la situación seguía habiendo gente que padecía cáncer o que eran hipertensos, niños con enfermedades infantiles, mujeres a punto de dar a luz... —ahora su expresión era sombría—. Incluso se dieron varios brotes de botulismo a causa de consumir alimentos en mal estado —suspiró—. Uno de ellos era un marinero de este barco. Pronto las enfermedades comenzaron a pasar su factura. Una zona del Puerto, que se puede ver fácilmente desde cubierta del Zaren Kibish fue transformada en camposanto. Al cabo de unas semanas varios cientos de túmulos lo cubrían por completo —ahora la botella de vodka estaba casi vacía—. Esos fueron los afortunados.

Ushakov resopló y levantando su enorme corpachón se acercó al aparador a coger una segunda botella. Mientras tanto, seguía hablando. Las cosas empezaron a descontrolarse a medida que la desesperación y la ley del más fuerte empezaban a campar por el Punto Seguro. Las peleas, los incidentes y los asesinatos se extendieron como un reguero de pólvora, a medida que la gente tenía que luchar por un pedazo de comida. Los militares tomaron cartas en el asunto y decretaron la Ley Marcial en todo el Punto. Pronto docenas de cuerpos de asesinos y saqueadores colgaban por el cuello de las grúas portuarias, como escarmiento para el resto, pero a los únicos que pareció aprovecharles fue a los cuervos y a las gaviotas, que se dieron un festín con los ojos de los ahorcados.

La necesidad de comida era demasiado grande y las luchas continuaron. Los supervivientes podían escoger entre vivir en el Purgatorio del Puerto o en el Infierno de fuera. La situación era así de atroz. A ese extremo se había llegado.

—Cuando las cosas se estaban poniendo realmente feas, una lancha del puerto cargada de militares abordó el Zaren y lo registró en busca de provisiones —Ushakov me guiñó un ojo—. No pudieron encontrar nada, por supuesto. Habíamos escondido casi todos nuestros víveres en la bodega entre toneladas de bobinas de acero. Gracias a eso nosotros no hemos pasado hambre en ningún momento.

Por un momento su postura me pareció tremendamente egoísta, pero pensándolo con más detenimiento comprendí que había adoptado la decisión más lógica. Posiblemente yo hubiese hecho lo mismo. Mientras contemplaba al pensativo ucraniano, con la mirada perdida en el mamparo del fondo empecé a sentir un profundo respeto por él.

—¿Qué pasó a continuación?

—A continuación fue cuando las cosas se empezaron a poner auténticamente feas —me respondió, para mi sorpresa—. Una noche especialmente oscura la fragata y el transporte militar levaron anclas y salieron silenciosamente del puerto. A bordo de ellas se iba todo el personal de la Armada, las autoridades civiles y aproximadamente doscientas o trescientas personas con contactos,

influencias o dinero —meneó la cabeza—. No sé a donde se dirigían, supongo que a las Islas Canarias o a cualquier otro lugar donde no hubiese llegado la infección. El hecho es que se largaron, dejando al resto en la estacada —concluyó, apurando de un trago otro vaso de vodka.

Mientras yo bebía el mío, Ushakov me contó que al día siguiente, cuando la multitud descubrió la ausencia de los buques militares, el caos se desató. Quizás el más sorprendido fue el coronel del Ejército de Tierra que dirigía a los poco más de trescientos militares que quedaban en el Punto Seguro. Las relaciones con el Capitán de Fragata habían sido muy tensas a lo largo de las últimas semanas y por lo visto el enfrentamiento entre ellos había llegado a tal punto que nadie había tenido la delicadeza de informarle del plan de fuga. Este coronel, un tal Jovellanos era un ordenancista en toda regla, y tremendamente estricto. La tensión de todas esas semanas, y la responsabilidad de tener sobre sus hombros la seguridad de toda esa gente pesaban demasiado sobre sus hombros.

Pesaban tanto, que acabó perdiendo el control.

Cuando la multitud comprobó que los barcos militares habían abandonado la Ría, se desató una auténtica locura por abordar cualquier buque que hubiese en el Puerto. Se corrió el rumor de que la fragata se dirigía al Archipiélago Canario y que cualquier buque que la acompañase sería acogido en las islas, que como ya se sabía era el único punto del territorio español a donde no había llegado la plaga. Jovellanos sabía que ese rumor no era cierto y que además, el 80% de los buques de puerto no estaban capacitados para realizar un viaje de miles de millas por mar abierto, así que hizo lo que pensaba que era lo correcto. Dispersó la multitud a tiros, provocando una auténtica carnicería y después dio la orden de barrenar todos los buques que hubiese en el Puerto, para mandarlos al fondo. Si no había escapatoria, los supervivientes del Punto tendrían que luchar hasta el final, o morir. De lo que no fue consciente era de que para el Punto Seguro de Vigo ya no había ninguna esperanza.

El Zaren Kibish se salvó de irse al fondo gracias a que era el único buque que estaba fondeado a cierta distancia del puerto y a que la avería de su eje le impedía desplazarse a ninguna parte. Aun así, todos los días, docenas de personas desesperadas se dirigían hasta el carguero a nado, suplicando ser admitidas a bordo. Ushakov tuvo que ser muy estricto y ordenar a sus hombres que ni saliesen a cubierta. El Zaren Kibish y sus provisiones no se podían permitir acoger a docenas de supervivientes famélicos, enfermos y desesperados.

—Esa era la situación en el Punto Seguro de Vigo —decía el ucraniano—. Cuando todo pasó.

—¿Cuando todo pasó? ¿A qué se refiere? —pregunté.

—Cuando llegó el día que el Punto Seguro de Vigo cayó —respondió, con tono ominoso.

Aún no había oído nada. La parte más espeluznante de la historia todavía

estaba por llegar.

ENTRADA 62

Una densa masa de nubes había ido cubriendo el cielo a medida que la charla se desarrollaba en aquel camarote asfixiante y poco ventilado. La tormenta que se estaba gestando en el cielo era poca cosa al lado del terremoto interior que me estaba provocando el relato de Ushakov, pero era absolutamente incapaz de dejar de escuchar la historia que brotaba de sus labios. Necesitaba oír. Necesitaba saberlo todo.

—Las cosas se torcieron definitivamente una semana después de que los barcos se largasen, aproximadamente —me miró con ojos turbios—. Era de esperar.

—¿Era de esperar? ¿Por qué?

—Piense un poco, señor abogado —replicó—. Cuando los barcos zarparon, todo el personal de la Armada se largó en ellos, además de unos cuantos afortunados soldados de Tierra. Eso dejó al más que agobiado coronel Jovellanos con poco más de trescientos hombres para defender todo el perímetro del Punto Seguro y a los cientos de miles de hombres, mujeres y niños que se hacinaban dentro de él.

—¿Y? —he de reconocer que en aquel momento todo el vodka que había bebido me estaba enturbiando la cabeza. No era capaz de ver todas las implicaciones. Ushakov, como buen ucraniano, estaba más acostumbrado que yo a aquel veneno y no parecía estar afectado.

—¡Pues es más que evidente! —resopló—. Cuando se vio tan corto de efectivos tuvo que empezar a reclutar voluntarios entre los civiles que se apiñaban como ratas dentro del Puerto y a equiparlos con material de combate —hizo una pausa—. Dadas las circunstancias era la única alternativa viable que le quedaba si pretendía mantener controlado todo el perímetro, pero teniendo en cuenta como estaban los ánimos, aquello era una invitación al desastre.

A través de la nebulosa que el alcohol creaba en mi mente, fui entendiéndolo todo, mientras Ushakov seguía desgranando, inmisericorde, todos los acontecimientos de los que fue testigo desde la cubierta del Zaren Kibish. Jovellanos reclutó a varios cientos de civiles y armándolos hasta los dientes los puso a patrullar el perímetro o los utilizó en misiones de saqueo, en busca de alimentos fuera del Punto Seguro.

Pero no eran militares. Simplemente eran civiles vestidos de soldados y armados como ellos, sin ningún tipo de nociones de guerra urbana o de supervivencia, y además, estaban desesperados y hambrientos. Aquello hizo que las bajas aumentasen vertiginosamente. El problema era que cada vez que un voluntario caía, su equipo se perdía irremisiblemente, con lo que la capacidad de

defensa del Punto se iba viendo reducida, lenta, pero inexorablemente.

—A esas alturas ya había una multitud de varias decenas de miles de esas cosas agolpadas al otro lado de las vallas del Puerto —el capitán parecía estar hablando para si mismo, en aquel momento—. Desde la cubierta los podía ver con los prismáticos perfectamente. Era un espectáculo horrible, miles de esos prvotskije apiñados, silenciosos, con esas horribles heridas, todos ellos muertos y sin embargo caminando —su ceño se frunció—. Es un castigo de Dios, no me cabe duda.

—¿Y después? ¿Qué pasó?

—Pasó lo que tenía que pasar. Esos monstruos consiguieron entrar en el Puerto.

—¿Pero cómo?

—¿Cómo? ¿Y qué más da eso? El hecho es que entraron, eso es lo importante —resopló—. No tengo ni idea de cómo fue —me miró fijamente, como protestando—. Pudo ser de cualquier manera. Quizá alguno de los civiles enviados en misión fuera del perímetro volvió infectado y no tuvo el valor, o la disciplina suficiente para informar de ello hasta que fue demasiado tarde o quizás esas cosas encontraron una brecha en el perímetro de más de cuatro kilómetros, o quizás simplemente alguien se olvidó de cerrar bien una puerta una noche o no revisó bien un candado —abrió los brazos, como para demostrar su ignorancia—. Ellos entraron, finalmente, y entonces fue el caos.

Era capaz de verlo mentalmente, mientras Ushakov hablaba. De alguna manera, unos cuantos infectados se colaron dentro del perímetro, y en una zona tan masificada pronto causaron estragos. El pánico se desató y auténticas avalanchas humanas se dirigieron atropelladamente de un lado a otro, sin rumbo, tratando de escapar de aquellos seres. Precisamente ese caos fue su ruina. Si Jovellanos hubiese contado con más soldados profesionales quizá podría haber hecho algo, pero con su variopinta colección de civiles y restos de unidades disgregadas no tenía ninguna posibilidad. Los destacamentos que enviaba para restaurar el orden eran aplastados por una multitud presa del pánico, que no atendía a razones. Los pocos grupos de militares profesionales que quedaban trataban de abrirse paso en medio de la muchedumbre hasta donde pensaban que podían estar los No Muertos para hacerles frente, pero al ser tan pocos, la propia multitud les impidió llegar con celeridad.

—Por mucha potencia de fuego que tengas, si estás tú solo ante un montón de enemigos en el campo de combate, estás jodido —se rascó la cabeza, mientras me miraba con aire serio—. Eso lo aprendimos nosotros en Afganistán hace un montón de años y aquí fue lo mismo.

Los pocos militares supervivientes, aislados del resto de sus pelotones, hicieron frente de forma valiente al creciente número de No Muertos, algunos de forma heroica y desesperada, hasta que finalmente fueron engullidos por aquella

marea. A partir de ahí, el destino de los miles de refugiados del campo estaba absolutamente sellado. Desarmados, atrapados dentro del recinto, presas del pánico e indefensos, su suerte estaba echada.

—Los más afortunados fueron los que murieron aplastados por las muchedumbres o asfixiados bajo docenas de cuerpos —la voz de Ushakov ahora era casi un susurro—. Ellos por lo menos no vieron lo que sucedió a continuación.

Casi no me atrevía a preguntarlo. Pero tenía que hacerlo.

—¿Qué es lo que sucedió? —mi voz era un gorgojeo

—Que el coronel, cuando lo vio todo perdido aplico su particular « Solución Final ». A lo largo de las semanas sus hombres habían ido colocando cargas explosivas en la mayoría de las naves y barracones del Puerto, uno de ellos lleno de fertilizantes químicos, altamente volátiles. Su idea era que si todo se iba al carajo por lo menos arrastraría a todos los malditos monstruos que pudiera al infierno —echando su enorme corpachón para atrás, se froto los ojos y parpadeó—. Pero salió mal.

—¿Qué pasó?

—Calcularon mal el efecto de las explosiones —sacó un arrugado paquete de cigarrillos del bolsillo de su chaqueta y me tendió uno. Yo lo cogí, ansioso por sentir algo que no fuese aquel alcohol en la boca.

—Cuando las cargas explotaron, mucha gente estaba refugiada dentro de las naves y éstas se desplomaron en llamas sobre sus cabezas —encendió el cigarrillo y exhaló una columna de humo—. Esos murieron abrasados o aplastados, casi en el acto. Fueron muy afortunados.

—No veo porqué.

—Porque el resto, varios cientos de miles, estaban aún por el Puerto, corriendo de un lado a otro sin escapatoria —rezongó, con voz trémula—. Imagínese la escena tal y como yo la vi esa noche. En medio de la oscuridad más absoluta, y tan solo iluminados por el resplandor de las llamas de los incendios, miles de personas corriendo sin cesar, aterrorizados, sin saber si el grupo que veían acercarse al fondo era de humanos o de esas cosas. Desde el Zaren se oían gritos, gemidos, aullidos y unos cuantos disparos aislados, mientras el olor de humo y de carne chamuscada invadía toda la atmósfera hasta el punto de hacerte vomitar —se inclinó con una mirada febril—. Era una ventana directa al infierno. Literalmente.

Me estremecí. Pude imaginarme el horror y la desesperación absoluta que debió sentir toda esa gente atrapada en el Puerto a medida que esas cosas los iban acorralando. A medida que iban cayendo, víctimas de sus mordiscos, los antiguos refugiados, ahora transformados en cazadores, se sumaban a la manada de No Muertos atacando a sus antiguos conocidos, amigos o familiares, todo ello iluminado por el resplandor de docenas de pavorosos incendios. Una escena demencial.

—No hay mucho más que decir —siguió narrando—. La carnicería continuó por lo menos durante doce o catorce horas más, pero el humo nos impedía ver cualquier parte de la orilla desde el barco. Finalmente el ruido cesó por completo. No se oía absolutamente nada, aparte del ocasional chasquido de alguna estructura carbonizada al derrumbarse o el sordo gemido de alguna de esas cosas —se interrumpió—. Bueno, y ese ruido, por supuesto.

—¿Ruido? ¿Qué ruido?

—Al principio no sabíamos qué podía ser. Acostumbrados al barullo de una multitud de cientos de miles de personas, el puerto estaba desacostumbradamente silencioso, tal y como lo puede ver ahora —me dijo, señalando hacia el ojo de buey del camarote—. Pero en aquel momento nos sorprendió profundamente. Por eso oíamos el ruido.

—Aún no me ha dicho qué era —protesté.

—Porque está usted interrumpiéndome constantemente —replicó—. El origen del ruido lo descubrimos a medida que la masa de humo se fue elevando —se estremeció, sin poder evitarlo—. Era producida por cientos, miles de pies, calzados y descalzos, al arrastrarse sobre el cemento y el asfalto del Puerto —me miró—. Los pies de todos los refugiados del puerto que no habían fallecido antes de contagiarse, de convertirse en uno de esos No Muertos.

Me quedé horrorizado, aplastado ante la espantosa idea de cientos de miles de seres inocentes atrozmente atacados, mordidos y mutilados para acabar levantándose otra vez, pero en esta ocasión convertidos en cientos de miles... De monstruos. Jesús, era estremecedor.

Me estaba mareando en aquel camarote. Necesitaba que me diese el aire.

—Evidentemente, no todos los refugiados cayeron. Los más hábiles, los más duros, unas cuantas docenas, quizás unos cuantos cientos, se las apañaron para sobrevivir a esa noche espantosa y permanecieron escondidos entre las ruinas del Puerto hasta que esa inmensa muchedumbre de No Muertos se desperdigó a los cuatro vientos. Cuando tan solo quedaban unos centenares en el puerto, como puede ver ahora, huyeron todos ellos, cada uno en la dirección que consideró más oportuna, solos o en pequeños grupos —concluyó Ushakov.

—¿Sí? —le miré, con ojos vidriosos—. ¿Y cómo sabe usted eso?

—Es muy sencillo —me replicó, sonriente, haciendo un gesto teatral—. Porque uno de esos supervivientes está ahora a bordo del Zaren Kibish. Precisamente me disponía a presentárselo —dijo, mientras se levantaba y se dirigía a la puerta del camarote.

06 March 2006 @ 15:17 hrs.

ENTRADA 63

Sintiendo una leve sensación de náusea me incorporé, dispuesto a seguir a Ushakov. En cuanto me puse en pie me di cuenta que mi delicado estómago occidental no estaba hecho para semejante combinación de vodka ruso, calor húmedo, olor a comida y grasa de motor y conversación macabra. Empujando atropelladamente un par de sillas me dirigí al ojo de buey y tras abrirlo dejé un bonito dibujo de vómito contra el casco del Zaren Kibish. Estupendo. Estaba dejando una impresión cojonuda en mis nuevos amigos.

Limpiando los restos de bilis de mi boca me giré y me dirigí de nuevo hacia Ushakov, quien, con una mirada levemente irónica me contemplaba desde el marco de la puerta del camarote. Supongo que estaría pensando que era una nenaza, pero si era así no dijo nada y se limitó a hacerme un gesto con la cabeza, indicándome que lo siguiera.

Recorrimos un corto pasillo plagado de tuberías y cables, con varias puertas a los lados. En general, el aspecto de aquel buque era completamente ruinoso y resultaba sorprendente pensar que acaba de realizar un viaje de docenas de miles de millas náuticas desde el sudeste Asiático. Finalmente llegamos a una compuerta en un mamparo situado al final de unas escaleras que descendían a las entrañas del barco. El olor a cerrado y a humedad allí eran mucho más intensas, pero parecía ser el único en notarlo.

Al abrir la puerta pude ver un camarote parecido al del capitán, pero de dimensiones más modestas y con una litera doble en lugar de la espaciosa cama del cuarto de donde veníamos. Sentado en una de las literas estaba un hombre de unos cincuenta años, grueso, con las venas capilares de su nariz muy marcadas, lo cual indicaba una excesiva afición por las bebidas alcohólicas y con el rostro surcado de arrugas. Frente a él, al otro lado de una caja de madera boca abajo que servía de improvisada mesa para un tablero de ajedrez estaba otro hombre, éste de unos cuarenta años, de complexión fuerte, bajo, rubio, con unos ojos de un color asombrosamente azul y unos lacios bigotes colgándole del labio superior. No pude evitar acordarme de Asterix el Galo en cuanto le puse los ojos encima.

Cuando entramos Asterix y Nariz de Borracho parecían estar inmersos en las últimas jugadas de una intensa partida de ajedrez, pero se pusieron precipitadamente de pie en cuanto nos vieron.

Ushakov se acercó a ellos y cruzó unas cuantas frases apresuradas en ruso con ambos, mientras me señalaba varias veces en el curso de la conversación. Me sentía sumamente incómodo al tiempo que Ushakov y Nariz de Borracho parecían discutir algo vivamente, mientras Asterix se limitaba a contemplar a ambos tristemente y de vez en cuando me dirigía una mirada resignada.

Finalmente Ushakov se giró hacia mí y me hizo señas para que me acercara.

—Señor abogado —no me gustaba como sonaba aquello en su boca, tenía un retintín un tanto faltón—. Le presento al primer oficial del Zaren Kibish, el señor Aleksandr Grigori Kritzinev —al tiempo que señalaba al de la nariz rojiza.

Le estreché la mano cautelosamente, al tiempo que era obsequiado con un torrente de palabras en ruso que no supe descifrar.

—Mi primer oficial es de los marinos de la vieja escuela y dice que lamenta no poder dominar lo suficiente otro idioma que el ruso, así que me transmite sus saludos para usted.

—Dígale que estoy encantado de estar a bordo de esta nave y de encontrarme entre ustedes.

—Oh, no será necesario —me respondió Ushakov en un tono que empezaba a desagradarme—. Creo que entre amigos como nosotros no son necesarias ciertas formalidades ¿niet? Permítame presentarle al señor Viktor Pritchenko, ucraniano como Aleksandr y yo, y superviviente del Punto Seguro de Vigo.

Contemplé al pequeño rubio de bigotes mientras le estrechaba la mano y trataba de evitar que la sorpresa asomase a mi rostro ¿Qué demonios hacía un ucraniano en el Puerto de Vigo? Vaya casualidad más extraña... Pero mi sorpresa fue completa cuando el pequeño ucraniano se empezó a dirigir a mí en un herrumbroso y primitivo español.

—Encantado de conocerle, señor. Mi nombre, Viktor, Viktor Nikolaevich Pritchenko.

—¿Habla usted español? —repliqué, absolutamente atónito. No era el tipo de superviviente que me esperaba.

—Da, yo viviendo en España por seis meses. Yo vivido antes en España varias veces, desde hace cuatro años. Yo venir España todos años —me contestó, con una mirada triste en sus ojos claros...

—¿A qué viene usted a España?

—Yo trabajo. Yo todos años trabajo para Siuntén.

Estaba demasiado estupefacto como para preguntarle qué o quién demonios era ese tal Siuntén. Ya habría tiempo para ello. Mientras contemplaba a aquel pequeño hombre y su cándida mirada azul comprendí un par de cosas. Evidentemente, no me mentía. Pero estaba asustado, jodidamente asustado. Algo le tenía aterrorizado y que me matasen si podía suponer qué era.

Ushakov, que no dominaba el castellano, y visiblemente incómodo por no saber qué era lo que nos decíamos, decidió interrumpir abruptamente la conversación. Ladrándole un par de órdenes a su segundo envió a este y al pequeño ucraniano escaleras arriba mientras me invitaba a seguirle de nuevo, ahora hacia los pisos superiores. Mientras subíamos los tramos de escaleras me fue contando el resto de la historia de Viktor Pritchenko. La noche de la masacre del Punto Seguro se acercó nadando hasta el Zaren Kibish y empezó a dar voces.

Al oír a alguien hablando en ruso decidió permitirle subir a bordo y desde entonces estaba allí con ellos. Por lo visto era estibador o técnico del puerto, o algo por el estilo.

Algo en su manera de contar la historia me hizo desconfiar. Ese tipo no me estaba contando la verdad, al menos no toda. Ahora bien, ¿qué era exactamente lo que me estaba ocultando? Y sobre todo, ¿por qué?

Cuando llegamos a la parte superior de las escaleras descubrí para mi sorpresa que seguimos subiendo hacia el puente de mando a varias decenas de metros de la cubierta. Al llegar allí, Ushakov se sentó en su puesto de capitán y me miró, escrutador.

—¿Y bien? —le pregunté, cada vez más confuso.

—Vamos a ver, señor abogado, si no me equivoco, por lo que usted me ha contado es de una ciudad muy cercana a Vigo ¿Niet?

—Sí, de Pontevedra, a solo treinta kilómetros por carretera.

—Por lo tanto, entiendo que usted conoce bien esta ciudad ¿verdad?

—Pues... Sí, la verdad es que sí —estaba cada vez más confuso. No entendía a qué venían aquellas preguntas tan absurdas y a donde quería ir a parar, pero algo flotaba en el ambiente.

—Da, perfecto —pareció quedarse pensativo por un momento, e inopinadamente me espetó—. ¿Sabe usted dónde queda la Oficina Principal de Correos de Vigo?

—Claro que sí, pero ¿a qué demonios viene esto, capitán Ushakov?

—Oh vamos, estoy seguro que para una persona tan inteligente como usted no se le habrá escapado. Está más que claro que necesito algo que está allí.

Mi expresión debía ser cómica ¿A Correos? ¿Pero qué le pasaba a aquel individuo?

—Hace ya dos meses que no recibo ninguna comunicación por parte de la compañía —empezó a hablar con voz cansada—. Cuando atracamos en Vigo, justo después de la tormenta, lo primero que hice fue ponerme en contacto telefónico con el agente de la Compañía en España para solicitarle instrucciones, y a que los teléfonos en Estonia parecían no funcionar y en Grecia no respondía nadie —se estiró en su asiento—. Prometió mandarme un paquete de instrucciones completo desde Madrid por Correo, pero la evacuación al Punto Seguro nos impidió recogerlo en la oficina.

—¿Por qué me cuenta todo esto a mí?

—Creo que es evidente, mi joven amigo. Necesito ese paquete. Y alguien tiene que ir a buscarlo. Alguien que sepa dónde está la oficina. Y ese alguien, es usted.

Le miré de hito en hito, tratando de averiguar si me estaba gastando una broma. No podía estar hablando en serio. Aquel tipo me estaba pidiendo que desembarcase en una ciudad infestada por miles de No Muertos, que la

atravesase como quien va a comprar una barra de pan, que entrase en la Oficina de Correos y que volviese a bordo con su jodido paquete como si fuera un cartero. Definitivamente, el vodka le había hecho más daño a él que a mí.

—Capitán, no puede estar hablando en serio. Lo siento mucho por su paquete, pero si está en esa oficina, por lo que a mí respecta se puede quedar allí hasta el final de los tiempos. No sabe usted lo que me está pidiendo. Yo he estado entre esos seres y le puedo asegurar que son monstruosos —me estaba alterando a medida que hablaba, pero no lo podía evitar—. ¡Es una auténtica locura! Es absolutamente imposible que una persona pueda atravesar esa ciudad sin que esos engendros del infierno acaben con él, se lo digo en serio...

—Oh, pero no irá usted solo, por supuesto. Mi oficial y algunos de mis hombres le acompañarán —sonrió malévolamente—. Al fin y al cabo es un paquete de la Compañía y usted es un extraño. No se lo podemos confiar —concluyó—. Su función consiste únicamente en servir de guía hasta allí y conducirlos de nuevo de vuelta.

Estaba como una puta cabra. Me tenía que largar de allí.

—Lo siento mucho capitán, pero no cuenten conmigo para ese disparate —le dije a medida que me incorporaba—. Le agradezco su ayuda y su hospitalidad, pero creo que debo marcharme de aquí. Así que si no le importa...

—Oh, me temo que hay un error —me interrumpió—. No se lo estoy pidiendo. Se lo estoy ordenando. Y si no accede, en menos de cinco minutos usted y su precioso gato estarán flotando en el agua con una bala en la cabeza cada uno. Me temo que no tiene usted elección.

Aquel hijo de puta se retrepó en su sillón, visiblemente satisfecho, mientras me contemplaba. Me tenía cogido por los huevos. Y ambos lo sabíamos.

ENTRADA 64

Tragué saliva, mientras notaba una ola de sangre helada recorriendo mis venas al tiempo que contemplaba a Ushakov, cómodamente recostado en su alto sillón, observándome. El muy cabrón parecía encontrar todo aquello sumamente divertido.

—Vamos, vamos, tovarich, no se lo tome usted tan a pecho —se inclinó hacia delante y poniendo su boca casi junto a mi oído me susurró—. Al fin y al cabo tan solo le estoy pidiendo un pequeño favor a cambio de otro favor ¿Niet? Yo le he acogido en mi barco y usted a cambio me trae una pequeña cosita que necesito. Eso es todo.

—No tiene ni la menor idea de a donde nos está enviando, capitán. Podemos morir todos por un miserable paquete enviado por alguien que ya debe estar muerto —respondí, conteniendo la rabia.

—Cuento con su pericia para traer a todo el mundo de vuelta. Al fin y al cabo usted ha llegado hasta aquí sin un rasguño ¿Niet? Entonces confío en que pueda dar de nuevo un pequeño paseo sin que le pase nada malo.

—¿Tengo alternativa? —pregunté, con la peor de mis muecas.

—Me temo que no.

—Entonces supongo que apelar a sus buenos sentimientos o a su humanidad es algo totalmente inútil, ¿verdad? Eres un auténtico bastardo, amigo. ¡Anda y que te jodan!

Antes de que me diese cuenta Ushakov saltó hacia delante como movido por un resorte y me sujetó por el cuello con una de aquellas enormes manazas, levantándose contra un mamparo. Me cogió absolutamente por sorpresa. Resultaba casi increíble que un tipo tan grande se moviera tan rápido. Mientras me sostenía a un palmo de suelo acercó a mi rostro el suyo, totalmente transformado en una máscara demoníaca.

—Llevo más de un mes atascado en este agujero con mi maldito barco y toda mi tripulación, ¿me entiende? —gritó, enrojecido de ira—. Desde que he llegado a aquí he esperado inútilmente la llegada de una persona que se tenía que hacer cargo y traer ese paquete y, ¿sabe quién ha venido? —me preguntó—. ¡Nadie! ¡Absolutamente nadie!

Me estaba asfixiando, y ya veía puntitos de colores bailando delante de mis ojos. Aquel hijo de puta me iba a estrangular. Súbitamente pareció darse cuenta de mi extraño color, o fue consciente de que si me mataba no tendría cartero, pero fuera lo que fuese, hizo que aflojase su presa. Caí al suelo, jadeando, tratando de inhalar un poco de aire.

—Necesito ese paquete. Simplemente, lo necesito. He mandado ya un equipo

a tierra, hace una semana, y no hemos tenido noticias de ellos desde entonces. No puedo permitirme perder más hombres —se sentó de nuevo, mirándose—. Usted va a ir a por ese paquete para mí. Y si se le ocurre desviarse medio metro le juro por Dios que le meterán una bala en la cabeza. Así que procure no joderme usted a mí... ¿Me ha entendido, señor abogado?

Asentí con la cabeza, incapaz de hablar, mientras me levantaba del suelo a duras penas. Aquel cabrón era capaz de matarme si me negaba. Y lo peor es que no podía irme a ninguna parte. Desde el puente de mando podía ver perfectamente a un par de marineros fumando, cómodamente recostados en la cubierta del Corinto, con un par de AK-47 cruzados en sus regazos. Además, no sabía donde estaba Lúculo. Joder.

—De acuerdo —dije en cuanto pude articular palabra—. ¿Me da usted su palabra de que si le traigo el paquete me dejará marchar a continuación?

—Absolutamente. Usted cumpla su parte y yo cumpliré la mía.

Ya. Y de regalo, un par de rubias en bikini y un barril de cerveza. Seguro.

Tenía que ser pragmático y tomar el control de todo aquel asunto antes de que se descontrolase definitivamente. Sacando un aplastado Marlboro del bolsillo me recosté contra la rueda del timón y le miré fijamente, entre una voluta de humo, mientras pensaba a toda velocidad.

—De acuerdo —asentí—. Pero con una condición. En tierra mando yo. Sus chicos harán lo que yo les diga y no tratarán de joderme ¿Vale o no vale?

—Totalmente de acuerdo.

—No sé ni por qué me preocupo. Lo más probable es que nos hayan matado a todos a los diez minutos de tocar tierra. Además, no hablo ni una palabra de tagalo o de urdu... ¿Cómo coño me voy a entender con ellos? ¿En Morse?

—No se haga el simpático. No está usted en situación para ello. El señor Pritchenko habla español —me respondió—. Y mi segundo irá con ustedes, con lo cual usted podrá hablar con todos los del grupo a través de ambos.

—¿Y por qué no manda simplemente a Pritchenko? ¿No vivía en Vigo antes de todo esto?

—Pritchenko no vivía en Vigo —respondió lacónicamente.

—Pero él dijo...

—Basta de tonterías. Tiene usted mucho que hacer —me interrumpió, mientras me invitaba a acompañarle.

Descendimos las escaleras hasta llegar de nuevo a la cubierta. Allí me encontré al resto de mi «equipo», esperándome. Estaban el pequeño Viktor «Asterix» Pritchenko, el segundo oficial con un enorme pistolón colgando de su cintura y cuatro tripulantes más del Zaren Kibish, con aspecto de ser pakistaníes. Iban todos vestidos con gruesas ropas de marinero de color oscuro, y con mochilas repletas a la espalda. Cada uno de ellos sostenía un AK-47 en las manos, excepto Viktor, que parecía ir desarmado y que mantenía aquella mirada

entre resignada y aterrorizada. Estaba tan jodido como yo, estaba claro.

—Tu también te has presentado voluntario para esta historia, ¿verdad? —le pregunté mientras le apoyaba una mano en el hombro.

—¿Cómo? —respondió, confuso.

—Nada. Olvidalo —estaba claro que no captaba la ironía. Me giré hacia Ushakov—. ¿Y mis armas?

—Usted no necesitará armas amigo. Mis hombres le protegerán. Usted tan solo guíelos y tráigame esto de la Oficina de Correos —me respondió mientras me tendía un papel. El boletín del puto paquete. Lo cogí distraídamente con una mano mientras que con la otra me ajustaba de nuevo mi viejo neopreno, ante la mirada algo asombrada de todos los presentes. Supongo que se preguntaban si estaba bien de la cabeza o es que pensaba que nos íbamos a hacer surf. Sin embargo, al fijarme en el resguardo se me quitaron las ganas de hacer bromas. Coño. No me extrañaba que el anterior equipo se hubiera perdido. Aquel paquete no estaba en la Oficina Principal de Correos, que casi se podía ver desde el Puerto. El jodido resguardo no era de Correos. Era de UPS. El paquete estaba en las oficinas de esa empresa de mensajería. Y la dirección era de casi la otra punta de la ciudad.

Resignadamente sacudí la cabeza y guardé el resguardo en una pequeña mochila vacía que me ofrecieron. Estaban dejando bien claro quién tendría que portear el paquete de vuelta. Me ajusté las cinchas y me asomé a la borda, contemplando la ciudad muerta. Su aspecto era sombrío, desolado, aterrador. Fuera de la devastación del Puerto podía contemplar las calles de Vigo, llenas de coches abandonados de cualquier manera, basura, suciedad, papeles y plásticos revoloteando y en medio de todo eso, docenas de esos seres, vagando en un paseo infinito. Una puta Zona Muerta. Y nosotros nos íbamos justo allí. Me estremecí y me giré hacia Ushakov.

—Está oscureciendo. Partiremos mañana por la mañana, en cuanto haya luz suficiente.

—No, señor abogado. Partirán ustedes justo ahora, aprovechando la oscuridad de la noche.

—¿Pero sabe que está diciendo? ¡Así no les podremos ver! —le respondí, agitado. No me lo podía creer.

—Ellos tampoco les verán a ustedes —respondió Ushakov, displicentemente.

Y ahí se acababa la discusión. Por mucho que les explicase que a «ellos» no les hacía falta vernos para saber que estábamos allí, no conseguiría que me creyeran. Pensarían que trataba de retrasar la salida. Ushakov era un militar y aún pensaba como un militar. Para él estaba claro que una infiltración tenía que ser nocturna si quería tener posibilidades de éxito. Así que nos enviaba de noche, y sin luna, a una zona plagada de esos monstruos. Aquello era cada vez más estupendo.

Una Zodiac bastante amplia nos estaba esperando amarrada a un costado del Corinto. Mientras nos dirigíamos hacia la borda vi a uno de los marineros del Zaren Kibish con Lúculo sujeto en sus brazos. Aquel tipo tenía un par de profundos arañazos cruzándole una de sus mejillas. Por lo visto mi gato tampoco estaba muy contento con sus captores. En cuanto me vio lanzó un largo maullido desesperado y se removió inquieto, deseando correr hacia mí. Pero el tipo que lo estaba sujetando ya había previsto esa reacción y llevaba puestos unos gruesos guantes. Con su mano derecha hizo un hábil giro y acogotó completamente al pobre animal, inmovilizándolo por completo. Unas pulgadas más de presión y le partiría el cuello. Lúculo emitió un maullido lastimero mientras me contemplaba, impotente.

Noté que la sangre se me agolpaba ante los ojos y di un paso hacia aquel individuo, pero alguien me propinó un fuerte empujón hacia la borda y pronto me vi descendiendo la escala hacia la Zodiac. Mientras me acomodaba en la proa de la misma Ushakov asomó su enorme corpachón por encima de la borda del Zaren Kibish e hizo una bocina con sus manos.

—¡Procuren volver pronto, señor abogado! ¡Hace muchas semanas que mi cocinero filipino no dispone de nada de carne fresca y proviene de una cultura donde tienen multitud de recetas de gato! —se carcajeó—. ¡No sé cuánto tiempo podré retenerlo!

El motor de la Zodiac arrancó después de tres o cuatro intentos y con un potente rugido comenzó a acercarnos a la orilla, mientras aquella amenaza aún resonaba en mis oídos. Condenado hijo de puta...

La luz estaba disminuyendo a pasos agigantados, como es habitual en esa época del año en Galicia. Pronto sería noche cerrada. A medida que nos acercábamos a tierra podía divisar con mayor nitidez ciertos detalles de la orilla. Casi prefería no haberlos visto. Eran como una premonición de lo que nos aguardaba a tan solo unos centenares de metros. Súbitamente fui consciente del silencio absoluto que reinaba en la Zodiac. Me giré hacia atrás y me encontré con seis pares de ojos expectantes, mirándome. Nariz Roja ladró una larga frase en ruso a Viktor. Este asintió y se giró de nuevo hacia mí, mientras me observaba con aquella expresión casi infantil en sus ojos.

—Oficial Kritzinev pregunta dónde desembarcó, dónde tierra. Dice que usted tener que guiar.

Asentí. De acuerdo. Ahora estaba al mando, por lo menos de momento. Tenía que tranquilizarme. Tenía que pensar, si quería salir de una pieza de aquella pesadilla y si quería recuperar a mi gato y mi barco. Animándome a mi mismo comencé a escrutar la orilla, buscando desesperadamente un buen punto para desembarcar, un sitio seguro, una pista, una señal... ¡Algo!

Súbitamente lo vi, cerca de la orilla. Claro que sí, joder. Podía funcionar, ¿por qué no? Puede que fuese nuestra mejor oportunidad. Girándome de nuevo en la

Zodiac se lo señalé al pakistani que estaba manejando el motor y le indiqué por señas que se dirigiese allí.

Quizás fuese una locura. Pero no había muchas más opciones...

09 March 2006 @ 01:23 hrs.

ENTRADA 65

De nuevo en tierra. Tras varios días embarcado la sensación de tener tierra firme bajo los pies era sumamente extraña. A medida que las sombras crecían trataba de adivinar las formas de los edificios que nos rodeaban. Era extraño, sumamente extraño. A mis espaldas oía a los dos ucranianos y a los pakistaníes trajinando con el equipo y pasándolo a tierra. Respiré profundamente, pero al instante me arrepentí de haberlo hecho. El olor a putrefacción, basura, heces y carne quemada era nauseabundo. Y además, sutilmente mezclado en medio de todo eso podía percibir otro olor, más suave, pero que estaba allí presente. No podría describirlo, pero es ese olor que llevo notando desde hace semanas. Creo que es su olor. El de esas cosas. Juraría que tiene un aroma propio. O a lo mejor me estoy volviendo loco, no lo sé.

Los pakís y los dos eslavos ya estaban preparados detrás de mí. Excepto Viktor, que tenía un aire ligeramente ausente y resignado el resto parecía un equipo bastante competente y muy compenetrado. La manera de distribuirse y de sujetar las armas me indicaban de algún modo que aquellos tipos no eran simplemente los marineros que alegaban ser. Y un carajo. Aquellos fulanos eran auténticos profesionales y sabían lo que hacían, lo cual me llevaba a plantearme entonces quién demonios eran y qué rayos pintaban allí. Por no hablar de la verdadera naturaleza del paquete que íbamos a buscar, que era tan valioso que merecía la pena arriesgar la vida de siete personas en su procura. De locos.

Habíamos desembarcado en el extremo más alejado del Punto Seguro, concretamente entre unas enormes naves industriales y la gigantesca explanada donde la factoría de Citroën aparcaba sus vehículos antes de cargarlos en los enormes buques que los repartían por medio mundo. Ahora la explanada estaba repleta de cientos y cientos de modelos de la casa francesa, abandonados a su suerte en la noche.

Podía ver perfectamente a los más cercanos. Era una fila enorme de Xsaras Picasso, listos para estrenar, con los asientos aún cubiertos por las fundas de plástico. Todos los vehículos ofrecían sin embargo un aspecto sucio y descuidado. Acercándome al más próximo paseé una mano por su chapa y dejé un grueso surco. Largas semanas de abandono los habían cubierto de una gruesa capa de polvo y de algo más. Con un estremecimiento comprendí que la sustancia que los recubría era la ceniza de todos los incendios de semanas anteriores. Cenizas humanas, quizás. Joder.

Con un escalofrío me aparté de aquellos miles de vehículos que probablemente no llegasen a circular nunca por una carretera soleada. Aquel tiempo ya había pasado. Ahora, solo cabía pensar en ser lo suficientemente hábil

para sobrevivir hasta el día siguiente.

Aquella esquina donde habíamos desembarcado ofrecía una singularidad, y era que se componía de una pequeña nave achaparrada y una estrecha explanada a su lado, toda ella rodeada de una alta valla de ladrillo y hormigón. Lo que nos había llevado hasta allí sin embargo no era la valla ni la explanada, sino el enorme letrero que campeaba sobre el edificio: PROSEGUR. Aquella nave era la base que la conocida empresa de seguridad y transportes blindados bancarios tenía en el puerto. Con cientos de empresas funcionando en la zona Franca era lógico que tuviesen una sucursal allí. Solamente la Lonja de Puerto movía al día docenas de millones de euros y alguien tenía que custodiar toda esa pasta y trasladarla a los bancos.

Aquel edificio era un auténtico fortín y confiaba en que los podridos no hubiesen sido capaces de franquear sus muros. Podía estar en un error, por supuesto, y entonces estaríamos auténticamente jodidos, pero tampoco disponíamos de tantas opciones.

Con un gesto seco, fácilmente comprensibles le indique a Viktor que se acercase. Le susurré al oído que era necesario adelantarse y comprobar el perímetro del edificio. Asintiendo, el pequeño ucraniano se deslizó como una anguila hacia el resto del grupo, que se ocultaba entre las sombras cada vez más espesas de la noche y le soltó una larga parrafada en ruso a Kritzinev. Este a su vez les dio una serie de instrucciones en urdu a los pakistaníes, que, ágiles como gamos, me adelantaron y se fundieron en las sombras cercanas al edificio.

No pude dejar de sentir una vaga aprensión pensando en lo complicado que era transmitir las órdenes. Tenían que ser traducidas varias veces hasta sus destinatarios finales y corrían el riesgo de ser malinterpretadas. No tendría nada de especial, si no fuera porque un simple error podía mandarnos a todos a la tumba. Hay que joderse. Media docena mal contada de supervivientes y es un grupo que hacía que la ONU pareciese una pandilla de vecinos.

Al cabo de cinco interminables minutos uno de los pakis se materializó salido de la nada, justo enfrente de nosotros, haciéndonos el gesto universal de que todo estaba en orden. Mientras avanzábamos sigilosamente hacia el edificio meditaba acerca de lo curioso de esos hombres. Todos ellos eran bastante jóvenes, en torno a unos veintitantos años. Delgados y fibrosos, con unos enormes mostachos negros que pegaban perfectamente con su piel cobriza, aquellos tipos parecían absolutamente competentes en lo que hacían.

Cuando llegamos al muro del edificio nos pegamos a él como ventosas. Podía notar la adrenalina rugiendo en mis venas. Ahora aquello estaba oscuro como la boca de un pozo. Aunque aparentemente no había ninguna de esas cosas por allí cerca podía oír perfectamente el ruido de fondo que producían decenas de pies arrastrándose. Era un sonido aterrador, que ponía los pelos de punta. Era algo así como Rasssssssss-Zump, rasssssssssssss-zump, repitiéndose docenas de veces.

Noté como los testículos se encogían de puro pánico. Aquellos seres estaban muy cerca, demasiado cerca, quizás al otro lado de la tapia contra la que nos apoyábamos.

Con sigilo me acerqué hasta la puerta de la nave. Como era de esperar era un enorme portón de acero blindado, con un par de troneras a los lados. Agarré el picaporte y lo gire. La puerta no se movió. Aquello estaba cerrado a cal y canto.

Por un momento no supe qué hacer. La posibilidad de que aquella puerta estuviese cerrada no se me había ni pasado por la cabeza. Ahora estábamos en un jodido punto muerto. No podíamos retroceder pero tampoco podíamos entrar en aquella nave y seguir adelante. Vaya una papeleta.

Notaba los ojos de todos clavados en mí. Girándome hacia Viktor, encogí los hombros, en un gesto mudo, como diciéndole « ¿A mí que me cuentas? No tengo ni puta idea de qué hacer» . Kritzinev dio un paso adelante y descolgando el AK-47 de su espalda lo amartilló ruidosamente y apuntó a la cerradura. Antes de que empezase con el festival de tiros sujeté la boca del arma y la apunté hacia el suelo, mientras ponía un dedo sobre mis labios. Disparar contra aquella puerta no serviría absolutamente de nada, excepto conseguir una publicidad indeseada de nuestra presencia allí. Con un gesto le indiqué la esquina de la nave que daba a la explanada. Quizás por allí consiguiésemos algo.

10 March 2006 @ 02:12 hrs.

ENTRADA 66

Aún sigo vivo. Magullado, con unos cuantos moratones y con el neopreno hecho unos zorros, pero vivo, al fin y al cabo. Eso sí, aún estoy tratando de sacarme el susto del cuerpo. El día ha sido largo, muy largo, y lo único que espero es que ahora tengamos por lo menos unas cuantas horas de tranquilidad. Esta misión, este « viaje », no sé cómo llamarlo, está condenado al desastre desde un principio. Desde que hemos puesto un pie en tierra las cosas no han dejado de precipitarse. No tenemos ningún plan, avanzamos a ciegas y lo que es peor, creo que tampoco está muy claro qué es lo que tenemos que hacer.

Ahora mismo estamos escondidos en una vieja tienda de ultramarinos que en algún momento, en los pasados días, fue saqueada sin piedad. Las estanterías, medio volcadas y apiladas contra el fondo del local son los mudos testigos de una rapiña apresurada. Alguien estuvo aquí y arrambló con todo lo que pudo antes de salir por piernas. Tan solo unas cuantas cajas de chucherías y la sección de droguería parecen haberse salvado del saqueo, con lo cual no nos ha quedado mucho a nosotros para prepararnos la cena. Eso sí, los pakistanies están encantados con la posibilidad de disponer de colonia gratis y se han pasado veinte minutos abriendo botes y rociándose con todas las esencias que han encontrado, riéndose como niños pequeños. Ahora todos huelen como putas de burdel, pero al menos hemos vivido un momento distendido. Falta nos hacía.

La verja metálica, o lo que queda de ella, está echada y apuntalada desde dentro con dos estantes de acero colocados por los pakistanies y a la luz de una lámpara de petróleo puedo ver a los supervivientes apiñados, durmiendo, mientras uno de los pakís monta guardia al tiempo que mordisquea despreocupadamente una chocolatina, creo que un Twix. No puedo dormir. Las imágenes de los últimos días se agolpan en mi cabeza, pugnando por salir de alguna manera. No tengo con quién hablar de todo esto, ningún hombro en el que apoyarme y llorar. Escribo todo esto para no volverme loco, para que mañana, cuando despierte, pueda estar seguro de que no fue un mal sueño y de que no estoy perdiendo la cabeza. Joder, y aun así, no sé por dónde empezar. Por el principio, supongo.

Al comprobar que la central de PROSEGUR estaba cerrada a cal y canto nos decidimos a doblar la esquina de la misma. A la fuerza ahorcan. Era la única opción viable que nos quedaba. Una vez tomada dicha determinación comenzamos a andar con sigilo, tratando de fundirnos con la pared. Ya en ese momento la oscuridad era absoluta. No recuerdo si había luna esa noche o no, pero desde luego el cielo debía estar completamente nublado, porque no se veía ni una sola estrella. La oscuridad era total y eso volvía la situación aún más

perturbadora.

Decir que estaba acojonado es poco. Y en mi favor he de decir que no era el único, porque la cara de Kritzinev, de Pritchenko y de los pakistaníes era todo un poema. No pude evitar sentir cierta satisfacción al ver el miedo en sus ojos. Que se jodan. Una cosa es ver los toros desde la comodidad del Zaren Kibish y otra muy distinta tener que saltar a la arena.

Al llegar a la esquina asomé cautelosamente la cabeza y pude ver... Nada. Absolutamente nada. La oscuridad ya era demasiado densa como para ver más allá de un par de metros. No me quedaba más remedio que utilizar algo de luz, así que por señas pedí que me alcanzasen una linterna.

Como por arte de magia una enorme Polar Torch de baterías apareció en mi mano. Un jodido faro, vamos. La agarré con manos sudorosas y apunté hacia aquella negrura con su lente polarizada. Por un momento la angustia me asaltó... ¿Y si al encender el foco descubría a docenas de esos engendros agazapados, con la luz reflejándose en el fondo de sus ojos muertos? ¿Y si con la luz atraía a cientos de ellos hasta nosotros? Dudé. Tenía el dedo apoyado en el interruptor y sentía las gotas de sudor resbalando por mi espalda. Notaba a Kritzinev a mi espalda pegándome empujoncitos. Me susurró algo en ruso, y sin que Viktor me lo tradujera adivine que venía a decir algo así como « ¿A qué cojones esperas? »

En fin. De perdidos al río. Apreté el botón e instantáneamente un enorme chorro de luz iluminó la escena. Solo podía ver un enorme aparcamiento vacío y una tapia con un gran portón metálico instalado en unas guías correderas. Era la puerta del recinto y aún estaba cerrada. Exhalé un enorme suspiro y caí en la cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta ese momento.

Rápidamente cruzamos el patio hasta la puerta corredera. Era negra, pesada y enorme. La contemplé con desesperación. Era demasiado grande como para que pudiésemos forzarla. Aquel patio era un callejón sin salida. Me quedé de pie, atontado, mirando aquel enorme portón pensando qué demonios hacer. Sabía que el resto estaba a mis espaldas, esperando que tomase una decisión, y no tenía ni idea de qué decirles. Viktor se acercó hasta la puerta y empezó a inspeccionarla detenidamente. Durante un rato contemplé al pequeño ucraniano, sumamente extrañado, sin saber qué demonios estaba haciendo. Metía los dedos por el borde más cercano a la pared, tratando de hacer algo. Me acerqué hasta él y le di un par de suaves golpecitos en la espalda. Se giró hacia mí, sonriente, con gotas de sudor perlando su frente y me susurró una sola palabra: « Rota »

Con un crujido que sonó como un disparo en la noche la puerta se movió un par de centímetros. ¡¡No estaba cerrada!! Al instante me corregí mentalmente. Ya había visto ese tipo de puertas antes, en una visita a un cliente en prisión. No es que estuviese abierta sino que se trataba de un modelo extremadamente moderno de cierre y apertura, parecido al de las puertas de las prisiones, basados en cerraduras electromagnéticas. Mientras hubiese fluido eléctrico aquella

cerradura era absolutamente imposible de forzar y aun en el caso de corte de corriente las baterías podían mantener el sistema operativo y armado durante días. Pero ni al más avisado de los fabricantes se le hubiese ocurrido la posibilidad de un corte de corriente que durase varios meses. Así que, sencillamente, la cerradura estaba desconectada y la puerta podía abrirse simplemente empujando con un dedo...

Condenado Viktor... ¿Cómo coño lo había adivinado? ¿Pero quién era ese tipo y de dónde había salido?

El portón se deslizó suavemente sobre los rieles dejando ver parte de la calle que corría por la parte exterior. La calle. El exterior. Por donde esas cosas campaban a sus anchas, aunque en aquel momento, asomando cautelosamente las cabezas, no pudiésemos ver ninguna.

Febrilmente enfoqué a izquierda y derecha tratando de vislumbrar alguno de esos seres. Juro por Dios que si hubiese visto uno a menos de dos metros hubiese cerrado el portón a toda velocidad y no habría salido de allí ni a punta de pistola... Y ahora casi lamento que eso no hubiera pasado. Nos hubiese ahorrado todo lo sucedido a continuación.

Justo cuando pensaba que había barrido toda la calle apunté la linterna a mi derecha y casi se me para el corazón del susto. Un enorme ojo rojo, malévolo y brillante me miraba fijamente, sin parpadear, a menos de un metro de distancia. Era aterrador. Me sentí como hipnotizado por su brillo, durante menos de un segundo. Cuando reaccioné, pegué tal bote que casi me hace caer la linterna.

Por lo menos no grité, y así me ahorré la vergüenza de tener que explicarle a todo el grupo porque chillaba como una nena ante el reflejo de la linterna en un simple pedazo de cristal. Lo que había tomado por un enorme ojo no era más que el catadrióptico de la puerta de un furgón que estaba semimontado en la acera.

Mientras el resto del grupo se apiñaba en la puerta, cubriendo los dos extremos de la calle, me acerqué con desconfianza a aquel enorme trasto. Solo cuando estaba a medio camino caí en la cuenta de que iba absolutamente desarmado. Si había algún No Muerto dentro de aquel vehículo mi salud se iba a ver seriamente comprometida en unos segundos...

Era un furgón blindado amarillo, con las letras PROSEGUR trazadas en gruesas letras negras en su costado. La puerta del copiloto estaba abierta y el catadrióptico montado en ella, pensado para hacer reflejar las luces de los faros en la noche, si alguien abría la puerta, era lo que había tomado inopinadamente por un enorme ojo. Definitivamente, me hacía falta un cubo de tila. Y unas vacaciones en el Caribe. Sin embargo no disponía ni de lo uno ni de lo otro.

Me acerqué lentamente al furgón, con la misma desconfianza con que Lúculo lo haría a un perro, preparado para salir por piernas en cualquier momento. Por fin llegué al vehículo. Era enorme, como todos los furgones blindados, y debía pesar una auténtica animalada. Apoyé la mano en su chapa. Estaba totalmente

fría. Debía llevar semanas, incluso meses allí abandonado. Asomé la cabeza al habitáculo del conductor. Vacío. Con cautela trepé hasta el asiento y me senté en el mullido asiento de cuero mientras trataba de pensar.

Aquel furgón no estaba aparcado, sino que había sido abandonado de cualquier manera sobre la acera. Quienquiera que fuese su ultimo conductor debía tener muchísima prisa por salir de él, porque ni siquiera se había tomado la molestia de cerrar la puerta. De hecho, las llaves aún estaban en el contacto. Con un escalofrío pensé en el habitáculo blindado que estaba justo detrás de mí. Mentalmente me imaginé un par de guardias de seguridad, transformados en No Muertos, encerrados en aquel reducido espacio, con sus dientes podridos pegados a la ventanilla intermedia, rompiéndola para agarrarme con sus manos...

Me giré, temiendo enfrentarme a esa visión, pero la ventanilla interior estaba vacía y oscura. Enfocando la linterna hacia el interior pude ver unas cuantas sacas con el emblema de la compañía, cubiertas de polvo y descuidadamente amontonadas en el suelo al pie de un par de asientos vacíos. Respiré aliviado. Falsa alarma. Aquel furgón estaba absolutamente libre de ocupantes, salvo yo. Y por lo que podía ver, alguien se había dejado unos cuantos sacos en la parte trasera que, o mucho me equivocaba, o estaban llenos del tipo de papelitos de banco que deseaba con pasión la gente no hace mucho, antes de que esos monstruos llegasen.

En el suelo estaba tirada una carpeta metálica con un folio sujeto por un pasador. La cogí y le eché un vistazo. Era un parte de ruta con fecha de finales de enero, el ultimo día que aquel furgón hizo su recorrido habitual. Por la cantidad de sacas que había en la parte trasera y por las marcas en el parte, aquel día el recorrido estaba casi llegando a su fin cuando el conductor vio algo que le aterrorizó lo suficiente como para hacerle volver a su base cagando leches. Y digo que le aterrorizó porque no creo que hubiese otro motivo para dejar un furgón cargado con millones de euros, abierto de par en par en medio de una calle y con las llaves puestas. No me hace falta ser adivino para saber qué es lo que vio aquel pobre hombre. Me pregunté vagamente quién sería y dónde estaría ahora, y en qué estado.

Sin embargo aquello nos ofrecía una posibilidad muy interesante para cruzar la ciudad. En aquel trasto cabríamos perfectamente los siete. Estaba blindado, era robusto y además, pesaba lo suficiente como para evitar que una muchedumbre de esas cosas pudiese volcarlo. Cuanto más lo pensaba, más perfecto me parecía aquel vehículo. Sin embargo una mirada al contacto bastó para enfriar mi entusiasmo. La llave estaba en la posición de ON, y sin embargo el motor estaba apagado. Joder. Por supuesto.

El ultimo conductor había dejado el vehiculo precipitadamente. Tan precipitadamente que ni se había parado a apagar el motor, así que este debió seguir funcionando al ralenti durante semanas hasta que agotó la gasolina del

depósito y se apagó. Así que ahora tenía el vehículo perfecto para cruzar una ciudad muerta, aunque sin una gota de gasolina. Y además a saber como estaría la batería...

Justo en ese momento Kritzinev y Pritchenko asomaron su cabeza en el interior del vehículo, alarmados por mi tardanza. Del susto que me dieron casi me desmayo, pero cuando les conté las posibilidades de vehículo ambos esbozaron una sonrisa. Era sencillo... Un momento. Algo o alguien está golpeando la verja de la tienda. Mierda. Todos están despiertos. Vamos a ver qué es.

13 March 2006 @ 20:06 hrs.

ENTRADA 67

Tres días. Tres putos días encerrados en este cuchitril de tienda y los nervios ya empiezan a estar medianamente tensos. El pequeño aseo situado al fondo del almacén apesta como el Agujero Negro de Calcuta. Tantos hombres usándolo continuamente a lo largo de tres días han acabado por saturarlo.

No fue hasta mediada la tarde del sábado cuando caímos en la cuenta que el agua que salía del grifo (y la que llenaba la cisterna), no eran más que los restos del caudal que quedaban en las cañerías de la zona y que nos estaba llegando por gravedad hasta nosotros. El suministro de agua está cortado desde sabe Dios cuando y ninguno de los presentes, incluyéndome a mí, tuvo la suficiente picardía para darse cuenta. Así, hemos empleado la mayor parte del precioso líquido que estaba almacenado en tirar de la cisterna, en vez de atesorarlo, y ahora, aparte de tener un refugio que apesta como una porqueriza, nos estamos muriendo de sed.

La situación no puede ser más negra. Estamos atrapados en esta mierda de tienda, exhaustos, sedientos, hambrientos y cada vez más acosados. Las discusiones crecen de tono a cada momento y no hay que olvidar que la mayor parte de estos hombres está armada hasta los dientes. Las peleas son constantes. No es precisamente la mejor combinación del mundo, sobre todo teniendo en cuenta que yo soy el único que no pertenece al grupo y no tengo ni un mal cortaplumas para defenderme. Procuro hacerme notar lo menos posible y no atraer los rayos sobre mí, pero Kritzinev ya ha murmurado un par de veces que todo esto es culpa mía y las miradas que me dirigen alguno de los pakistaníes no es precisamente tranquilizadora. Pero me vuelvo a adelantar.

Cuando comprobamos el jueves pasado que el furgón blindado parecía estar en buen estado, nos dispusimos a partir en él. Cuanto más lo pensábamos, más lógico parecía aquel vehículo. Al fin y al cabo, un furgón de transporte blindado es lo más parecido a un tanque que existe en versión civil y teníamos uno aparcado justo enfrente de nosotros con las llaves puestas, pidiéndonos a gritos que lo abordásemos. El primer problema que nos encontramos fue que el depósito del vehículo estaba seco como la mojama. Tras una semana o sabe Dios cuanto tiempo funcionando al ralentí, aquello estaba totalmente vacío.

La solución la encontramos gracias a uno de los pakistaníes, un tal Shafiq. Es un tipo fibroso, de unos veintitantos años, con una piel de un intenso color oscuro y unos incongruentes y monstruosos bigotones negros en su cara que hacían que los del pequeño Viktor Pritchenko pareciesen de broma.

En cuanto descubrimos que el depósito estaba seco Kritzinev le soltó una sarta de palabras en urdu a aquel chaval. Mientras otro de los pakistaníes volvía al

interior del primer patio de PROSEGUR, Shafiq empezó a sacarse toda su impedimenta y sus armas hasta que se quedó solo con una camisa y unos pantalones cortos y su inseparable Kalashnikov cruzado en la espalda. Viktor y yo estábamos sentados, con la espalda apoyada contra el muro, contemplando ligeramente asombrados aquel espectáculo, mientras los restantes pakistaníes controlaban la calle por el portón metálico entreabierto, atentos a que no se acercasen visitantes indeseados.

Al cabo de unos minutos, el tipo que se había ido volvió al patio principal con un largo trozo de goma que seguramente había cortado de una manguera de riego. Tendiéndole el trozo de goma y un garrafón de plástico vacío, de unos cinco litros, Shafiq partió de nuevo hasta la Zodiac, sin mediar una palabra. Cuando llegó a ella la desamarró y cogiendo un remo empezó a palear suavemente dirigiéndose hacia la cercana terminal de Citroën, que distaba menos de cincuenta metros de donde estábamos. Pronto le perdimos de vista, en medio de la negrura de la noche y sólo pudimos oír el cadencioso ritmo de su paleo, hasta que se perdió en la distancia.

Mientras estaba allí sentado, muriéndome de ganas de encender un cigarrillo, podía imaginarme la escena. Shafiq corriendo agazapado entre las filas interminables de vehículos aparcados, listos para ser embarcados hacia las cuatro esquinas del mundo, con las llaves en el contacto, pero con apenas un par de litros en el depósito, lo suficiente para rodar hasta el barco y de allí al camión de transporte, en su viaje con destino hacia algún concesionario, que ya nunca harían.

Estaba clarísimo. Iba a vaciar esos depósitos en la garrafa y con ello, rellenar el depósito del furgón. Teniendo en cuenta que llevaba un garrafón de tan solo cinco litros, le harían falta por lo menos una docena de viajes para conseguir llenar hasta arriba el depósito, pero no teníamos más recipientes, aparte de nuestras cantimploras. Eso iba a llevar bastante tiempo, pero al menos tendríamos un vehículo más que seguro para cruzar la ciudad, lo que nos evitaría tener que ir andando. Además, así emprenderíamos el camino con la luz del día. Que me llamen cobarde, pero prefiero ver todo lo que hay a mi alrededor antes que internarme en una ciudad muerta y llena de esos seres a oscuras.

Mientras me acomodaba, dispuesto a descansar un rato, miles de ideas angustiosas se agolpaban en mi cabeza ¿Y si al sacar el combustible de los depósitos de los vehículos aparcados mezclaba gasolina y diesel inadvertidamente? ¿Y si solo había vehículos de gasolina? (el furgón, evidentemente, iba con diesel). De repente empecé a sudar frío ¿Y si todos los vehículos habían sido previamente canibalizados por los antiguos supervivientes del Punto Seguro?... Eso sin contar que algún antiguo empleado de la fábrica, ahora convertido en muerto viviente, estuviese vagando por allí y sorprendiese por la espalda a Shafiq en plena tarea... Cuanto más lo pensaba más posibles

errores fatales se me ocurría y a cada nuevo terror menos confianza sentía en todo aquello.

Sin embargo, todos mis temores eran infundados. Shafiq volvió con el garrafón lleno de gasóleo diesel ambarino y con una enorme sonrisa en los labios. No, no había error posible, solo cogía combustible de las furgonetas diesel. Sí, había un montón de ellas que habían sido vaciadas previamente, pero aún quedaban docenas con sus depósitos intactos. Sí, tendría que ir un poco más lejos a por el combustible, pero no había problema en ello, ya que la zona parecía tranquila.

Más relajado, me apoyé de nuevo contra la pared, mientras Shafiq emprendía un nuevo viaje. Contemplé a todos aquellos tipos de piel cobriza. Era extraño. Para ellos era lo más normal del mundo estar en medio de la negrura, con un arma de asalto en las manos, sabiendo que se iban a jugar la vida. Podríamos decir que era su pan nuestro de cada día.

Cuanto más pensaba en aquello más consciente era de que la epidemia debía haber golpeado con más fuerza cuanto más avanzado era el país donde había aterrizado. En España solo el Ejército, las fuerzas de seguridad y unos cuantos miles de personas tenían armas de fuego o licencia de armas. La seguridad, la ley y el confort de la avanzada y vieja Europa así lo imponía. Pero en sitios como en Pakistán, Liberia, Somalia o sabe Dios dónde, la norma era que hasta un niño de teta tuviera un fusil colgado del cuello, o algo más gordo en la puerta de casa. Y allí normalmente disparaban primero y preguntaban después.

Así que seguramente ahora, mientras las partes más avanzadas del mundo civilizado habían caído indefensas, devoradas por sus propios ciudadanos desde dentro, posiblemente en las zonas más remotas, primitivas y aisladas, los No Muertos no habían tenido muchas posibilidades, si es que habían llegado hasta allí. Y para esa gente la falta de electricidad o agua corriente no había sido nunca un problema...

No dejaba de ser irónico. Las partes más pobres y atrasadas del mundo habían pasado a ser la última esperanza de la humanidad. El resto, un enorme infierno donde unos cuantos puñados de supervivientes dispersos tratábamos de escapar.

Sumido en tan lúgubres pensamientos, la mañana fue llegando poco a poco. El depósito estuvo lleno cuando el sol empezaba a asomar por el horizonte y el pobre Shafiq, empapado y agotado comenzaba a tropezar con el garrafón. Mientras tanto, otro de los pakistaníes, Osman, se había aventurado hasta el extremo de la calle, donde estaba aparcado un Volkswagen New Beetle con las ruedas delanteras deshinchadas. Tras asomarse a la esquina volvió para informarnos que había unos cuantos de esos podridos dando vueltas a menos de diez metros de allí, sin sospechar de nuestra presencia justo al lado. El tipo parecía estar acojonado. Supongo que era la primera vez que veía uno de esos

seres tan cerca y sé por experiencia que no es un espectáculo agradable. Eso me llevó a su vez a pensar que yo era el más veterano de toda aquella pandilla tan heterogénea, lo cual no era precisamente lo más tranquilizador.

Cuando el depósito estuvo lleno nos subimos al furgón. Estábamos listos para arrancar. Sorprendentemente descubrí que me cedían el asiento del conductor. Estaba claro que pretendían que fuese el guía en todos los aspectos. Con un suspiro me acomodé en el asiento y cerré la pesada puerta del conductor. En la cabina estábamos apretujados Kritzinev, Osman y yo, mientras que el compartimiento blindado de atrás era ocupado por Pritchenko y los otros tres pakistaníes, incluido un aterido Shafiq. Coloqué el asiento y los espejos y tras encomendarme a todo lo que se me pasó por la cabeza giré la llave de contacto.

Ni siquiera sonó el motor de arranque. Volví a intentarlo. Nada. Y otra vez. Tampoco. La cara de Kritzinev era un poema, y supongo que la mía no debía estar muy lejos. Me recosté en el asiento, pensando a toda velocidad que demonios podía estar pasando. Mi mirada recorría febrilmente el panel del furgón buscando algo que me orientase. Súbitamente mi mirada se posó en el interruptor de las luces. Estaba en posición de encendido. Mierda. Pues claro. El tipo que había salido por piernas no solo había dejado el motor en marcha, además había dejado las luces puestas. El furgón estuvo en marcha y con las luces encendidas durante semanas, hasta que la batería también se agotó.

Me imaginaba la escena, aquella calle completamente a oscuras, con las luces de los faros como única iluminación, cada vez más amarillentas y parpadeantes, a medida que la batería se agotaba y cientos de No Muertos rodeando aquel furgón abandonado, camino del Punto Seguro...

Era evidente que había que hacer algo. Mi mirada se posó en el Volkswagen del extremo de la calle. Era un coche de menos de tres años. Aquel trasto tenía que tener una batería aún en buen estado. Pensé en decirle a Kritzinev que mandase de vuelta a Shafiq al aparcamiento de la Citroën, en busca de una batería sin estrenar de uno de los vehículos allí aparcados, pero era evidente que se iba a negar. El sol estaba cada vez más alto, llevábamos mucho retraso en nuestra marcha y el ucraniano se empezaba a impacientar. Teniendo aquel Volkswagen allí al lado no quería perder más tiempo. Además, puede que con la luz del día el aparcadero de Citroën fuese un sitio demasiado peligroso como para pasear. No quedaba otra que ir a por la de aquel redondo vehículo alemán.

Me giré hacia Viktor, a través de la pequeña ventanilla intermedia y le susurré lo que le tenía que decir a Kritzinev. Tras un rápido intercambio de palabras en ruso entre ambos vi que Viktor palidecía y me miraba con desespero. Lo entendí al instante. Le había tocado a él ir a por la batería.

No tardó en corregirme. Nos había tocado a los dos. Mierda.

Salimos del furgón, entre chanzas burlonas por parte de los pakistaníes. Caminando casi de puntillas nos acercamos hasta aquel VW, de un incongruente

color amarillo limón, en medio de la suciedad y el abandono del puerto. Estaba aparcado justo al final de la calle, cerca de la esquina de la tapia. Asomando con cautela la cabeza por la esquina pude ver a media docena de esos seres situados en diversos puntos de la calzada, como si estuviesen sumidos en un estado de trance. Quizás estuviesen durmiendo. No lo sé. Lo único que estaba claro es que estaban cerca de nosotros. Muy cerca. Demasiado cerca, posiblemente.

Viktor estaba pugnando infructuosamente con la manilla del VW. Estaba cerrada. Bueno, no todo iba a ser tan fácil, al fin y al cabo. Envolviendo su puño en la gruesa chaqueta de marinero, Pritchenko echó su brazo hacia atrás y antes de que se lo pudiera impedir estampó el puño contra la ventanilla del conductor.

La ventanilla se volatilizó en un millón de pequeños fragmentos, produciendo un ruido que a mis oídos sonó escandalosamente alto. Aquello tenía que haber puesto en movimiento a los No Muertos necesariamente. Teníamos que darnos prisa. Con la agilidad de un ladrón de coches, el pequeño ucraniano se coló dentro del VW y tiró de la maneta del capó. Lo abrí, mientras con un ojo vigilaba la esquina de la calle, pendiente de la aparición de esos seres.

La batería estaba en el lateral derecho, con un enorme manojo de cables asomando por encima de ella. Empecé a trastear con ella, pero los enganches resbalaban una y otra vez en mis dedos sudorosos. Pritchenko a mi lado me miraba, expectante, mientras desde el furgón los pakistaníes, rodilla en tierra, contemplaban relajadamente el espectáculo.

Cuando por enésima vez se me escapó el pequeño conector de cobre de las manos Viktor Pritchenko perdió la paciencia. Con suavidad me apartó y se inclinó sobre la batería. Agarrando los conectores con las manos, tiró de ellos y, simplemente, los arrancó de cuajo. A continuación, sujetando el asa de la batería pegó un fuerte tirón y la sacó del hueco en el motor. Mirándome con cara sonriente y musitando entre dientes algo que sonó como «mejor arreglar cosas al viejo estilo soviético» comenzó a caminar hacia el furgón blindado.

Justo a tiempo. Por la esquina, balanceándose, apareció el primero de los No Muertos que venía atraído por el jaleo que estábamos montando. Era una mujer de mediana edad, cubierta de sangre, gruesa y con el torso desnudo, mostrando un pecho caído. Y digo uno porque donde debía estar el otro tan solo había un enorme boquete de un rojo sanguinolento.

Empezamos a correr hacia el furgón. Aquello se iba a poner auténticamente feo... Mierda... Ya están ahí otra vez. Continuaré escribiendo luego.

17 March 2006 @ 20:32 hrs.

ENTRADA 68 (I)

Al principio de todo esto, hace ya casi tres meses, si algún demente me hubiese dicho que iba a estar correteando como un gamo por el Puerto de Vigo, delante de una docena de muertos vivientes, me hubiese abalanzado hacia el teléfono más cercano para llamar a un hospital y que sacasen a rastras a aquel demente de mi despacho. Pero sin embargo, ahí estaba. Corrijo, aquí estoy, metido en esta historia de locos.

Al ver como doblaban la esquina a los primeros No Muertos, Pritchenko y yo nos quedamos paralizados, contemplándolos durante unos segundos. Resulta inevitable. Por muy repugnantes que sean, por muy mal aspecto que tengan, un ser tan antinatural como un cadáver caminante despierta una fascinación irremediable en cualquier persona. Una fascinación tan peligrosa como una cobra. Creo que ya lo he escrito en este diario un montón de veces, pero esos bichos son rápidos, jodidamente rápidos, aunque parezca que van arrastrándose. En menos de veinte segundos los teníamos encima.

Uno de ellos tan solo llevaba puesto un camisón de hospital, de esos que se atan por la parte trasera, solo que ahora tenía un color indefinido, debido a los restos de sangre y la suciedad. El viento jugueteaba con los cabellos de aquel hombre, bastante largos y los restos de lo que un día fue un gotero colgaban de su brazo. Al vernos se detuvo, estiró sus manos hacia nosotros y emitió un sordo gruñido, gutural, estremecedor.

Aquello bastó para romper el hechizo. Agarré a un alucinado Pritchenko por el brazo, que permanecía apoyado en el capó del coche, con la batería colgando de una mano y con el labio inferior flácido, observando alelado a aquellos seres. Teníamos que salir de allí antes de que nos cogiesen o estábamos listos. Me acerqué a él por la espalda y le fui susurrando cada vez más fuerte «Corre... corre... corre, ¡¡¡CORRE!!!» le grité ya al final, mientras nos girábamos a toda velocidad y salíamos escopeteados hacia el furgón. Aquellos seres estaban tan cerca que casi nos podían echar el aliento.

Trescientos metros. El furgón parecía estar a cien kilómetros de distancia y un traje de neopreno no es precisamente el vestuario más cómodo para correr como un gamo. Doscientos metros. Pritchenko corría como alma que lleva el diablo justo a mi lado, y juraría que con los bigotes erizados de espanto. Era un consuelo saber que no era el único que estaba cagado. Cien metros. Ya podía ver la cara de los pakistaníes y de Kritzinev. La sangre me bajó a los tobillos cuando vi que levantaban sus armas y apuntaban hacia nosotros. Por un segundo pensé que nos iban a ejecutar de manera sumaria. Cincuenta metros. Ya casi habíamos llegado cuando empezaron a disparar.

El sonido de cinco AK disparando simultáneamente es ensordecedor, sobre todo cuando lo hacen al lado de tus oídos y no lo has escuchado anteriormente en tu vida. Me derrumbé jadeante a los pies de los paquistaníes, al lado de un demudado Pritchenko, mientras observaba a la docena de No Muertos que recibían una auténtica andanada de balas. Observé con horror que disparaban contra su cuerpo y que, como bien sabía, era algo que no les afectaba en absoluto ¡Eso no iba a funcionar! Me puse en pie como un loco y empecé a gritarles que les disparasen a la puta cabeza, pero con la agitación del momento no caí en la cuenta de que lo hacía en español y que aquellos pakistaníes del demonio no me entendían un carajo.

Pritchenko se puso en pie y empezó a gritar « Head, head » , como un poseso, pegando botes casi enfrente de las bocas de los AK. Aún no entiendo como no le pegaron un tiro, pero al menos consiguió que captasen el mensaje. Los paquistaníes corrigieron el tiro y en poco menos de un minuto la docena de No Muertos yacían en el suelo, ahora definitivamente fiambres y con unos cuantos horribles agujeros en la cabeza. Realmente me estoy endureciendo. La visión de semejante carnicería hace apenas un mes me habría hecho vomitar hasta los higadillos y sin embargo ahora era capaz de contemplar la escena con el mismo desapasionamiento con el que un niño le arrancaría las alas a una mosca. Supongo que es normal, pero no me gusta nada.

Sin embargo el tiempo se nos acababa. Semejante ensalada de tiros había hecho que todo cuanto espectro estuviese circulando por los alrededores se estuviese dirigiendo hacia nosotros. Era cuestión de minutos que se congregasen en este punto. Me subí de nuevo al asiento del conductor, mientras Pritchenko y uno de los pakistaníes se afanaban en el motor del furgón con la batería del VW. Desconozco si fue un proceso fácil o si Viktor se vio obligado a aplicar de nuevo los « viejos métodos soviéticos » , pero el caso es que de repente me hizo señas para que girase el contacto. El motor del furgón pegó un par de largos tosidos y se caló de nuevo, pero al menos los diales estaban iluminados. Ya teníamos batería, pero algo fallaba con el combustible.

Podía oír un violento intercambio de pareceres en ruso y urdu al otro lado del capó. Aún a sabiendas de que no podían entenderse entre sí algo estaban tratando de hacerse saber el uno al otro. Finalmente parecieron llegar a algún tipo de acuerdo, y ambos asomaron para hacerme la señal. Giré de nuevo el contacto y esta vez el motor arrancó con un potente rugido que resonó en toda aquella estrecha calle. De un golpe cerraron el capó y se subieron al furgón a toda velocidad. Estábamos listos.

Justo a tiempo. Una enorme multitud estaba invadiendo la esquina más alejada del callejón. Con un estremecimiento contemplé a aquella masa que cerraba toda la salida de la calle, mientras el motor hacía un sonido cada vez más vacilante. Si se apagaba, estábamos perdidos, atrapados dentro de aquel reducido

vehículo para siempre.

20 March 2006 @ 19:52 hrs.

ENTRADA 68 (II)

Cuenta una antigua leyenda coreana que cuando los guerreros morían e iban al cielo las almas de todos aquellos a los que habían derrotado a lo largo de su vida saldrían a su paso para saludarle. No podía dejar de pensar que si esos muertos tenían el mismo aspecto que la masa de seres que estaba viendo en esos momentos, los guerreros coreanos debían pasar un mal rato de cojones antes de llegar al paraíso.

La estampa era aterradora. Una calle de unos trescientos metros de largo, con una alta tapia a un lado y la pared trasera de una enorme nave industrial al otro, conformando un estrecho corredor de unos seis metros de ancho entre los ladrillos rojizos de la tapia y la pared pintada de blanco de la nave. En un extremo, en el fin la calle, al lado de la puerta metálica de PROSEGUR, un furgón blindado jadeante tras más de mes y medio de inactividad con siete personas apiñadas en su interior. En la otra esquina de la calle, atestada de No Muertos, el infierno.

Los disparos de los AK nos habían salvado la vida a Pritchenko y a mí, pero el ruido fenomenal que habían montado había atraído a todo cuanto No Muerto hubiese en las inmediaciones. Ahora, una auténtica marea de docenas, centenares de esos seres avanzaban por la estrecha calle hacia nosotros. El petardeo del motor los atraía como una linterna a una polilla. Sabían que estábamos allí dentro. No sé como, pero lo sabían...

El jaleo dentro del furgón era ensordecedor. Los cuatro paquistaníes parloteaban nerviosamente en urdu mientras no paraban de señalar a la masa que se nos echaba encima. Pritchenko estaba pálido, agazapado en un rincón con la mirada fija en aquellos seres, mientras unas gotas de sudor perlaban su frente. No hacía falta ser psicólogo para adivinar que estaba recordando su experiencia en los últimos momentos del Punto Seguro, solo que esta vez no tenía donde esconderse. Kritzinev, por su parte, estaba sentado a mi lado, pálido como la cera, mirando todo aquello con los ojos como platos, mientras las venillas de su nariz parecían destacarse como un mapa. Una cosa era ver a aquellos seres a través de unos prismáticos desde la seguridad de la cubierta del Zaren y otra muy distinta estar frente a ellos sin nada que les impida llegar hasta ti. Estaba asustado, muy asustado, como todos. Que se joda.

Kritzinev reaccionó de pronto y me sacudió el brazo, gritándome atropelladamente palabras en ruso. Me encogí de hombros y le miré, supongo que con la misma cara de pánico que tenía él. No sabía muy bien que hacer. Aquello era algo para lo que nadie había sido nunca preparado. Soltando el freno de mano, metí la primera marcha y dejé que el furgón empezase a rodar

lentamente hacia aquella masa confusa que ocupaba todo el ancho de la calle.

El motor del furgón jadeaba estrepitosamente a medida que nos íbamos acercando a aquella pared de carne, hueso y sed de sangre. La distancia se reducía rápidamente a medida que la muchedumbre y el furgón convergían en el centro de la calle. A menos de cien metros ya podíamos ver el aspecto de los primeros No Muertos de la multitud, y adivinábamos la enorme masa que estaba detrás. Era aterrador, similar a tratar de abrirse paso en medio de una manifestación, o querer atravesar con un vehículo una sala llena de público en un concierto.

Mi cabeza funcionaba febrilmente. La adrenalina y el pánico que sentía en mis venas me invitaban a embestir aquella multitud. Era una opción obscenamente deliciosa, pensar en simplemente apretar el acelerador a fondo y atravesar filas y filas de No Muertos como una segadora, para dejarlos atrás, lejos, camino de un lugar donde no viese a uno de ellos ni en pintura...

Sin embargo la parte racional de mi mente me llamó al orden al instante. Embestir a aquella multitud tambaleante no era una opción válida. Un cuerpo humano proyectado contra un parabrisas, por muy muerto que esté y muy blindado que sea el parabrisas no deja de ser un paquete de en torno a 70 kilos lanzado contra un cristal y le puede hacer mucho daño a un vehículo, y cuando digo mucho es MUCHO. Tener una luna rota en medio de aquella muchedumbre era nuestra sentencia de muerte...

Asimismo recordaba unos cuantos informes periciales de algunos casos de atropellos que había tenido en mi mesa. En la mayoría de los casos los atropellados fallecían, pero no sin antes dañar gravemente los bajos, las suspensiones o las ruedas y la dirección de los vehículos que les arrollaban. La vida real y las películas son muy distintas. Los coches no son indestructibles, se rompen, y muy fácilmente, además. Atropellar un cuerpo normalmente hace que el vehículo que atropella sufra serios daños, si es que no vuelca, o se estrella, al desnivelarse.

Sin embargo, nos quedaba una opción, pero requería mucha sangre fría por nuestra parte. Dejé que el furgón fuese avanzando lentamente hacia la masa que ya estaba a tan solo veinte metros de nosotros, mientras le explicaba atropelladamente a Viktor la esencia de nuestro plan. Cruzaríamos aquella multitud prácticamente al ralenti, a la misma velocidad de una persona caminando. Circulando a esa velocidad confiaba en apartar suavemente hacia los lados a la mayoría de los No Muertos que se cruzasen en nuestro camino. Si alguno caía bajo nuestras ruedas, bueno... A esa velocidad tan limitada y teniendo en cuenta que pesábamos más de tres toneladas no creo que nos hiciese mucho daño. Lo que les podía pasar a ellos era otra historia.

La parte negativa de aquello es que aquellos monstruos nos estarían rodeando durante mucho, mucho tiempo y supongo que golpearían más de una vez los

costados del vehículo y sus cristales. Lo que íbamos a hacer sería imposible si no fuera por el blindaje del vehículo... Y aun así pasó lo que pasó, pero de aquella no lo podíamos saber.

En aquel momento ya estábamos absolutamente rodeados por aquellos seres, cientos de ellos. Poder ver sus caras pegadas al otro lado del cristal resultaba profundamente perturbador. Por mucho que supiera que era una luna de alta seguridad, imposible de romper de un golpe no podía evitar estremecerme cada vez que un puño golpeaba el parabrisas. Ellos nos veían perfectamente y eso parecía volverles locos. Se abalanzaban hacia el vehículo con una mirada anhelante en sus ojos muertos. Un profundo olor a orina invadía el furgón. Alguien se había meado de miedo. No era de extrañar. Era la experiencia más espeluznante que se pudiera imaginar.

Con un ronroneo suave el furgón se fue internando lentamente en medio de aquella multitud, hasta que estuvimos rodeados por los cuatro costados. Nos lo jugábamos todo a aquella carta, confiando en el peso y el blindaje de nuestro vehículo-refugio. Allí dentro estábamos seguros y a salvo. Por un momento hasta empecé a sentirme confiado.

Nadie, ni siquiera yo, pensó en la posibilidad de que la carretera pudiera estar cortada.

21 March 2006 @ 20:58 hrs.

ENTRADA 69

El furgón avanzaba lentamente entre la densa multitud de cadáveres que nos acosaban por todas partes. De vez en cuando sufríamos una sacudida al pasar por encima de alguno que no se movía lo suficientemente rápido o no tenía espacio para apartarse y acababa bajo las ruedas del pesado furgón. Era absolutamente aterrador.

Notaba algo borrosa mi visión, y solo al pasar mi mano por los ojos me di cuenta de que era a causa de mis lágrimas. Estaba llorando de puro terror. Y no era para menos. Avanzábamos a cinco o seis kilómetros por hora en medio de una enorme multitud de cadáveres en distinto estado de conservación y daño. Los había de todas las edades y de todos los tipos. Podía ver mujeres de mediana edad, hombres jóvenes, ancianos, niños... Estos últimos eran los más desquiciantes.

Una niña de unos ocho años, con una camiseta de las Bratz, rasgada y manchada de algo negruzco, y con un profundo corte en la cabeza empastando de sangre su sucio pelo rubio nos estuvo acompañando al otro lado de mi ventanilla durante unos diez minutos. Tenía una de sus manos fuertemente agarrada al espejo retrovisor y con la otra golpeaba insistentemente el cristal de la ventanilla mientras gemía furiosamente y nos mostraba su boca oscura y su piel pálida y llena de venas rotas. Al cabo de un rato empezó a pegar cabezazos contra el vidrio, supongo que furiosamente frustrada por tenerme tan cerca y no poder alcanzarme. En un determinado momento oí perfectamente el crujido que hacían sus incisivos al partirse de un golpe contra la ventanilla blindada. Dios, aún tiemblo al recordar ese momento. No puedo seguir escribiendo.

Ya me siento mejor. Ya estoy más tranquilo. Quiero dejar constancia escrita de todos los momentos vividos, pero hay algunas situaciones que parecen volver de una manera tan fuerte a mí con tan solo evocarlas en la mente que me producen náuseas. La media hora de viaje en el furgón es una de ellas.

Estaba hablando de la niña. Al cabo de diez minutos se soltó, no sé si cansada (¿Se cansan esos seres?), o por ser apartada por un hombre fuerte, enorme de unos treinta años. Aquel hijo de puta parecía haber surgido de una pesadilla o algo peor. Tenía la mitad de su cuerpo quemada y cubierta de ampollas, como si hubiese estado demasiado tiempo al fuego y en una de sus manos le faltaban tres dedos. Lo sé porque era con esa mano con la que aporreaba insistentemente el parabrisas, mientras que con la otra se agarraba al capó. Cada golpe iba acompañado de un berrido inhumano y los propinaba con tal furia que al cabo de

un rato había transformado su muñón en una masa de pulpa rojiza que empañaba el cristal. Finalmente, con un traqueteo del furgón al aplastar a uno de aquellos seres, el muy cabrón se soltó, no sin antes haberme puesto los pelos de punta durante un buen rato.

Son solo dos ejemplos. Recuerdo veinte o treinta más, y podría describirlos todos perfectamente, pero ahora no quiero. No puedo. Es demasiado terrorífico. Al fin y al cabo teníamos centenares de esos seres alrededor nuestra, gritando, gimiendo y golpeando con furia cada centímetro de superficie del furgón blindado. El griterío del exterior contrastaba profundamente con el silencio sepulcral del interior del vehículo, solo roto por el susurro gutural y monótono de dos de los pakistanies rezando en árabe. Me hizo gracia la idea de rezar a Dios cuando ya estábamos en el infierno, pero me abstuve de hacer ningún comentario. Ya teníamos suficiente con lo de fuera.

Kritzinev se agarraba a su petaca como un náufrago a un salvavidas y de vez en cuando le pegaba unos tragos largos y profundos que hacían subir y bajar su nuez como una pelota, con los ojos totalmente desorbitados. Pritchenko estaba pálido y asustado, pero su mirada era serena, encima de sus enormes bigotazos rubios, mientras lo contemplaba todo atentamente. Pensé que era la persona más de fiar en aquel vehículo, si quería salir vivo de allí.

Todo fue bien durante aproximadamente treinta minutos. Cada vez que el vehículo amenazaba con campanear, usando una expresión vulgar, los huevos se me ponían de corbata. Si el vehículo volcaba de lado, nos podíamos dar por muertos, bien cazados por esos seres o bien muertos de hambre y sed dentro del furgón, rodeados por una multitud infranqueable de No Muertos. La mejor salida en ese caso sería un tiro de gracia en la cabeza, pero francamente, no me apetecía representar una versión tan oscura del sitio de Numancia, y menos con aquel reparto.

De vez en cuando el furgón se sacudía violentamente cuando aplastábamos a más de un No Muerto a la vez, y supongo que en más de una ocasión estuvimos a punto de volcar, pero al final seguimos nuestra marcha, lenta y tortuosa, camino del centro de la ciudad. Hasta llegar a la entrada del túnel.

No era realmente un túnel, sino más bien un paso subterráneo de vehículos típico, de los que cruzan una intersección. Recordaba vagamente haberlo atravesado en alguna ocasión, camino de alguna reunión de trabajo en Vigo. No era muy largo, de unos trescientos metros aproximadamente, pero recordaba que era estrecho, demasiado estrecho, y con multitud de columnas de apoyo. Además, ahora estaba negro como un pozo en medianoche. No sabía qué había dentro, ni siquiera sabía si estaba cortado. Si había algo ahí dentro, tendría que salir marcha atrás, y a oscuras, y con esa multitud a mi alrededor, lo más probable es que me empotrara contra una columna y nos quedásemos allí atorados para siempre. Ni de puta coña. No me metería en ese túnel ni con

Kritzinev poniéndome una pistola en el pecho.

Así se lo dije a Pritchenko, para que se lo tradujese a Kritzinev. Mientras Viktor hablaba, observé de reojo la reacción del primer oficial del Zaren Kibish. Éste se limitó a encogerse de hombros y a farfullar algo en ruso, mientras su mirada no se apartaba de la multitud ululante que nos rodeaba, golpeando las ventanillas sin parar. Kritzinev estaba demasiado fuera de juego como para tomar una decisión. Allí mandaba y o. Eso me hizo sentirme más confiado, quizás demasiado. No lo sé.

Si no cruzábamos por el túnel tendríamos que avanzar por el paso elevado que estaba cerca de él. Tan sólo eran unos doscientos metros hasta allí, y en ese momento la multitud que teníamos a nuestro alrededor parecía haber disminuido un tanto, quizás porque los últimos kilómetros los habíamos hecho a más velocidad, al poder circular por calles más anchas, esquivando vehículos abandonados. Eso nos favorecía, ya que nos daba tiempo a maniobrar antes de que llegasen nuestros relativamente lentos perseguidores, que llegarían, sin ninguna duda, en poco más de unos minutos.

Tras girar hacia el paso elevado comenzamos a avanzar por este hasta la mitad del puente, más o menos. De repente frené en seco. Atravesado en medio de la calzada había un SEAT Córdoba empotrado contra unos bloques de hormigón de los que se usan en los controles de carretera. Algún pobre diablo había querido pasar a demasiada velocidad, huyendo sabe Dios de qué, y se había estampado contra ellos, dejando los restos de su turismo allí abandonados.

Había numerosas manchas de sangre alrededor del chasis, y no pocas huellas de alguien o algo que habían chapoteado en los charcos y se alejaban del vehículo. Me estremecí. Si aquel tipo había sobrevivido al accidente, no había sido por mucho tiempo, y posiblemente había sufrido algo bastante más desagradable.

Kritzinev pareció salir de su sopor al descubrir que ya no estábamos rodeados de tantos No Muertos. Le rugió algo a Viktor, que se apresuró a traducírmelo. «Embiste el vehículo abandonado», decía el muy malnacido. Me negué con la cabeza. Le dije que había visto demasiadas películas y que eso destrozaría nuestro vehículo. Volvió a rugir, enrojeciéndome un poco y escupiendo pequeños espumarajos de saliva mientras gritaba, congestionado. Un ucraniano borracho, asustado y enfadado es un espectáculo digno de verse, no cabe la menor duda, pero aquel en especial me estaba llamando de todo menos bonito. Elegantemente, Viktor obvió la parte menos agradable de su discurso y simplemente me dijo que cambiase mi puesto con Shafiq, uno de los paquistaníes, y que él llevaría el vehículo desde ese momento.

No suelo discutir cuando me apuntan con un arma al pecho, así que le cedí mi sitio a Shafiq, para lo cual ambos tuvimos que retorcernos de lo lindo dentro de los estrechos confines de la atestada cabina. Por fin, una vez cambiados los

lugares, me senté en el asiento central del furgón, con Shafiq a un lado y Kritzinev al otro. Girándome hacia Viktor a través de ventanuco de comunicación, me dio tiempo a decirle que se amarrase fuerte donde fuera allí atrás, antes de volverme de nuevo a abrocharme el cinturón de seguridad.

Justo a tiempo. Con un acelerón el paquistaní lanzó hacia delante la mole de tres toneladas del furgón contra el SEAT Córdoba abandonado, como si fuera un carnero embistiendo una pared. Me agarré al salpicadero, anticipándome. El topetazo fue terrible y alguien en el compartimiento trasero debió salir proyectado violentamente hacia delante porque se escuchó un fuerte golpe contra el mamparo divisorio, seguido de un prolongado aullido de dolor.

Pero no tenía tiempo para saber qué había pasado. Metiendo marcha atrás, Shafiq se separó del vehículo siniestrado, que se había desplazado sorprendentemente unos cincuenta centímetros por un lado, para embestir de nuevo. Me volví a agarrar, mientras el pesado furgón se lanzaba de nuevo hacia delante.

En esta ocasión el golpe fue acompañado del desagradable sonido que produce el hierro al rozar contra el cemento, a medida que el Córdoba giraba sobre si mismo como una peonza y dejaba camino libre. Shafiq soltó un alarido de excitación que se ahogó en su garganta en menos de un segundo. El impacto había desviado el furgón hacia la izquierda e, incontrolable, derrapaba sin control contra la barandilla del puente.

Con un desagradable crujido el pesado vehículo hizo astillas la barandilla de aluminio y por un momento se quedó, balanceándose, colgado del pretil del puente.

Al cabo de unos segundos de angustia, el pesado furgón comenzó a precipitarse desde unos seis metros de altura, sobre el asfalto de la calle que pasaba por debajo.

ENTRADA 70

Algo en común en la mayoría de los juicios por accidentes de tráfico es que los accidentados suelen narrar el siniestro con todo lujo de detalles, y a que, según ellos « todo parece pasar a cámara lenta ». Hasta ese momento para mí siempre había sido algo teórico. Pero en el momento en que el pesado furgón blindado de Prosegur empezó a derrapar incontrolablemente hacia la barandilla, me olí que iba a disfrutar de uno en vivo... Conmigo en medio.

La barandilla de aluminio trenzado se desgarró como si fuera de papel al recibir el impacto del costado del furgón. Uno de los neumáticos reventó con una sonora explosión al pasar por encima de uno de los montantes arrancados, mientras el pesado vehículo se arrastraba agónicamente a lo largo del puente, llevándose por delante unos cuatro metros de barandilla, levantando chispas al arrastrarse contra el cemento. Finalmente, el vehículo impactó contra uno de los soportes de hormigón y se quedó balanceándose en posición transversal, con la parte trasera del furgón suspendida en el vacío.

En esa posición se sostuvo apenas unos segundos, aunque a mí me dio la sensación de que el tiempo se detenía. Lentamente el vehículo empezó a bascular hacia su parte trasera, por el enorme peso del blindaje. Traté de pasar mi mano por encima de un atontado Shafiq para abrir la puerta del furgón, pero ya era demasiado tarde. Con un crujido y un desagradable sonido de metal raspando cemento, el furgón blindado empezó a resbalar agónicamente hacia el vacío.

El impacto fue descomunal. El furgón cayó sobre su parte trasera desde una altura de unos seis metros, provocando un enorme estruendo de metal aplastado y vidrios rotos, al impactar contra la calle que pasaba justo por la parte inferior. Al cabo de un momento, resbaló de lado y quedó tumbado sobre un costado, en medio de una espesa nube de humo y polvo, hasta quedar inmóvil.

Durante un par de minutos permanecí amarrado a mi asiento, demasiado atontado para reaccionar. Veía lucecitas de colores destellando delante de mis ojos y un persistente pitido sonaba en mis oídos. Finalmente traté de moverme y noté un latigazo desgarrador en mi cuello. Habíamos caído de espaldas y la parte trasera del vehículo había absorbido la mayor parte del impacto, pero aun así la sacudida en la parte delantera del furgón había sido brutal. El asiento doble en el que estábamos sentados Kritzinev y yo se había soltado de sus amarres con el golpe y se había desplazado contra el mamparo. Los hierros de anclaje, totalmente deformados, habían absorbido la mayor parte del impacto, por lo que el ucraniano y yo estábamos milagrosamente ilesos.

No se podía decir lo mismo del resto de los ocupantes del furgón. Shafiq, al volante, estaba inconsciente, con la cabeza caída de lado en un extraño ángulo y

con un hilillo de sangre manando de la comisura de su boca. En el compartimiento trasero había alguien profiriendo desgarradores aullidos de dolor y al olor de orina de antes se sumaba ahora el aroma de los vómitos y de la sangre. Tenía que salir de allí.

Moviendo lentamente el brazo alcancé el cierre de mi cinturón y conseguí soltar el pestillo. A continuación, arrastrándome sobre el cuerpo inconsciente de Shafiq, apreté el botón del elevallunas eléctrico. Cuando vi que la ventanilla descendía, sentí un profundo alivio. No me imaginaba como podría haber hecho para abrir la puerta blindada, que parecía estar algo deformada por el golpe. Apoyando ambos manos en el vano de la ventanilla, tomé impulso y salí del vehículo hasta ponerme de pie en su costado para echar un vistazo a mi alrededor.

La estampa era preocupante. El furgón blindado estaba plegado como un acordeón en su parte trasera, y parecía haber perdido la tercera parte de su longitud. La rueda delantera derecha había desaparecido y un chorro de combustible goteaba por debajo del chasis, formando un charco cada vez mayor. Miré a mi alrededor. El vial en el que habíamos caído era independiente de aquel por donde veníamos circulando y no parecía tener conexión cercana con ningún otro. En ese momento estaba desierto, pero supuse que no tardaríamos mucho en tener compañía.

Unas arenillas de grava cayeron justo a mi lado, produciendo un ruido audible contra la chapa del furgón. Levanté la mirada y pude ver a media docena de No Muertos asomados al boquete que habíamos dejado a nuestro paso. Parecían sumamente confusos frente al hecho de que ahora estábamos a distinto nivel. De momento no saltaban, pero no sabía cuánto tiempo duraría esa situación. Había que darse prisa.

Kritzinev estaba saliendo a rastras del furgón, con una mirada turbia en sus ojos y un profundo rasguño en su brazo derecho. Todo aquello era demasiado para un tipo de su edad y su condición física. Por un momento sentí compasión de él, hasta que recordé la mirada de placer que el muy cabrón había puesto cuando aquel marinero hijo de puta casi estrangula a Lúculo.

Sin ayudarlo a salir de la cabina, me acerqué hasta la puerta lateral del furgón y tire de la manilla, rogando para que se abriese a la primera. La manilla giró en mi mano y tiré del pesado portón. La estampa era aterradora. Uno de los pakistaníes yacía al fondo, con el cuello en una posición absolutamente antinatural y una profunda brecha en su frente, de la que manaba tan solo un hilo de sangre. El tipo estaba muerto, y la mitad de sus sesos estampados contra el mamparo divisorio. No era de extrañar aquel olor a vómito.

Otro de los pakistaníes, un tal Usman, estaba chillando como un poseído, mientras se sujetaba su brazo. Se lo había roto en el brutal topetazo y ahora parecía tener una tercera articulación entre el codo y la muñeca, por donde

asomaban los restos astillados de sus huesos. Aquello tenía que doler una enormidad. El otro pakistaní permanecía amarrado a su asiento. Aparentemente no parecía estar herido, pero no paraba de sangrar por la boca. Joder. Aquel tipo se había roto algo por dentro. El bazo, seguramente. Eso sí que era malo. Muy malo, teniendo en cuenta que no había ningún tipo de hospital por allí cerca.

Pritchenko se estaba soltando de su asiento en esos momentos. El muy puñetero había tenido una suerte loca, ya que la media docena de sacas semirepletas de billetes habían amortiguado el golpe a su alrededor. El pequeño ucraniano flotaba en medio de un mar de billetes de 50 € que habían creado para él el airbag más caro y atípico del mundo. aun así, tenía un enorme chichón, del tamaño de un huevo, en medio de su frente. Miró hacia arriba y me dedicó una espléndida sonrisa. Ahora sí que parecía un personaje de dibujos animados.

No había tiempo para detenerse a contemplar el paisaje urbano. Ayudamos a salir a Usman y al otro pakistaní, Waqar, del compartimiento interior mientras Viktor salía por su cuenta y ayudaba a Shafiq, aún algo aturdido, a salir del asiento del conductor.

Al cabo de un par de minutos empezábamos a caminar hacia el centro de la ciudad, con las mochilas a nuestras espaldas. Pritchenko llevaba el AK del pakistaní muerto y yo el del Usman, el del brazo roto, pero solo como porteadores. Antes, habían tenido la precaución de sacarles los cargadores de munición, por gentileza de Kritzinev.

La luz empezaba a irse y pronto aquello estaría atestado de No Muertos, en cuanto encontrasen la manera de llegar a aquel vial. Al cabo de unos diez minutos andando por el centro de la calzada de aquella ciudad fantasmal, resultó evidente que no podíamos seguir aquella noche. Waqar no paraba de sangrar por la boca y estaba cada vez más débil y el resto estábamos lo suficientemente cansados y molidos como para pedir un respiro. Fue Kritzinev quien vio la pequeña tienda.

Era un pequeño colmado de barrio, de los que se pueden ver casi en cualquier esquina. Habían embestido con un vehículo pesado (sospecho que un BTR), la puerta y después lo habían saqueado. Docenas de cadáveres putrefactos se apiñaban en las inmediaciones, todos con un tiro en la cabeza. Alguien había mantenido a raya a esos engendros mientras se producía el saqueo, sin duda un grupo del Punto Seguro cuando estaba en busca de comida.

Aqué! parecía un buen lugar para pasar la noche. Nos introdujimos allí dentro, confiados, esperando partir al alba. Esto fue hace cinco días. Aún estamos aquí.

ENTRADA 71

La tienda estaba oscura, muy oscura, cuando entramos en ella pisando cristales rotos. La noche estaba cayendo rápidamente y la luz en el exterior también era cada vez más escasa. Una fina lluvia, preludio de una tormenta, empezaba a caer en ese momento, empapando todo lo que no estuviese a cubierto. Con el sonido de las gotas chocando contra el suelo fuimos entrando en fila india por el boquete abierto, muy cautelosamente.

La imagen del interior era desoladora. El grupo que había pasado por allí había realizado su saqueo a conciencia. Estantes vacíos y tirados en el suelo por doquier, cajas desgarradas y vacías, expositores rotos y tumbados... La estampa era profundamente perturbadora.

Una mirada un poco más detenida permitía observar sin embargo, algunos detalles reveladores. El saqueo había sido sistemático, sí, pero también apresurado, lo cual no era de extrañar si se tiene en cuenta la velocidad con la que se congregan esos seres en un determinado punto en cuanto localizan a un ser humano. Unos paquetes de pasta para sopa se habían desgarrado en el trajín y ahora todo el suelo de un pasillo estaba cubierto de estrellitas. No sé porqué, pero esa imagen me sacudió como un calambrazo, más que cualquier otra salvajada de la que pudiera haber sido testigo esos días.

Me dejé caer, agotado, contra una pared, mientras observaba aquel montón informe de pasta para sopa en el suelo. Inevitablemente, me acordé de mi madre y de la sopa que me preparaba los días de lluvia. El recuerdo fue intenso, y muy doloroso. La angustia, que había tenido retenida en algún rincón de mi cabeza, se liberó como un torrente incontrolable, y empecé a llorar silenciosamente, con gruesos lagrimones corriendo por mis mejillas.

No sabía nada de mi familia desde hacía meses. En un nivel abstracto, había sido consciente de ello todo el tiempo, pero no había querido enfrentarme a esa situación hasta ese momento. Ahora, una inmensa sensación de dolor y vacío me llenaba por completo mientras me preguntaba qué habría sido de mis padres y de mi hermana. Traté de imaginarme la situación que podrían estar viviendo, si sus refugios habrían sido lo suficientemente seguros, pero este caos es demasiado grande como para que cualquier plan hipotético pudiese resistir más de cinco minutos en medio de toda la locura desatada. Podían estar en cualquier parte. Podían estar vivos, o más probablemente, muertos. Incluso, y Dios no lo quiera, podían ser una de esas cosas, vagando interminablemente por ahí.

Me estremecí, solo con pensarlo. Si por casualidad me encontraba con ellos en ese estado, frente a frente, no creo que fuese capaz de defenderme. Frente a ellos, no.

El dolor era cada vez más profundo, a medida que dejaba que todos los sentimientos acumulados a lo largo de las últimas semanas se desatasen. Uno de los pakistaníes pasó enfrente de mí y al observarme llorando hizo un gesto de desprecio. Supongo que me consideró débil, o asustado por el accidente. No le saqué de su error, porque en el fondo me importaba un bledo lo que pensase. Lo único que deseaba es acabar con esto pronto, salir vivo de allí, recuperar a mi gato y a mi barco y después, ¿quién sabe? Buscar la manera de ponerme en contacto con los míos, quizás. No lo sé. Si algo he aprendido en este mundo apocalíptico es que los planes tienen que ser a corto plazo.

El dolor seguiría ahí presente, no solo ahora, sino a lo largo de las próximas semanas, pero al menos sabía que no iría a más y que poco a poco desaparecería, como un rescoldo.

No quiero seguir hablando de cosas tan tristes.

Los pakistaníes habían apuntalado con unos cuantos expositores y estanterías la verja metálica reventada y ahora nos disponíamos a pasar la noche. Encendiendo un cigarrillo observé con interés como mientras Pritchenko preparaba un infiernillo de alcohol para preparar la cena, Kritzinev y Shafiq reducían la fractura de Usman.

Uno le sujetó por la espalda, mientras el otro le introducía un testigo de madera en su boca. Súbitamente, cogiendo el brazo fracturado por sus dos extremos, Kritzinev realizó un rápido giro de muñeca, colocándolo en su sitio, con un golpe seco y un crujido que me puso los pelos de punta. Usman, simplemente, puso los ojos en blanco y se desmayó. El resto fue fácil. Con un larguero de metal y un rollo de vendas le practicaron un entablillamiento provisional. Aquello sin duda, le sostendría el brazo en su sitio, pero distaba mucho de ser una reducción de fractura convencional. Si un médico le hubiese echado un vistazo a aquella chapuza lo más probable es que hubiese pegado unos cuantos alaridos indignados.

A aquel chaval el brazo le iba a quedar jodido para siempre. Cosas de este nuevo mundo, donde la Sanidad ya no existe y estamos tan indefensos ante los accidentes como lo estaría un hombre de las cavernas.

Lo de Waqar tenía peor pinta. El tipo estaba terriblemente pálido, incluso para un pakistaní y no paraba de escupir sangre. Se quejaba constantemente de un fuerte dolor en la zona del vientre y cada vez estaba más débil. Era evidente que tenía algún tipo de lesión interna, producto de la violenta colisión. No sabíamos que hacer, y aunque lo hubiésemos sabido, carecíamos de medios por completo para ayudarlo. Aquello era algo que solo se podía solucionar en un hospital correctamente equipado y con profesionales cualificados y lamentablemente, no quedaba mucho de lo uno ni de lo otro en todo el continente.

El olor de un guiso pronto se extendió por toda la estancia. Dejamos al inconsciente Usman recostado cerca de la lámpara de gas que nos iluminaba y a

un cada vez más desmejorado Waqar, que se negó a comer, apoyado contra la pared. Kritzinev, Pritchenko, Shafiq y yo dimos buena cuenta de aquel puchero recalentado mientras oíamos la tormenta que arreciaba en el exterior.

La comida fue triste, sombría. En general, aquella «misión» iba como el puto culo. No sabíamos dónde estábamos exactamente, no teníamos medios de transporte, habíamos perdido a un miembro de la expedición y además teníamos a dos heridos, uno de ellos grave. De coña.

Precisamente Waqar se incorporaba trabajosamente en ese momento para dirigirse al baño situado al fondo del local. Aquel chico tenía un aspecto que empeoraba por momentos. No podía evitar sentir lástima por él. Me incorporé para acompañarle hasta el aseo, pues parecía tener serios problemas.

Iba tan solo un par de metros delante de mí, pero fue suficiente. La puerta del baño tenía un cartel donde aparecía una acuarela de un montón de tipos gordos vestidos a la moda del siglo XIX, con pinta de estar meándose, aporreando frenéticamente la puerta de una letrina y justo debajo, en enormes letras rojas ponía ESPERE SU TURNO. Sin duda, el antiguo dueño del local era un tipo con un gran sentido del humor.

La culpa fue nuestra, pues nadie había tenido la precaución de asegurar el baño cuando entramos. Waqar llegó a la puerta y tiró del pomo. Justo entonces la puerta se abrió de golpe desde el interior, con un fuerte empujón y Waqar cayó al suelo, con un alarido de dolor, mientras aquello se abalanzaba sobre él.

Reaccioné casi por instinto. Waqar estaba tumbado boca arriba, sosteniendo a distancia como podía a aquel monstruo que no paraba de pegar dentelladas al aire, tratando de alcanzar su garganta. Era un hombre joven, vestido con ropa de camuflaje del Ejército, que le quedaba visiblemente grande y con el pelo demasiado largo para ser un militar. Un voluntario del Punto Seguro, deduje mientras cubría a toda velocidad los dos metros que nos separaban. Se infectó en una salida y decidieron abandonarlo aquí, encerrado en un baño, en vez de tener que pegarle un tiro a un antiguo compañero. No tuvieron tanta sangre fría. Con lo que no contaban era con que nadie fuese a abrir ese baño de nuevo. Mierda.

Agarré a aquel ser por la parte trasera de su chaqueta, y haciendo un enorme esfuerzo conseguí separarlo unos centímetros de Waqar. Los No Muertos son como un yonkie totalmente pasado de cocaína o de pastillas, resulta muy difícil, si no imposible, conseguir reducirlos con la mera fuerza física de una sola persona. Y eso sin contar que si te muerden, estás jodido. Sin embargo Waqar aprovechó aquel pequeño respiro para rodar sobre sí mismo y escapar de la presa que le estaban haciendo.

Con el esfuerzo me caí de espaldas, lo que aprovechó aquel engendro para ponerse en pie y girarse para ver qué era lo que le había agarrado por la espalda. El muy hijo de puta me vio, indefenso en el suelo y emitió un gruñido de triunfo antes de abalanzarse sobre mí.

Sonaron unos disparos y la cabeza del No Muerto explotó como una sandía madura, dejando un extraño dibujo de sesos en la pared del fondo. Sus rodillas se doblaron y como a cámara lenta, su cuerpo se desplomó justo a mis pies.

Giré mi cabeza hacia la puerta. Allí estaba Shafiq, con el cañón del AK todavía humeante, mirándome con una expresión bastante más respetuosa que la que me había dedicado tan solo unos minutos antes. Aquel pakistaní me había salvado la vida. Pero con el estruendo de los disparos quizás nos había condenado a todos.

24 March 2006 @ 13:46 hrs.

ENTRADA 72 (I)

Algo va terriblemente mal con Waqar. No soy médico, pero juraría que el derrame interno, o lo que sea que tenga, está empeorando por momentos. Ya no sangra por la boca, pero está terriblemente pálido y tiene la zona inguinal muy dura, con la piel tensa como el parche de un tambor. También tiene un enorme hematoma en el pecho y un profundo rasguño en su brazo derecho, en carne viva.

Tiene una fiebre altísima. Todos los medicamentos que tenemos se reducen a unos cuantos antipiréticos y una caja de Clamoxil, que es un antibiótico de gama media. No disponemos absolutamente de ningún tipo de analgésico que pueda calmar su dolor. Le he dado un par de antipiréticos para bajar la fiebre y le estoy obligando a beber mucha, mucha agua, mientras Pritchenko le pone compresas húmedas en la frente cada diez minutos. Somos los únicos que estamos cuidando a este pobre chaval.

Kritzinev ha encontrado una caja con botellas de vino, y hace un rato que no está para el mundo. Los otros dos pakistaníes permanecen rezando y mirándonos con cara de angustia, pero por lo demás no son de mucha ayuda. De vez en cuando nos dicen algo en urdu, pero ni Viktor ni yo les entendemos, lamentablemente. Supongo que se sienten absolutamente impotentes ante esto.

Hay unos cuantos engendros ahí fuera. No sabemos exactamente cuantos son, porque la persiana está echada y por suerte aguanta bien, pero oímos retumbar los golpes que dan contra ella y sus rugidos de furia. No hay puerta trasera ni otra salida, aparentemente. La situación es terriblemente comprometida. Estamos atrapados.

Me preocupa Waqar. Creo que va a dañarla irremediablemente en pocas horas, como no le saquemos de aquí. No me cabe en la cabeza la inconsciencia absoluta de esta gente ¡Venir a tierra sin llevar ni un mal botiquín de primeros auxilios, con tan solo unos cuantos medicamentos sueltos!... Y el estado del resto de las provisiones no es mucho mejor, por lo que he podido ver al revisar las mochilas de los pakistaníes.

Supongo que pensaron que esto sería un simple paseo, llegar a las oficinas de UPS, coger el paquete y volverse a bordo. Gilipollas. Esto es el infierno en la tierra y en el infierno, cualquier incidente puede transformarse rápidamente en una tragedia. Como ahora.

Son las 00:30... Estoy agotado. Waqar empieza a delirar.

24 March 2006 @ 14:19 hrs.

ENTRADA 72 (II)

00:50 horas... Esto no me gusta nada. Waqar ha entrado en un estado de semiinconsciencia. Sigue delirando en urdu, pero en ocasiones entra en una especie de letargo en el que le dan convulsiones. No es normal. De la herida del brazo está manando un líquido transparente de un olor bastante repulsivo, y la herida en sí misma está inflamada y enrojecida. He tratado de limpiársela con una gasa mientras estaba inconsciente y se ha despertado con un alarido de dolor mientras trataba de apartarme a ciegas.

No es normal esta reacción en una persona que tiene un fallo hemorrágico interno. He observado la herida con más detenimiento. Es un corte en la cara interior del brazo, de unos veinte centímetros de longitud. Más que un corte parece un arañazo profundo.

No puedo evitar pensar lo peor. No recordaba haber visto el arañazo cuando lo sacamos del furgón. Tiene que ser posterior y solo se me ocurre una opción. Al levantar la mirada de la herida, me he encontrado con los enormes ojos azules de Viktor observándome atentamente. No me ha hecho falta decirle nada. Sabe lo que estoy pensando.

Es un simple arañazo... ¿Será suficiente?

Se ha vuelto a desmayar.

24 March 2006 @ 19:55 hrs.

ENTRADA 72 (III)

04:00 horas... Hace aproximadamente veinte minutos Waqar ha empezado con los estertores. La herida del brazo continúa supurando pus maloliente y tiene un aspecto cada vez más desagradable. Por su interior, las cosas no deben ir mejor. Un fluido rojizo está manando de sus intestinos, ya que ha perdido el control de sus esfínteres hace un buen rato. Su respiración se está volviendo espasmódica y jadeante. Suena como un tren de mercancías de vapor subiendo una montaña, solo que en ocasiones se interrumpe bruscamente para recuperarla al cabo de un momento con una profunda inspiración por la boca, que suena como si se ahogase. Es un sonido horrible. Esta agonía nos está crispando los nervios a todos.

Me alegro de que por lo menos ya hace un par de horas que parece haber perdido definitivamente el conocimiento. Supongo que en el caso de estar consciente, el sufrimiento sería horrible.

Es espantoso. Me siento absolutamente impotente. No sé qué hacer. Estoy viendo una vida humana apagándose ante mis ojos y no tengo medicamentos, ni medios, ni conocimientos, para evitarlo.

Shafiq y Usman no paran de recitar suras monótonamente, agarrados a un rosario musulmán. Si para mí esto está siendo una prueba dura, para ellos tiene que ser espantoso. Están en medio de un infierno, a miles de kilómetros de sus casas, viendo morir a un amigo. Tienen miedo. Y en sus ojos he visto asco cuando Waqar ha empezado a cagar sangre.

La muerte violenta no es un espectáculo bonito como en las pelis, donde el protagonista cae con una sonrisa en los labios y un recuerdo para la amada. La muerte es terrible, sucia y muy dolorosa, si te pillas como ha cogido a Waqar. Estos chicos no parecían saberlo. Yo tampoco lo sabía hace unas semanas, pero he tenido tiempo de ver unos cuantos muertos de camino hasta aquí y eso me ha hecho un poco más duro...

Viktor y yo tenemos un problema muy grave. Sabemos, o sospechamos al menos, qué es lo que le va a suceder a Waqar dentro de, suponemos, unas horas, pero hemos decidido no hacer nada, de momento. Por una parte nosotros estamos desarmados. Eso limita mucho nuestras posibilidades.

Por otra parte ni Shafiq ni Usman dispararían contra Waqar mientras éste aún esté vivo. No es de extrañar. Al fin y al cabo es amigo de ellos, ha dicho Viktor.

Me he reído amargamente ante este comentario. Supongo que ese mismo razonamiento siguieron los del grupo del Punto Seguro que dejaron a aquel pobre diablo encerrado en el baño, y ahora, gracias a ese «humanitarismo» tenemos nosotros este papelón entre manos.

Kritzinev esta totalmente borracho, y fuera de control. No para de farfullar incoherencias en ruso y de vez en cuando se ríe sólo, como si alguien le contase un chiste extremadamente gracioso, hasta doblarse por la cintura mientras gruesos lagrimones le corren por las mejillas hasta llegar a la barba. En un determinado momento ha empezado a chillar como un poseso hacia la puerta metálica, que sigue siendo aporreada monótonamente por los No Muertos del exterior. Ha desenfundado su pistola, pero antes de que pudiese disparar, Pritchenko ha saltado como un gamo y se la ha arrebatado. Kritzinev le ha dedicado una mirada furiosa y a continuación se ha derrumbado inconsciente, borracho como una cuba. Menos mal.

Ahora tenemos un arma. Ni Shafiq ni Usman han hecho amago de querer sacárnosla. Mejor.

Los No Muertos siguen fuera, golpeando la puerta sin piedad. Es un sonido espantoso, crispante. Creo que cada vez hay más, pero no tengo manera de saberlo.

Los estertores de Waqar son cada vez más frecuentes, ahora uno cada diez minutos, aproximadamente. El momento se acerca.

ENTRADA 73

Está amaneciendo. Algunos débiles rayos de luz se cuelan por los pequeños agujeros que tiene la verja metálica, interrumpidos de vez en cuando por las sombras de los seres que están agolpados ahí afuera. El interior de la tienda huele a sangre, mierda, sudor, miedo y pus. Waqar acaba de morir hace diez minutos en medio de una espantosa agonía. Usman y Shafiq están recitando monótonamente una oración fúnebre que suena como un mantra mientras velan el cadáver con una mano en el AK y la otra en un Corán. Pritchenko y yo también lo estamos velando, pero por otros motivos.

Waqar va a volver en cualquier momento. Mejor dicho, algo parecido a Waqar se va a levantar en cualquier momento. Joder. Es un hecho tan horroroso, tan inconcebible, que no hay palabras para definir esta angustia. Me tiembla el pulso al escribir estas líneas en el diario. Parece la letra de un niño de seis años.

Viktor y yo estamos respirando aceleradamente, notando la sangre bombeando en nuestras sienes. Sabemos que vamos a ver nacer uno de esos seres, de alguien que hasta hace unos minutos si bien no era un amigo, sí que era un compañero. Cuando vuelva, él será un depredador y nosotros, las presas.

La agonía de Waqar ha sido espantosa. A las dos horas de perder la conciencia empezaron a aparecer Petequias por todo su cuerpo. Las Petequias son pequeñas manchas moradas, del tamaño de una moneda de diez céntimos, que se producen por anoxia, falta de oxígeno. El sistema circulatorio de Waqar estaba fracasando, no era capaz de llevar oxígeno a todo el cuerpo. Su organismo empezaba a morir, lentamente, asfixiado.

A las tres horas sucedió algo espeluznante. El sistema circulatorio superficial de Waqar, sus vasos capilares más finos, comenzó a hacerse visible sobre su piel. Todas las diminutas venas se podían seguir perfectamente, como si fuera un dibujo de una facultad de medicina. No tenía manera de medir su tensión arterial, pero calculo que para obtener ese volumen, tenía que estar disparada. Su corazón latía salvaje, descompasadamente, calculo que a unas 130 pulsaciones por minuto. El pobre Waqar sudaba a chorros, pero no dejé que Pritchenko le secara el sudor sin guantes. Si el Ébola se transmite por el contacto con el sudor no veo el motivo para que esta plaga no lo haga.

La triste verdad es que nadie sabe una puta mierda de esta enfermedad. En otro tiempo, en otro mundo mejor, este chico estaría en una UVI, monitorizado y atendido por al menos un regimiento de médicos y enfermeras, en una unidad aislada y aséptica, en una lucha total por su vida. Sin embargo ahora estaba agonizando en medio de sus propios excrementos, en el suelo de una sucia tienda saqueada, en medio de una ciudad abandonada y muerta, como estaba toda

Europa, como estaba todo el jodido mundo.

A las tres horas y media se empezaron a hacer visibles las venas del sistema principal: La cava, la aorta, se dibujaban perfectamente, como gruesos cables en su cuerpo. Al mismo tiempo, el exceso de presión sanguínea empezaba a hacer estallar las pequeñas y delicadas venas del sistema radial debajo de su piel.

Waqar empezaba adoptar un aspecto terriblemente similar al de las cosas que me llevan atormentando desde hace meses. En ese momento todos supimos, incluso los pakistaníes, que Waqar se estaba convirtiendo en uno de ellos.

A las cuatro horas de perder la conciencia el cuerpo de Waqar empezó a sangrar abundantemente por la boca, los oídos y los ojos, y sospecho que también por el ano y el pene (y digo que sospecho porque nadie tuvo cojones para acercarse a sacarle la ropa). En esos momentos, menos Kritzinev, que dormía la mona, todos estábamos congelados contemplando aquel terrorífico espectáculo, sin pronunciar palabra, demasiado asustados como para reaccionar. Mientras, de fondo, un coro de gemidos y golpes en la cada vez más destartalada verja saludaba el nacimiento de un nuevo miembro de la legión de No Muertos. Era la situación más angustiosa que se pudiera imaginar.

A las cuatro horas y cuarenta minutos, Waqar empezó a verse sacudido por contracciones musculares espasmódicas. Parecía como un ataque de epilepsia. Su cuerpo se arqueaba hasta extremos increíbles y las extremidades pateaban sin control el suelo, incluso su cabeza golpeaba rítmicamente contra el hormigón donde estaba apoyada. No podíamos hacer nada. Con cada contracción, con cada sacudida de sus miembros, Waqar lanzaba chorros y goterones de sangre mezclada con pus y excrementos a las cuatro esquinas del cuarto. O mucho me equivoco, o el contacto de una mínima parte de esa miasma con cualquier zona abierta del cuerpo podría ser letal para los supervivientes.

Ordene a Pritchenko y a los dos pakistaníes que se retiraran lejos de Waqar. Cogí un antiguo expositor de plexiglás que algún día había servido de soporte para cremas faciales y utilizándolo como improvisada pantalla permanecí inmóvil contemplando aquella muerte tan horrible. No se si Waqar podía sentir algo, pero rezaba para que su mente estuviese ya muy lejos.

A las cuatro horas y cincuenta y cinco minutos de entrar en coma, el cuerpo de Waqar quedó inmóvil. No fue hasta pasados diez minutos que me atreví a salir de la precaria protección del plexiglás para acercarme al cuerpo aún caliente. Parecía no respirar. No estaba seguro. Decidí acercarme un poco más, a tan solo dos metros. El cuerpo yacía inmóvil, en medio de un charco rojizo de fluidos. El olor era nauseabundo. Me acerqué hasta estar en cuclillas al lado del cadáver (ni por todo el oro del mundo me hubiese arrodillado en medio de aquella porquería).

Me incliné hacia delante, tratando de percibir su respiración. No respiraba...

De repente Waqar abrió los ojos, completamente cubiertos de coágulos de

sangre y de lagañas y abrió la boca, emitiendo un profundo estertor. Juro que me llevé el susto más grande de mi vida. Con un chillido que avergonzaría a una chica, me levanté de un salto y di un par de pasos de espaldas hasta caerme de culo en el cemento, mientras contemplaba aterrado el cuerpo de Waqar, sospechando que se iba a levantar.

Pero nada de eso sucedió. Mientras trataba de dominar los latidos desbocados de mi corazón... Viktor, Shafiq y el malherido Usman asomaron por la puerta, atraídos por mi poco varonil chillido. Reconozco que no me sentí avergonzado. Cualquiera en mi lugar se habría cagado de miedo.

Me incorporé y contemplé de nuevo el cuerpo. Aquello había sido el último estertor, tan violento e inesperado que casi me mata a mí del susto. Waqar había muerto. Ahora solo quedaba por ver por cuanto tiempo...

Ese es el menor de nuestros problemas. La única salida de este local es la puerta principal, donde se agolpan sin cesar esos monstruos. Y esa puerta va a ceder, tarde o temprano. Llevamos tres días aquí encerrados, los dos últimos casi sin agua ni comida. Waqar ha muerto hace tan solo quince minutos, pero no creo que esa puerta aguante más allá de un par de horas más.

30 March 2006 @ 13:26 hrs.

ENTRADA 74

Escribo esto bajo la luz temblorosa de una linterna que sostiene Viktor. Las últimas cuarenta y ocho horas han sido la peor pesadilla desde que esas cosas empezaron a aparecer en torno a mi casa, hace un millón de años.

Pasados doce minutos desde el último estertor, el cuerpo de Waqar comenzó a mostrar una serie de pautas nada naturales. En su pecho no se apreciaba movimiento pulmonar de ningún tipo (por lo que deduzco que esas cosas no respiran), pero sin embargo una especie de tic nervioso le recorría el brazo derecho, donde tenía el rasguño. Estaba muerto, y sin embargo, su brazo se sacudía y se contraía como sacudido por una descarga nerviosa. Era increíble.

Por si no fuera suficiente, al cabo de tan solo un par de minutos sus ojos comenzaron a moverse. Cuando había muerto, Waqar tenía los ojos abiertos y ahora sus pupilas, aún cubiertas de cuajarones de sangre y lagañas, se movían inquietantemente de un lado para otro, sin enfocar la mirada en ningún punto. Tenía las córneas totalmente enrojecidas a causa de la rotura de docenas de microscópicas venas y eso le daba a su mirada un aire totalmente diabólico. El conjunto resultaba absolutamente estremecedor.

El temblor del brazo se fue propagando a las otras extremidades. Al cabo de unos minutos todo el cuerpo de Waqar vibraba como sometido a una corriente eléctrica. De alguna manera, oscura, desconocida y ominosa, todo su cuerpo estaba volviendo a la vida. Y digo su cuerpo, porque Waqar, su esencia, su alma, su espíritu o como quiera que se llame, ya había volado muy lejos. Dentro de aquel cuerpo tan solo habitaba un monstruo.

Permanecíamos como hipnotizados contemplando aquel espectáculo antinatural. Usman estaba aterrorizado, con un par de gruesos lagrimones rodando por sus mejillas y sollozando ruidosamente mientras se aferraba a su AK como si le fuera el alma en ello. Aquel chico estaba a punto de perder la cabeza. Todo aquello estaba resultando demasiado duro para sus nervios.

Por su parte Shafiq parecía no querer aceptar aquella realidad y se balanceaba obstinadamente hacia delante y hacia detrás, recitando suras del Corán de forma obsesiva, en una especie de estado catatónico, con un sordo murmullo que ponía los pelos de punta. De fondo, el rugido de la multitud de No Muertos del exterior y los golpes constantes que propinaban a la verja. En conjunto, el sonido del infierno.

Viktor sostenía con las dos manos la enorme pistola que le había arrebatado a Kritznev. Con un gesto decidido, inspiró profundamente, la amartilló de forma aparatosa y apuntó el cañón a la cabeza de Waqar, que empezaba a balancearse hacia los lados, mientras intentaba incorporarse. Nugué con la cabeza y le sujeté

le brazo para que bajase el arma. Quería ver. Necesitaba saber. ¿Nos reconocería? ¿Podríamos hablar con él?

Kritzinev apareció súbitamente en la puerta, tambaleándose, con una expresión adormilada en su cara, que se transformó en un enorme gesto de sorpresa al contemplar aquella delirante escena. El ucraniano se había despertado con ganas de orinar y de camino al baño se encontraba a sus dos rehenes armados, a dos de sus hombres totalmente abrumados por la situación y al tercero en plena transformación en uno de esos seres.

Por un momento pareció no comprender muy bien la situación. Al cabo de unos segundos la luz se hizo en su mente y se precipitó hacia Shafiq, arrebatándole el AK. Waqar ya había conseguido incorporarse hasta una posición sentada en esos momentos, y miraba a su alrededor aún algo aturdido, pero con una expresión ansiosa en su rostro. Un nuevo monstruo acababa de nacer, solo doce minutos después de su muerte. Era espantoso.

Kritzinev se acercó a Waqar y le apuntó con manos temblorosas. Con voz quebrada le gritó algo en urdu. Waqar no respondió y siguió en su empeño por incorporarse. Le volvió a gritar de nuevo y esta vez el monstruo que ahora era Waqar giró su mirada hacia él y profirió un gemido aterrador, mostrando una boca oscura y manchada de sangre y pus.

Fue demasiado para Kritzinev. Dando un paso atrás, apretó el gatillo. El AK estaba en modo automático y saltó en sus manos cuando descargó una ráfaga de balas que transformó instantáneamente la cabeza de Waqar en una pulpa rojiza, como una sandía atropellada por un camión, empapando al propio Kritzinev de sesos y sangre.

Aquello era excesivo. Uno de los pakistaníes vomitó entre ruidosas arcadas, mientras el cuerpo de Waqar caía de espaldas aún presa de convulsiones. Kritzinev parecía estar poseído por las furias. Saltando por encima del cuerpo de Waqar se acercó hasta nosotros apuntándonos a la cabeza. Por un segundo pensé que sufría alguna clase de delirium tremens por culpa del alcohol y que nos iba a cepillar a todos. Sería un final absurdo e irónico, sobrevivir al Apocalipsis y a centenares de No Muertos para acabar asesinado por un borracho con alucinaciones en la trastienda de un local abandonado.

Afortunadamente Kritzinev aún mantenía el control y no disparó, pero no dejó de apuntarnos con su arma. Ladrando unas cortas frases en ruso a Pritchenko nos obligó a ponernos en pie contra la pared. Con un gesto rápido le arrebató la pistola al pequeño ruso, que por otra parte no hizo ningún gesto para oponer resistencia. Fue lo más inteligente por su parte. Con el ruido de los disparos los dos pakistaníes parecían haber salido de su estado semicatatónico y ahora estaban detrás de su jefe, arma en ristre, escrutándonos, esperando cualquier mínimo gesto hostil por nuestra parte para apretar el gatillo. No. Lo mejor era poner cara de bueno y aguantar el tipo.

Kritzinev se abalanzó sobre nosotros y le propinó un violento puñetazo a Pritchenko, lanzándolo contra la pared. Con gesto de sádica satisfacción se giró hacia mí y alzó el brazo, dispuesto a darme mi ración. Me encogí, esperando el golpe...

En ese momento un desagradable sonido de metal desgarrado atravesó toda la tienda. La verja empezaba a ceder. Kritzinev perdió todo el interés en golpearme y gritándole algo en urdu a los pakistaníes se precipitó hacia la puerta principal seguido de éstos. Me quede con Pritchenko a solas, en la trastienda, mientras oía el ruido de estanterías arrastradas precipitadamente, tratando de levantar una barricada.

Ayudé a Viktor a levantarse. Tenía un hematoma en la mejilla y escupía algo de sangre, pero eso no mataba a nadie. No teníamos tiempo para eso. Me acerqué a la puerta de la trastienda. Los pakistaníes y Kritzinev estaban levantando una improvisada barricada justo enfrente de la verja metálica. Esta estaba parcialmente descolgada de un lado, y del engarce con la caja en la parte superior, caía un abundante polvillo blanco y algunos cascotes, cada vez que la muchedumbre de fuera la golpeaba. Algunos seres ya habían conseguido introducir sus brazos por los resquicios laterales y empujaban los estantes apilados contra la verja. Uno de ellos incluso estaba tratando de colar su cabeza. Aquella verja iba a ceder en cuestión de minutos.

Kritzinev se giró y nos apuntó con su fusil, ordenándonos volver a la trastienda. El gesto era inconfundible. No se fiaba de nosotros y no nos quería allí en medio en aquel momento. Francamente, a mí tampoco me importaba. Los dos pakistaníes estaban cantando algo en árabe, que no en urdu, algo que me sonaba sospechosamente a un himno de martirio. Shafiq incluso se había anudado un trozo de tela verde en la cabeza y ahora parecía mucho más relajado.

Sacudí la cabeza. Joder. Eso se ponía feo. Dos aspirantes al martirio y un ucraniano semienloquecido y borracho. Arrastrando a Pritchenko volví a la trastienda y busqué desesperadamente una salida. No había nada. Ni una ventana, ni otra puerta, ni un conducto de ventilación... ¡¡Nada!!

Una vez más, la vida no es como las películas. No existen puertas traseras, ni ventanas que den a descampados ni túneles para contrabandistas ni puertas secretas. Solo un almacén con las paredes de ladrillo y hormigón, con tabiques demasiado gruesos como para tirarlos a patadas. Estábamos atrapados.

De repente Pritchenko me arrastró justo detrás de un mostrador. Sobre un pesado mueble encastrado en la pared había una trampilla con cierre escamoteado. Apoyando una silla junto al mueble me subí y moví la puerta corredera, esperando insensatamente encontrar un túnel de salida...

Papel higiénico. Docenas y docenas de rollos de papel higiénico y de papel de cocina, ordenadamente apilados y embalados. Allí era donde el propietario de la tienda guardaba sus existencias, demasiado voluminosas como para caber en

una estantería de un pequeño colmado de barrio. Empezamos a sacar paquetes y paquetes de papel frenéticamente, mientras oíamos los primeros disparos en la parte delantera de la tienda. Era el principio del asalto final.

Tardamos apenas treinta segundos en vaciar todo el armarito y otros treinta en refugiarnos los dos dentro, en un espacio claustrofóbicamente pequeño, pero seguro y oculto. Teníamos una botella de litro y medio de agua, dos linternas, unas chocolatinas y mi libreta-diario. Absolutamente nada más.

Nos tumbamos a lo largo. Viktor cabía perfectamente, pero él no pasa del 1'60. Yo estaba algo encogido, pero cómodo. Un pequeño orificio en la puerta nos permitía respirar y de paso tener una visión parcial de la trastienda. Solo nos quedaba esperar.

De la habitación delantera llegaba el tableteo de los AK y los aullidos de los No Muertos. La intensidad de los disparos fue en aumento. Tres fusiles disparados simultáneamente en un espacio cerrado hacen mucho, mucho ruido. El olor a pólvora llegaba hasta nosotros claramente. No sé cual es la potencia de fuego de esas armas, pero en un espacio tan cerrado tenían que resultar devastadoras.

Sin embargo, ellos eran demasiados. Al cabo de un par de minutos se oyeron unos aullidos desgarradores y una de las armas dejó de disparar. El sonido de la refriega se trasladó más cerca de la puerta. Un Kritzinev ensangrentado y lunático apareció andando de espaldas, mientras arrojaba su AK al suelo y desenfundaba la pistola de su cintura. Perseguido por al menos una docena de esos seres, el ucraniano vació el cargador sobre ellos, pero por cada uno que caía aparecían dos. Estaba perdido.

Kritzinev pareció darse cuenta porque giró su arma y se apuntó con ella en la sien. Sin embargo, antes de que pudiese dispararse, un tipo joven y obeso, vestido con una camisa de rayas y cubierto de sangre reseca de los pies a la cabeza, le mordió en la base del cuello y le arrancó un pedazo de carne del tamaño de un puño. Kritzinev soltó la pistola, dando un aullido de dolor y sorpresa y con una expresión de rabia en los ojos, mientras desaparecía bajo una masa de aquellos seres. De los ruidos que se oyeron a continuación prefiero no hablar.

Han pasado cuarenta y ocho horas. Ahora la tienda está silenciosa y oscura. Las lámparas, derribadas en el suelo, se han apagado al agotarse el gas. El olor de la carnicería es indescriptible. Aún no hemos salido de este altílo porque unos cuantos de ellos siguen aquí, paseando entre las sombras, incansables. El tiempo se acaba y no sé que vamos a hacer.

05 April 2006 @ 12:38 hrs.

ENTRADA 75

La mente humana es asombrosa. Después de más de setenta y dos horas encerrados en un cubil del tamaño de un armario mediano, sin luz, sin apenas sonido y sin referencias sensoriales de ningún tipo empezaba a sufrir alucinaciones. Me parecía oír un televisor a todo volumen, algo claramente imposible en esta situación. Hasta podía escuchar los jingles de los anuncios. Era angustioso. Sabía perfectamente que eso que sonaba no eran más que delirios de mi mente, pero aun así eran TAN reales... Oh, Dios. Me tapaba los oídos con las manos, pero lo seguía escuchando todo perfectamente.

Aquel armario me estaba destrozando. La suma de cansancio, terror, stress acumulado y setenta y dos horas de privación de luz y alimentos me estaban haciendo resbalar por la pendiente de la locura... No aguantaba más. Aquel cajón me estaba asfixiando. Notaba como las paredes se acercaban a mí, haciendo el espacio más pequeño, me aplastaban, me apretaban. La oscuridad era densa como el petróleo, hasta el aire era oscuro. No podía respirar, mis pulmones bombeaban aire como locos pero no llegaba oxígeno a ellos... Me ahogaba... ¡¡Tenía que salir de allí!!

Me giré hacia la puerta del altillo y empecé a arañarla buscando desesperadamente el tirador. Justo en ese momento noté dos manos duras como el acero que me agarraban por los brazos, mientras me susurraban algunas palabras en ruso, tratando de tranquilizarme. Era Pritchenko. Me tenía inmovilizado con una presa digna de un luchador de judo. Me mantuvo así durante un buen rato, mientras mi respiración se calmaba y recuperaba el autocontrol. Jodido ucraniano. Su aspecto es engañoso. Parece poca cosa, tan pequeño, con su enorme mostacho rubio tapándole media boca, pero tiene un espíritu de hierro y una resistencia asombrosa. No se ha derrumbado con toda esta presión y yo he estado a punto de mandarlo todo a la mierda por un ataque de claustrofobia. Le debo una.

Empecé a llorar en silencio, como un auténtico idiota. No podía más. Llevábamos tres días encerrados en aquel hueco del tamaño de un armario. Tenía hambre, tenía sed, tenía sueño, unos increíbles y dolorosísimos calambres y una desorientación absoluta. Era el putito infierno, pero no sabíamos donde estaba el cartel de neón que señalaba la salida de aquella situación. En pocas palabras, con la mierda al cuello.

Con todo ese movimiento teníamos que haber hecho necesariamente algo de ruido, pero afortunadamente los seres de ahí afuera hacían bastante más al moverse constantemente entre los restos de la trastienda, tropezando con las estanterías caídas y con los restos de nuestro equipo, así que hasta el momento

habíamos pasado desapercibidos. Pegué el ojo al pequeño agujero de la puerta. Desde allí podía ver tan solo la mitad de la trastienda y el paso que daba a la parte delantera de la misma. El cuarto estaba en penumbra, muy levemente iluminado por la luz que entraba desde la puerta principal, donde un día estuvo la verja.

Podía distinguir la sombra de al menos ocho de esos seres, que aún permanecían en aquel reducido espacio, pero seguramente habría más en la parte delantera de la tienda o en la calle, justo enfrente de la misma.

Aquellos hijos de puta no se habían marchado al acabar con Kritzinev y los ucranianos, sino que se habían limitado a permanecer por ahí dando vueltas, como buscando algo... O a alguien.

Durante las primeras veinticuatro horas aquel cuarto había estado atestado de aquellos monstruos, en su inmensa totalidad atraídos por el barullo organizado por los disparos. Ahora, su instinto, o lo que sea, les decía que aún tenían alguna presa fresca por las inmediaciones. Sin embargo, a medida que iban pasando las horas iba haciendo que la mayoría perdiesen el interés y se fueran desplazando hacia el exterior.

Sabían que había alguien por allí cerca. Lo sentían, de alguna manera. No sabían exactamente donde estábamos, ni cuántos éramos, aunque estoy seguro de que nos percibían claramente... ¿Irradiación de calor? ¿Campos electromagnéticos? ¿Algún otro sistema u otro tipo de percepción que se me escapa? Ni idea. Pero desde luego estaban inquietos y no paraban de dar vueltas por el pequeño espacio de la trastienda, supongo que bastante frustrados por no encontrar eso que sentían de una manera tan clara.

Durante cuatro aterradoras horas uno de aquellos monstruos, uno alto y desgarrado, con una espantosa herida abierta en la espalda, permaneció justo enfrente de la pared donde estaba situado el altillo, golpeando con sus puños la parte inferior de la puerta corredera, mientras se desgañitaba pegando rugidos.

La sangre casi se nos hiela en las venas a Pritchenko y a mí. Pensábamos que aquel cabrón nos había descubierto y que estábamos listos para los papeles.

Sin embargo, al cabo de cuatro interminables horas de terror aquel individuo perdió súbitamente todo el interés y empezó a vagar de nuevo por la habitación, hasta que se retiró de ella camino solo Dios sabe dónde.

Esos seres son fuertes, numerosos y tienen esa especie de «don de detección», pero no parecen muy inteligentes, o al menos, constantes. Su capacidad de concentración y coordinación es bastante limitada, por no hablar de sus aptitudes psicomotrices. El caso es que al cabo de un rato parecen aburrirse, o distraerse, salvo que se sientan atraídos por un estímulo fuerte (normalmente, un ser humano). Entonces, y solo entonces, son implacables.

Todo esto no dejan de ser conjeturas. Nadie, que yo sepa, tiene idea de cómo piensan esos seres. La epidemia fue demasiado rápida como para que se

podieran hacer estudios científicos serios en ninguna parte. Si alguien los está continuando en algún sitio, seguramente será en un bunker a muchos metros bajo tierra, y eso no creo que sea de mucha utilidad ahora, dado que están en todas partes. Además todo aquello no iba a arreglar mis alucinaciones auditivas. Me parecía estar escuchando una sirena.

Pritchenko me pegó tal apretón en los brazos que casi me hace pegar un aullido de dolor... ¡El también lo estaba escuchando! ¡No era una alucinación!

Eran tres toques largos, una pausa y de nuevo, tres toques largos. Era un sonido bronco, profundo, que venía de bastante lejos, provocada por una turbina de vapor de mucha potencia. Era una sirena de barco. Solo podía ser la del Zaren Kibish. Ushakov, alarmado por nuestra tardanza, trataba de ponerse en contacto con nosotros a golpe de sirena. Teníamos que darle algún tipo de respuesta, para que supieran que estábamos vivos. Pero eso era algo que de momento tendría que esperar.

Aquel sonido tuvo un efecto electrizante en todos los seres que se agolpaban en el interior del colmado. Empezaron a caminar tambaleándose hacia la puerta y fueron saliendo, uno por uno, hasta dejar el cuarto vacío, camino de aquella nueva fuente de sonido que solo podía ser producida por un ser humano, por una presa.

Todos, menos uno. Por algún extraño motivo, uno de los No Muertos, una mujer de unos cincuenta años, con unos extravagantes pendientes y con restos de maquillaje mezclados con suciedad manchando su rostro, permanecía dando vueltas por el interior de aquella trastienda. Quizás percibía unas presas humanas (nosotros), de una manera tan intensa que le parecía una pérdida de tiempo ir tras aquel sonido. O quizás, simplemente estaba sorda. Quién sabe. El hecho es que permanecía allí, al acecho, expectante. De todas formas, aquella era la oportunidad que habíamos estado esperando desde hacía casi tres días. No hizo falta que Viktor y yo nos dijésemos nada. Con un fuerte impulso tiré de la puerta corredera y salté sobre el aparador que estaba situado justo debajo, mientras Pritchenko hacía exactamente lo mismo detrás de mí.

La mujer levantó la cabeza sorprendida ante nuestra aparición. Con un rugido de furia empezó a caminar hacia nosotros, esquivando los restos destrozados del mobiliario y los cuerpos putrefactos del suelo.

Traté de ponerme de pie, pero tras setenta y dos horas encogido en aquel diminuto armario mis piernas no respondían. Simplemente, no era capaz de levantarme. Notaba un desagradable hormigueo en mis extremidades mientras se restablecía la circulación, pero a todos los efectos, estaba tirado en el suelo, indefenso, tan desvalido como un cachorrito.

Una vez más, Pritchenko estuvo a la altura de las circunstancias. Sacando fuerzas de alguna parte, el pequeño ucraniano se arrastró un metro hacia delante y cogió el AK descargado que Kritzinev había arrojado al suelo poco antes de su

muerte.

Tras utilizarlo como bastón para incorporarse, se apoyó en la pared y lo agarró por el cañón, a modo de maza, mientras con un suave silbido entre dientes retaba a aquella arpia salida del infierno. Huevos no le faltaban a aquel tipo.

La respuesta de aquel ser no se hizo esperar y se dirigió con andar vacilante hacia Viktor. Cuando este la tuvo a su alcance, levantó el AK por encima de su cabeza y lo descargó con todas sus fuerzas en el cráneo de aquella mujer.

El « crack » fue perfectamente audible, cuando le partió el parietal, dejando a la vista unos sesos de un desagradable y malsano color oscuro. La mujer se tambaleó, vacilante, momento que aprovechó Pritchenko para descargar un segundo golpe que le reventó la cabeza como un melón maduro. Con el impulso del golpe, la mujer cayó al suelo y Pritchenko se inclinó sobre ella, mientras descargaba golpe tras golpe sobre su cráneo, que se iba convirtiendo en una masa de pulpa rojiza.

Me incorporé trabajosamente y agarré a Viktor por la espalda cuando propinaba el enésimo impacto sobre aquel cadáver. Estaba como desquiciado, con sus brazos y su pecho cubierto de sesos de aquella mujer y una mirada maniaca en los ojos. Al notar el contacto de mis manos se giró, como una cobra, obsequiándome con una mirada enloquecida. Por un momento pensé que me iba a golpear a mí también.

Sin embargo, poco a poco su expresión volvió a la normalidad, a medida que me reconocía. Finalmente sus aún débiles piernas no le pudieron sostener por más tiempo y se derrumbó en el suelo arrastrándose en su caída. Ahora el que se convulsionaba con los sollozos era él, mientras la adrenalina aún rugía por sus venas y le daba salida a toda la tensión de las últimas horas.

Le di un fuerte abrazo, mientras trataba de ayudarle a incorporarse. No teníamos demasiado tiempo. Había que salir de aquel infierno de inmediato. Recuperando la compostura, Pritchenko se sorbió ruidosamente los mocos y se inclinó a recoger la pistola de Kritzinev mientras me decía « Por fin hemos salido del armario ».

Estallé en carcajadas incontrolables, mientras el ucraniano me contemplaba con expresión estupefacta, preguntándose qué bicho me había picado. Cada vez que trataba de parar de reírme, veía la expresión perpleja de Pritchenko y mi risa se redoblaban. Con lagrimones en los ojos traté de explicarle el significado implícito de su frase, lo cual provocó también una sonora carcajada del ucraniano. Aquello era liberador. Era la primera vez que nos reíamos en semanas y la risa brotaba, incontrolable, dando rienda suelta a un caudal incontrolable de tensión emocional. Estábamos en ese estado de risa floja en el que cualquier tontería, por banal que sea, te hace reír sin control posible. Era fantástico. Aún éramos humanos. Aún estábamos vivos. Aún podíamos dar batalla.

No había mucho que recoger en aquel espectáculo dantesco. La pistola de

Kritzinev era nuestra única arma, ya que aunque encontramos los AK no fuimos capaces de localizar la munición. Recordé que Shafiq y Usman la llevaban encima, pero no había ni rastro de ellos. Probablemente estarían vagando por ahí, convertidos en un par de esas cosas, con docenas de cargadores de munición encima. Joder.

Antes de irnos me incliné sobre el cadáver desgarrado de Kritzinev. La furia de aquella multitud de No Muertos había sido tan enorme que habían destrozado el cuerpo del ruso hasta el extremo de no permitir su vuelta a la vida. Le faltaba parte del cerebro, un brazo y las dos piernas, y su estómago estaba rasgado como si le hubiese atacado una fiera salvaje. El pobre cabrón tuvo una muerte espantosa. Metí la mano en el bolsillo de su chaqueta y saqué el resguardo del paquete, con manchas de sangre en una esquina. No me había olvidado del puto paquete. Era la única manera de recuperar a Lúculo.

Salimos de la tienda sorteando una enorme pila de cadáveres putrefactos amontonados en la puerta, caídos bajo las balas de los pakistaníes. El sol era cegador en el exterior. Mientras ayudaba a Pritchenko a salir de la tienda dirigí una rápida mirada a nuestro alrededor. Tan solo un par de aquellos seres estaban a la vista, a una distancia aproximada de unos cuatrocientos metros, pero nos habían visto y se dirigían hacia nosotros. Era hora de salir por patas.

Corrimos calle arriba, renqueantes y exhaustos por la falta de alimentos y bebida. Estábamos hechos polvo. No llegaríamos muy lejos en ese estado.

A medida que íbamos avanzando por la desierta avenida más y más de esos seres iban apareciendo de los lugares más insospechados, sumándose a nuestra persecución. Debía haber miles de ellos en la ciudad y ahora ya teníamos una buena docena y media detrás de nuestros pasos, acortando las distancias.

De repente, Pritchenko y yo frenamos en seco. Frente a nuestros ojos se abría un espectáculo dantesco. Estábamos al borde de una de las enormes cicatrices provocadas por los incendios descontrolados en la ciudad que había visto desde el Corinto. Justo enfrente de nosotros la calle terminaba y empezaba un campo quemado, ennegrecido y destrozado, con ruinas de edificios derrumbados en las posiciones más inverosímiles. Parecía la imagen de una ciudad bombardeada. Era un espectáculo dantesco.

Aquella era nuestra oportunidad. Pritchenko y yo empezamos a trepar por las ruinas, gateando sobre montones de cascotes y vigas retorcidas y ennegrecidas. En aquel terreno destrozado los No Muertos simplemente no podían seguirnos. Carecían de la coordinación psicomotriz suficiente como para trepar sobre un montón de ruinas y caminar en aquel paisaje lunar y carbonizado, cubierto de agujeros, vigas, montañas de escombros y restos destrozados. Tampoco era mucho más fácil para nosotros, dado nuestro estado, pero al fin y al cabo, nosotros podíamos y ellos no.

Tras veinte minutos vagando en medio de aquel paisaje del infierno

Pritchenko y yo nos derrumbamos, jadeantes, en una hondonada en medio de aquella devastación. En el fondo de la misma se había formado un amplio charco de agua de lluvia. Bebimos como camellos, recuperando todos los líquidos perdidos y después nos recostamos, tratando de recuperar el resuello. El sol nos acariciaba el rostro y una suave brisa jugaba con nuestros cabellos. La primavera estaba llegando en todo su esplendor. Era fantástico estar vivo.

11 April 2006 @ 20:41 hrs.

ENTRADA 76

Hacia calor en el fondo de aquella pequeña hondonada. El sol brillaba inmisericorde en medio de un limpio cielo azul y caía a plomo sobre Pritchenko y sobre mí, tumbados como lagartijas al lado del cada vez más pequeño charco de agua de lluvia, que se evaporaba a ojos vista en medio de aquella temperatura asfixiante. El aire vibraba con el calor y los escombros que estaban a más de diez metros de distancia parecían temblar a través de la atmósfera. El silencio era absoluto, solo roto por los ocasionales chasquidos y crujidos de las ruinas, al desmoronarse pequeños montones de piedras y por el pesado zumbido de las moscas. Hubo un momento en el que oímos a lo lejos el ladrido de varios perros, pero su sonido se perdió en la lejanía al cabo de unos minutos.

Prit y yo habíamos tratado de construir un pequeño parasol con los restos de una sábana desgarrada, pero no teníamos cómo soportarla y finalmente, desistimos. Estábamos demasiado débiles como para realizar alardes de ingeniería.

En realidad, nuestra situación era lamentable. Estábamos los dos solos, prácticamente desarmados, perdidos en medio de una ciudad abandonada y en parte arrasada, rodeados de miles de No Muertos, agotados, hambrientos y con una charca de agua sucia como toda bebida. No eran precisamente unas vacaciones en Acapulco.

Estábamos sudando en medio de aquel calor tórrido. Me acerqué hasta el borde de la charca y bebí un poco de agua, haciendo un cuenco con las manos. Pude ver mi reflejo en la superficie. Sonreí. Mi imagen y la de Pritchenko eran asombrosamente parecidas. Después de más de una semana ambos lucíamos una incipiente barba, el pelo sucio y enmarañado, la ropa hecha jirones (en mi caso, un bañador y una camiseta harapienta, ya que el neopreno había quedado abandonado en aquel armario), la piel mugrienta y tiznada de carbonilla, las manos sucias y con las uñas rotas, las facciones afiladas por el hambre y supongo, un olor que en otra época calificaría como nauseabundo.

Vamos, que un mendigo callejero de antes del Apocalipsis pasaría por gentleman a nuestro lado.

Le dije a Viktor que si algún cliente de mi despacho me pudiese ver en ese estado no me reconocería. Entre risas, él me explicó que posiblemente Siuntén lo le contrataría a él tampoco con esas pintas.

Me quedé pensativo, recordando que había pensado hacía tiempo en preguntarle al ucraniano qué demonios era Siuntén, ya que esa empresa no me sonaba de nada. En realidad, pensé más fríamente, apenas sabía nada de mi pequeño compañero, sacando el hecho de que nos habíamos pasado una semana

y pico de terror conviviendo y que le debía por lo menos dos veces la vida. Abrí la boca para preguntarle, pero justo en ese momento las sirenas del Zaren Kibish volvieron a sonar atronadoramente, en el silencio de la tarde de aquella ciudad muerta.

El pitido, bronco y abrumador, se extendía por toda la ciudad. Es increíble cómo se pueden escuchar los sonidos en medio del silencio más absoluto. Los habitantes de las ciudades, rodeados de mil ruidos, no somos conscientes de esa realidad, pero en un ambiente de silencio el ruido de un motor o de una radio puede oírse a kilómetros de distancia. El sonido de aquella bocina naval se tenía que escuchar no solo en todo Vigo, sino que incluso debía oírse en todos los pueblos y villas de los alrededores. Y los muy estúpidos del Zaren Kibish seguían dando toques de sirena, inconscientemente.

Aquello no era bueno. Iban a atraer a todos los jodidos No Muertos de la comarca hacia aquella zona, justo por donde nos encontrábamos nosotros.

Teníamos que movernos. Si nos quedábamos allí nos moriríamos de hambre, o de insolación o de sabe Dios qué otra cosa. Teníamos que seguir adelante. Archivando en mi mente las preguntas que le tendría que hacer a Pritchenko en otro momento, nos levantamos y continuamos gateando por las ruinas, caminando entre montones de cascotes, vigas retorcidas y restos carbonizados de vehículos y edificios.

El olor era nauseabundo, una especie de aroma a carne socarrada que impregnaba toda la atmósfera. De vez en cuando veíamos montones de cuerpos carbonizados, pero era imposible distinguir si pertenecían a seres humanos o a No Muertos, atrapados en los voraces incendios que devoraron aquellas partes de la ciudad.

Súbitamente frené en seco, aterrado ante la posibilidad de que la oficina de UPS hubiese ardido hasta los cimientos. Si era así, ya nos podíamos despedir del misterioso paquete, a no ser que fuese envuelto en una caja de amianto. Traté de tranquilizarme, recordando que la calle por donde caía la oficina estaba en una zona que, vista desde el Corinto, me parecía recordar que estaba intacta. aun así, era un motivo a mayores para continuar a toda velocidad hacia nuestro destino. No tardaríamos más que unas horas en llegar hasta allí. No caminaríamos de noche, por supuesto, pero al amanecer alcanzaríamos las oficinas.

A medida que avanzaba la tarde, la temperatura iba refrescando y pronto Viktor y yo estábamos tiritando de frío. Las noches de abril pueden ser heladoras en Galicia, por mucho calor que haya hecho durante el día.

El ucraniano y yo nos detuvimos, vacilantes. Habíamos llegado al borde de la zona incendiada. Frente a nosotros, se extendía una amplia calle de dos carriles cubierta de polvo y suciedad y parcialmente manchada de hollín, pero intacta. Por algún motivo (quizás un súbito cambio de viento, o un aguacero), el incendio se había detenido allí y no había continuado calle abajo, devorando la ciudad. A

partir de aquel punto, continuaba el resto de Vigo, en su inmensa mayor parte intacto, pero sucio y abandonado, e infestado de No Muertos. La caminata entre las ruinas había resultado torturadoramente lenta y difícil, pero al menos teníamos la seguridad de que no nos encontraríamos con más No Muertos mientras estuviésemos en ellas. A partir de aquel punto el camino sería más fácil, pero considerablemente más peligroso.

No teníamos otra opción. Procurando pasar lo más desapercibidos posibles, nos internamos en la calle. Traté de leer su nombre en una placa, pero estaba demasiado cubierta de hollín como para que pudiese distinguir qué ponía. Además, la luz era cada vez más tenue. La noche caía.

Aunque estábamos a apenas un par de manzanas de las oficinas de UPS teníamos que detenernos y ocultarnos mientras caía la noche sobre la ciudad. Las horas más peligrosas empezaban ahora. Sería un suicido caminar por una zona desconocida e infestada de esos seres estando desarmados y sin poder ver donde nos metíamos. Ni hablar. No habíamos llegado tan lejos para cagarla antes de doblar una esquina. Además, necesitábamos comer algo urgentemente, o desfalleceríamos. El estómago de Viktor lanzaba unos gruñidos que asustarían a un oso y el mío no estaba mucho mejor... De golpe, Pritchenko se detuvo y me señaló un punto, al tiempo que una amplia sonrisa iluminaba su rostro. Exhalé un suspiro de alivio. Definitivamente, aquel estaba resultando ser un buen día. Viktor acababa de encontrar un sitio estupendo para pasar la noche.

17 April 2006 @ 20:47 hrs.

ENTRADA 77

Estoy sentado junto a una pequeña fogata, donde un sabroso caldo concentrado de pollo con verduras burbujea alegremente. Al otro lado de las llamas puedo ver la familiar silueta de Pritchenko envuelto en una manta, roncando de una manera tan estruendosa que sería capaz de despertar a los muertos. Por primera vez en semanas estoy de tan buen humor que hasta me atrevo a hacer bromas sobre todo esto. Y no es para menos.

Cuando salimos hace un par de días del sector incendiado, Prit y yo estábamos absolutamente exhaustos. Afortunadamente el pequeño ucraniano localizó rápidamente un lugar para guarecernos durante unas horas y recuperar fuerzas, algo que sin duda nos salvó la vida.

El lugar en cuestión era una pequeña tasca encajonada entre una sucursal bancaria que tenía pinta de haber sido saqueada y un videoclub con manchas de sangre en su escaparate. Tenía la fachada cubierta de suciedad y hollín y colgando sobre la puerta un desvencijado cartel de Coca-cola con el nombre del bar pintado en su parte inferior: « A Ceba Vella » .

Una tasca sin pretensiones, dirían los más benevolentes. Un tugurio de mala muerte, dirían los más realistas.

Lo cierto es que aquel era un bar lamentable, al que en mi vida normal de antes del Apocalipsis no le habría dedicado ni siquiera una fugaz mirada. La puerta estaba cerrada por una verja abatible que llegaba hasta el suelo, donde la enganchaba un enorme candado oxidado. En su pequeño zaguán de entrada, entre la verja y la puerta, se acumulaban unos cuantos periódicos viejos y ya amarillentos, de antes de la Epidemia y un montón de folletos publicitarios descoloridos y medio podridos tras un par de meses de exposición a la lluvia y el viento.

Aquel garito tenía toda la pinta de estar cerrado desde bastante antes de que todo se fuese al infierno. No era probable que nos encontrásemos No Muertos allí dentro, pero era algo que solo sabríamos una vez que traspasásemos aquel umbral. Además, nuestras opciones se reducían rápidamente. Estaba oscureciendo y pronto no seríamos capaces de ver más allá de nuestras narices.

El cielo estaba encapotándose, amenazando tormenta y no podríamos contar con la luz de la luna. A cada minuto que pasábamos allí de pie, en medio de la calle, aumentaban las posibilidades de ser observados por alguna compañía no deseada.

La sucursal bancaria tenía su puerta totalmente reventada y alguien se había llevado en algún momento el cajero automático del exterior arrastrándolo con un vehículo potente, a juzgar por las marcas en la pared y el asfalto. Saqueadores en

los días caóticos de antes del final, supongo. Tanto daba. Lo cierto es que dormir en aquella sucursal o hacerlo en la calle era prácticamente lo mismo. Y en aquel videoclub con rastros de sangre en la puerta no pensaba entrar ni loco. No tenía ninguna necesidad de alquilar una película en aquel momento.

Así pues, la mejor alternativa era el pequeño bar. Mientras Prit trasteaba con el candado de la verja yo escudriñaba el interior a través del escaparate de la fachada. A través de desvaídos anuncios de academias y de carteles de partidos de fútbol regional podía ver el interior, polvoriento y oscuro, con las botellas ordenadamente alineadas en el aparador de detrás de la barra. Súbitamente, la idea de beberme una cerveza espumosa, tranquilamente sentado en una mesa se convirtió casi en una obsesión. Teníamos que entrar como fuera. Caminando unos metros hasta la zona derruida cogí un grueso cascote, de unos cinco kilos y reuniendo mis menguadas fuerzas lo lancé contra el cristal del escaparate. El sonido sordo del impacto sobresaltó a Viktor, que pegó un bote hacia un lado mientras pequeñas esquirlas de cemento del cascote caían sobre él. Le miré apesadumbrado, pidiéndole silenciosamente disculpas, mientras el ucraniano meneaba el cabeza, aún alterado. El escaparate estaba astillado, pero aún no se había roto.

Cristal de seguridad, pero del malo. Si fuese del realmente bueno, ni lanzándole cien veces aquel pedrusco le haría un rasguño. Pero al fin y al cabo aquel era un bar de mala muerte y no una joyería, por lo que tras unos buenos golpes «al viejo estilo soviético» de Pritchenko, finalmente aquel escaparate cedió, abriéndose un boquete del tamaño suficiente como para que Prit y yo nos colásemos por él con facilidad.

El interior olía a polvo y a cerrado. De manera automática dirigí mi mano al interruptor de la pared, tratando inútilmente de encender la luz. Me reí y yo solo de mi gesto. Hay determinados reflejos que son imposibles de olvidar en la vida. Mientras Prit apoyaba una mesa contra el boquete, tapando el hueco de acceso y transformando de nuevo aquel bar en un fortín contra los No Muertos, me colé detrás de la barra para registrarla mientras aún quedase algo de luz. La caja registradora estaba vacía y el cadáver mohoso de un limón se pudría lentamente en un cuenco al lado de un cuchillo oxidado. Encontré un mechero. Levanté la cabeza a tiempo para ver como Pritchenko corría unas pesadas cortinas sobre el ventanal, de forma que el interior quedaba oculto a la vista desde la calle. Perfecto.

Con manos temblorosas encendí el mechero. Alumbrándonos con aquel Bic registramos los cajones de la barra, hasta encontrar un par de velas. Mientras las encendía, abrimos una de las neveras (por supuesto, apagada) y en menos de dos minutos Pritchenko y yo nos habíamos trasogado al menos media docena de botellines de agua y un par de refrescos, sentados con la espalda apoyada en la barra. A medida que notaba el líquido corriendo por mi organismo, me sentía

revivir. Mi lengua se rehidrataba con cada botellín de agua y podía sentir como mis células se esponjaban ante aquel líquido tan deseado.

Una vez calmada la sed, el hambre se volvía un asunto acuciante. Mientras escribía unas líneas en esta libreta, oía a Viktor cacharrear en la pequeña cocina de la parte trasera. Me sentía demasiado débil para ayudarlo. Al cabo de unos minutos, Pritchenko reapareció con gesto sonriente y una enorme pila de latas de conservas resbalando de sus manos. La cocina estaba intacta y relativamente surtida. No daría para alimentar a un regimiento, pero sí para dar de comer a un par de supervivientes por un par de días.

Aquella noche dormimos a pierna suelta por primera vez en una semana. Cuando nos despertamos, pequeños rayos de luz se filtraban por los resquicios de las cortinas. Tras asearnos someramente con un par de botellines de agua (en aquella zona de la ciudad, demasiado alta, de los grifos no manaba ni una gota), nos aventuramos de nuevo al exterior.

La calle estaba empapada, posiblemente por algún chaparrón nocturno. Mientras el ucraniano y yo avanzábamos por la acera, ocultándonos detrás de los coches abandonados, un tímido sol empezó a despuntar, haciendo que se desprendiesen volutas de vapor de todas partes, al tiempo que la humedad del ambiente empezaba a evaporarse. Prometía ser otro día bochornoso, pero en aquel momento la temperatura era fresca, pero agradable.

Pritchenko llevaba a la cintura un enorme cuchillo sacado de la cocina del bar. Yo, por mi parte agarraba una pequeña hacha de trocear costillas que si bien no me serviría de mucho contra una horda de esos seres, por lo menos aumentaba enormemente mi confianza.

Quizás fue un exceso de confianza lo que casi nos cuesta la vida. Estábamos a menos de diez minutos de la dirección que parecía en el resguardo, cuando, al doblar una esquina de una manera un tanto apresurada, tropecé con la chica.

Era joven, de unos veintitantos años, y bastante alta. Tenía una espectacular melena rubia hasta media cintura y una bonita figura. Llevaba puesto un top bastante ajustado que dejaba poco lugar a la imaginación, y unos pantalones vaqueros que le sentaban realmente bien. Sus facciones eran delicadas y en las orejas llevaba unos elaborados y enormes pendientes de fantasía. Era guapa, muy guapa. En conjunto, una mujer realmente espectacular. La única pega a su belleza era la fea herida que le recorría un omoplato, dejando un sucio reguero de sangre por su espalda desnuda. Eso, y el hecho de estar condenadamente No Muerta, por supuesto.

No vi de donde salió, pero antes de darme cuenta la tenía encima, pugnando por morderme. Algo de su saliva chorreó sobre mi pecho, mientras me sujetaba en un abrazo mortal. Me estremecí, pensando en que si me provocaba el más mínimo rasguño acabaría como el paquistaní. Grité, desesperado, pidiendo ayuda a Pritchenko.

Viktor se situó flemáticamente detrás de la mujer, que me tenía arrinconado contra la pared. Con un gesto rápido y experto, sujetó la cabeza de la chica por el cabello con una mano y agarrando su cuchillo con la otra empezó a degollarla metódicamente.

Era un espectáculo dantesco. Borbotones de sangre negra y podrida fluían del cuello de aquella muchacha mientras el cuchillo de Pritchenko segaba metódicamente sus músculos y tendones. Al llegar a la tráquea, el cuchillo hizo un sonido rasposo mientras desgarraba el cartilago del cuello. Aquello parecía una carnicería de dementes. La sangre chorreaba sobre Viktor y sobre mí, incapaz de separarme de aquel abrazo letal que me tenía sujeto contra la pared. La mujer trataba de zafarse para atacar a Pritchenko, pero ahora era mi turno de sujetarla con fuerza. Estaba como hipnotizado con aquel espectáculo. Podía ver el agujero de su esófago claramente, entre cuajarones de sangre.

Cuando el cuchillo de Pritchenko llegó a las vértebras del cuello, súbitamente quedó encallado. Sacando la hoja, se apartó hacia atrás, al tiempo que yo empujaba el cuerpo de la chica, empapado de sangre, que se quedó tambaleante, en medio de la calzada, con la cabeza colgada en un ángulo imposible sobre su espalda.

Era mi turno. Cogiendo impulso, descargué un hachazo tratando de cercenar el trozo que quedaba. Sin embargo el cuerpo de aquel ser se desplazó de golpe un paso hacia atrás y el filo del hacha se clavó en su clavícula. Ahora la chica se mecía como enloquecida en medio de la calle, con la cabeza pendiendo de un hilo y un brazo medio cercenado. Era una escena tan grotesca y barroca que parecía sacada de una película gore. Lo único que me hacía ser consciente de que aquello era real era la adrenalina que estaba bombeándose en mis venas.

Descargué un segundo hachazo. Esta vez, el golpe fue certero y la cabeza rodó por el suelo, al tiempo que el cuerpo de la chica se desplomaba, entre convulsiones nerviosas.

Pritchenko recogió la cabeza del suelo, agarrándola por el pelo y se quedó contemplándola, pensativo. Era espeluznante. Aquella jodida cabeza seguía viva, abriendo y cerrando la boca con furia, rechinando los dientes. No podía emitir sonidos, pues no tenía laringe, ni pulmones, pero me apostaría lo que fuese a que si pudiese, estaría chillando de furia.

Cogiendo impulso, Prit balanceó su brazo y la arrojó con todas sus fuerzas calle abajo. La cabeza trazó una parábola por el aire, hasta impactar en el suelo con un sonido sordo y rodar hasta una esquina. Supuse que si no la tocaba nadie se quedaría allí hasta... ¿Cuándo? ¿Cuánto pueden vivir estos seres? ¿Es que acaso son eternos? Joder, preguntas y más preguntas, y ni una puñetera respuesta. Es de locos.

Pritchenko y yo estábamos bañados en sangre. Ahora tenía algo nuevo en que pensar. Viktor acababa de degollar a una mujer a sangre fría, con meticulosidad

y paciencia, y podría jurar que ni siquiera le habían aumentado las pulsaciones mientras lo hacía. Tranquilo como un profesional. No puedo evitar preguntármelo, ¿quién cojones es este tipo? Contemplé al pequeño ucraniano, un tanto inquieto, mientras reemprendíamos el camino. Tan solo nos quedaba doblar una esquina y llegaríamos a UPS. Estaba harto de todo aquello. Quería salir cuanto antes de esa maldita ciudad.

18 April 2006 @ 21:01 hrs.

ENTRADA 78

Unas bolsas de plástico revoloteaban alocadamente de un extremo a otro de la ancha avenida, arrastradas por un aire espeso y caliente, lleno de polvo, que formaba complicados remolinos. En el centro de la calle, separando los dos carriles de circulación, se alzaba una mediana en la cual la naturaleza empezaba a reclamar imperiosamente su lugar. Las plantas ornamentales que un día la decoraban habían sucumbido frente a las malas hierbas y ahora docenas de hierbas, helechos y zarzas se enroscaban en torno a unos árboles a los que nadie podría en mucho, mucho tiempo. De entre las grietas del asfalto empezaban a asomar, tímidamente, los primeros brotes de hierba. Pronto, el resto de la vegetación vendría detrás.

Aparcados en los arcenes, o directamente abandonados en cualquier punto de la calzada, reposaban docenas de vehículos, en su mayor parte turismos, aunque se veían algunas furgonetas e incluso un par de enormes camiones pesados. Uno de estos, un monstruoso TIR, tenía la cabeza tractora empotrada dentro del escaparate de una tienda de ropa de mujer. Un reguero de sangre reseca colgaba de la puerta del conductor, pero no se veía ni rastro del cadáver.

Jirones de cortinas flameaban desde las ventanas abiertas de varios pisos. Todos los edificios de la calle parecían tener gran parte de sus ventanas destrozadas y el asfalto estaba cubierto por una gruesa capa de cristales. Posiblemente la onda expansiva de alguna gigantesca explosión en el Puerto había arrasado gran parte de las ventanas de la ciudad.

No se veía ni un solo signo de vida, aparte de docenas de ratas y gaviotas revoloteando por encima de nuestra cabeza. Es curioso. Desde que todo esto empezó he visto perros, gatos (mi Lúculo), ratas y gaviotas, pero sin embargo no he visto ni una sola paloma, ni caballos, ni gorriones ni ningún otro tipo de animal aparte de los citados. Me pregunto si esta Epidemia también afecta a otros seres vivos, aparte de los humanos, y en qué medida. Una pregunta más para el montón, que no para de crecer.

Prit y yo estábamos apostados detrás de una enorme furgoneta de una empresa de construcción, con el parabrisas reventado y las cuatro ruedas deshinchadas. Esta furgoneta estaba semimontada sobre la acera, justo en la esquina con la calle por donde habíamos llegado, y era un punto de vista perfecto de toda la Avenida.

No se veía a un solo monstruo por las inmediaciones, pero las huellas de pies arrastrados sobre el polvo que cubría el asfalto era inconfundible. Al fondo, a no más de doscientos metros, podíamos distinguir unas cuantas figuras tambaleantes vagando indefinidamente por la calzada. Demasiado lejos para vernos, pero no

tanto como desearíamos.

El suelo estaba cubierto de restos de basura y suciedad, además de los cuerpos putrefactos de docenas de cadáveres, todos ellos con heridas de bala. Pritchenko creía que podían ser No Muertos abatidos por alguna de las partidas del Punto Seguro en una incursión de saqueo.

Yo no sabía que pensar. Empezaba a sospechar que el derrumbe de la ley y el orden en las grandes ciudades, como Vigo, fue mucho más terrible y caótico que en las pequeñas villas. Cuando todas las fuerzas de seguridad estaban desbordadas, ante miles de llamadas de ciudadanos denunciando la aparición de los No Muertos, en las calles debió empezar a imperar la ley del más fuerte. Aquellos cadáveres podrían ser la prueba de ello. Quién sabe.

Justo enfrente de nosotros, en la otra acera, se levantaba la sede de UPS. Era una oficina de tamaño mediano, con una puerta de cristal y un enorme escaparate de un lado, donde estaban las oficinas, y un gran portón metálico pintado de negro con el logo dorado de la empresa pintado sobre él, justo al otro, para permitir el paso de furgones. El lugar aparentaba estar cerrado a cal y canto, y desierto.

En la parte trasera de la furgoneta había una enorme cantidad de material de obra. Parecía que en su último viaje se dirigían a instalar algún tipo de canalización, pues ordenadamente apilados en la caja trasera estaban unos quince tubos de PVC de unos diez centímetros de diámetro. Justo junto a ellos yacía una enorme cantidad de herramientas, entre ellas, la que iba a ser nuestra llave para abrir la puerta de la oficina: Una «pata de cabra».

Meses atrás, un ratero de poca monta que habíamos defendido en el despacho a través del Turno de Oficio nos había obsequiado con una detallada descripción del arte del apalancamiento de puertas. Aquel tipo era un auténtico experto y le habían echado el guante in fraganti, tras haber limpiado una buena docena de pisos, por lo que no pudimos evitar su condena. Supongo que a él todo este infierno le cogería en la cárcel. Me pregunto qué habrá sido de aquel pobre ratero, y de toda la gente que estaba encerrada en los presidios. Imágenes de corredores enteros muriéndose de hambre y sed desfilaron ante mis ojos. Me estremecí. Espero que al menos, aunque criminales, hayan tenido una oportunidad de sobrevivir.

Agarrando la pata de cabra con las dos manos, crucé sigilosamente la calzada, con Pritchenko pegado a mis talones, dispuesto a poner en práctica las enseñanzas de aquel caco. Es cierto que el saber no ocupa lugar...

Fue bastante más fácil de lo esperado. Tras un breve forcejeo, y un par de melladuras en el marco, la puerta cedió de golpe con un sonoro «crac» que me heló la sangre en las venas. No creo que se oyese a más de diez metros de distancia, pero a mí me sonó como un cañonazo en el silencio sepulcral de aquella calle.

Entramos en el vestíbulo de UPS. Por fin habíamos llegado.

La oficina de atención al cliente en la que estábamos era funcional y discreta. Un mostrador de madera, con numerosas marcas dejadas por innumerables paquetes, separaba la parte de los clientes de la de los empleados. En una esquina, totalmente seca, el esqueleto de una planta de interior acumulaba polvo. En una mesa baja, entre un par de sillas, se acumulaban unos cuantos periódicos de varios meses atrás y algunas revistas del sector. En el aire flotaba, tenue, pero fácilmente perceptible, un discreto aroma rancio a humo de tabaco. Alguien que trabajaba en aquella oficina fumaba mucho, pese a que ya hacía tiempo que nadie encendía un cigarrillo por allí.

Sin embargo, no era ese el único olor. Enmascarado bajo el aroma de tabaco había otro efluvio, muchísimo más intenso y desagradable. El aroma de la podredumbre. El aroma de la muerte.

Prit y yo nos pusimos en guardia de inmediato. Enarbolando el hacha me acerqué hasta la puerta batiente que separaba la parte delantera del almacén, mientras el ucraniano se apostaba justo delante, apuntando hacia la misma con el cañón de la inmensa pistola de Kritzinev. Le miré, sudoroso, y Viktor asintió con la cabeza. A su señal, le propiné una fuerte patada a la puerta, al tiempo que me echaba aún lado, dejándole libre la línea de tiro a Pritchenko.

Me encogí, esperando oír la detonación del arma, pero lo único que se escuchaba era la respiración acelerada del ucraniano. Levanté la mirada y vi a Viktor observando algo con expresión demudada a través de la puerta. Me giré, para ver qué era lo que llamaba su atención y una poderosa arcada me recorrió la garganta, provocándome un espasmo.

Colgado de una vigueta del techo mediante un trozo de cuerda, pendía el cadáver semiputrefacto de una persona. Se había pasado un lazo por el cuello y se había ahorcado. Llevaba puesto un mono de UPS enrollado hasta la cintura y una barba de varias semanas cubría su rostro, o al menos eso daba la impresión a través de todos los insectos que le cubrían la cara.

Era un espectáculo repugnante. El cuerpo estaba en fase de putrefacción y un chorro de líquidos malolientes había goteado desde el cuerpo hasta el suelo, formando un espeso charco oscuro. El cadáver estaba hinchado por la acción de los gases y parecía obscenamente gordo. De su boca abierta asomaba una enorme lengua morada donde se posaban docenas de moscas de color verdusco, que no paraban de zumbar a su alrededor. Sus ojos habían desaparecido dentro de las cuencas y los dedos de las manos, hinchados y amoratados, recordaban a los de un dibujo animado tras haber sido aplastados.

El hedor era espantoso. Pritchenko y yo entramos tapándonos la nariz y la boca, procurando no mirar aquel espectáculo grimoso, y mucho menos rozarnos con él. Una breve mirada al almacén sirvió para entenderlo todo de golpe. Aquel pobre individuo se había quedado encerrado allí dentro desde el principio.

Seguramente desde detrás del mostrador vio pasar tambaleándose por las calles a los primeros No Muertos y reaccionó como la mayoría de la gente: Encerrándose hasta que llegase la ayuda.

Lamentablemente para él, la ayuda nunca llegó. Fue entonces cuando aquel pobre diablo comenzó su particular infierno. Una maquina de aperitivos, vacía y con el cristal delantero roto era la prueba de que pronto su principal (y única) fuente de víveres empezó a escasear. En el suelo se acumulaba la ropa sucia y unas cuantas revistas pornográficas manoseadas. Había tenido el suficiente sentido común como para transformar una de las furgonetas en su particular cagadero y poder aprovechar el agua del baño, pero pronto esta también debió empezar a faltarle. Al cabo de un tiempo el hambre, la sed, la soledad y la locura fueron demasiado para él y no pudo más.

Pobre hombre.

Me estremecí al pensar que si no hubiese tomado la decisión de salir de mi casa podría haber tenido ese mismo final. Sacudí la cabeza, alejando esos pensamientos oscuros de mi mente. No teníamos tiempo para lamentarnos por un desconocido. Era hora de empezar a buscar el dichoso paquete.

19 April 2006 @ 20:33 hrs.

ENTRADA 79

Por fin lo tenemos. Es un maletín Samsonite de acero negro, sellado con una especie de precinto rojo de plástico por el borde. Prit y yo nos hemos pasado toda la tarde revolviendo de arriba abajo el puñetero almacén hasta encontrarlo, en medio de un calor cada vez más asfixiante.

Ahora estamos sentados en el suelo, fumando un Chester en silencio, mientras contemplamos pensativamente el objeto de nuestros desvelos, situado sobre una mesa. No me puedo creer que ya la tengamos. Los pensamientos me asaltan en un torbellino imparable, mientras decidimos cual va a ser nuestro próximo movimiento. Naturalmente mi primer impulso fue intentar abrir el puñetero maletín y averiguar su contenido, pero una Samsonite de acero reforzado no es tan fácil de reventar, ni siquiera siguiendo los métodos que me enseñó aquel caco. Tan solo el poseedor de la llave o un auténtico especialista podría abrirla y lamentablemente ni Prit ni yo disponemos ni de lo uno ni lo otro.

Hace ya un buen rato que el olor a podredumbre dejó de molestarnos. Al principio le propuse a Viktor que descolgásemos el cuerpo y lo envolviésemos en una manta, pero el ucraniano me disuadió de hacerlo. Me dijo que tal y como estaba el cadáver, lo más probable es que nos reventase en los brazos y recibiésemos un baño de entrañas corrompidas. Era mejor dejarlo ahí para qué, según sus propias palabras «se secara como un jamón curado». No me atreví a preguntarle de dónde demonios había sacado esos conocimientos. Me daba dentera solo de pensarlo.

He dejado lo mejor para el final. Este ucraniano es sorprendente. Hoy me ha pasado algo absolutamente increíble con él. Mientras revolvía en un cajón de las oficinas, buscando un juego de llaves para abrir una serie de armarios metálicos que había al fondo del almacén, saqué casualmente una serie de papeles administrativos de la oficina y los apoyé distraídamente sobre la mesa.

Me giré para abrir otro cajón, y justo en ese instante Pritchenko entró en el despachito con aire fatigado. Se desplomó en la silla de la oficina, y estiró los brazos mientras bostezaba estruendosamente. Justo en ese instante su mirada se posó en los papeles apoyados encima de la mesa y pronunció distraídamente una sola palabra: «Siuntén».

Me quedé paralizado al oírle. Di la vuelta y observé, primero, la cara impasible y cachazuda del ucraniano, con sus enormes bigotazos rubios y después los papeles apoyados de cualquier manera encima de la mesa. No pude resistirme más.

—¿Siuntén? ¿Siuntén? —le pregunté alborotado—. ¿Es esto Siuntén? —al tiempo que apuntaba a los papeles.

—Da, sí —me respondió Prit, un tanto sorprendido al ver mi reacción.

Y no era para menos. Aquellos papeles eran puro protocolo, el acta de una inspección, o algo por el estilo. Pero lo realmente interesante estaba en la esquina de los folios, en el membrete.

«Siuntén» era la versión deformada y eslava que tenía Pritchenko de pronunciar «Xunta».

Xunta. La Xunta de Galicia. El gobierno autónomo gallego.

Súbitamente se hizo la luz en mi mente. Ahora lo entendía todo. No hay demasiados ucranianos trabajando para la Xunta de Galicia, y Pritchenko era uno de ellos. Es más, ahora sabía exactamente a que se dedicaba mi pequeño amigo, sin necesidad de preguntárselo. Un escalofrío de excitación recorrió mi espalda. Que idiota he sido... ¿Cómo no había caído antes?

26 April 2006 @ 21:20 hrs.

ENTRADA 80

Giré la cabeza para contemplar el perfil afable Prit, sintiéndome de golpe horriblemente cansado. Habíamos pasado un par de semanas absolutamente terroríficas los dos juntos hasta conseguir recuperar aquel dichoso maletín que ahora reposaba inocentemente encima de una vieja y cascada mesa de madera. Por culpa de lo que fuera que hubiese en su interior habían muerto al menos cinco personas e incluso nosotros estuvimos a un pelo de perder el pellejo también en un par de ocasiones.

Ahora todo aquello era pasado. Ya lo teníamos. Y aún seguíamos vivos. Supongo que la selección natural se ha vuelto exageradamente dura desde unos meses a esta parte y los que quedamos con vida somos los más hábiles, los más aptos... O simplemente los que no hemos tomado muchas decisiones equivocadas. Quien sabe...

Ahora teníamos que salir de aquel puto almacén. Algo fácil, en principio. Sobre todo gracias a Prit.

Cuando descubrí lo que significaba « Siuntén », una venda cayó de mis ojos. Ya sabía que era mi pequeño amigo ucraniano.

Prit era, aunque él no lo supiese, una de las personas más valiosas que quedaban en esta parte del mundo. Ni siquiera Ushakov, el capitán del Zaren Kibish, había averiguado quién era Viktor, pues de lo contrario no lo hubiese mandado tan alegremente a tierra, a una muerte casi segura, sino que habría tratado de explotar sus cualidades.

Prit valía su peso en oro. Sentado a mi lado, fumando silenciosamente un Chester, con sus enormes bigotes rubios colgando sobre la boca, estaba el señor Viktor Pritchenko: El único piloto de helicópteros vivo en cientos de kilómetros a la redonda.

Los incendios forestales son una plaga en Galicia durante el verano. Ser una de las regiones más arboladas y boscosas de Europa tiene como consecuencia que todos los años voraces incendios asolen hectáreas y hectáreas de bosques, y son precisos enormes esfuerzos, materiales y humanos, para combatirlos.

A principios de los noventa, en unos años muy secos, con incendios particularmente enormes, el gobierno gallego se vio desbordado por la situación. Los medios aéreos utilizados para combatir los fuegos no daban abasto. Las cuadrillas anti-incendios no podían ser trasladadas con suficiente rapidez a las zonas afectadas y los hidroaviones trabajaban a destajo. Fue entonces cuando por primera vez se decidió contratar a pilotos del Este de Europa.

En su gran mayoría eran ex-militares rusos, polacos o ucranianos a los que la caída del Bloque del Este había dejado en la calle. Tras salvar a sus aviones y

helicópteros del desguace mediante sobornos o cantidades irrisorias se ganaban la vida en las emergentes naciones del Este de Europa haciendo exhibiciones aéreas o transportando personas y cosas más o menos legales de un país a otro. Eran experimentados, duros, baratos y tenían sus propios helicópteros. En definitiva, la opción perfecta.

En cuanto llegaron demostraron rápidamente que valían el dinero que se pagaba por ellos. Para estos pilotos, sobre todo para los de la Ex-URSS, con experiencia de combate en Afganistán y Chechenia, lanzarse a un incendio forestal era un juego de niños. Allí donde los pilotos civiles españoles se negaban horrorizados a volar, los antiguos militares soviéticos se lanzaban con una temeridad rayana en la locura, dejándose la vida en no pocas ocasiones. Además, sus viejos aparatos soviéticos de transporte eran duros, robustos, fáciles de mantener y poseían una capacidad de carga notablemente superior a la de sus gemelos occidentales, lo que los hacía ideales para aquel cometido.

Desde entonces, año tras año, los pilotos del Este y sus viejos cacharros (ahora ya no tan viejos), seguían llegando a Galicia, donde se instalaban entre marzo y octubre para su lucha anti-incendios, y finalmente volverse al este de Europa en invierno, cargados hasta los topes de productos occidentales que revendían después en el mercado negro.

Prit me contaba todo esto con voz monótona, mientras encendía un cigarrillo con la colilla del anterior. Era de Zaproshpoje, un minúsculo pueblecito del norte de Ucrania, aunque tenía nacionalidad rusa. Había entrado en el Ejército Rojo con tan solo 17 años y tras su formación lo habían destinado a una escuadrilla de helicópteros de transporte. Había participado en los últimos coletazos de la Guerra de Afganistán, en la cual fue derribado en una ocasión, y en la Guerra de Chechenia, ya como parte del Ejército Ruso, transportando tropas al frente. Tenía un brillante porvenir dentro del ejército, pero entonces se casó con Irina.

Mientras me mostraba una arrugada foto de Irina que había sacado de su cartera, la voz empezó a temblarle y unos enormes lagrimones se agolparon en sus ojos. Irina era una preciosidad, una muñequita eslava de pelo rubio y enormes ojos verdes, que desde mi particular punto de vista estaba como un tren. La había conocido en un permiso y se habían casado al año de conocerse. Un año después llegó el pequeño Pavel, lo cual complicó la vida de la pareja. El sueldo de un piloto militar ruso era terriblemente bajo, comparado con lo que podría cobrar trabajando en occidente, y además, la Guerra Chechena se estaba volviendo cada vez más salvaje, peligrosa y sanguinaria. Viktor tenía una familia que mantener, así que la decisión fue fácil.

Tres meses después de abandonar el ejército, Pritchenko estaba trabajando para una oscura empresa de transportes de Alemania. No fue hasta el 2002 cuando vino a España por primera vez, como piloto forestal. Desde entonces

había vuelto, año tras año, mientras su familia se instalaba en Dusseldorf, en Alemania. Estaba pensando en traérselos a España para vivir definitivamente en Galicia cuando de repente todo el Apocalipsis empezó.

Ahora Prit lloraba a lágrima viva. No sabía nada de su familia desde finales de febrero, cuando se refugiaron en el Punto Seguro de Dusseldorf. Él creía que estaban muertos. No me atrevía a darle esperanza. No serviría de nada.

La pregunta me picaba en la punta de la lengua, pero no me atrevía a formularla mientras Viktor lloraba amargamente en mi regazo por un par de personas muertas o transformadas en monstruos desde hace meses. Finalmente, cuando pareció recuperarse un poco, me lancé.

—Viktor... ¿Dónde está tu helicóptero ahora?

—Supongo que donde lo dejé hace dos meses... —respondió Viktor, aún resollante—. En la base forestal del Monte Facho, a unos treinta kilómetros de aquí.

—¿Y el resto de pilotos? ¿Dónde están? ¿Qué hicieron? —las preguntas salían disparadas de mi boca.

—Oh, en cuanto todo kaputt, ellos se fueron. No sé dónde.

Se me cayó el alma a los pies. Lo más probable es que el helicóptero de Pritchenko hubiese desaparecido en los caóticos días previos a la caída de los Puntos Seguros, bien robado por otro piloto o bien incautado por el ejército. Así se lo dije a Pritchenko, pero para mi sorpresa, este meneó la cabeza.

—No posible —me dijo—. Helicóptero averiado. Necesitar pieza de engranaje rotor de cola. Pieza pequeña, pero muy cara. Enviada por correo desde Kiev a Vigo.

Noté que me latían las sienes. Casi podía adivinar el resto.

—¿Dónde está esa pieza, Prit? ¿La tienes?

El ucraniano sacudió la cabeza de nuevo

—Niet. Hubo un error de UPS. Ellos saber que pieza ser para un ucraniano, pero dar al ucraniano equivocado, cuando éste venir a por ella.

Me senté pesadamente en una silla, mientras pensaba a toda velocidad. Joder. Kritzinev o Ushakov, habían ido a las oficinas de UPS cuando la ciudad aún era transitable para recoger su puto maletín, y por error o desidia, el empleado, que no sabía leer la etiqueta en cirílico, le había entregado la caja con la pieza de Pritchenko. Cuando Prit fue a por su pieza descubrió el error, pero entonces ya era demasiado tarde, pues el mundo ya se estaba cayendo a pedazos.

Era fantástico. Tenía a un piloto y un helicóptero a mi disposición. Eso cambiaba enormemente la situación. Solo me faltaban dos cosas: una pequeña pieza mecánica y un gato. Y sabía dónde estaban ambas. En el Zaren Kibish.

28 April 2006 @ 19:36 hrs.

ENTRADA 81

Está amaneciendo. Hace bastante frío dentro del almacén. Viktor y yo vamos a salir en menos de un cuarto de hora. El ucraniano está revisando la batería y los neumáticos de una de las furgonetas de reparto de UPS estacionadas en el área de vehículos. No resultará tan tranquilizadamente segura como el furgón blindado con el que tratamos de llegar hasta aquí, pero al menos iremos sobre CUATRO ruedas hasta el puerto. Mejor dicho, hasta donde podamos llegar.

Estoy escribiendo estas notas apresuradamente, mientras mi compañero pone a punto nuestro medio de transporte. Hemos cambiado nuestras ropas destrozadas y sucias por unos monos grises y negros de UPS que estaban colgados en uno de los vestuarios. No nos hemos podido duchar ya que no hay agua, así que nuestro olor y aspecto sigue dejando bastante que desear, pero al menos ya no tenemos pinta de un par de vagabundos huyendo de la ley.

Hemos hablado largo y tendido sobre el método que vamos a utilizar a la hora de canjear el maletín por Lúculo y la pieza en el Zaren Kibish. Finalmente hemos trazado un plan. Nos ha llevado unas cuantas horas realizar todos los preparativos necesarios, pero creo que funcionará.

Esto va rápido. Pritchenko acaba de encender la furgoneta y me está haciendo gestos urgentes para que suba el portón de acceso. El sonido del motor no tardará en atraer a toda una multitud de esos seres hacia esta zona, y aún tenemos que hacer una parada en el camino.

Espero que todo salga bien. Confío en que la próxima vez que escriba en este diario vuelva a tener a Lúculo en mi poder.

Es hora de partir. Vamos allá.

10 May 2006 @ 19:53 hrs.

ENTRADA 82

La calle bajaba en ligera pendiente hacia la explanada del puerto. Tenía unos veintitantos metros de ancho, parte de los cuales estaban ocupados por una serie de coches abandonados y montones de basura y escombros. Alguien, en algún momento, había volcado un autobús de transporte urbano en la calzada, que ahora yacía en medio de la calle como una ballena varada. Los restos destrozados de un Ford Mondeo cubierto de agujeros de bala reposaban a una docena de metros del acceso a la Zona Portuaria. Dentro, un par de cadáveres hinchados y putrefactos miraban con ojos vacíos hacia un Punto Seguro al que jamás pudieron llegar, por algún motivo desconocido.

Los edificios alineados a los lados de la calle ofrecían un aspecto desolador, similar a los del resto de la ciudad. La mayoría tenía todos sus cristales destrozados y los restos de las cortinas, sucias y desgarradas ondeaban como banderas, con un «flap-flap» perfectamente audible en el silencio total de la calle. La puerta de un Fiat chirriaba, empujada por el viento. No se veía ni un alma, aparte de un par de No Muertos vagando por el extremo superior de la calzada. Uno de ellos estaba dentro de los restos destrozados de un cibercafé, trasteando furiosamente los restos de su interior, posiblemente tras la pista de un gato o una rata de considerables dimensiones. La otra, una niña de unos catorce años, se balanceaba en medio de la calzada en una especie de estado catatónico, con el pecho desgarrado por un mordisco furioso, como si hubiese sido atacada por un psicópata sexual. Su piel cerúlea y las venas marcadas en su piel eran sin embargo pruebas más que palpables que quien le había mordido no era ningún maniaco, sino una de esas cosas y que ahora ella y a pertenecía al reino de los No Muertos.

Un par de gaviotas, posadas encima de un montón de cadáveres putrefactos se daban un festín con los restos. De repente, como guiadas por un sexto sentido, levantaron la cabeza, y con un aparatoso aleteo levantaron el vuelo, a medida que un rumor sordo se iba haciendo cada vez más audible. Algo se acercaba.

Con un rugido, la furgoneta de UPS apareció de golpe en lo alto de la calle, zigzagueando entre los restos de vehículos abandonados. El parabrisas estaba rajado de parte a parte. El lado del copiloto presentaba un golpe bastante importante y el faro derecho y parte de la aleta habían desaparecido, como si el vehículo hubiese impactado en algún momento de su alocada carrera con algo. El guardabarros, colgando, levantaba cascadas de chispas al rascar contra el asfalto y los bajos del vehículo estaban empapados de sangre, restos orgánicos e incluso una mano humana, que, perfectamente reconocible, estaba encajada en el tambor de la rueda delantera izquierda.

La furgoneta bajó la calle como una exhalación. Al llegar a la altura del autobús cruzado en la calzada, el conductor se vio obligado a dar un fuerte volantazo para esquivarlo y colarse por el hueco que quedaba entre los restos y la pared. Al hacerlo, la furgoneta pasó raspando un portal, dejándose un retrovisor en el intento, todo ello a unos 100-120 Km./Hr...

Justo en ese instante, los pasajeros del vehículo vieron a la niña en medio de la calzada, que contemplaba como hipnotizada el pesado vehículo que se lanzaba sobre ella. El conductor pisó el freno y dio un volantazo para esquivarla, pero la velocidad que llevaban era excesiva. La furgoneta empezó a deslizarse de lado sobre la espesa capa de cristales rotos que cubría la calzada sin ningún tipo de control. Girando como una peonza embistió con un lateral a la pequeña No Muerta que quedó literalmente machacada por el pesado vehículo en su marcha descontrolada.

Finalmente, en medio de un espeso humo de neumáticos quemados, la furgoneta se detuvo con el morro a menos de diez centímetros de la entrada de una mercería.

Mientras el humo se disipaba, el silencio fue cayendo de nuevo sobre la calle, solo roto por el ronroneo irregular del castigado motor de la furgoneta. Súbitamente, desde el interior de la furgoneta se escuchó un grito indignado:

—¡Viktor, eres un jodido maniaco! ¡Si quiero matarme lo sé hacer y o solo, ucraniano loco!

—¡Nosotros tener prisa! —replicó otra voz, con un curioso acento—. ¡No poder parar!

—¿Estás loco? ¡No he visto conducir de esta manera en mi vida! ¡Hemos estado a punto de matarnos veinte veces, chiflado!

—En Ucrania siempre conducir así —replicó la otra voz con aire digno—. ¡Y no tener que esquivar No Muertos en calzada! ¡Si tú no estar contento, siempre poder conducir tú!

Levanté los brazos, rindiéndome. No se podía discutir con Viktor en lo referente a su habilidad para conducir cualquier clase de cacharro. La verdad es que el ucraniano conducía rematadamente bien, pero conseguía ponerle los huevos de corbata al más pintado con su manera de pilotar.

El trayecto entre UPS y el Puerto, que a la ida nos había llevado más de una semana, lo habíamos hecho de vuelta en tan solo treinta y cinco minutos, de los cuales casi diez los habíamos consumido tratando de salir de una cafetería en la cual habíamos entrado con la furgoneta a través del escaparate. A un pelo de matarnos, desde mi punto de vista. Un pequeño despiste sin importancia, según Pritchenko. Jodido ucraniano...

El hecho es que ahora estábamos a tan solo unos cuantos metros de la entrada

de la Zona Portuaria, a poca distancia de donde habíamos tomado tierra. Los altos edificios del puerto ocultaban de nuestra vista el Zaren Kibish y el Corinto, pero estaban ahí. Muy cerca. Nosotros teníamos un plan y estábamos preparados.

Con un chirrido que ponía los pelos de punta, Pritchenko cambió de marcha y enfiló la furgoneta hacia la entrada del Puerto. El baile iba a empezar.

11 May 2006 @ 21:50 hrs.

ENTRADA 83

Dice la vieja máxima militar que un plan solo funciona a la perfección hasta que se empieza a entrar en contacto con el enemigo, y con nosotros no iba a ser una excepción, como íbamos a adivinar muy pronto.

Todo el Puerto desprendía un penetrante hedor a carne putrefacta. No era para menos. A la luz del día podía ver que toda la antigua Zona Segura no era más que un gigantesco osario. Allí donde se dirigían nuestras miradas no veíamos más que montañas de cadáveres semicalcinados y podridos.

El rugido jadeante de la furgoneta ahuyentaba a nuestro paso a cientos de gaviotas y ratas gordas y de pelo lustroso. No pude evitar estremecerme, pensando en la dieta que debían estar llevando. Joder, aquello era como atravesar Auschwitz al final de una jornada de exterminio. De vez en cuando adivinábamos entre las naves arruinadas alguna que otra figura tambaleante que avanzaba hacia nuestro vehículo, pero estaban a demasiada distancia de nosotros y nos movíamos demasiado deprisa como para que fuesen una amenaza, de momento.

El principio darwiniano de la supervivencia parece estar funcionando. Poco a poco solo vamos quedando aquellos que somos más duros, más rápidos o más cabrones (o que hemos sido más afortunados, según me observa ácidamente Prit). El hecho es que cada vez estoy más convencido de que vamos a salir de esta con vida. El simple hecho de estar circulando a toda pastilla por una zona plagada de esos seres hace unos meses me hubiese paralizado de terror, pero ahora simplemente se me antoja un acto cotidiano.

Algo me preocupa. No he visto demasiados supervivientes desde el principio de todo esto, pero del sexo femenino aún menos. Supongo que para ellas todo esto tendrá que estar siendo aún más duro, pero aun así no me importaría encontrarme con alguien que no tenga que mear de pie, para variar. Ya me preocuparé de eso más adelante (espero).

A raíz de esta reflexión, Viktor ha comenzado a contarme una escabrosa historia de una chica de su pueblo llamada Ludmilla, apodada La Bombera, pero justo cuando estaba empezando a llegar a la parte del pajar (la más interesante), ha pegado un frenazo seco que casi me proyecta a través del parabrisas. Estábamos en la entrada del callejón de SEUR, a pocos metros de donde habíamos tomado tierra, hace lo que ahora parece ser un millón de años.

Prit ha cruzado la furgoneta contra el New Beetle arruinado, de forma que no quedaba paso libre, ni siquiera a pie. Esta improvisada barrera no los detendría durante demasiado tiempo, pero al menos nos daría margen para ejecutar nuestro plan.

Desde lo alto de los restos de la cubierta de la arruinada factoría de congelados la vista del Puerto era excelente. Aquella nave había sido volada en la noche de sangre y fuego que había marcado el fin del Punto Seguro, pero parte de su estructura aún se mantenía en pie. La esquina suroeste del edificio, orientada hacia el mar, y muy cerca de la antigua central portuaria de SEUR estaba virtualmente intacta, y lo suficientemente inaccesible como para suponer un refugio seguro si alguien estaba lo bastante chalado, o desesperado, como para trepar hasta las vigas de la cruceta.

Desde allí arriba se divisaban perfectamente los montones de cadáveres putrefactos, apilados donde habían caído víctimas de las balas, las explosiones o el fuego en la triste noche final del Punto Seguro de Vigo. Flotando a unos cientos de metros Ría adentro, ofreciendo un marcado contraste con la devastación de la orilla, se encontraban un viejo carguero baqueteado y un airoso velero de dos mástiles, amarrado a la popa del primero. Sobre la cubierta del carguero se podían ver una serie de pequeñas figuras yendo de un lado a otro, ocupados en sus quehaceres.

Súbitamente, una trasteada furgoneta de UPS apareció rugiendo por una esquina, metiéndose a toda velocidad en el callejón de acceso a la nave de SEUR y frenando bruscamente al llegar a la esquina. De ella descendieron dos hombres, y mientras uno de ellos se acercaba al borde del muelle el otro, con aire furtivo, se pegaba a la esquina de la pared, donde podía observar el carguero sin ser visto. Con gesto decidido, el primer hombre descendió unos escalones hasta llegar a una Zodiac que había estado oculta hasta ese momento por una capa de camuflaje y un montón de basura.

Tras un par de infructuosos intentos, el motor fuera borda de la Zodiac cobró vida con un tremendo petardeo que resultaba perfectamente audible en el absoluto silencio de la mañana. Aquel ruido pareció despertar la locura a bordo del carguero. Las figuras comenzaron a correr de un lado para otro, a toda velocidad, mientras la Zodiac trazaba un amplio giro y comenzaba a dirigirse hacia el enorme buque.

Mientras me acercaba al Zaren Kibish notaba la adrenalina rugiendo de nuevo en mis venas. Las salpicaduras de agua salada me empapaban el pelo, a medida que el casco del carguero crecía ante mis ojos. Con la mano derecha sostenía la caña del motor, mientras que con la izquierda aferraba con fuerza el maletín Samsonite de acero negro. Una familiar figura barbuda se inclinaba sobre la borda del puente, contemplándome a través de unos prismáticos. Ushakov. Tenía que ser él.

Cerré los ojos e inspiré con fuerza. El aire salado, mezclado con el familiar aroma a algas y combustible quemado me retrotrajo a tiempos mejores. Abrí de

nuevo los ojos, con la infantil esperanza de que todo fuese una pesadilla. Sin embargo lo que contemplé fue la escala del Zaren Kibish descolgándose por la borda. Había llegado.

Agarrando el maletín con fuerza me incorporé y empecé a trepar por la escala, hacia la cubierta del Zaren. Al llegar a la borda, la mano ansiosa de un filipino se estiró hacia el maletín. Le di un manotazo y golpeé con fuerza a otro marinero en el pecho con el Samsonite a la vez que me ponía de pie en cubierta. No pensaba soltar ese maletín. Todavía no.

Ushakov se abrió paso a través de un grupo de marineros y se plantó con los brazos en jarras ante mí. Por un segundo se hizo un silencio sepulcral en la cubierta.

De un lado, Ushakov rodeado de media docena de marineros fornidos armados con Kalashnikov apuntados a mi pecho. Del otro lado yo, sucio, sin afeitar, lleno de cortes y moretones, con un mono de UPS que me quedaba dos tallas grande e infinitamente cansado, aferrado a un brillante maletín Samsonite de acero negro. Duelo de titanes.

—¡Vaya, vaya, señor abogado! —tronó la voz de Ushakov—. ¡Tiene usted un aspecto espantoso! ¿Dónde está el resto de la gente?

—No están —respondí lacónicamente.

—¿Kritzinev?

—Muerto.

—¿Los marineros?

—Muertos.

—¿Y Pritchenko?

—Muerto, también —respondí—. Quedo yo solo, camarada capitán.

La cara de Ushakov iba adquiriendo un tono grisáceo a medida que iba escuchando mis respuestas. Supongo que no se esperaba que solo volviese yo a bordo. Su mirada avariciosa se fijó en el maletín.

—¿Es ése? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Tiene el maletín?

—Aquí está, Ushakov —dije con voz queda—. Aquí lo tiene. Compruebe la etiqueta.

Apoyé el maletín cuidadosamente en el suelo, con la etiqueta con el remite a la vista y di un par de pasos atrás. Ushakov enfocó su vista sobre la etiqueta y musitó algo en ruso mientras cogía el Samsonite con las dos manos.

—He cumplido mi parte, Ushakov. Cumpla ahora usted la suya. Deme mi gato y déjeme ir.

Ushakov estaba como hipnotizado con el maletín. Por un segundo pensé que no me había prestado atención y no había escuchado mis palabras. Cuando estaba a punto de repetírselo, Ushakov pareció salir del trance. Dedicándome una breve mirada, se dirigió a uno de los marineros armados con un AK.

—Matadlo —dijo lacónicamente.

El filipino amartilló ruidosamente el AK y me apuntó al pecho. Tenía medio segundo para intentarlo. Era mi turno. Ahora o nunca.

—Yo no lo haría, capitán —dije con voz temblorosa. Cuando había pensado lo que iba decir me parecía mucho más fácil, pero eso era porque antes no tenía el cañón de un arma apuntándome a la cabeza.

—¿No? ¿Por qué no, señor abogado? —me respondió Ushakov con una mirada malvada en sus ojos—. Tengo lo que quería gracias a usted, y pensándolo bien tampoco me interesa que mucha gente lo sepa. Como no puedo confiar en su silencio, lo mejor que puedo hacer es cerrarle la boca. Así que... ¡¡Adiós!! —concluyó, sonriente.

—Yo no daría por sentado que usted tiene el maletín correcto, Ushakov —le interrumpí—. No se precipite.

La cara de Ushakov se congeló en una rictus agrio, mientras paseaba su mirada alternativamente del maletín a mí y viceversa.

—Mientes.

—No miento, Ushakov. Fíjese.

Me acerqué hasta la borda del Zaren Kibish y empecé a gesticular con los brazos hacia la orilla. Al cabo de unos segundos, la familiar silueta de Prit apareció desde detrás de la esquina. El muy cabrón sonreía de oreja a oreja. Y no era para menos. En sus manos llevaba un reluciente maletín Samsonite de acero negro, que levantó para que fuese perfectamente visible a bordo...

Ahora la cara de Ushakov era un auténtico poema, y el desconcierto era patente entre los tripulantes. Nadie sabía que estaba pasando.

—Ese maletín que tiene en sus manos está lleno de periódicos viejos Ushakov. No tiene una mierda, cabrón maniaco.

—Pero, pero... —balbuceó—. ¿Cómo...?

—¡Oh, vamos! Vigo es una ciudad muy grande y tiene más de una tienda de maletas. No ha sido muy difícil encontrar un maletín igual al que usted quiere, Ushakov —sonreí—. Lo tiene en las manos, hijo de puta.

—Pero, la etiqueta...

—Arrancada del otro maletín. Tómela como una prueba de buena fe, como muestra de que el otro maletín es el bueno, capitán. En cuanto me dé lo que quiero, Viktor dejará el maletín en la orilla y cada uno por su lado. Ahora, haga el favor de no joderme y sentémonos a hablar como buenos chicos ¿Vale?

—¿Qué quiere? —masculó Ushakov, mientras se acercaba amenazadoramente. Le salían chispas de furia por los ojos.

—Muy fácil —respondí tranquilamente—. Mi gato, mi barco y el paquete del señor Pritchenko. Uno de esos AK y comida para una semana —enumeré con los dedos, mientras Ushakov se iba poniendo cada vez más rojo—. ¡¡Ah!! Por cierto, ¿no tendrá un paquete de Chester por casualidad, no?

Ushakov bramó algo ininteligible mientras apretaba los puños. Contempló por

unos segundos interminables la orilla.

—¿Qué me impide matarle y después ir tras su amigo de la orilla y matarle a él también? Dígamelo

—Muy sencillo —respondí, aparentemente más relajado de lo que estaba en realidad—. Si no vuelvo a la orilla en quince minutos y o solo, Prit saldrá por patas con el maletín y lo esconderá en cualquier rincón de esta ciudad abandonada de la mano de Dios. No lo encontraría en mil años, Ushakov. Piénselo bien.

Ushakov lo meditó por unos momentos. De repente se giró hacia un marinero y empezó a ladrar ordenes en ruso. Tras ello se dirigió de nuevo hacia mí, con aire amenazador...

—De acuerdo señor abogado. Tendrá usted lo que quiere.

Hay quien dice que los abogados somos un poco cabrones. No lo niego. Pero es genial a la hora de negociar.

16 May 2006 @ 21:06 hrs.

ENTRADA 84

A veces los recuerdos más absurdos te asaltan en las situaciones más insospechadas. Mientras permanecía de pie en la cubierta del Zaren, esperando que trajesen mis cosas una extraña imagen no paraba de pasarme por la cabeza.

Tenía seis o siete años y mis padres me habían llevado al circo. Estaba viendo el número del lanzador de cuchillos. Recuerdo que me había dejado impresionado que alguien fuese tan valiente como para dejar que un señor le lanzase cuchillos, cuando mi madre siempre me decía que eran muy peligrosos, porque cortaban. Por eso la cara sonriente y relajada de la chica situada en la diana, asombrosamente tranquila, para mi corta edad, se me había quedado grabada a fuego...

En ese preciso instante me gustaría tener la misma presencia de ánimo que aquella chica de la diana, pero la verdad es que los tenía de corbata. Un mal gesto, una palabra equivocada, un pequeño error de cálculo y alguien se podía poner nervioso y meterme un tiro entre ceja y ceja. No dudaba de que Prit sabría cuidarse sólo, pero no tenía ganas de morir esa mañana.

Ushakov se paseaba como un oso enjaulado, dirigiéndome de vez en cuando miradas homicidas. Tenía que ser cuidadoso. Seguro que aquel cabrón aún tenía algún As guardado en la manga para intentar joderme.

Un borrón peludo apareció por una de las portillas del barco, sin duda atraído por el barullo de cubierta. Mi corazón se aceleró... ¡Lúculo!

Inconscientemente di un paso, pero me detuve en seco al darme cuenta de mi error. No era Lúculo, sino una gata marrón de raza indeterminada, con un cascabel atado al cuello y unos malignos ojos verdosos. Con un movimiento sinuoso se deslizó entre los marineros de cubierta y se sentó en un rollo de cabo para acicalarse, no sin antes dirigirnos a todos nosotros una de esas miradas de desprecio que solo un gato puede lanzar.

La visión de esa gata hizo que recordase a Lúculo con dolorosa intensidad. Noté los lagrimones acumulándose en mis ojos.

De repente, botando un par de pasos detrás y saliendo de la misma portilla, apareció otra bola de pelo, esta de un rabioso color naranja que me resultaba terriblemente familiar ¡Era mi Lúculo!

El muy canalla debía haberse camelado al cocinero del barco durante ese par de semanas, porque estaba visiblemente más gordo y tenía el pelo brillante y lustroso. Con aire satisfecho se acercó a la gata marrón ronroneando, y haciendo lo que mi hermana siempre había descrito como «el toque Lúculo», un movimiento seductor de su cola mientras movía las orejas con aire pícaro.

Ese era mi gato. Mientras yo estaba arrastrando el culo por una ciudad

abandonada y llena de monstruos, muriéndome de hambre y de sed y jugándome la vida en cada esquina, él se había pasado todo el tiempo atiborrándose de comida y tirándose a aquella muñequita de ojos verdes. Debería haberlo sospechado...

Traté de pronunciar alguna palabra, pero era incapaz de emitir ningún sonido. Me aclaré la garganta, y ese ruido fue suficiente para que Lúculo levantase la cabeza en mi dirección. En cuanto me vio, olvidó por completo a la preciosidad gatuna que tenía al lado y se lanzó en mi dirección profiriendo unos lastimeros maullidos que se debieron oír en toda la ciudad. Antes de que me diese cuenta se plantó en mi regazo de un salto y empezó a ronronear mientras se frotaba con fruición contra mi cuello.

Agarré a mi gato con fuerza mientras notaba una inmensa sensación de alivio. No solo no lo habían matado, sino que parecía estar en excelente estado. En más de un momento a lo largo de aquellas locas dos semanas había temido no volver a verlo nunca más.

Levanté mi mirada, solo para encontrarme con Ushakov observándome con desprecio teñido de ira. Me importaba un huevo lo que pensase de mí. Solo sé que quería salir de allí cuanto antes, y que aquel cabrón estaba furioso. Sin embargo estaba tranquilo, demasiado tranquilo, si tenemos en cuenta que le acababa de joder de mala manera, dejándole en evidencia delante de sus propios hombres. No, aquello no era normal. Aquel tipo estaba planeando algo y no sabía qué era.

El tiempo transcurría muy lentamente en la cubierta, mientras las cajas con alimentos se iban apilando ante mis pies. Uno de los marineros trajo un paquete de tamaño mediano cubierta de inscripciones en cirílico. Le eché un somero vistazo, para asegurarme que coincidía con la descripción que Pritchenko me había dado de la pieza del motor que necesitaba. Encajaba. Un pakistaní me tendió un AK (descargado) y una caja de madera llena de proyectiles.

Todo aquello tenía que pesar una tonelada y nadie parecía estar dispuesto a ayudarme a cargarlo en el Corinto. Enarqué una ceja hacia Ushakov, que obsequiosamente me respondió con una media reverencia mientras ladraba unas cuantas ordenes a dos marineros, que portearon las cajas hasta el velero. Joder. Demasiado fácil. Aquello no me gustaba nada.

Algo me vibró en el bolsillo, acompañado de dos breves zumbidos. Ante la mirada asombrada de los presentes, extraje un pequeño walkie-talkie de plástico azulado, sacado de un coche patrulla abandonado y lleno de sangre reseca que habíamos encontrado en una bocacalle a medio camino del Puerto. Aquel vehículo de la Policía Nacional había resultado ser un auténtico misterio. Estaba perfectamente estacionado cerca de una ferretería totalmente devastada, entre unos contenedores de basura malolientes y un turismo con las ruedas deshinchadas y las lunas rotas. Todos los vehículos de la calle estaban cubiertos de una gruesa capa de polvo y suciedad, tras más de un mes y medio de

abandono, pero aquel coche zeta estaba limpio y reluciente, como recién salido de un garaje. Fue eso lo que nos hizo detenernos para echar un vistazo.

El interior del zeta estaba vacío, con el asiento del conductor cubierto de cuajarones de sangre reseca. No había restos de sangre en la acera, ni huellas alejándose del coche. Por lo demás, aquella calle parecía estar absolutamente desierta, y el silbido del viento entre los restos de suciedad y vehículos abandonados le daba a toda aquella zona un aire fantasmagórico. Aquel coche impoluto, como recién aparcado en medio de aquella desolación, era algo tan antinatural y misterioso que ponía los pelos de punta. Prit y yo revisamos el vehículo y encontramos un par de WK-TK, pero no del modelo de la Policía y una linterna de alta potencia. Ni un papel, ni un arma, ni una pista, ni una huella. Nada. Un absoluto misterio.

Ahora uno de aquellos WK-TK estaba crepitando en mi mano. Apreté el botón, sabiendo que Prit estaba al otro lado.

—Dime —le dije en castellano, idioma que si no me equivocaba, nadie de aquel barco dominaba.

—¿Cómo va todo? —la voz del ucraniano sonó teñida de estática.

—Bien... Demasiado bien, creo yo —respondí, sin sacar un ojo de encima a los marineros—. Creo que planean algo.

—No mirar ahora, pero creo que nosotros tener problema en el puente de mando —me dijo quedamente Pritchenko, con su marcado acento eslavo—. Un tipo con un RPG-7 escondido justo detrás de la borda superior. Lo puedo ver perfectamente.

Un sudor frío empezó a recorrerme la espalda. Un RPG. Un puto lanzacohetes. Debí haberlo supuesto. Cualquiera que tuviese una televisión habría visto un RPG en más de una ocasión. La artillería del pobre, le llamaban. Prácticamente todas las guerrillas y ejércitos del Tercer Mundo tenían miles de esos chismes, fabricados en serie en la antigua Unión Soviética. El mercado negro estaba plagado de aquellas armas, tan simples como efectivas, formadas por un tubo lanzagranadas al que se colocaba el proyectil en la punta. Tan sencillo de usar que hasta un niño-soldado de cualquier recóndito país africano podía aprender a utilizarlo en diez minutos. Tan letal, que en la toma de Grozni por parte de los rusos en el año 94, perdieron docenas de blindados a manos de los guerrilleros chechenos armados con esos tubos de la muerte.

El plan me parecía claro. Una vez que hubiésemos dejado la maleta en el Puerto, el cabrón de Ushakov planeaba disparar aquel lanzagranadas contra el Corinto, donde iríamos Prit, Lúculo y yo. Y si uno de aquellos chismes podía volar por los aires un blindado, ni me imagino lo que le podría hacer a un yate de fibra de vidrio como el Corinto.

Los marineros subieron de nuevo a bordo, después de dejar su carga en el yate. Puede que fuese una ilusión mía, pero juraría que vi una expresión sádica

en sus ojos. Estaban esperando por los fuegos artificiales.

Con un brillo maligno en los ojos, Ushakov se me acercó y me tendió la mano.

—Espero que cumpla con su palabra, abogado. Deje el maletín en el muelle y cada uno por su lado. Sin resentimientos.

—Por supuesto... Sin resentimientos —le respondí, al tiempo que inclinaba la cabeza e ignoraba su mano tendida.

Ushakov bajó la mano lentamente, mientras me observaba.

—Vivimos tiempos difíciles, señor abogado. Todo está cambiando muy rápido y solo los más duros saldremos adelante. No espero que me entienda, pero si quiero que sepa que si actúo así es por razones muy poderosas.

Me detuve, con medio cuerpo colgado por encima de la borda y le observé

—¿Tanto como para querer matarme por un puto maletín? —le espeté—. Dígame... ¿Qué demonios tiene dentro?

Por toda respuesta Ushakov me dedicó una mueca espantosa.

—Buena suerte, señor abogado —me dijo mientras una sonrisilla le asomaba por la comisura de la boca—. Le va a hacer falta.

Descendí la escala hacia la cubierta del Corinto mientras la risa de Ushakov bajaba flotando a mi alrededor. Una vez que apoyé los pies en la familiar cubierta de teca comencé a desamarrar los cabos, notando las miradas de todo el mundo posadas en mí.

El motor auxiliar del Corinto rugió al arrancar y poco a poco me fui alejando de la inmensa mole del Zaren Kibish, rumbo al Puerto, donde Prit y el maletín me aguardaban.

Comenzaba la segunda parte del baile.

25 May 2006 @ 20:34 hrs.

ENTRADA 85

El agua chapoteaba con un rumor sordo entre la borda del Corinto y las piedras negras del muelle de amarre. A medida que me acercaba a la orilla, con Lúculo fervorosamente apoltronado contra mi pecho y ronroneando sin parar, iba pensando en cual debería ser el siguiente movimiento. Con un ligero toque de presión en el timón, el Corinto maniobró hasta ponerse abarloado contra los norays del muelle.

Sonreí satisfecho. El motor auxiliar, que prácticamente no había utilizado hasta ese momento, había respondido a la perfección, para mi alivio. Hubiese sido una auténtica vergüenza quedarme al paio a tan solo un par de cientos de metros de la orilla, con las velas recogidas y toda la tripulación del Zaren Kibish mirándome.

Pasé una mano cariñosamente por el montante de madera de teca. El Corinto era un barco soberbio y no solo me había servido de refugio, sino que me había salvado la vida. Pero ahora, debía abandonarlo para siempre.

Antes de saltar al muelle corrí hasta la roldana de proa y saqué la punta del cabo. Abriendo de una patada el pañol de las velas me zambullí en su interior con el cabo en la mano. Allí dentro olía a dacrón, a agua salada estancada y a algas podridas. Los del Zaren no habían sido excesivamente cuidadosos recogiendo las velas del barco y las habían apilado de cualquier manera en el interior del pañol. Ahora yo tenía que chapotear en medio de un montón de tela mal plegada.

Acercándome a un estante del fondo, encontré lo que buscaba. Era el spinaker, la enorme vela panzada que se coloca entre el mástil de proa y el foque. Normalmente solo se utiliza en mar abierto, y con el viento de popa o de través, pero confiaba en que nadie a bordo del carguero ruso tuviese muchas nociones de vela deportiva. Aquel spinaker aún tenía que prestarme un importante servicio.

Tras haber enganchado fuertemente un extremo del cabo a la argolla superior del spinaker, subí gateando de nuevo a cubierta y accioné manualmente la roldana. Con el familiar cliqueteo del torno, el spinaker fue ascendiendo lentamente hacia el tope del mástil, hinchándose lentamente a medida que el suave viento del mediodía iba rozando su tela. Con un sonoro flameo la enorme vela se extendió por completo, pero sin tensarse demasiado, ya que había tenido la precaución de dejar las escotas inferiores sueltas.

La descomunal vela pendía inerte a lo largo de todo el barco, como una especie de cortina gigante. Cualquier navegante que hubiese contemplado el Corinto en ese momento se preguntaría que clase de rata de agua dulce había izado aquella vela de aquel modo tan estrafalario. Tal y como la estaba

colocando, una ráfaga demasiado fuerte de viento no solo arrancaría de cuajo la vela, sino que posiblemente también se llevase por delante parte de la arboladura.

Todo eso pasaba por mi cabeza mientras ajustaba cabos febrilmente. Lo sabía, pero aun así me daba igual. Aquella vela solo tendría que aguantar en aquella posición unos minutos, lo suficiente para que Viktor y yo rematásemos nuestro plan. El último servicio que me prestaba el Corinto.

El flamear de la vela estaba haciendo que el casco se balancease y golpease contra el muelle. Cada vez que oía el crujido que producía la fibra de carbono al rascarse y la madera al astillarse me dolía el alma. Era un crimen tratar de esa manera a un barco como el Corinto, pero no tenía tiempo para colocar las defensas laterales.

Me zambullí en el camarote y empecé a arramblar febrilmente con todo mi equipaje. La vieja mochila de supervivencia, con todo lo que le arrebaté al soldado-cadáver (parece que ya ha pasado un millón de años desde aquello), mi otro traje de neopreno, que aún seguía balanceándose en la percha, y uno de los arpones, con una docena de viroles. Del resto de los arpones, ni rastro. Supongo que algún marinero ocioso del Zaren Kibish se lo habría quedado como souvenir. Tanto daba.

Una familiar cara bigotuda apareció por la portilla del camarote. Empecé a pasarle a Viktor todos los bultos y el a su vez los iba apoyando en el muelle. Trabajábamos febrilmente y en silencio. Teníamos que vaciarlo todo en menos de tres o cuatro minutos, o los del Zaren Kibish se olerían el plan. La enorme vela tapaba por completo el sector de muelle donde estábamos apoyando nuestros bultos y desde el carguero las idas y venidas de Viktor acarreado fardos eran invisibles. Lo único que podían ver era un velero abarloado al muelle, balanceándose bajo el impulso de la brisa.

Sudábamos como demonios mientras escondíamos todo nuestro equipaje tras la esquina de la nave, tapada con el spinaker. Finalmente, mientras me enfundaba el neopreno, Viktor sacaba de la parte trasera de la furgoneta el torso de un maniquí masculino a tamaño natural, gentileza de una boutique de moda del centro de la ciudad y le colocaba un aparatoso chubasquero amarillo de tormenta y como toque final le calaba la capucha.

No habían pasado ni tres minutos desde el momento en que desplegué la vela hasta el momento en que colocamos al maniquí, aún oculto, en la bañera de popa del Corinto. Mientras Viktor se escabullía de nuevo detrás de la esquina y yo me afanaba en cortar el cabo de amarre que mantenía al Corinto amarrado al muelle.

Con un suave movimiento el yate comenzó a deslizarse hacia la bocana del puerto. El timón estaba trabado en esa posición y aguantaría así el rumbo al menos durante unos minutos. Más que suficiente. Procurando no hacer ruido me dejé caer a la franja de agua cada vez mayor entre el Corinto y el muelle. El

agua estaba bastante fría, pero creo que en aquel momento ni siquiera fui consciente de ello. Mientras el casco se deslizaba pegado a mí, di un par de profundas inspiraciones y me sumergí.

La sensación de bucear fue totalmente relajante. Podía divisar la silueta negra del Corinto alejándose y un poco más lejos, entre las revueltas aguas del puerto, podía adivinar la mastodóntica línea de flotación del Zaren Kibish.

Dando un par de brazadas, comencé a nadar hacia la orilla con suavidad, procurando no generar muchas burbujas. A menos de diez metros de la orilla comencé a quedarme sin aire. Me enfadé conmigo mismo y di un par de patadas más. Finalmente, a punto de desmayarme, asomé la cabeza tras el recodo del muelle, justo donde habíamos amarrado la Zodiac rusa cuando tomamos tierra por primera vez. Viktor estaba esperándome allí para sacarme a rastras del agua.

Casi sin aliento llegamos a la inmensa mole de la nave de PROSEGUR. Chorreando agua atisé a través de la esquina el pedazo de muelle desierto donde hasta hacía un par de minutos estaba el Corinto. En el borde del muelle, brillando bajo el sol del mediodía reposaba el maletín Samsonite negro, objeto de tantos desvelos.

El Corinto, balanceándose como si lo pilotase un borracho, se alejaba lentamente hacia mar abierto. Antes de abandonar el barco había cazado las escotas de la manera más aparatosa posible, tratando de llamar la atención de los marineros del carguero. Ahora temía haber tensado demasiado las escotas y que la vela se rasgase.

Sin embargo, no hubo tiempo a eso. Un fuego graneado de armas automáticas salió de la proa del Zaren, astillando la cubierta del Corinto en mil sitios y volando por los aires la cabeza del maniquí. Astillas de madera y pedazos de fibra de carbono volaban por todas partes, mientras cientos de balas agujereaban el casco del velero y su aparejo. Un hombre se irguió en el puente de mando con un RPG-7 apoyado en el hombro. El Corinto se balanceaba a la deriva a menos de doscientos metros de su posición, así que era un disparo fácil.

Con un rugido, el proyectil salió disparado entre una nube de humo y un destello cegador hacia el velero. El impacto fue demoledor. Una enorme columna de fuego surgió de golpe por las escotillas del Corinto, al tiempo que un lateral del casco se desintegraba en un millón de fragmentos y dejaba a la vista un enorme boquete.

Mientras miles de litros de agua se precipitaban en el interior del buque herido, otro proyectil impactó en su cubierta. Un surtidor de fuego y humo surgió de las entrañas del Corinto, ahora transformado en una hoguera rugiente, mientras un trozo de mástil describía una pirueta en el cielo y caía de nuevo al agua. Con un gorgoteo, el maltrecho casco se fue al fondo entre sonoros chasquidos y explosiones.

Pritchenko y yo no nos quedamos a ver el espectáculo. Corrimos por el

callejón como condenados, hacia la furgoneta que nos esperaba encendida, en un jadeante ralenti. Mientras las últimas explosiones del Corinto atronaban en el puerto, Viktor aceleró suavemente y enfiló nuestro vehículo hacia la salida.

En la cabina de la furgoneta, un gato naranja, gordo y satisfecho, se balanceaba en una red de malla sujeta al montante trasero, mientras contemplaba complacido a su dueño y a un pequeño bigotudo que conducía como si le llevasen los demonios.

Viktor y yo sonreíamos. Y no era extraño. No solo habíamos bailado con el diablo y habíamos salido vivos. En el hueco entre los dos asientos, un maletín Samsonite negro con precinto rojo, igualito al dejado en el muelle se sacudía con cada bache que encontrábamos en nuestro camino hacia la ciudad...

01 June 2006 @ 21:08 hrs.

ENTRADA 86 (I)

Estamos jodidos. Terriblemente jodidos. Escribo esto en los primeros diez minutos libres que he tenido en las últimas veinticuatro horas. Estoy agotado, sucio y hambriento, pero por lo menos, aún estoy ileso. Prit no ha tenido tanta suerte. Él sí que está jodido de verdad. Hemos perdido nuestro transporte, estamos rodeados, casi sin agua ni alimentos y para rematarla no sé dónde está Lúculo desde hace horas. De traca.

Todo iba demasiado bien. Y ese ha sido precisamente el problema. Nos confiamos. Bajamos la guardia. Empezamos a actuar como si fuéramos los héroes de una puta película de acción, y eso ha sido precisamente lo que nos ha pasado factura. La vida real, en esta situación que vivimos, es sucia, desagradable, dura y sobre todo terriblemente peligrosa. Así que, si estás jugando permanentemente con fuego, te quemas.

Te quemas. Joder. Vaya ironía. Una vez más me vuelvo a adelantar a los acontecimientos.

Cuando salimos de las ruinas del Punto Seguro nos sentíamos eufóricos. Estábamos vivos, en buen estado, con un vehículo repleto de provisiones y armas y por encima de todo sabíamos dónde estaba un helicóptero que nos podía sacar de aquel agujero. Todo parecía ir sobre ruedas.

Prit conducía como un poseído a través de las calles abandonadas de un suburbio de Vigo. A través de la ventanilla veía pasar una serie de casas bajas de uno o dos pisos, la mayoría de ellas cerradas a cal y canto. Algunas incluso tenían tablas claveteadas cruzando la puerta y las ventanas de la planta baja. Aquella era una zona de chalets de lujo, una zona rica. Posiblemente aquel fue uno de los primeros barrios en ser evacuados por completo y el desalojo pudo ser ordenado y sistemático. El hecho de que casi todas las viviendas estuviesen tan bien protegidas apuntaba en esa dirección.

Sin embargo, tras varios meses de abandono, aquella zona empezaba a tener un aspecto realmente tétrico. Las casas asomaban medio ocultas tras la maleza salvaje de los jardines, y las malas hierbas tapaban por completo las señales de tráfico de las glorietas. Un camino particular, donde yacía de lado un incongruente triciclo rojo abandonado, comenzaba a verse devorado poco a poco por los setos de boj de sus laterales. Ante la ausencia de presencia humana, la naturaleza reclamaba su sitio. En aquella zona casi no se veían coches abandonados en los arcones, ya que posiblemente sus propietarios habían huido con ellos a algún otro lugar, en un intento inútil de escapar de lo inevitable.

Había muchos No Muertos por aquella zona, docenas de ellos. Su distribución por la ciudad es errática y no parece obedecer a ningún tipo de patrón. Hay

avenidas enormes donde no ves a ninguno de esos seres o como mucho un par de ellos y sin esperarlo, al doblar una esquina te puedes encontrar otra calle donde hay decenas, cientos de ellos vagabundeando o contemplando el infinito, esperando a que se acerque una presa. No tengo ni idea de qué les motiva o que les impulsa a estar en un sitio u otro. Para mí son todo un misterio.

Aquel barrio era una zona «caliente». De cada bocacalle, de cada jardín, asomaban docenas de aquellos seres, algunos en aparente buen estado, otros terriblemente mutilados o desfigurados. Ya me he acostumbrado a su presencia, y ni siquiera me molesta su olor. En realidad, ni siquiera me repugnan. Se lo que son y ellos saben lo que soy yo. Punto.

Prit zigzagueaba con la furgoneta, esquivando a los No Muertos que se cruzaban en nuestro camino. Iba terriblemente rápido, como siempre, y con cada giro los neumáticos de la furgoneta chirriaban, sacudiéndonos en su interior como guisantes en una lata. Los No Muertos estaban concentrados en grupos cada vez más densos y Viktor se veía obligado a realizar auténticas proezas al volante para no embestirlos. Sin embargo, nuestra velocidad era cada vez más lenta y una multitud cada vez más abundante se iba sumando a nuestra persecución. Aquello no pintaba nada bien.

No sé de donde coño salió aquel tipo, pero no nos dio tiempo a esquivarlo. Un hombre de mediana edad, de unos cincuenta o cincuenta y cinco años, grueso, con una camisa abierta hasta la cintura y con un montón de cadenas de oro colgando del cuello apareció de golpe en medio de la calzada. La mitad de su rostro era un montón de jirones sanguinolentos y la palidez cadavérica de su piel demostraba a las claras que era uno de ellos.

Prit acababa de pegar un volantazo para esquivar a un grupo de No Muertos apelonado en medio de la calzada justo un segundo antes, así que era inevitable. No pudo ver a aquel individuo hasta que estuvimos encima de él.

Con un fuerte topetazo, el cuerpo de aquel monstruo impactó contra el frontal de la furgoneta y salió despedido hacia un lateral, totalmente desmadrado, dejando un cuajarón de sangre corrupta en el parabrisas. Prit volanteó como un loco, tratando de recuperar el control del vehículo, pero la pesada furgoneta se deslizaba sin control arrastrando a varios de esos seres en su camino, mientras una serie de ruidos agoreros salían del motor.

Con un espectacular trompo, nuestro transporte se detuvo por fin en medio de la calzada, envuelto en un intenso olor a goma quemada. Por un instante, se hizo el silencio. Exhalé aire, sin ser consciente de que había estado conteniendo la respiración. Una vez más me alegré de la enorme habilidad del ucraniano al volante. Había evitado que nos estrellásemos y además había conseguido que la furgoneta no se calase, lo cual en aquellas circunstancias podría haber sido absolutamente fatal.

Sin embargo el motor sonaba como si se estuviese desmontando por segundos

y un fino hilillo de vapor asomaba por una junta deformada tras el impacto. El radiador tenía una fuga, y sospecho que no era pequeña. Aquel motor tenía las horas contadas. De hecho, era un milagro que aún siguiera en marcha.

Engranando lentamente las marchas, Prit nos puso de nuevo en marcha, esta vez más lentamente. En aquel momento ya no nos reíamos. En aquella zona, plagada de seres y con todas las casas cerradas a cal y canto, si el motor se detenía estábamos condenados a una muerte segura en cuestión de segundos.

Los siguientes veinte minutos fueron interminables. La furgoneta, con los neumáticos del lado derecho reventados, circulaba lentamente a través de la urbanización, envuelta en una nube de humo y con el indicador de temperatura al máximo. Pronto nos vimos obligados a reducir la velocidad a unos miserables quince kilómetros por hora, mientras oíamos docenas de manos aporreando los laterales de la furgoneta.

Súbitamente, la ventana de mi lado explotó en un millón de fragmentos. Seguramente estaba agrietada por algún golpe anterior y un puñetazo de esos seres la había pulverizado. Una mujer joven trató de encaramarse a través de la ventanilla recién reventada. Llegó a tocarme en la cara con sus manos, mientras intentaba agarrarme. Estaba fría. Fría, húmeda y muerta.

Volví a sentir pánico, casi como al principio de toda esta pesadilla. Paralizado de terror, podía sentir su cuerpo tratando de deslizarse dentro del vehículo, mientras Prit gritaba frases histéricas en ruso y Lúculo bufaba dentro de la red, enseñando todos los dientes.

Solo cuando me apoyó una mano en el muslo conseguí sacudirme el bloqueo. Agarrando el AK 47 golpeé fuertemente la culata contra la sien de la mujer. Al sentir el golpe levantó la cabeza y vaciló por un segundo, contemplándome con sus ojos muertos e inyectados en sangre. En ese instante le propiné otro golpe en plena cara y la mujer se deslizó de nuevo por la ventanilla, incapaz de agarrarse, con el rostro totalmente desfigurado.

Me giré hacia Prit, cubierto de sudor y completamente demudado. Una simple mirada me bastó para hacerle entender que o salíamos inmediatamente de allí o éramos hombres muertos en cuestión de minutos. El vigoroso ucraniano asintió con la cabeza y estrujó un poco más el deteriorado motor, que respondió a la petición con un quejumbroso sonido.

Una vez más, el azar jugó a nuestro favor. A tan solo 500 metros de nosotros, semioculta por la maleza, una señal nos indicaba el cercano acceso a la autovía de circunvalación. Un poco más y estaríamos casi salvados.

Con un último esfuerzo, Prit enfiló la cuesta de acceso a la autovía. Allí, a medida que íbamos teniendo más espacio, nuestro vehículo iba adquiriendo mayor velocidad, eso sí, en medio de unos escalofriantes sonidos provenientes del motor descompuesto.

Por fin estábamos en la autovía... Nos relajamos, aliviados. No sabíamos que

lo peor estaba a punto de llegar.

02 June 2006 @ 13:14 hrs.

ENTRADA 86 (II)

La autopista ofrecía un aspecto fantasmagórico, lunar. Recordaba haber pasado un millón de veces por ese trayecto, cada vez que me tenía que desplazar a Vigo, y siempre que he atravesado ese tramo recuerdo haberlo visto absolutamente congestionado por el tráfico. Ahora sin embargo ofrecía un aspecto vacío y desolador.

Con la furgoneta produciendo un ruido ensordecedor, nos lanzamos a toda la velocidad que nos permitía nuestro maltrecho motor por el carril de incorporación. La calzada estaba totalmente vacía, a excepción de algún que otro turismo abandonado que nos encontrábamos en las posiciones más dispares. Algunos de ellos tenían evidentes restos de sangre a su alrededor. Otros mostraban claros signos de haber embestido a algo o a alguien, pero aparte de un par de cadáveres pudriéndose al sol no vimos ni un solo signo de presencia humana.

Me imaginaba la escena. En los primeros días de la epidemia, en algún momento, docenas de No Muertos habían conseguido irrumpir tambaleándose en medio de la calzada, mientras los sorprendidos conductores trataban de esquivarlos a toda velocidad. Algunos no fueron capaces de evitar arrollarlos, sufriendo un accidente. Los menos, ignorantes de cuál era la auténtica naturaleza de aquellos seres, se habrían detenido para ayudar a aquellas personas con aspecto de estar malheridas.

En ambos casos, la suerte corrida por los conductores debía haber sido atroz. Joder.

Al cabo de un par de kilómetros encontramos el primer accidente serio. Un todoterreno, un Nissan, se había empotrado contra la mediana de cemento de la autopista, destrozándola por completo. Tras el impacto, había salido rebotado de nuevo hacia el centro de la calzada, donde había colisionado contra un par de turismos y un pequeño camión de reparto. Ahora, todos aquellos vehículos estaban reducidos a un enorme amasijo de plásticos ensangrentados y hierros cruzados en medio de la calzada, obstruyendo por completo el camino. Nos detuvimos, abrumados por la escena. Del amasijo de hierros salía un olor fétido, nauseabundo. El olor de varios cadáveres corrompiéndose al sol desde hacía meses. Olor a muerte.

Aquella gente había sufrido un accidente brutal y nadie había acudido en su ayuda. Ni siquiera se habían podido retirar los cadáveres. Dios.

Un pequeño paso abierto a la izquierda nos permitió seguir nuestro camino. Mientras Prit conducía diestramente por el estrecho carril, dejándonos parte de la pintura en el intento, no pude evitar preguntarme si aquel camino obedecía al

azar o alguien, algún otro superviviente, había pasado por allí antes que nosotros, moviendo los restos para abrirse camino. Quién sabe.

Al cabo de otros tres o cuatro kilómetros vimos los restos de otro accidente importante, esta vez en el carril contrario. Era una enorme montonera de vehículos, autobuses, furgonetas y camiones, quizás más de cuarenta o cincuenta. Habían colisionado en cadena, por exceso de velocidad huyendo de esas cosas o precisamente por tratar de esquivarlas. La colisión debía haber sido brutal. Como muestra de la fuerza del impacto, podía ver los restos de un pequeño Smart, que estaban literalmente plegados como un acordeón debajo de la cabina de un camión.

Los que no murieron por la colisión lo hicieron por el fuego que siguió a continuación. El calor había sido tan intenso que se veían partes de asfalto derretidas. Era un espectáculo espeluznante. Desde el interior del chasis carbonizado de uno de los vehículos, un par de calaveras ennegrecidas contemplaban nuestro paso. Los restos carbonizados de varios cuerpos asomaban aquí y allá. Una estampa sacada del infierno.

Aquello no era una autopista. Aquello era una ratonera. Un osario. Un puto cementerio.

Al cabo de tres o cuatro kilómetros comenzamos a ver de nuevo a No Muertos tambaleándose por la calzada. Le dije a Prit que eso seguramente significaba que nos volvíamos a acercar a zonas urbanas, así que sería mejor estar preparados. Por toda respuesta mi ceñudo amigo me ordenó que me abrochase de nuevo el cinturón y apretó a fondo el acelerador. No fue una buena idea. Con un estruendoso petardazo algo golpeó con fuerza el capó por dentro, produciéndole una abolladura considerable, mientras un espeso humo negro comenzaba a salir del motor. Casi se me sale el corazón por la boca del susto.

Miré inquisitivamente al ucraniano, que parecía azorado. Una biela, comentó lacónicamente Prit, mientras ponía punto muerto. El motor kaputt agregó, mientras dejaba que la moribunda furgoneta se deslizase lentamente por la cuesta abajo de una salida de la autopista. Fui incapaz de leer que ponía el cartel. No sé por dónde coño salimos. Por primera vez desde que todo esto empezó, me sentía totalmente desorientado.

Mientras empezábamos a preguntarnos cómo demonios nos las íbamos a apañar sin vehículo, el azar, una vez más, nos favoreció de nuevo. La salida de la autopista tenía pendiente suficiente como para arrastrarnos hasta el final de la cuesta. Tras un interminable minuto, la salida desembocaba en un parque industrial de pequeño tamaño, de no más de quince o veinte naves. Y allí, justo enfrente de nosotros, como esperándonos desde hacía largo tiempo, pudimos ver un enorme concesionario de automóviles coronado por el familiar logotipo de la estrella de tres puntas dentro de un círculo.

Era cojonudo. Me giré sonriente hacia Prit y le pregunté si le apetecería

conducir un Mercedes nuevito. La sonrisa resplandeciente del ucraniano fue una respuesta más que elocuente. Nos lo íbamos a pasar muy bien.

La inercia que llevábamos nos dejó finalmente a menos de ciento cincuenta metros del concesionario. Podíamos divisar a lo lejos a unos cuantos No Muertos, pero el hecho de haber recorrido el último kilómetro en punto muerto, sin hacer ruido, nos había permitido pasar desapercibidos hasta el momento.

Nos bajamos del maltrecho furgón, que desprendía ya un intenso olor a quemado, cogiendo todo aquello que podíamos cargar de un viaje. No nos podíamos arriesgar a estar yendo y viniendo constantemente, ya que nuestros paseos podrían llamar una atención innecesaria. Yo me coloqué la vieja mochila del soldado a la espalda, con el arpón cruzado sobre el pecho y Lúculo bien sujeto en mis brazos, para evitar uno de sus ataques de aventurerismo. Lo último que necesitaba era corretear detrás de mi gato por un polígono desconocido y lleno de monstruos deseosos de hincarme el diente.

Viktor llevaba por su parte, el AK, la pesada caja de munición y parte de los víveres que habíamos saqueado del mercante ruso en una mano, y el maletín de marras en la otra. El resto, desafortunadamente, tuvimos que abandonarlo.

Con toda esa carga tan pesada, el camino hasta el concesionario, pese a ser muy corto, se nos hizo interminable. Cuando finalmente llegamos, jadeantes, a la sombra de su enorme portal de entrada, me dejé caer exhausto contra el cristal del gigantesco escaparate, mientras Viktor se deslizaba pegado como una anguila contra la pared del edificio en busca de una vía de acceso.

Mientras esperaba, pegué un trago de la cantimplora y comencé a rebuscar en los bolsillos de la mochila. En el fondo de uno de ellos, terriblemente arrugada, encontré una cajetilla de Chester que recordaba haber puesto allí cuando salí de mi casa (mi casa... ¿Qué demonios habrá sido de ella?). Arrellanándome con satisfacción me llevé uno de los cigarrillos a la boca y lo prendí con un encendedor de butano. La primera calada después de tanto tiempo me sentó como un chute de heroína a un yonki. De repente, todo me volvía a parecer más sencillo.

Un ruido apagado de cristales rotos me sobresaltó. Me levanté como un rayo, con la sangre latiéndome en las sienes. Sujeté el arpón con fuerza, preparándome para lo que viniese.

Súbitamente, así como se abría la puerta metálica que estaba justo a mi espalda. Me giré como un rayo, aterrorizado, solo para encontrarme la expresión divertida de Viktor, que se había colado en el interior a través del ventanuco de un lavabo. Rediós.

Franquéé la entrada del concesionario, cargado como una mula, con Lúculo retozando entre mis pies, mientras Viktor vigilaba el exterior, expectante. Una vez que estuvimos dentro, cerró de nuevo la puerta metálica y la aseguró con el pasador.

He de reconocer que me quedé boquiabierto. El interior estaba oscuro y fresco. Por algún extraño motivo, aquel concesionario había sido respetado por los saqueadores y estaba absolutamente intacto. Ordenadas filas de vehículos se adivinaban en las sombras... Sonreí. Era hora de ir de compras.

05 June 2006 @ 21:09 hrs.

ENTRADA 86 (III)

Prit y yo nos mantuvimos inmóviles durante un largo minuto, intentando adivinar si había alguien más allí dentro. O algo más, me corregí mentalmente.

Aquella penumbra era refrescante. Tras todo un largo día correteando de aquí para allá notaba como mis músculos se aflojaban por primera vez en horas. Había comenzado el día en la cubierta del Zaren, viendo la negra boca de un cañón apuntando a mi cabeza y ahora estaba recostado en un sofá de cuero al lado de la oficina de entrada del concesionario, con una colilla en los labios y pensando lo maravilloso que sería disponer de una cama de hotel donde poder dormir durante tres días seguidos.

Y una cerveza helada. Y diez chicas con lencería picante dándome masajes en los pies. No te jode. Me incorporé con un gemido, notando cómo se me clavaban un millón de alfileres en todos los músculos. No había estado tan cansado en toda mi vida.

Comenzamos a recorrer toda la planta baja del concesionario, organizando una rápida batida. El resultado fue negativo. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas a cal y canto, excepto el ventanuco del baño que había reventado Viktor para entrar. Estaba demasiado alto y era demasiado angosto como para que uno de esos seres se colase por él, pero de todas formas preferimos ser precavidos y tomar precauciones. Con esfuerzo colocamos uno de los paneles de pladur de las oficinas contra la pared donde estaba el hueco. No aguantaría un golpe muy fuerte pero taparía la ventana rota el poco tiempo que pensábamos permanecer allí.

Derrengados, nos dejamos caer en una pequeña habitación anexa al despacho del director del concesionario. Era un cuartucho sin ventanas, donde se apilaban una serie de archivadores, un baño minúsculo con ducha y, sorprendentemente, una cama plegable. Mientras me preguntaba qué demonios pintaba esa cama allí, Prit husmeaba por toda la habitación como un perdiguero. Vi como se inclinaba al lado de la cama plegable y cogía algo que estaba debajo de ésta.

Con una sonrisa socarrona se giró hacia mí y me mostró unas bonitas braguitas de encaje color vino bastante arrugadas.

Vaya, vaya. Así que estábamos en el picadero particular del dueño del concesionario. Vaya cabroncete. De todas formas parecía que hacía tiempo que aquel tipo no se dejaba caer por allí para echar un polvo con la secretaria.

Seguramente, si aún estaba vivo, tendría cosas mejores en las que pensar.

Mientras Prit revolvía todos los cajones con un entusiasmo desbordante, entré en el baño y lo contemplé con ansia. Por la fuerza de la costumbre giré el grifo

del lavabo. Para mi sorpresa empezó a manar un chorro de agua de color oxidado acompañado de borboteos producidos por el aire acumulado en las cañerías.

Enseguida lo adiviné. Aquel concesionario debía tener un pozo de abastecimiento propio, aparte de la conexión a la red pública y por eso aún disponía de agua corriente. ¡¡Agua corriente!!... Si tenía agua, en algún lugar tenía que haber un calentador de gas o un acumulador, o algo por el estilo... Volví de nuevo al cuarto-picadero, donde Prit estaba indolentemente tumbado sobre la cama, hojeando un montón de revistas atrasadas. Dejé a mi amigo cómodamente instalado en aquel cuartucho y armado con una linterna empecé a rebuscar por toda la planta baja.

Para mi sorpresa, justo detrás del pasillo que conectaba la sección de oficinas con los talleres, encontré unas empinadas escaleras que se perdían en la oscuridad del subsuelo. Con cautela, me armé de valor y acometí el descenso de los escalones, apoyando la espalda en la pared y sosteniendo el arpon amartillado en la mano que me dejaba libre la linterna. Aquel sótano estaba frío y seco, y tenía pinta de ser un antiguo foso de reparación profundamente modificado.

Al fondo del mismo, entre un festival de telarañas y cajas de folletos viejos, podía ver un enorme y moderno calentador de agua Junkers conectado a una bombona naranja de gas butano. Tras cerciorarme de que el sótano era completamente seguro me acerqué hasta el fondo. Sacudí la botella. Estaba vacía, por supuesto. La llama piloto, encendida durante semanas, debía haber consumido hacía tiempo los restos de gas que quedasen en la bombona.

Decepcionado, me di la vuelta en la oscuridad dispuesto a abandonar el sótano. Al dar un paso, un fuerte golpe en la rodilla me hizo ver las estrellas. Enfoqué la linterna hacia lo que me había golpeado. Era una jaula de soporte, con media docena de bombonas con el precinto puesto. Cojonudo.

Apartando las telarañas coloqué una de las bombonas en el lugar de la que estaba vacía y apreté el botón de purgado del sistema, y a continuación, el de encendido. Una llama azul, vacilante, apareció en la parrilla. Pegué un alarido de alegría. Tenía agua caliente. Volví como una centella al cuarto superior. Prit salía en ese instante del cuarto de oficinas con un enorme manojo de llaves de Mercedes en una caja de cartón. Con ánimo risueño le acompañé a la sección de exposición, donde, ordenadamente aparcados, esperaban docenas de vehículos, listos para salir por la puerta.

Comenzamos a buscar con calma nuestro nuevo vehículo. Tuve una pequeña discusión con Prit, que emperrado con un precioso CLK cabrio color rojo fuego, no atendía a razones. Finalmente fui capaz de hacerle ver que un descapotable no era la opción más inteligente para circular por carreteras infestadas de No Muertos.

Pragmático, escogí un enorme Mercedes GL, el todoterreno más grande de

la marca alemana, con marcha reductora y un par de cientos de caballos de potencia. Aquel enorme trasto nos permitiría hacer ruta campo a través, en caso de encontrarnos con un accidente que bloquease la carretera. Además, si fuese necesario «empujar» a algún No Muerto, nos ofrecía bastantes más garantías que el estilizado deportivo.

Con una mirada de deseo al descapotable, Prit aceptó mis razonamientos, refunfuñando. Poniéndonos manos a la obra, le cambiamos la batería al cuatro por cuatro por una nuevecita que sacamos del almacén. A continuación cargamos nuestras cosas en el interior, incluyendo por precaución a un cada vez más inquieto Lúculo.

Súbitamente, un fuerte sonido nos hizo pegar un bote a ambos. Yo me tiré al suelo, buscando mi arpón, mientras el ucraniano amartillaba ruidosamente el AK. Buscamos con la mirada el origen del sonido. A menos de metro y medio de nosotros, golpeando monótonamente el cristal blindado del escaparate, dos No Muertos nos contemplaban con ojos vacíos, rugiendo de rabia a cada golpe que propinaban.

Era un espectáculo macabro. Desde que había liquidado a mi pobre vecino no había tenido la ocasión de ver de cerca de uno de estos monstruos con calma, sin tener que correr o luchar por mi vida. Me acerqué al cristal con cautela, hasta que quedé a un palmo de ellos. Aquello parecía volverles absolutamente locos. Me deseaban. Deseaban mi vida. Mi sangre. Jodidos cabrones.

Súbitamente, caí en la cuenta de algo. Mi vecino, un No Muerto recién transformado, presentaba lividez cadavérica, miles de venas radiales reventadas y dibujadas sobre la piel, ojos inyectados en sangre y comportamiento ausente y homicida. Para mi desesperación, los dos sujetos de fuera, aunque algo más maltrechos por efecto de golpes, cortes y arañazos tenían exactamente el mismo aspecto.

Si simplemente fuesen unos cadáveres normales, por lógica el paso del tiempo tendría que haber hecho mella en ellos. Sin embargo, no se veían rastros de putrefacción por ninguna parte. Ni rigor mortis, ni descomposición... Nada de nada. Era totalmente asombroso. Estaban muertos, de eso no cabía la menor duda (el terrible desgarró del cuello de uno de aquellos seres no ofrecía lugar a dudas), pero algo, de algún modo, les insuflaba el suficiente hálito vital como para seguir moviéndose y acechando.

Tan solo unas cuantas manchas acartonadas de sangre reseca y el aspecto harapiento de sus ropas, tras meses al aire libre, indicaban que llevaban en ese estado desde hacía tiempo. Por lo demás, estaba seguro que su aspecto físico no había cambiado un ápice desde que habían tenido la desgracia de ser atacados.

Aquello suponía unas implicaciones inquietantes. A lo largo de las últimas semanas había abrigado la esperanza de que el paso de los días fuese degradando progresivamente aquellos cuerpos o incluso, que de algún modo, fuesen

« muriendo » .

Sin embargo, nada de aquello estaba pasando. Estos seres parecen no verse afectados por el paso del tiempo. No sé qué pensar. Puede que duren muchos meses todavía, puede que años, incluso. O puede que sean eternos... ¿Cómo cojones puedo saberlo? No soy un científico, no tengo apenas datos sobre su naturaleza ni su organismo. Solo sé que están en un punto intermedio entre la vida y la muerte y que si no quiero acabar como ellos he de correr permanentemente, para evitar que me atrapen.

Mierda.

Un sabor amargo me subió por la garganta. Estábamos realmente jodidos, como especie, como raza, como planeta. Descargué un puñetazo de rabia contra el cristal, justo sobre la cara de uno de aquellos monstruos, que ni se inmutó ante el golpe. Son impasibles, estos hijos de puta.

Viktor me contemplaba en silencio, adivinando mis pensamientos. Finalmente se adelantó y trató de reconfortarme, explicándome que en cuanto llegásemos a su helicóptero podríamos volar hasta cualquier lugar donde esos bichos no hubiesen llegado.

Sacudí la cabeza, con amargura. Aquello solo eran buenas palabras. Tendríamos que bregar mucho aún para que me sintiese totalmente a salvo.

Dejamos el todoterreno aparcado justo enfrente del portón de salida. Mientras Viktor comprobaba la presión de los neumáticos me fui hasta el baño y por primera vez en muchas, muchas semanas, disfruté de una ducha de agua caliente.

Era maravilloso. El chorro de agua golpeaba mi espalda y mi cabeza con un millón de alfileres, mientras nubes de vapor se formaban en el baño, enroscándose en torno a mi cuerpo. Permanecí inmóvil bajo el grifo durante casi veinte minutos, deleitándome de aquella sensación maravillosa y preguntándome donde y cuando podría disfrutar del siguiente baño. Finalmente, con unas tijeras y unas cuchillas de afeitar nuevas que encontré en un neceser, me afeité la barba de vagabundo que lucía desde hacía semanas. Lo que en la vida previa al Apocalipsis era algo común y corriente, ahora se había transformado en un auténtico lujo. Hasta ese extremo se habían complicado las cosas.

Salí de la ducha. Me encontré a Viktor afanosamente atareado en el antiguo despacho del director. Había despejado la mesa por completo y apoyada en la misma tenía el Samsonite negro. Se había traído una tonelada de herramientas del taller, incluyendo una rebarbadora manual de batería autónoma y un soplete. El ucraniano parecía decidido a abrir el dichoso maletín por las buenas o por las malas.

Con el pelo aún húmedo le dije bromeando que si encontraba tabaco dentro del maletín tendría que repartirlo conmigo, a no ser que quisiera aparecer muerto a la mañana siguiente. Prit se rió y lanzándome un pedazo del lacre rojo del

maletín a la cabeza dijo que fuese útil y que encontrase algo de gasolina para el todoterreno.

Me alejé del despacho, oyendo como el ucraniano canturreaba en ruso, con el sonido de su voz ahogado por el agudo chillido de la rebarbadora.

Tardé diez minutos en encontrar un bidón de gasolina y otros cinco en encontrar un tubo de goma para poder llenar el depósito. Mientras llenaba el depósito hasta los topes le di unas cuantas caricias a Lúculo, que cada vez que me pierde vista parece volverse loco. Creo que tiene miedo a que me vaya sin él. Mi pobre gato.

Me estaba limpiando las manos con un paño cuando una violenta explosión sacudió todo el concesionario. Un enorme fogonazo blanco salió del despacho donde estaba Pritchenko, junto con una nube de humo y un intenso olor a quemado. Por un instante, los oídos me pitaron por la explosión. Al cabo de unos segundos, los oí. Eran alaridos de dolor. De Viktor.

Entré a la carrera en el despacho. Viktor yacía en el suelo, con las manos terriblemente quemadas y diversas heridas en el pecho y la cara. El ucraniano se retorció de dolor y aullaba como un lobo herido. Me agaché junto a él y le eché un vistazo. Las heridas de cara y pecho parecían ser superficiales, pero las manos tenían una pinta espantosa. Estaban absolutamente quemadas y solo pude distinguir tres dedos en la mano izquierda. La mano derecha no estaba mucho mejor. Era una carnicería. Sangraba abundantemente por ellas, y por los oídos también manaban dos hilillos de sangre.

Me giré hacia la mesa, buscando algo con que restañar la hemorragia. Fue entonces cuando mi mirada se posó en el maletín Samsonite. O mejor dicho, en sus restos. Aquel jodido maletín debía llevar en su interior algún dispositivo pirotécnico instalado para evitar que personas no autorizadas accediesen a su interior. Aquel dispositivo había explotado cuando Viktor trató de forzar el maletín, y solo el azar había evitado que volase en pedazos al ucraniano.

Lo contemplé, absolutamente impotente, mientras los gritos de dolor de Pritchenko resonaban en mis oídos. Fuera lo que fuese lo que alguna vez contuvo el Samsonite negro, ahora ardía con furor encima de aquella mesa, convirtiendo rápidamente su valioso y desconocido contenido en un montón de cenizas.

06 June 2006 @ 12:50 hrs.

ENTRADA 87

Estoy asustado. Estoy jodidamente asustado, más que en ningún otro momento de toda esta mierda. Prit está malherido y no sé qué hacer. Sus manos tienen un aspecto bastante malo y lo único que tengo en mi botiquín son unos cuantos analgésicos suaves (Algiadín y Nolotil), un par de antibióticos y algunas cremas contra las quemaduras solares.

Le he incorporado a duras penas y me lo he llevado al baño. Allí le he lavado como he podido las manos y los antebrazos. Es un puto destrozo. La mano derecha está en carne viva, totalmente quemada. No sé mucho de medicina, pero parecen quemaduras de segundo grado. En la mano izquierda el daño es aún peor. Le faltan los dedos meñique y anular y los huesecillos del dedo corazón están a la vista. Además tiene un profundo corte en la palma de la mano que no para de sangrar. Joder. Rebuscando en el botiquín del concesionario he encontrado un paquete de gasas estériles y Silvederma, un gel para quemaduras. Le he untado la mano derecha con la crema y he colocado un montón de apósitos en las dos manos para conseguir que dejen de sangrar, pero es un apañón bastante chapucero.

Tengo que hacer algo, y rápido. La pequeña explosión del puto maletín se tiene que haber oído a cientos de metros de distancia, y dentro de poco vamos a tener la visita de todos los jodidos No Muertos de los alrededores. De hecho, ya puedo oír los gemidos de bastantes de ellos ahí fuera.

Acabo de acomodar a Prit en el todoterreno, entre resoplidos de dolor. Ya hay docenas de No Muertos agolpándose en torno al concesionario. Escribo estas notas apresuradas mientras espero a que se despeje un poco la zona del portón por donde tengo que salir. Solo tendré unos segundos para abrir el portón y subirme de nuevo al todoterreno antes de que esos seres me vean y se abalancen sobre mí. No tendré tiempo para cerrar de nuevo el portón, así que es inevitable que esos monstruos invadan el concesionario. Un refugio menos.

Necesito vendajes, analgésicos y sobre todo, antibióticos. Lo ideal sería un médico que remendase las heridas de Viktor, pero no creo que sea fácil encontrar a ninguno por aquí. Mierda. Joder. Necesito todas esas cosas cuanto antes.

El Hospital Xeral debe estar a pocos kilómetros. Evidentemente no creo que quede nadie allí, pero espero al menos poder encontrar los medicamentos que necesito.

Prefiero no pensar en lo que me puedo cruzar por el camino.

No tengo otra alternativa. Voy a conectar la alarma de uno de los deportivos

en el otro extremo del concesionario. Espero que eso despeje la puerta lo suficiente para que podamos salir. Viktor se desangra por minutos y no aguantará mucho más ese dolor. Tengo que llegar a ese jodido Hospital como sea.

Que Dios nos ampare.

ENTRADA 88

Soy un imbécil. He tenido a Prit sufriendo de dolor durante más de media hora, sin recordar que en el fondo de la mochila del soldado disponía de varios viales inyectables de morfina. Son muy fáciles de usar. Es una cajita de cartón duro, con el águila del Ejército de Tierra Español estampada sobre un lado y una cruz roja sobre fondo blanco por el otro. Además, pone MORFINA en letras bien grandes en un lateral. Vamos, que hasta un tonto podría darse cuenta de lo que es. Pero yo, como un estúpido, me había olvidado completamente de su existencia hasta que al tomar una curva a demasiada velocidad la mochila, con un sonido seco, salió disparada hacia un lado y golpeó contra una ventanilla. Pero, una vez más, me estoy atropellando al tratar de contar las cosas.

La salida del concesionario fue rápida. Quizás la mejor noticia en horas, dadas las peliagudas circunstancias. En cuanto conecté una de las alarmas de los coches, para provocar un foco de distracción, la mayor parte de la masa ululante que estaba fuera se desplazó hasta la esquina opuesta del edificio, atraída por el intenso barullo. Sabía que eso irremediamente convocaría a muchos más de estos seres, pero era un precio que estaba dispuesto a pagar. Al fin y al cabo, nosotros nos largábamos de allí, y cagando leches, además.

Me acerqué al enorme portalón metálico y destrabé los seguros laterales de la puerta. A continuación presioné el llamativo botón rojo de apertura que estaba fijado en la pared. Evidentemente, no sucedió nada, y a que no había electricidad. La presión y el stress me estaban jugando una mala pasada. Maldiciendo por lo bajo, deslicé mi mirada por todo el portal, buscando algún sistema manual de apertura. Sí. Allí estaba. Una pequeña palanca sobre el enganche del cable de la puerta.

Al accionarlo se oyó un suave «clanc». A continuación, el sistema de contrapesos de la puerta entró en funcionamiento y el enorme portalón se plegó sobre sí mismo a más velocidad de la que hubiese sospechado. En cuanto se empezó a mover corrí como un poseso hacia el todoterreno, que me esperaba con el motor encendido al ralentí. Cuando subí al vehículo caí en la cuenta de que si hubiésemos necesitado cerrar el portón no habría sido nada fácil. En modo manual, sin electricidad, la única manera de bajarlo era enganchando un bichero en la argolla situada en el techo, y no tenía ni idea de dónde demonios podía estar ese instrumento. Por otra parte, qué más daba.

Con un acelerón el GL pegó un salto hacia delante y salimos del concesionario envueltos en un tenue aroma a neumático quemado. Creo que al salir rocé a un par de esos seres (tengo la imagen de una mujer de mediana edad, con un collar de perlas y el pelo cardado golpeándose contra la aleta

trasera del 4x4), pero por lo demás, el camino hasta el acceso de la autovía fue relativamente fácil. Al pasar al lado de la desvencijada furgoneta que nos había traído hasta allí observé que estaba rodeada de al menos una docena de esos No Muertos, algunos de los cuales incluso se las habían apañado para entrar en su interior.

¿Qué es lo que les atraía de ese vehículo abandonado? ¿Quizás aún percibían restos de nuestra reciente presencia allí? ¿Rastros de olor, de calor quizás? Quién sabe. Lo único cierto es que esos seres parecen tener atrofiadas o disminuidas muchas de sus cualidades «humanas», pero en compensación parecen haber desarrollado otro tipo de sensibilidades más sutiles. Y más peligrosas para nosotros. Mierda.

No fue hasta pasados un par de kilómetros cuando caí en la cuenta de que aquel GL llevaba instalada una pequeña pantalla en el salpicadero. Tardé un rato en darme cuenta de que aquello era un GPS. Lógico, en un vehículo de esa gama. Mientras le daba al botón de encendido rezaba para que aquel trasto todavía funcionase.

La pantalla se iluminó con un parpadeo azul, mientras conectaba con los satélites situados en órbita geosíncrona. Suspiré aliviado. Mientras la sociedad se había derrumbado y los No Muertos habían tomado todo el mundo civilizado, aquellos satélites habían continuado su camino silencioso e imperturbable en la soledad del espacio, indiferentes al caos que se desataba a miles de kilómetros de ellos. Aún funcionaban, por supuesto, y supongo que continuarían haciéndolo por un tiempo bastante largo, hasta que la falta de control desde la tierra o cualquier otro incidente los inutilizase para siempre.

Era un modelo caro, de pantalla táctil. Busqué apresuradamente en el menú del programa la dirección del hospital más cercano, mientras no apartaba la mirada de la calzada. De vez en cuando me veía obligado a pegar un par de bandazos para esquivar a algún No Muerto o los restos de algún que otro vehículo, pero por regla general el camino estaba bastante despejado.

Con un pitido, el GPS me indicó que el centro médico más cercano era el Hospital Meixoeiro, al tiempo que me trazaba la ruta más corta. Fantástico. Eso me evitaba tener que internarme de nuevo en aquel cadáver pútrido que era la ciudad de Vigo.

Entretenido con la pantalla, casi no lo vi. De repente, surgiendo delante de mí, me encontré con una enorme montonera de más de quince vehículos estrellados. Me vi obligado a pegar un fuerte frenazo, y giré desesperadamente el volante hacia la derecha, tratando de esquivar lo inevitable.

Con un sonoro chirrido de ruedas el GL se desplazó un par de metros de lado para quedar finalmente a menos de cincuenta centímetros del primer vehículo siniestrado, con los cuatro intermitentes parpadeando, emitiendo un sonoro « clic-clic ». Por el resto, silencio absoluto.

Me sequé el sudor, demudado. Si no hubiese sido por toda la seguridad pasiva que llevaba aquel todoterreno (asistencia a la frenada y demás maravillas técnicas), me hubiese empotrado sin remedio contra aquella muralla de chatarra y hierros retorcidos y ahí habría terminado la historia.

Me estremecí de terror. Estamos viviendo en el filo de la navaja permanentemente y no somos conscientes de ello. No hay Policía, ejército, médicos ni nadie que cuide de nosotros si nos pasa algo, cualquier cosa.

Estamos jodidos.

Estamos solos.

Solos. Joder.

Metiendo la primera, pegué un acelerón hacia un lateral de la vía y me salí de la calzada. Conectando la reductora, embestí la débil alambrada que marca el límite exterior de la autopista (y que en tiempos normales impedía el acceso de animales a la misma), y comencé a recorrer camino campo a través.

Al cabo de diez minutos de violentas sacudidas por fincas abandonadas y caminos cubiertos de maleza, hice un pequeño alto bajo un grupo de árboles. Era una zona fresca, resguardada, y sobre todo, discreta. No se veía ni un alma, humana o no, en cientos de metros a la redonda.

Un viejo lavadero abandonado, cubierto de zarzas, yacía semiderruido al lado del todoterreno. De un caño brotaba un chorro cantarín de agua fresca. Me bajé del 4x4 y sumergí las manos bajo el agua. Estaba fresca, casi fría en contraste con el calor aplastante de la tarde. Era deliciosa. Bebí como un camello de aquel chorro y mojé con la cantimplora los labios resecos de Prit, que semiinconsciente, no quiso o no pudo beber.

Le toqué la frente. Estaba ardiendo. O estaba padeciendo un shock postraumático o bien las heridas estaban comenzando a infectarse. Fuera lo que fuese, necesitaba antibióticos y los necesitaba ya. Le inyecté un vial de morfina para calmar sus dolores y me subí de nuevo al coche, abandonando aquel breve momento de paz.

Arrancamos en medio de una enorme polvareda. Aún nos quedaba mucho camino por recorrer.

12 June 2006 @ 20:59 hrs.

ENTRADA 89

Acabamos de cruzar un riachuelo hace unos treinta minutos. No era demasiado profundo, pero el Mercedes, aunque lujoso, no está adaptado para vadear corrientes de agua. No he podido evitar que entrase algo de agua por las juntas de las puertas y los respiraderos de ventilación, así que nos hemos mojado un poco. No importa. Nos íbamos a mojar de todas formas.

El cielo se está encapotando por momentos. Unas nubes negras de tormenta se llevan acumulando toda la tarde sobre esta zona. Es normal. Tras tantos días consecutivos de calor era cuestión de tiempo que se descargase una buena tormenta, y mucho me temo que esta va a ser de las grandes. Lúculo está terriblemente inquieto, algo que solo le sucede cuando se avecina una borrasca de las gordas. Ahora entiendo su inquietud en el concesionario.

Lo cierto es que el ambiente está cargado de electricidad. Hace un calor bochornoso, no se mueve ni una brizna de aire y el cielo está cada vez más oscuro. Hace tiempo que no veo perros vivos, pero estoy seguro de que si quedase alguno por las inmediaciones estaría aullando como un loco. El aire parece extrañamente más denso y estoy convencido de que los sonidos suenan como amortiguados. Es como estar metido en una peli de miedo. Resulta aterrador. Mientras conducía a toda la velocidad que me parecía prudente, notaba como se me erizaba el vello de los brazos. Tenía que llegar rápido a ese hospital o encontrar algún lugar donde guarecerme.

Salimos de nuevo a una calzada en una carretera secundaria a tan solo unos cuatro o cinco kilómetros del Hospital, según el GPS. El vehículo, cubierto de barro, patinó un poco en la maleza del arcén, pero finalmente su tracción nos permitió colarnos en la calzada desierta. Paré un momento para observar a Prit. Seguía semiinconsciente por efecto de la morfina, en un estado de duermevela preocupante. Eché un vistazo a ambos lados de la calzada. No se veía ni un alma, ni un puto ser vivo. Algunos matorrales verdes asomaban tímidamente la cabeza por las grietas del asfalto. Hacía meses que nadie pasaba por aquella carreterucha secundaria. En cuestión de pocos meses más se vería completamente devorada por la maleza.

Metí la primera y comencé a rodar hacia el hospital. Al cabo de unos minutos de camino, me rendí a la evidencia y encendí las luces. Aunque sólo eran las seis de la tarde la oscuridad del exterior era casi absoluta. No podía distinguir más allá de unos treinta o cuarenta metros. La tormenta se acercaba. Ya se oían algunos truenos lejanos que hacían retemblar las ventanillas del todoterreno. Aquello estaba a punto de comenzar.

Reconozco que estaba acojonado y que aquella atmósfera me volvía

sugestionable, pero el susto que me llevé quinientos metros más adelante casi me provoca un infarto. Esquivando un eucalipto caído en medio de la calzada, los focos del coche iluminaron repentinamente una calavera sonriente, envuelta en un montón de harapos, tirada sobre el asfalto. Frené de golpe, casi justo sobre ella, pero de hecho pude oír perfectamente un audible «crac» debajo de las ruedas delanteras, cuando pisamos un montón de huesos.

Detuve el todoterreno. Me pasé las manos por la cara, sudando. Se estaba levantando viento. Lo oía silbando entre los árboles, las primeras ráfagas de la tempestad. Adivinaba algo enorme justo enfrente del vehículo, pero en la negrura del atardecer no veía exactamente qué era. Aquel sitio tenía algo en particular, algo tenebroso.

Amartillé el AK, dolorosamente consciente de lo poco que sabía del manejo de armas de fuego y bajé del todoterreno, cuyo motor ronroneante era el único sonido de la tarde-noche, junto con el rugido del viento. Dejándolo a mi espalda, comencé a andar cautelosamente hacia el frente, en el espacio iluminado por los dos focos del vehículo. Veía mi sombra proyectándose delante de mí, a medida que me acercaba hacia aquella figura negra que estaba al fondo.

Sujeté el AK con fuerza. Veinte metros. Me sudaban las manos y notaba el corazón laténdome salvajemente desbocado. Quince metros. Aquella masa informe ocupaba casi la mitad de la calzada, pero aún no podía adivinar qué era. El viento caliente me envolvía como una manta. Diez metros. De repente el olor. Cinco metros. Dios mío.

Apilados frente a mí, docenas, quizás centenares de cadáveres putrefactos, se descomponían lentamente a la merced de las inclemencias del tiempo y de las alimañas. Me apoyé en el cañón del AK para no caerme al suelo. Oh, Jesús. Las piernas me fallaban. Tuve que sentarme en el suelo, incapaz de desviar la mirada del espacio tenuemente iluminado por los focos.

La figura que había adivinado entre las sombras eran unos enormes pivotes de cemento reforzado y una especie de contenedor metálico, parecido a las oficinas móviles de las obras. El alambre de espinos tendido frente a ellas me indicaba que estaba frente a un antiguo check-point abandonado.

Todos los cadáveres presentaban impactos de bala. El suelo del check-point, hasta donde podía ver, estaba cubierto de relucientes casquillos de cobre. Aquello era un gigantesco osario, que recordaba las imágenes de Ruanda de hace un millón de años...

No era difícil adivinar lo que había pasado allí. Un check-point del ejército, en un sitio evidente, de camino a un punto sensible, el Hospital. De repente, docenas, cientos de No Muertos convergen por la carretera atraídos por la presencia humana. Los defensores del control les hacen frente desesperadamente, eliminando a tiros a cientos de esos seres, mientras piden desesperadamente refuerzos. Después...

Lo de después, era evidente. Los restos de sangre reseca, proyectada contra las paredes del container y un par de fusiles de asalto tirados en el suelo me decían todo lo que necesitaba saber sobre la suerte que habían corrido los defensores del check point. Los No Muertos habían pasado. Como en Pontevedra. Como en Vigo. Como en todas partes...

Volví al todoterreno notando cómo unas lágrimas incontrolables me resbalaban por la cara. Mientras me subía al coche, un rayo iluminó lúgubrementemente la escena. Al cabo de unos segundos, el todoterreno aplastaba con un sonido indescriptible cientos de huesos podridos al trepar sobre aquella masa. Cruzamos aquel check-point sin mirar hacia atrás. Teníamos que continuar.

ENTRADA 90

El relámpago fue tan espectacular que tiñó por unos segundos de un azul malsano todo el horizonte. A continuación un trueno terrorífico, descomunal, hizo vibrar las ventanillas del todoterreno con un sonido bronco y profundo que se prolongó al menos siete u ocho segundos. Fue como el pistoletazo de salida.

A partir de aquel momento, los relámpagos y los truenos se sucedían con una cadencia constante, uno cada minuto y medio, aproximadamente. Aún no había roto a llover, pero el aire ya tenía un intenso aroma a ozono. Iba a caer una tromba de las buenas.

Una bandada de cuervos y gaviotas, gordas y relucientes, levantaron el vuelo asustadas por el rugido del motor del GL a mi paso. Con el transcurso de los meses he aprendido a discriminar las imágenes que me asaltan y a no contemplar aquellas que resultan más desagradable (demasiadas, desgraciadamente). Sin embargo no pude evitar ver qué era lo que habían estado devorando las carroñeras hasta hacía un momento. Otra pila de cuerpos sin vida. La imagen del cadáver semiputrefacto de un niño de no más de tres años, con las cuencas oculares vacías y las mejillas picoteadas me golpeó en el estómago como un puñetazo. Me sentí jodidamente enfermo de náuseas. Toda esta mierda me está volviendo cada vez más duro, no lo puedo negar, pero aún tengo el suficiente sentimiento y sensibilidad como para sentir que me vuelvo loco por segundos.

La carretera secundaria desembocaba bruscamente en una vía mucho más ancha y más cuidada a poco más de un kilómetro del Hospital, según el GPS. Estaba al lado de lo que parecía ser una pequeña tienda de muebles, o algo por el estilo. El entorno en general era boscoso, una densa masa de eucaliptos y pinos que se sacudían salvajemente, azotados por el vendaval. La calzada, abandonada desde hacía meses, estaba cubierta de ramas, cortezas de árboles y algún que otro montón de cadáveres putrefactos. Los No Muertos habían pasado en manada por allí, pero la resistencia debió ser dura. Tenía la sensación de estar acercándome al escenario de una catástrofe. Empezaba a sentir vértigo.

De las sombras del edificio de los muebles se desprendieron una media docena de figuras tambaleantes, que comenzaron a caminar hacia el GL. No podía quedarme allí por más tiempo. Incorporé el vehículo a la calzada principal y me fui acercando lentamente hasta el Hospital, esquivando cautelosamente las ramas caídas en la calzada y a algún que otro paseante inoportuno que trataba inútilmente de arañar el coche.

De repente, algo me llamó poderosamente la atención. Un par de los No Muertos que vagaban por la calzada iban vestidos con los restos harapientos de lo

que parecían pijamas de hospital. Me estremecí de terror. Si el Meixoeiro estaba infestado de No Muertos, entonces estábamos realmente jodidos.

La última curva de la carretera conducía a la cima de una pequeña loma, desde donde se podía contemplar el Hospital. Cuando llegué allí pegué un frenazo y muy a mi pesar, me detuve por un momento. Contuve la respiración. Joder.

El Hospital Meixoeiro es una inmensa y moderna mole de acero, vidrio y cemento, perteneciente al Sistema Público de Salud. Un edificio gigantesco, laberíntico, construido en diversas fases y con kilómetros de pasillos y salas.

Era uno de los Hospitales de referencia de Galicia y estaba dotado de los mejores y más modernos medios humanos y técnicos, lo máximo que la hiperavanzada sociedad del siglo XXI podía proporcionar. Miles de personas, entre pacientes y personal acudían a diario a sus instalaciones. Un auténtico templo a la ciencia y al orgullo y la salud del hombre. Algo digno de verse.

Ahora, sin embargo, aquel parecía un lugar surgido de una pesadilla. Todas las ventanas orientadas en dirección Norte parecían haber saltado hechas pedazos, por algún motivo desconocido. Por los huecos oscuros de las ventanas rotas asomaban jirones de cortinas rasgadas y descoloridas, flameando alocadamente entre las ráfagas de viento. Una cañería de fecales debía haber reventado hacía tiempo en la cuarta planta y un limo negro, reseco y maloliente cubría un sector de la fachada.

Sin embargo, lo que realmente convertía en aterrador el panorama era la total ausencia de luz, sonido y movimiento. El inmenso edificio se alzaba como un monolito, negro, oscuro, y vacío de vida. Todas las ventanas estaban absolutamente a oscuras y el túnel de acceso a Urgencias, cubierto de sombras, parecía la entrada a una mina profunda.

En torno al edificio podía ver lo que parecían los restos de una actividad frenética y apresurada. Docenas de coches particulares, vehículos patrulla de los Municipales y la Guardia Civil y ambulancias abandonadas de cualquier manera, muchas de ellas con todas las puertas abiertas de par en par. Lo que es peor, algunas cubiertas de una costra oxidada que no podía ser otra cosa que sangre reseca. Camillas y material médico inservible, abandonado aquí y allá, como si en un momento de desbordamiento hubiesen tenido que improvisar un apresurado Hospital de Campaña en la explanada delantera del edificio.

Un autobús del servicio urbano, con las ventanillas cubiertas de cuajarones de sangre reseca, yacía aparcado de cualquier manera encima de un parterre de césped, como si un conductor borracho lo hubiese dejado allí de cualquier manera. En las puertas batientes de la parte trasera del autobús podía ver perfectamente dibujado en sangre el contorno de varias palmas de la mano. Solo Dios sabe la historia que podría contar aquel vehículo, si hablase.

Una hilera doble de sacos terreros y barreras de hormigón armado cubrían todo el perímetro y en algunos lugares se veían zonas especialmente reforzadas,

en lo que supuse que en algún momento habían sido puntos de control. Como en el camino, como en todas partes desde hacía unos cuantos kilómetros, restos de casquillos de bala y cadáveres putrefactos por doquier. Sin embargo, sorprendentemente, en torno al Hospital había muchos menos de los que se podía haber esperado. Era curioso.

No tardé en corregirme mentalmente. Cuando la enorme masa de No Muertos llegó hasta allí, los defensores ya debían estar diezmados, agotados, y casi sin munición. Para los engendros debió ser fácil superarlos. Después, la carnicería.

Noté el sabor amargo de la bilis en la boca. Me imaginé un hospital repleto de personas heridas, refugiados, personal médico, mujeres, niños... Y de repente, docenas, cientos de esas cosas irrumpiendo por todas partes. Oh, Cristo bendito.

Aquel lugar estaba lleno de dolor, muerte y desesperación. Aquel edificio oscuro y silencioso que se erguía ante nosotros era una enorme tumba... O algo peor.

Sin embargo, no me quedaba más remedio que entrar. Prit necesitaba el material médico que hubiese allí dentro. No teníamos más opciones.

Dejé que el todoterreno rodase en silencio hasta prácticamente la entrada del túnel de acceso a Urgencias. Sudoroso, miré en todas direcciones. Dudaba. Por una parte, si entraba yo solo, iría mucho más rápido y en caso de problemas, me defendería mucho mejor. Por otra parte, no me atrevía a dejar a Prit en estado semiinconsciente y a solas, abandonado en aquel aparcamiento, a merced de esas cosas, mientras yo recorría las entrañas de aquel edificio.

Y además estaba Lúculo. Joder.

Un enorme trueno, que sonó como un gigantesco Ka-boooooom me sobresaltó de golpe, sacándome de mis cavilaciones. El tiempo corría. Un enorme goterón impactó con la fuerza de una bala contra el parabrisas, salpicando en mil direcciones. Y a continuación otro, y otro más, en una rápida sucesión. Estaba empezando a diluviar.

La tormenta llegaba.

20 June 2006 @ 20:32 hrs.

ENTRADA 91

Los goterones sueltos se convirtieron progresivamente en un auténtico diluvio. Pronto, el sonido de los truenos quedó ahogado por el rugido que producían millones de gotas al impactar contra el suelo. Calculé a ojo que no debía estar a más de unos veinte metros del túnel de entrada a Urgencias. No podía ir con el todoterreno más allá. Unos enormes cubos de hormigón armado cruzados en la calzada y un montón de sacos terreros impedían el paso rodado. Una garita cubierta a unos tres metros a mi izquierda debía haber servido de refugio al guardia que en otro tiempo me tendría que haber dado el alto, pero ahora no había ni un alma a la vista. Aquel escenario desierto, iluminado por los relámpagos, ponía los pelos de punta.

Me coloqué la mochila en la espalda y ceñí bien las cinchas. Entre Prit y Lúculo no iba a tener mucha movilidad, así que lo mejor era tomar precauciones y evitar que por una mala distribución del peso nos fuésemos todos al suelo justo en las narices de un grupo de No Muertos.

Saqué a Lúculo de su cesta y lo arrullé en mis brazos por un momento, antes de salir. Mi pequeño amigo peludo ronroneaba satisfecho, contemplando cómo caía la lluvia en el exterior mientras él se sentía cómodo, seco y calentito sobre mis rodillas. Le rasqué detrás de las orejas, contemplándolo con cariño. Ya desde que era tan solo una diminuta bola de pelo le gustaba acomodarse en el radiador y contemplar las cortinas de agua que caían en el jardín de casa los días de temporal...

El recuerdo de mi casa, de mi vida, del mundo entero antes de que se desencadenase el caos me traspasó como una daga. Echo de menos mi casa. Echo de menos mi trabajo, mis amigos, mi vida, pero sobre todo echo de menos a mi familia. Hace meses que no sé nada de mis padres o de mi hermana, por no hablar de la tonelada de primos, tíos y amigos que tengo (tenía), repartidos por toda Galicia. A lo largo de todo este tiempo he procurado mantener mi mente ocupada con mi propia supervivencia y no pensar mucho en todo ello. Cada vez que lo he hecho, en un momento u otro, he tratado de auto-engañarme pensando que seguramente estarían cómodamente instalados en algún refugio seguro, o en alguna zona adonde estos monstruos no hubiesen llegado...

Ahora se que todo eso es mentira... Estos seres de ultratumba están por todas partes y han llegado a todos lados. No hay ningún sitio seguro y nadie está a salvo. Todos los supervivientes estamos sumergidos en un inmenso cubo de mierda, y los bordes del cubo están desesperantemente lejos.

Noté como unos lagrimones se me asomaban a los ojos. Respiré profundo, me rasqué la cara y sacudí la cabeza, tratando de poner en blanco mi mente. Si

empezaba a llorar no iba a poder parar. Si me derrumbaba, estaba jodido. El puto instinto de supervivencia se puso en marcha de nuevo y algo, en lo más recóndito de mi hipotálamo segregó las suficientes endorfinas como para ponerme en funcionamiento. Aun así el dolor seguía dentro, hondo, clavado y supurando pus. En algún momento tendría que afrontarlo y tratar de arrancarlo de mi corazón. Pero ahora no. Aún no.

Con cautela, presioné la manilla de la puerta y la abrí procurando hacer el menor ruido posible. En cuanto puse un pie fuera del coche, una violenta ráfaga de viento arrastró contra mi cara una auténtica cortina de agua. Los truenos y los rayos se solapaban uno detrás de otro y la oscuridad en aquel momento ya era casi absoluta. Cerré la puerta detrás de mí y permanecí en cuclillas por unos instantes, con la espalda apoyada en el todoterreno.

No veía nada que pudiera parecer peligroso, pero el instinto me decía todo lo contrario (que cojones... Para ser honestos, el instinto me gritaba a voces que saliese de allí cagando leches).

A poco más de seis metros de mí podía ver el cadáver semiputrefacto de un Policía Nacional con uniforme de anti-disturbios. El inconfundible color azul se había desvaído en algunas partes por efecto del sol y en otras tenía un color negruzco oxidado, producto de las manchas de sangre y fluidos del cuerpo. De cintura para arriba, de hecho, el cuerpo no era más que un inmenso montón de carne desgarrada y maloliente. De la cabeza, ni rastro.

Me sobrecogí con la escena. No sabía si habían sido las alimañas o los No Muertos los que habían desfigurado hasta tal punto aquel cadáver, pero parecía una imagen sacada de la mente de un carnicero demente.

Sentí arcadas, pero no vomité. No pude evitar sorprenderme a mí mismo. Me debo estar volviendo un machote (o un desequilibrado al que ya no le afecta gran parte de esta mierda, según se mire)...

Me acerqué hasta el cadáver. Conteniendo el aliento abrí la pistolera que llevaba colgada en la cadera derecha y extraje una reluciente pistola negra. Era más grande que la del soldado y pesaba más, pero tampoco le dediqué mucha más atención. No tenía tiempo. A continuación me incliné sobre una de las botas de combate del policía y comencé a desatarle el cordón. El pie estaba negro y putrefacto por la acumulación de líquidos en la parte baja del cuerpo y desprendía un olor nauseabundo, así que procuré aligerar la tarea lo máximo posible. Finalmente tuve un cordón de unos dos metros de longitud en mi poder.

Con la pistola y el cordón volví de nuevo al todoterreno, ya calado hasta los huesos. Agarrando por la panza a un sorprendido Lúculo até un extremo del cordón a su collar y el otro a mi muñeca con un doble as de guía. A continuación me colgué el AK y el arpón cruzados sobre el pecho y arrastré el cuerpo inconsciente de Prit hasta el exterior.

La auténtica ducha que era aquel diluvio tuvo la virtud de despertar al

ucraniano. Con un gemido me indicó que aún estaba vivo, pero que aquello le tenía que estar doliendo demonios. Pasándome su brazo sobre los hombros, comenzamos a caminar hacia el túnel de acceso, mientras que con la mano libre sostenía la pistola y arrastraba a un indignado Lúculo que a la humillación de verse tratado como un vulgar perro con correa le sumaba el hecho de estar empapándose debajo de aquel diluvio.

Nuestra marcha era dolorosamente lenta. Prit apenas podía andar y yo estaba cargado como un burro con el equipo. Aquellos pocos metros me parecieron kilómetros. El gato tironeaba con saña del cordón, tratando de ponerse a cubierto del aguacero y cada vez que pegaba un salto, el recio cordón de la bota se me clavaba profundamente en la muñeca, lanzando oleadas de dolor brazo arriba.

Debíamos componer una estampa surrealista. Pronto caí en la cuenta de que si un No Muerto aparecía frente a nosotros de golpe, apenas podría defendernos, con ambos brazos inmovilizados. Eso sirvió como acicate para apurar el paso.

Al cabo de algunos segundos alcanzamos el túnel de acceso a Urgencias. El techo acristalado que se extendía sobre nosotros servía como una caja de resonancia a los millones de gotas de lluvia que caían incesantemente. Haciendo un extraño, conseguí sacar la linterna del bolsillo y enfocar el haz de luz al fondo del corredor. Olía a podrido. Y a algo más.

23 June 2006 @ 11:25 hrs.

ENTRADA 92

La puerta batiente de urgencias se abrió con un suave siseo cuando apoyé el hombro contra ella. Asomé la cabeza al interior. El enorme recibidor estaba en penumbra. Una suave luz tamizada se filtraba a través de un par de ventanas rectangulares de gran tamaño que corrían pegadas al techo. Una de ellas tenía un par de inconfundibles agujeros de bala marcados justo en la mitad.

El vestíbulo parecía un antiguo matadero abandonado. Enormes manchas de sangre reseca de color marrón oxidado salpicaban el suelo y las paredes. En algunos puntos daba la impresión de que se habían vaciado cubos enteros. El olor dulzón y nauseabundo de la sangre seca se mezclaba con el aroma a putrefacción, a alimentos estropeados y a sudor rancio. Era sutil, débil y escaso, pero inconfundible. Olía a sudor humano. Alguien había estado sudando en aquel espacio cerrado. Lo que no era capaz de precisar era si había sido hacía tres horas o tres meses. Tampoco soy un puto pediguero.

Tirados de cualquier manera por todas partes podía ver ropa abandonada, restos de vendajes usados, camillas cubiertas de fluidos resecos e incluso un par de equipos de reanimación con las palas colgando. El conjunto no era muy acogedor, que digamos.

Sin embargo, lo más sobrecogedor de toda aquella estampa macabra eran las docenas de huellas y pisadas manchadas de sangre que se entrecruzaban por doquier. Muchos pies, y cuando digo muchos me refiero a MUCHOS, habían pisoteado los charcos de sangre, dejando un rastro aparentemente errático. Había huellas grandes, huellas pequeñas, incluso de niños, zancadas largas, pies arrastrados... Una colección completa. Sin embargo, no se veía a nadie. Y tampoco podría asegurar que esas huellas fuesen de seres vivos.

Casi desfallecido, dejé caer a Prit en una silla de ruedas de Urgencias. Con alivio me desaté a Lúculo de la muñeca y lo enganché en un radiador de la oficina de recepción. Aunque se quedó bastante dolido por este gesto y se moría de ganas de explorar aquel sitio nuevo, no podía permitirme dejarlo suelto por ahí. No sin saber primero que es lo que nos podíamos encontrar.

Había cadáveres por el suelo, por supuesto, pero bastantes menos que en el exterior. Supuse, mientras evitaba de milagro pisar a una mujer tremendamente inflada por los gases de la descomposición, que la mayoría de aquellos desgraciados no eran No Muertos abatidos a disparos, sino víctimas inocentes que habían sido mutilados por éstos con tal salvajismo que estaban más allá de cualquier posibilidad de resurrección.

Eso me llevaba a pensar que la clamorosa ausencia de cadáveres obedecía a que ahora la mayoría de los pacientes formaban parte de la gigantesca cofradía

de No Muertos. Y dudaba mucho que se hubiesen ido a la playa a tomar el sol.

De repente, un estruendoso sonido metálico me dejó totalmente paralizado. Había sonado como si alguien hubiese tropezado con un archivador, un carrito, o algo por el estilo, seguido de un prolongado gemido. El sonido parecía provenir de bastante lejos (juraría que un par de plantas más arriba), pero bastó para ponerme los pelos de punta.

No estábamos solos allí dentro.

No pensaba dedicarme a recorrer un hospital a oscuras, abandonado y lleno de cadáveres sólo para identificar la fuente de un ruido. Fuera lo que fuese (o quien fuese), por mí podían darle mucho por sus partes. Personalmente, yo ya estaba cagado de miedo justo en la entrada como para pensar en adentrarme en las entrañas del edificio.

Pasé al lado del puesto de control de enfermería. Un estetoscopio abandonado atrapaba polvo sobre un montón de historiales clínicos. No me pude resistir a colgármelo del cuello. Es algo superior a mí, que ya desde que era pequeño le cogía el suyo « prestado » a mi madre. Me encantan estos trastos.

Súbitamente me vi mentalmente transportado a un capítulo cualquiera de « Hospital Central ». Me pregunté qué coño pensarían sus personajes si viesan a un tipo con un AK-47, un traje de neopreno y un estetoscopio colgado del cuello paseándose alegremente por urgencias. Solté una risilla histérica. Dios santo toda esta mierda está haciendo que se me empiece a ir la cabeza. Hola, esquizofrenia.

Justo al lado del puesto de control, junto a unos cuantos boxes con las cortinas corridas, estaba el botiquín de urgencias. La puerta estaba rota. Entré con cautela, pisando la capa de cristales rotos que cubría el suelo. Joder. Parecía que hubiese volado una bomba en su interior. El armario reforzado, donde normalmente se guardaba la morfina y los derivados de opiáceos estaba reventado como una margarita. Alguien había entrado allí y lo había abierto por las bravas, con algún tipo de explosivo, quizás simplemente una granada recogida de algún soldado muerto. El petardazo había reducido a astillas un montón de botes, viales y demás instrumental médico. Un trabajo chapucero. Obra de alguien del Punto Seguro en busca de morfina o, más probablemente, de algún yonki con síndrome de abstinencia, que sabía donde encontrar opiáceos. No me extraña. Debe ser jodido pillar caballo en estos días.

Me agaché y me puse a rebuscar entre los pedazos de vidrio roto algún vial en buen estado. Me repetía mentalmente la lista. Sulfamidas, antibióticos, gasas, calmantes, pero que no fuesen derivados de opiáceos (Prit ya llevaba suficiente morfina encima), hilo de sutura, vendas, aguja estéril...

Noté un dolor punzante en la mano y la retiré a toda velocidad. Un pedazo de vidrio, fino como un bisturí se me había clavado en la yema de un dedo. Solté un juramento por lo bajo y me llevé el dedo a la boca. El sabor salobre de la sangre me bajó por la garganta. Envolví distraídamente el dedo con una sutura adhesiva

y continué la búsqueda, de bastante peor humor, amontonando mi pequeño botín en una bandeja honda de aluminio pulido.

Esa bandeja me salvó la vida. Cuando me giré para depositar un rollo de esparadrapo vi algo en movimiento reflejado en el metal, algo justo a mis espaldas. Me giré como una serpiente, notando el sabor amargo del miedo subiéndome desde el estómago, mientras soltaba torpemente el seguro del AK.

Un anciano decrepito y totalmente desnudo, con parte de sus intestinos a la vista, se balanceaba a menos de dos metros de mí, con el pijama del hospital hecho un rollo en torno a su brazo derecho. Abrió su boca en un rugido mudo mientras avanzaba torpemente hacia mí, pisando la capa de cristales con los pies desnudos, sin sentir ningún tipo de dolor. Me quedé paralizado de horror. Aquel anciano no tenía ojos. Sus cuencas oculares estaban vacías y dos chorretones sanguinolentos se habían deslizado por su cara, dibujando una careta monstruosa sobre sus mejillas. Sin embargo, juraría que me tenía perfectamente localizado.

Todo parecía suceder a cámara lenta. Me llevé el AK a la cara, y, curiosamente relajado, apunté el cañón a la altura de su cuello, para compensar el retroceso (algo que había aprendido de los pakistaníes). Dejé que se acercase a apenas metro y medio y apreté el gatillo.

En la frente del anciano apareció un enorme boquete rojizo cuando el proyectil le atravesó la cabeza... A su vez, en la pared que estaba a su espalda una constelación de astillas de huesos, cerebro y sangre oscura trazaba un dibujo obscuro.

El viejo se derrumbó como un saco, emitiendo un gorgoteo húmedo, y arrastrando una montaña de carpetas en su caída. El olor a pólvora me picaba en las fosas nasales, mientras un pitido insistente resonaba en mis oídos, producto del ruido del disparo en un espacio tan diminuto. Aquello prometía una fuerte jaqueca en las próximas horas.

Una vez más, había salvado mi pellejo por el canto de un duro. Pero ahora, en dos kilómetros a la redonda se habría oído el disparo perfectamente. Y así todo ser, vivo o no, que estuviese en el Hospital, sabría que habíamos llegado. Jesús, vaya día.

26 June 2006 @ 13:40 hrs.

ENTRADA 93

En cuanto conseguí que me bajasen las pulsaciones, maldije por lo bajo... ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Tenía el arpón cruzado inútilmente en el brazo izquierdo, y si no me hubiese precipitado tanto, asustado como una vieja histérica, podría haber liquidado al anciano sin tanto escándalo, utilizando un virote en lugar del ruidoso AK.

Lo cierto es que me había visto obligado a reaccionar en segundos, y francamente, no tuve los reflejos suficientes como para pensar en el arpón. El AK fue el primer trasto que se me vino a las manos y actué por instinto.

Ahora tenía más cosas en las que pensar. El ruido del disparo parecía haber desencadenado una oleada de sonidos en todo el Hospital. Puertas que se golpeaban, entrechocar de objetos, algo que caía sonoramente contra el suelo (¿una camilla, quizás?), e incluso golpes sordos y apagados en los tabiques formaban una sinfonía pavorosa. Y gemidos, sobre todo. Los putos gemidos. Como olvidarlos.

Era una especie de eco vago y profundo, como si alguien intentase hablar y por algún motivo se le hubiese olvidado como se mueve la lengua. Resulta aterrador. Supongo que a estas alturas todo el mundo ya habrá visto u oído a alguna de esas bestias, pero tratar de explicar el sonido que producen a quien no los haya visto nunca se me antoja algo imposible. Es un rugido escalofriante, humano e inhumano a la vez. Es como oír algo salido directamente del infierno.

Metía apresuradamente todos los medicamentos en la bandeja metálica y volví corriendo hacia donde había dejado a Prit.

Viktor estaba consciente, sentado muy erguido en la silla de ruedas y sosteniéndose con la mano derecha el bulto enorme y cubierto de vendas que era su mano izquierda. Parecía algo atontado por la morfina y estaba blanco como el papel, pero por el resto parecía plenamente consciente y alerta. Y asustado. Tan jodida y asquerosamente asustado como yo.

Me preguntó qué había sucedido y donde coño estábamos. Rápidamente, le puse al corriente de todo lo acontecido en las últimas horas, desde el momento en que había sufrido el « accidente » hasta que le había dejado sentado en aquella silla en medio de una habitación abandonada y a oscuras...

Entonces caí en la cuenta del enorme susto que se debía haber llevado el ucraniano al recuperar la consciencia y verse solo, herido y entre tinieblas en un lugar desconocido y lleno de ruidos. Me llega a pasar a mí y me da un infarto. Seguro.

Dudé por un momento sobre si debía hablar de sus heridas. Qué demonios, tiene ojos y no es idiota, pensé. Le conté que me daba la impresión de que había

perdido un par de dedos en la mano izquierda y que el anular no tenía muy buen aspecto.

El ucraniano no pestañeó y friamente me preguntó si aún tenía el pulgar. Asentí. Esto pareció relajarle un poco. Con aire flemático, me dijo que mientras dispusiese del pulgar y de un par de dedos para oponerle la cosa no era tan grave. Cosas peores he visto, añadió. Tendrías que haber visto a mi amigo Misha en el 95 después de un impacto de 37 Mm en su aparato. Él sí tenía un problema. Yo estoy relativamente bien. Saldré de esta. Ahora, haz el favor de pasarme ese jodido AK y deja de montar barullo, por Dios. Que aquí nos jugamos el culo.

La sensación de alivio fue tan abrumadoramente enorme que casi me saltan las lágrimas. A pesar de que sabía que la aparente tranquilidad de Prit era tan solo una pura fachada, el simple hecho de oír su voz hizo que me sintiese menos sólo. Le tندی el pesado AK. El ucraniano lo cruzó diestramente sobre su brazo herido, mientras que con su mano sana repasaba el cargador sin ni siquiera una mirada. Parecía perfectamente capaz de defenderse a una sola mano.

Ya estaba más tranquilo. Saber que no tenía que estar con un ojo permanentemente puesto en un inconsciente Pritchenko suponía un considerable alivio para mí. Y saber que de nuevo volvía a tener las espaldas cubiertas, mucho más. De todas formas, por mucho que Viktor se hiciese el duro, podía leer el miedo y la ansiedad en sus ojos. Y además no me olvidaba que el ucraniano necesitaba atención médica urgente. O el sucedáneo de atención médica que le pudiera proporcionar yo. Lo que fuera, pero lo necesitaba ya.

Era hora de salir pitando de allí, antes de que el panorama se pusiera aún más feo. Dejé a Lúculo al cuidado de Prit (aunque juraría, por la expresión de mi gato, que no se sentía muy conforme con el hecho de perderme de vista), y me adentré de nuevo en el corredor de acceso a Urgencias. Era necesario comprobar que el camino estaba libre.

El pasillo seguía igual de oscuro que a nuestra entrada, tan solo iluminado de vez en cuando por el resplandor de algún relámpago. Ahora, lo peor de la tormenta eléctrica parecía haber pasado, aunque aún seguían cayendo numerosos rayos, a un ritmo, eso sí, mucho menor.

Sin embargo, el aguacero, lejos de remitir, parecía haber aumentado en intensidad. Auténticas cortinas de agua se precipitaban en oleadas desde el cielo, que ahora estaba teñido de un oscuro color violáceo, y el viento poco a poco iba alcanzando velocidades huracanadas. Ramas desgajadas, cortezas de árbol y docenas de objetos inidentificables volaban sin control de un lado a otro a través del amplio aparcamiento delantero, mientras remolinos de lluvia impedían la visibilidad más allá de unos cuantos metros. Pero eso era lo de menos. Y tanto.

Docenas de No Muertos, ocupando toda la superficie de cemento exterior, se tambaleaban debajo del chaparrón, moviéndose lentamente hacia el Hospital. Me quedé casi sin respiración, anonadado por aquella escena. No había visto

semejante concentración de esos seres desde los primeros días de la plaga, y francamente, la imagen era sobrecogedora.

Había hombres, mujeres y niños, de toda edad y condición. Algunos parecían estar aparentemente intactos, mientras otros presentaban terribles heridas que iban más allá de lo que un ser humano normal podría soportar. La gran mayoría llevaba puestas las ropas que vestían en el momento en que se transformaron en una de esas cosas. Otros, los menos, iban completamente desnudos o con la ropa hecha jirones a causa del tiempo, los accidentes o Dios sabe qué motivos, resultando doblemente perturbadores a la mirada. Pude ver incluso a un par de ellos con toda la superficie de su cuerpo chamuscada y renegrida, como si hubiesen sido pasto de las llamas. El fuego había desfigurado tanto sus facciones que resultaba imposible identificar su sexo o edad. Otros presentaban amputaciones severas, como si hubiesen sido triturados por una explosión. La variedad de aquel catálogo de los horrores era infinita.

De la enorme multitud salía un coro de gemidos espeluznante. El ruido que producían cientos de pies, calzados o descalzos, arrastrándose por el suelo producía un sonido rasposo que solo era apagado por el ocasional estampido de un trueno. Los rayos iluminaban aquella escena espectral que parecía salida de lo más profundo de las tinieblas.

El agua que caía desde el borde del túnel de acceso me chorreaba directamente en el cuello, pero yo ni siquiera era consciente de ello. Aún oculto entre las sombras que proyectaba el inicio del pasillo, toda mi atención estaba concentrada en aquella enorme marea humana (no exactamente humana, me corregí amargamente), que poco a poco iba cercando todo el campo visual que tenía desde mi posición.

Me devané los sesos por unos instantes, tratando de comprender de donde podía haber salido semejante muchedumbre. La respuesta, por obvia, estalló en mi cabeza con completa claridad. El entorno del Hospital, donde había huellas evidentes de una carnicería, debía estar plagado de docenas, quizás cientos de esos seres. El rugido del motor mientras nos acercábamos los había atraído de nuevo hasta este punto con la misma intensidad con la que una lámpara de jardín atrae a las polillas nocturnas, solo que, en esta ocasión, en vez de continuar nuestro camino nos habíamos detenido, dándoles el tiempo necesario para que nos alcanzasen. Y ahora ya no estábamos en posición de salir de allí cagando leche. Genial.

28 June 2006 @ 12:16 hrs.

ENTRADA 94

Los primeros seres ya habían llegado a la altura del GL, estacionado de cualquier manera contra la línea de bloques de hormigón. Solté un juramento. Cuando bajé a Víctor del todoterreno, tenía los brazos tan ocupados que me olvidé por completo de cerrar la puerta del acompañante. Ahora un par de esos seres, un hombre delgado y alto con la espalda abierta y un chico joven, de no más de quince años, al que le faltaba el gemelo de la pierna derecha, se habían colado a rastras dentro del vehículo, posiblemente atraídos por los rastros de olor que hubiésemos podido dejar en él.

Era cuestión de tiempo que aquella masa rodease por completo nuestro transporte, volviéndolo totalmente inaccesible. Y tan solo les llevaría un rato más descubrir cuál era la vía de acceso al interior del Hospital. La posibilidad de abrirse paso a tiros hasta el todoterreno para huir de allí estaba más allá de cualquier posibilidad de discusión. Sería un auténtico suicidio. Aun suponiendo que consiguiésemos atinar a la primera todos los disparos que hiciésemos (posibilidad más que dudosa en mi caso), la distancia era demasiado grande como para que Prit y yo pudiésemos mantener la suficiente disciplina de fuego y mantener cubiertos todos los flancos simultáneamente. Simplemente, eran demasiados.

Comprendí la sensación de terror puro que debieron sentir en su día los defensores de los puntos seguros cuando se vieron enfrentados a una marea de esos seres, pero de una magnitud mucho mayor. Tratar de acabar con ellos es como pretender evitar que las hormigas suban a tu mantel en un picnic de verano. Puedes matar a docenas de ellas a pisotones, pero continuamente vendrán más. Y más. Son jodidamente imparables.

Esos seres son angustiosos. Su número abrumador y el hecho incontestable de que ya están muertos les convierten en un enemigo formidable. No dudan, no duermen, no descansan, no tiene miedo, nada les para. Solo tienen un deseo, hasta donde yo sé, y es el de capturar a todos aquellos que no son como ellos.

Noté un peso enorme en el corazón. Traté de tragar saliva pero tenía la boca tan seca como un trozo de esparto. Era incapaz de emitir ningún sonido, de respirar normalmente, de pensar con claridad. En ningún momento hasta entonces había sido tan consciente de mi condición de presa. En ningún momento hasta entonces había sido consciente de lo desesperado de nuestra situación.

El mundo ya no es nuestro. Es de ellos. Y no sé hasta cuándo durará esta situación.

Un ligero tintineo a mi izquierda me sacó del estado de trance y me devolvió a la realidad. Pegado al muro, con una mano apoyada contra la pared, avanzaba

un chico joven de unos veintipocos años, de pelo largo y con unos pantalones exageradamente flojos y caídos. Una larga cadena plateada, de la que pendía un fajo de llaves, le colgaba del bolsillo derecho, donde normalmente debería haber estado. Ahora, las llevaba literalmente a rastras, y el llavero, ya inútil, le golpeaba contra las piernas al avanzar, produciendo aquel sonido apagado que me había alertado.

Como todos esos seres, el chico tenía la piel de un color cerúleo transparente y una miríada de pequeñas venas reventadas, dibujando un grotesco mapa en su piel. El brazo izquierdo le colgaba inerte a lo largo del cuerpo, con un horrible desgarrón en el biceps producto de un mordisco. En el pecho, sobre una camiseta sucia y acartonada, podía ver claramente tres o cuatro agujeros de bala. Eran inconfundibles. Me quedé pasmado, contemplando las heridas. Uno de los proyectiles había entrado justo sobre el corazón y las otras balas estaban en la zona baja del estómago. Eran heridas mortales de necesidad.

Me sentí mareado. Aquel ser ya se había enfrentado con anterioridad con un superviviente, el cual, evidentemente, se había defendido a tiros. Sin embargo aquel No Muerto aún seguía moviéndose, lo que me llevaba a ser muy pesimista con respecto a la suerte corrida por el autor de los disparos. Y ahora lo tenía acercándose a mí.

Me había visto. En vez de llegar por la carretera de acceso al Hospital, como la mayoría de aquellos cadáveres ambulantes, él lo había hecho por un lateral del edificio, saliendo de sabe Dios dónde. Mientras la multitud aún estaba arremolinada al otro lado de la línea de sacos de arena, tratando de encontrar un paso, él ya estaba dentro del perímetro, y me había localizado.

Un gemido sordo salió de su garganta (¿Cómo demonios emiten sonido? ¿Es que tienen aire en los pulmones? ¿Respiran?), al tiempo que aumentaba el ritmo de sus zancadas para precipitarse sobre mí. En esta ocasión, me lo tomé con más calma. Cuando aún estaba a quince metros de mí, descolgué el arpón de mi hombro y revisé el virote y la goma elástica. A continuación le eché un vistazo a la pistola por si algo salía mal, y seguidamente me apoyé en una papelera rebosante y maloliente para afinar el tiro. Cuando estuvo a tan solo tres metros de mí, apreté el gatillo.

El virote entró justo sobre su labio superior, a poco más de un milímetro de su pómulo, mientras la punta salía a través de su occipital. El crujido que produjo el hueso sonó como una rama seca al partirse. El engendro se frenó de golpe. Un borbotón de sangre putrefacta empezó a manar de la herida, mientras el chico vacilaba. Parte del virote quedaba dentro de su ángulo de visión e instintivamente trató de echarle mano. Sin embargo, su coordinación, como la del resto de los No Muertos, parecía dejar bastante que desear. Daba manotazos al aire a más de medio metro del extremo del virote, mientras el chorro de sangre, negra y maloliente, era cada vez de mayor calibre. Pronto toda la parte inferior de su

cara y el torso estuvieron teñidas de un intenso púrpura oscuro, al tiempo que sus movimientos se hacían cada vez más lentos y erráticos.

Finalmente, con un curioso gorgoteo, extendió su brazo sano hacia el frente y se desplomó. Si no hubiese sido una escena tan sumamente escabrosa, me hubiese dado la risa lo estrambótico de la caída. Pero no estaba la situación para coñas. Me abalancé de un salto hacia el cuerpo para recuperar el virote ensangrentado. Justo cuando iba a agarrarlo me quedé paralizado por el pánico. Acababa de recordar que tenía un pequeño corte en un dedo, y no llevaba guantes. Contemplé impotente el proyectil que sobresalía como el mástil de una bandera de la parte posterior de la cabeza del chico. Tan cerca, y sin embargo, inalcanzable. Vacilé de nuevo. Tan solo me quedaban tres saetas en la funda que llevaba adosada a una pierna, así que abandonar aquel virote era una pérdida considerable.

Valoré la posibilidad de buscar unos guantes de látex en el interior del Hospital y volver a por el virote, pero una breve mirada hacia la multitud me convenció de que ya no había tiempo. Al menos treinta o cuarenta No Muertos se las habían ingeniado para atravesar la línea defensiva y ahora se dirigían hacia mi figura, que se recortaba con nitidez contra el fondo blanco de la pared del Hospital. Tenía que salir de allí a toda leche.

28 June 2006 @ 19:54 hrs.

ENTRADA 95

Con una última mirada al exterior me precipité de nuevo por el corredor a oscuras, corriendo a toda velocidad, mientras mis pasos resonaban en el eco cavernoso de aquella especie de túnel.

Una filtración en el techo había ido formando un charco de agua en mitad y mitad del pasillo. Ya había visto antes ese charco, pero al entrar tan alocadamente, simplemente, me olvidé de su existencia. El resbalón fue de campeonato, y el costalazo que vino a continuación, de órdago.

Me quedé tumbado en el suelo por unos segundos, boqueando, tratando de recuperar la respiración. Al levantarme, un agudo pinchazo en un costado me hizo pegar un alarido de dolor. Me dejé caer de nuevo al suelo, soltando unos juramentos que harían encanecer a una monja. Lo que faltaba. Tendría que sacarme el neopreno para saber si me había fracturado una costilla, pero de lo que estaba seguro era que iba a tener un bonito y enorme moratón en el costado. Joder. Vaya trastazo. Mierda de charco. Iba a demandar a ese puto Hospital.

La simple idea de una demanda, en una situación tan terrible como aquella, me hizo retorcer de risa, provocándome nuevos espasmos de dolor. Una demanda. Hay que fastidiarse. Gimoteando y sin poder evitar estallidos de risa histérica, me puse de nuevo de pie y continué mi camino hacia el interior del Hospital, entre pinchazos de dolor en el costado.

Ya era oficial. Mis nervios están a punto de romperse.

Empujé las puertas batientes con el costado sano, mientras me afanaba en recargar el arpón, aún entre hipidos de risa. Una vez dentro, les eché un rápido vistazo. Eran unas puertas dobles que se abrían en ambos sentidos, pero por su parte interior tenían un par de sobresalientes ganchos de acero, que se utilizaban para sujetar las hojas a dos soportes instalados en las paredes. Así, cuando era necesario, se podían dejar las puertas fijadas en la pared y abiertas de par en par, sin necesidad de estar empujándolas permanentemente.

Ahora pensaba darle a esos ganchos una utilidad diferente. Justo al lado de la puerta, tumbado en el suelo, oculto bajo un montón de material medico desechado, yacía un palo de gotero con dos bolsas de suero vacías colgadas de sus soportes. Aparté a patadas el enorme montón de gasas, cajas de tranquilizantes y restos de vendajes para cogerlo. A continuación atranqué la puerta con el gotero, pasándolo a través de los ganchos. Torcí el gesto, apesadumbrado. En las pelis siempre parece más fácil. Aquel invento no soportaría por demasiado tiempo los embates de una multitud como la que se iba a abalanzar contra la puerta en poco más de un par de minutos.

Llegué jadeando junto a Viktor, que me observó con cara de preocupación,

mientras recuperaba el aliento apoyado en su silla. En pocas palabras le puse al corriente del enorme problema que se nos venía encima. Era de todo punto imposible salir por aquella puerta, y además, no dudaba que los No Muertos pronto se las arreglarían para entrar en el vestíbulo. Teníamos que buscar otra salida. Un complejo tan enorme como el Hospital Meixoeiro debía tener docenas de entradas y salidas distintas, pero nosotros teníamos que encontrar una que estuviese en una fachada distinta a donde nos encontrábamos en ese preciso instante. El problema era que para llegar a otro frente tendríamos que adentrarnos en las entrañas del edificio. Y aquella instalación, construida en varias fases a lo largo de los años, tenía fama de ser un laberinto de salas y largos pasillos, incluso entre el propio personal médico que trabajaba allí a diario.

No quedaba más remedio. Le pregunté a Viktor si podía andar. El pequeño ucraniano hizo el gesto de levantarse. Muy valiente, pero inútil. Las piernas le fallaron a los pocos segundos y se volvió a desplomar en la silla. Los restos de morfina y la pérdida de sangre, sumados al cansancio y la alimentación insuficiente de las últimas semanas no le permitían moverse. Tendría que empujarle a través de los pasillos. Vaya panorama.

Coloqué a Lúculo en el regazo de Prit. Con una linterna en una mano y la otra en el respaldo de la silla, nos adentramos en el interior del Hospital. En nuestros oídos retumbaban ya los primeros golpes en las puertas de Urgencias.

ENTRADA 96

Salimos de Urgencias por uno de los pasillos que se abrían al fondo de la sala. Nada más empujar la puerta, me detuve un momento, titubeante. Aquel pasillo estaba oscuro como el fondo de un pozo a medianoche. Los tubos fluorescentes, sin corriente eléctrica, colgaban como trastos inútiles en el techo, atrapando toneladas de polvo, y la poca luz exterior que conseguía filtrarse hasta allí tan solo permitía adivinar algunos bultos atravesados de cualquier manera en el pasillo. Además, a medida que nos fuésemos internando en las entrañas del Hospital la cosa sería cada vez peor. Por lo menos, ahora aún estábamos relativamente cerca del exterior. Aún llegaba un poco de luz mortecina y podíamos oír el rumor de la lluvia. En cuanto cruzásemos la siguiente puerta, estaríamos en otro mundo.

Sin embargo, el principal motivo para detenerme no era la falta de luz, sino el olor. Nada más abrir aquella puerta un penetrante aroma a podrido nos asaltó como una bofetada en plena cara. Aunque el olor a podredumbre y fermentación está por todas partes en estos tiempos, no había sentido antes nada tan intenso y concentrado como lo que percibíamos en aquel instante.

Aquel efluvio era denso, pesado, potente. Me recordaba al olor que reinaba en las ruinas del Punto Seguro, solo que multiplicado por diez, seguramente por estar en un sitio cerrado, caliente y sin ventilación. Los ojos me lagrimeaban, mientras me ataba de cualquier manera un pañuelo sobre la cara. Tosí, tratando de respirar por la boca. Notaba un nudo en la boca del estómago y unas náuseas crecientes. Una mirada de reojo a Prit me sirvió para confirmar que no era el único afectado por aquella peste. El ucraniano tenía el rostro demudado, mientras trataba de aguantar las arcadas.

Aquel aroma a muerte solo lo podían producir docenas de cadáveres en estado de putrefacción avanzada. Aquel Hospital tenía que estar plagado de cuerpos sin vida. Estábamos a punto de entrar en una fosa común.

Nos adentramos en el pasillo, con Prit alumbrando hasta el último rincón con la linterna mientras yo empujaba su silla, sorteando los cuerpos que nos encontrábamos derrumbados de vez en cuando. Nuestro plan era sencillo. Tan solo teníamos que cruzar parte de aquella planta baja, tratando de mantener una línea lo más recta posible, para llegar a la fachada contraria y salir por allí.

Aquel enorme paseo, antes de la pandemia, le podría llevar a un enfermero que conociese bien el Hospital al menos diez minutos. Suponía que a nosotros, a oscuras y sin conocer aquel laberinto, nos iba a llevar bastante más.

Los primeros cuatro o cinco minutos fueron bastante bien. Cruzamos a toda la velocidad que nos era posible una sucesión de salas y corredores a oscuras, con toneladas de equipo y material médico atravesado de cualquier manera. Era

extraño. Daba la sensación de que el Hospital había sido apresuradamente evacuado, pero sin embargo, la enorme cantidad de cadáveres semipodridos que nos cruzábamos decían todo lo contrario. Quizás, tras la evacuación, por algún motivo se habían visto obligados a volver al complejo y los No Muertos les habían atrapado allí. Quien sabe.

La mayoría de los cadáveres presentaban impactos de bala en la cabeza, pero unos cuantos eran restos horriblemente desfigurados y parcialmente devorados, más allá de cualquier posible reanimación. Casi todos estos últimos calzaban botas militares. Los últimos defensores a la desesperada, mientras el resto corría. Corría... ¿Hacia dónde?... No tengo respuesta a esa pregunta...

Los pinchazos en el costado eran cada vez más agudos. Comenzaba a ver puntos blancos bailando delante de mis ojos y las piernas me temblaban. Mi respiración debía ser descompasada, porque Viktor se giró en la silla y me miró con preocupación. Me dijo que en esas condiciones no podíamos seguir y que era mejor que descansásemos un segundo. Estuve de acuerdo. Necesitaba dos minutos para tranquilizarme. Estaba hiperventilando.

A nuestra derecha, una puerta de madera contrachapada daba a una especie de vestuario, con taquillas alineadas contra las paredes y bancos alargados colocados entre ellas. Al fondo, un par de sofás y un tablón de corcho con docenas de notas y carteles ocupaban toda la pared, mientras un enorme ficus de plástico montaba guardia en una esquina. Un solitario bolso de mujer yacía tirado en el suelo, y parte de su contenido se había desparramado. Podía ver a la luz del foco un pintalabios, una cartera y lo que parecía ser el mango de un cepillo.

El vestuario de enfermeras. No era un mal sitio para descansar un rato.

Tras cerrar la puerta con llave me dejé caer sobre uno de los bancos. Prit acariciaba la cabeza de Lúculo con su mano sana, mientras aguantaba estoicamente el dolor. Un tipo duro. Me saqué la parte superior del neopreno. Estaba horriblemente delgado. Podía contar mis costillas dibujándose sobre la piel. Hacía meses que no tenía una buena comida caliente en condiciones, y mi organismo estaba empezando a pagar las consecuencias. La falta de vitamina C por no consumir alimentos frescos ni verduras era lo más peligroso.

En el costado derecho tenía un enorme hematoma que iba adquiriendo lentamente un profundo color púrpura oscuro. Palpé con mi mano y tuve que contener un aullido de dolor. Joder. Me tenía que haber roto un par de costillas, por lo menos. Bonita putada.

Me tragué un par de Nolotiles y levanté el bolso del suelo. Rebusqué en su interior. Un teléfono móvil sin batería metido en una funda de algodón, un paquete de Lucky arrugado, con un encendedor dentro y un documento de identidad con una esquina doblada. En la foto, una chica morena de ojos verdes, muy guapa, me miraba sonriente. Lucía Torreblanca, ponía debajo. No había ni un solo documento ni identificación en la cartera que la relacionase con el

Hospital. Absolutamente nada. De todas formas, gracias por el tabaco, Lucía. Me pregunto quién demonios eras y qué coño hacías aquí.

Le coloqué un cigarrillo en la boca a Prit, que inspiró una profunda calada. A continuación, le deshice el vendaje de emergencia que le había puesto en el concesionario para que pudiese ver sus heridas. El dedo meñique y el corazón habían desaparecido, el primero por completo y el segundo hasta la tercera falange. El dedo anular tenía un desgarró lateral que precisaría de un par de puntos de sutura por lo menos y la palma de la mano tenía un profundo corte que afortunadamente ya no sangraba tanto.

Prit levantó la cabeza, sereno y me dijo que no era para tanto, pero que necesitaba que le practicasen una cura urgentemente. Ya no había pérdida de sangre, pero el riesgo de septicemia era evidente. El problema era que yo, con unas nociones básicas de primeros auxilios, era la única persona disponible para recomponer sus heridas. Vaya papeleta.

Fue todo muy rápido. Algo golpeó con fuerza contra la puerta de madera contrachapada, abriendo un boquete de tamaño considerable en la parte superior. Por el agujero asomó una mano cadavérica, con docenas de astillas clavadas, aunque dudaba mucho que su propietario sintiera dolor.

La mano se retiró y propinó otro golpe, que casi saca la puerta de su marco. Aquel cabrón era condenadamente fuerte. Me eché un par de pasos atrás, sujetando fuertemente la linterna, mientras Prit amartillaba el AK y lo apuntaba hacia la puerta, que no tardaría en caer. Ya podía ver al No Muerto a través del agujero. Era un hombre joven, corpulento, de barba y pelo rizado. Como única vestimenta llevaba una camiseta de Rei Zentolo que le quedaba exageradamente grande. En su pierna derecha, un aparatoso vendaje le cubría toda una pantorrilla. Me jugaba un millón de euros a que sabía qué le había producido esa herida. Solo tenía que mirarle la cara.

De un último golpe, la débil puerta se partió por la mitad y aquel ser se abalanzó hacia adelante. Justo en ese momento, Prit apretó el gatillo. Un enorme boquete rojo apareció donde hasta hacía tan solo un segundo había estado su ojo izquierdo, en medio de un surtidor de sangre y huesos.

El cuerpo del barbudo se derrumbó como un saco justo delante de mí. Le propiné una patada, para tener la total certeza de que no se movía. Había algo extraño en aquel cadáver. Tardé un rato en darme cuenta de que era. Estaba totalmente empapado. Aquel ser había entrado desde el exterior del Hospital no hacía ni cinco minutos.

Lo habían conseguido. La puerta había caído y nos seguían la pista.

ENTRADA 97

Me volví hacia Prit, notando como el sudor empezaba a correr por mi espalda. La mirada que crucé con el ucraniano fue suficiente para decirnos todo. Nuestra situación estaba tomando un giro bastante preocupante. Una vez más, teníamos que seguir corriendo.

Tras hacerle un vendaje de fortuna en la mano, salimos cautelosamente del cuarto de enfermeras. El pasillo estaba vacío, pero el disparo del AK parecía haber desatado un ataque de furia en el Hospital. Los gemidos y los golpes volvían a sonar, solo que esta vez mucho más cerca. Del cuarto cerrado que estaba justo enfrente, al otro lado del pasillo, salían unos golpes sordos, como puñetazos contra un muro. Apoyé la mano en el tabique y sentí la vibración. Había algo justo al otro lado de la delgada pared, algo que estaba descargando puñetazos de rabia. Me aparté, asustado. Recé para que fuera lo que fuese aquel ser no encontrarse la manera de salir de allí.

Un súbito sonido de cristales rotos nos sobresaltó. El sonido venía de un par de salas más allá, por donde habíamos pasado no hacía ni diez minutos. Alguien había tropezado con un monitor o algo por el estilo, y lo había hecho pedazos contra el suelo. Los rugidos ya se oían más cerca.

Prit colocó a Lúculo en su regazo y con el AK amartillado fuertemente en su mano sana me hizo señas con la otra. Me puse de nuevo detrás de la silla y volví a empujarla, esta vez a más velocidad que antes. Notaba un peso enorme en el estómago y un sudor frío bajando por la espalda. Estaba asustado, pero asustado de verdad, y no me importa reconocerlo. Creo que cualquiera en esa situación estaría muerto de miedo, y el que diga que no o es un mentiroso o un inconsciente. No soy un héroe, joder. Lo único que quiero es salir con vida de todo esto.

El pasillo desembocaba, a través de una puerta destrozada, en un sector un poco más amplio. Un enorme cartel blanco colgado sobre nuestras cabezas rezaba «PEDIATRÍA» con grandes letras azules de molde. En las paredes, dibujos infantiles de prados cubiertos de vacas, payasos y margaritas le daban un curioso aspecto de guardería a la sala, supongo que con el fin de resultar más tranquilizador para sus pequeños pacientes.

En aquel instante, sin embargo, el ambiente había quedado totalmente arruinado por los grumos de sangre reseca que salpicaban aquí y allá la decoración. Daba la sensación de que alguien había puesto en marcha una gigantesca picadora de carne en medio de aquella sala. Prit resopló, angustiado. Yo me sequé la frente. El calor allí era opresivo.

Justo enfrente de nosotros, el dibujo de un enorme payaso nos observaba con

una enorme sonrisa desde la pared, sin ser consciente del enorme cuajarón de sangre reseca que le corría por toda la cara. Llevaba escrito «Pupi Dudi» sobre su pantalón de peto amarillo, mientras sostenía un gigantesco fajo de globos en su mano enguantada. El peto estaba chorreado de sangre y un grumo de masa cerebral reseco se había incrustado sobre sus dientes, dándole un aspecto diabólico.

Me estremecí. El simpático Pupi Dudi ahora parecía un depredador demente con restos de sus víctimas en la boca, a punto de saltar de la pared. Aquella sala era una pesadilla.

Nos apartamos de aquel dibujo y seguimos nuestro camino, procurando apartar la mirada de ciertas escenas realmente desagradables. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que alguien, en algún momento, se había atrincherado en aquella sala para ofrecer resistencia. Por lo que podíamos ver, no era muy difícil adivinar cómo había terminado aquello. Docenas de casquillos de bala tapizaban el suelo y montones de cuerpos malolientes se acumulaban aquí y allá, testigos mudos de la desesperación absoluta que se había vivido en aquel recinto. De repente, tuvimos que detenernos. El cadáver de un niño pequeño, de no más de un año o dos yacía atravesado en medio del pasillo, boca abajo, con un enorme agujero en la parte posterior de su cráneo. Era una escena de locos, absolutamente espantosa.

Prit lloraba en silencio, manoseando nerviosamente el seguro del AK. No dije nada. Recordé que el ucraniano tenía un hijo más o menos de la misma edad. Seguramente, la visión de aquel pequeño cuerpo le traía a la mente el destino de su familia, desaparecida en algún rincón de Centro Europa. No era capaz de imaginarme el infierno de sentimientos que tenía que estar sufriendo Viktor.

Un golpe sordo a nuestra izquierda llamó nuestra atención. Pegado al amplio corredor que íbamos siguiendo arrancaba una divisoria de plástico y cristal que separaba aquel pasillo de las habitaciones de aislamiento de Pediatría. Donde estábamos en ese momento se situaban antaño los familiares de los pequeños pacientes, para poder contemplarlos a través del cristal. Ahora, al otro lado del cristal solo había la negrura más absoluta.

Enfoqué la linterna hacia el panel, tratando de alumbrar al otro lado. El cristal debía estar provisto de algún tipo de polarización, porque la luz se reflejó, cegándonos momentáneamente. Lo intenté de nuevo, esta vez apartando la mirada, pero no obtuve mejor resultado. Resultaba imposible alumbrar hacia el otro lado. Frente a la luz directa, aquel cristal actuaba como un espejo.

Sin embargo, insistí. Estaba convencido de que había oído algo proveniente del otro lado. Pegué mi cara al cristal y puse las manos a los lados, tratando de escrutar algo en el interior.

No podía ver nada. Cuando mi mirada se adaptó, empecé a distinguir los contornos de una cama con una burbuja de plástico colgada encima, que parecía

estar abierta, o rasgada, por un lateral. Que curioso...

De improvisto, una mano manchada de sangre golpeó con fuerza el cristal, justo al lado de mi cara, seguido de un prologado gemido. La cara cerúlea de una niña de no más de seis años me contemplaba con furia al otro lado del vidrio, a menos de dos centímetros de mis ojos.

Pegué un bote hacia atrás, cayéndome encima de Prit, mientras sentía salir mi corazón por la boca. La niña golpeaba rítmicamente el cristal con las palmas de las manos, mientras de su boca surgía un aullido monocorde. Al cabo de un instante la figura de un niño de cuatro o cinco años, también vestido con el pijama del hospital se unió a ella, redoblando los golpes. Entre ambos montaban un escándalo de enormes proporciones.

Me incorporé, livido. El cristal temblaba con cada andanada de golpes, pero los críos no parecían tener la fuerza suficiente como para poder quebrarlo. Les eché un vistazo. El niño tenía la cabeza monda como una bola de billar. Supuse que se estaba sometiendo a algún tipo de radioterapia cuando toda esta gigantesca ola de mierda llegó hasta el Hospital y los alcanzó. No podía ver ninguna herida aparente en su cuerpo, pero estaba seguro, que en alguna parte, debía tener algún corte o arañazo de esas bestias.

La niña presentaba un profundo desgarró en el cuello. Quienquiera que fuese, le había seccionado la carótida de un mordisco, provocándole la muerte casi instantánea. Todo su cuerpo estaba bañado de sangre reseca. Recé para que solo fuese la suya.

Aquel espectáculo parecía haber aplastado a Prit contra su silla. El ucraniano miraba con ojos vidriosos al otro lado del cristal, mientras su mano pendía flácida sobre el percutor del AK. De su boca entreabierta surgía un sonido ininteligible, mientras sacudía débilmente su cabeza de un lado a otro.

Me incliné sobre el ucraniano y le susurré unas cuantas palabras tranquilizadoras. A continuación, amartillé la pistola y reemprendí la marcha. Si aquellos seres conseguían salir de allí, sería yo quien tendría que hacerse cargo de ellos. Prit era incapaz de disparar contra un niño, aunque fuese una de esas bestias.

El pasillo se nos hizo atrozmente largo. Los dos pequeños caminaban en paralelo a nosotros, al otro lado del cristal sin dejar de aullar, propinando de vez en cuando un golpe al vidrio, que afortunadamente parecía resistir sus palmetazos. Mi atención se desviaba alternativamente entre el pasillo, el cristal, los No Muertos y Prit, que no dejaba de murmurar por lo bajo. Los nervios del ucraniano parecen estar empezando a fallar también. Era normal.

ENTRADA 98

Al llegar al fondo del corredor me detuve por un instante, indeciso. El cristal trazaba una curva a nuestras espaldas, impidiendo a los pequeños seres continuar su camino a nuestro lado. Sabían que no podían seguirnos y ahora expresaban su frustración con un rosario de golpes y aullidos más potentes, si cabe, que los anteriores. Estaba bastante convencido de que aquel cristal no cedería bajo los golpes, pero no me parecía sensato quedarnos allí para comprobar si tenía razón. Sin embargo, no sabía que hacer. Frente a nosotros se abrían dos puertas, una a nuestra derecha, que parecía haber sido reventada a patadas y tenía manchas de sangre en el marco y otra a nuestra izquierda, intacta, con una barra de apertura por su lado interior, que no podía ser operada desde la otra parte, y que permanecía cerrada.

A priori, la puerta intacta ofrecía mayor seguridad. Sin embargo, me daba la sensación de que el pasillo en el que desembocaba giraba hacia el interior de la mole del Hospital, mientras que la destrozada, si no estaba muy desorientado, llevaba en la dirección que nos habíamos trazado.

Una suave brisa salía de la sala a oscuras que se abría tras la puerta destrozada. Eso inclinó la balanza. Tras dedicarle mi dedo corazón extendido a los pequeños monstruos, ahora absolutamente enfurecidos, me acerqué a la puerta de la izquierda y la abrí. Confiaba en que eso despistase un poco a nuestros perseguidores, si es que llegaban hasta allí. A continuación, empuje la silla y me adentré por la puerta destrozada.

Venía brisa. Y eso significaba que aquel aire tenía que entrar por algún lado, desde el exterior. Caminamos durante unos diez minutos en medio de la oscuridad más absoluta. En un par de ocasiones llegamos a un callejón sin salida que nos obligó a desandar parte del camino. Comenzaba a preocuparme por Prit. Continuaba como aletargado, indiferente a todo cuanto se cruzaba ante nuestros ojos. En un determinado momento pasamos junto a un par de puertas anti-incendios de acero, que se sacudían violentamente. Una auténtica horda de No Muertos se agolpaban al otro lado, zarandeando las hojas inútilmente. Alguien había clavado fuertemente un par de cuñas en el marco, para impedir que aquella puerta se pudiese abrir, pero ni siquiera eso despertó el más mínimo interés en el ucraniano. Daba la sensación de estar totalmente fulminado.

Tras doblar un par de recodos, llegamos por fin a una zona donde volvía a haber cierta claridad. La brisa allí era más intensa y ya podíamos oír de nuevo el rumor de la lluvia. Mi ánimo se aligeró. Teníamos que estar muy cerca. Condenadamente cerca.

Al abrir una última puerta batiente no pude contener un grito de alegría. Ante

nuestros ojos se extendía un enorme vestíbulo de acceso en penumbras, iluminado ocasionalmente por el fogonazo de un relámpago.

Toda la luz provenía de una larga fachada acristalada que daba al exterior. Al otro lado del cristal, un enorme aparcamiento abandonado y unos jardines devorados por las zarzas recibían silenciosamente el furioso chaparrón que estaba cayendo en aquellos momentos. La zona parecía estar aparentemente desierta... Un mástil, con una bandera española harapienta y ennegrecida montaba guardia al lado de su gemelo, derribado en el suelo. No se veía ni un solo ser, humano o no, bajo la lluvia. Sonreí, aliviado. Lo habíamos conseguido. Estábamos salvados.

El vestíbulo tenía el suelo cubierto de papeles, expedientes y volantes médicos de todos los colores. En un lateral, cerrada y oscura, una cafetería esperaba a que unos empleados que ya nunca llegarían la abriesen de nuevo para atender a un personal médico que tampoco existía. Al otro lado, un mostrador de recepción estaba vacío, con una tonelada de teléfonos apilados sobre un mostrador. Unos cuantos estaban descolgados y pendían, mudos e inmóviles, de sus cables.

En medio del vestíbulo, como un monolito abandonado, se levantaba un kiosco de prensa. Apilados frente a la persiana metálica se amontonaban docenas de revistas y periódicos aún sin desembalar. Me acerqué por curiosidad y cogí un ejemplar de cada cabecera. Tenían fecha de cinco meses atrás. En sus portadas anunciaban la creación de los Puntos Seguros y pedían colaboración a la población para superar « la crisis epidémica de origen desconocido ». Ya. Seguro. Y una puta mierda desconocida.

Siempre he sido un lector empedernido de la prensa, así que por puro reflejo comencé a pasar las páginas rápidamente. La sección de internacional estaba reducida a la mínima expresión, y la de deportes y economía sencillamente, no existían. La verdad es que eran unos periódicos sumamente finos, de no más de trece o catorce páginas y todas ellas estaban dedicadas de una manera u otra a la pandemia. Era evidente que habían sido redactados por un equipo mínimo de periodistas, supongo que los únicos que se atrevieron a seguir yendo a trabajar en aquellos días.

La cantidad de estupideces y tonterías que estaba leyendo me arrancó una sonrisa. Era increíble hasta que punto tuvieron a la opinión pública a ciegas hasta el último minuto. Hijos de puta arrogantes e insensatos.

Levanté la mirada y descubrí que Prit no estaba en su silla. Dejé caer los periódicos y con el alma en vilo avancé hasta el centro del vestíbulo, mirando a todas partes. De repente, descubrí la menuda figura del ucraniano recortada contra una pared, alumbrado por el resplandor de los relámpagos.

Me acerqué hasta él. Viktor estaba absorto, contemplando algo en aquel muro. A medida que me iba acercando y adivinaba lo que tenía prendado al ucraniano notaba como mi estómago se iba encogiendo. Un relámpago especialmente fuerte iluminó de golpe el vestíbulo, permitiéndome ver la totalidad de aquella

pared.

Aquel muro estaba cubierto de docenas, cientos, puede que miles de mensajes y fotos. Todos tenían un denominador común. Todos eran carteles de desaparecidos. Sus familiares o amigos los habían colocado allí con la esperanza de que alguien pudiese darles alguna noticia de ellos. Docenas de fotos de gente sonriente me contemplaban desde la pared. Notas con contenido desgarrador pedían que por favor si alguien conocía a Fulanito se pusieran en contacto cuanto antes con el número tal. Mengano de tal, desaparecido hace tres días. Fulanita de tal, desaparecida con todo su autobús escolar hace un día y medio. Si alguien ha visto a esta niña, por favor, llamen a tal número. Una señora mayor, sentada en una mesa con adornos de Navidad, con un enorme SE BUSCA trazado con un grueso rotulador rojo justo debajo. La foto de toda una familia sonriente, posando en un jardín, en verano, con el cartel de DESAPARECIDOS encima y un número de móvil debajo. Javier Piñón, estamos en casa de tus padres, reúnete con nosotros. Luisa Sabajanes, si ves esta nota no te muevas de aquí, vendré a buscarte todos los días. Te quiero. Si alguien ha visto a este hombre, por favor, contacten en este número... Así hasta el infinito.

Aquello era mareante. Di un par de pasos hacia atrás, anonadado ante aquello.

Por supuesto.

Un Hospital.

El sitio lógico donde buscar a un desaparecido. A miles de desaparecidos, de hecho. Aquello era una muestra de la enorme magnitud de todo este caos. Joder. Era escalofriante. Casi podía sentir el dolor y la angustia que rezumaba aquella pared. Estaba contemplando la foto de miles de muertos, o de algo peor, si cabe.

Una mano se apoyó en mi hombro, sobresaltándome. Me giré y contemplé a Prit, con una mirada de tristeza infinita en sus ojos.

—Vayámonos, —me dijo—. Vayámonos pronto de este sitio, por Dios, o me volveré loco. Hazme la cura donde sea, pero fuera de aquí. Tenemos que irnos, este sitio está mal, terriblemente mal. Vayámonos, por favor.

No hizo falta que me lo pidiese más veces. No era sólo que el ucraniano estuviese al borde del colapso nervioso. A mí también se me estaban poniendo los pelos de punta en aquel lugar tan macabro. Quería salir de allí ya.

13 July 2006 @ 11:27 hrs.

ENTRADA 99

Nos acercamos hasta la puerta, con Prit apoyado en mi antebrazo. A medida que nos íbamos aproximando a la salida una pequeña alarma empezó a sonar en mi cabeza. Había algo allí que no estaba bien. Algo fallaba en aquel escenario. No se veía a nadie, y todo estaba aparentemente intacto en aquella fachada, pero sin embargo, algo no encajaba... ¿Qué demonios era?

No fui capaz de adivinar de qué se trataba hasta que nos plantamos justo junto a la puerta.

Por supuesto. Las puertas. Las jodidas puertas.

Los accesos de aquella enorme y ultramoderna pared de cristal eran unas amplias hojas correderas de vidrio reforzado, que se abrían sobre unos rieles mediante un sensor de proximidad colocado sobre ellas. Pero no había corriente eléctrica que las hiciese funcionar (como no la había habido en varios meses), así que las puertas permanecían obstinadamente cerradas.

Durante unos segundos, Prit y yo nos quedamos plantados como dos bobos delante de la puerta, esperando a que, de alguna forma, se abriesen por arte de magia. Cuando resultó evidente que aquellas hojas no se iban a abrir por sí solas, reaccionamos con bastante calma. Pritchenko me comentó que todas aquellas puertas tenían que disponer de un sistema de emergencia, un enganche de seguridad que podía ser activado en caso de fallo eléctrico para su apertura manual. Además, añadió, normalmente están en el marco de la puerta.

Palpé nerviosamente por el borde de las hojas, hasta que mis dedos encontraron una trampilla, escamoteado en el suelo, justo al lado de la entrada. Tiré de la tapa y me quedé paralizado. Allí estaba el cartelito con el símbolo de emergencia y un diagrama explicativo del procedimiento, pero nada más, aparte de unos cables pelados. Alguien había arrancado de cuajo la palanca de emergencia.

Tomándome lo peor, me precipité hacia las otras dos puertas, pero el resultado fue el mismo. Era de locos. Alguien había decidido convertir en un fortín ese sector del Hospital y quería asegurarse de que aquellas puertas no pudieran ser abiertas ni siquiera accidentalmente.

Noté la mirada de Viktor plantada sobre mí. Levanté los ojos, estupefacto. Aquello era surrealista. Me acerqué hasta una columna y descolgué un pesado extintor rojo. Cogiendo impulso, lo arrojé con todas mis fuerzas contra el cristal. Un sonoro «Blam» retumbó en todo el vestíbulo, creando un millón de ecos que se tuvieron que oír en todo el edificio, pero el cristal aguantó intacto. Tan solo un ligero arañazo marcaba el lugar donde había impactado el extintor.

Enfurecido, volví a lanzar el recipiente contra el vidrio, con el mismo

resultado. Una bola de hielo iba creciendo en mi garganta. Saqué la pistola y la amartillé. Sujetándola con las dos manos, disparé contra el vidrio.

El arma, con un salvaje retroceso, casi me salta de las manos. Un minúsculo boquete se abrió dos metros por encima del punto adonde había apuntado.

Disparé otra vez. Y otra.

La mano de Prit se apoyó sobre mi brazo, obligándome a bajar el cañón.

—Es inútil —me dijo, con la cara verdosa—. Es cristal de alta seguridad. Debe tener por lo menos siete centímetros de grosor. No lo romperás a no ser que lo embistas con un camión.

Le di un puñetazo cargado de rabia al vidrio. Estaba furioso. Tan cerca, y sin embargo tan lejos. Estábamos a tan solo unos centímetros de poder salir de allí, lo podíamos ver delante de nuestros ojos... Y seguíamos atrapados. ¡¡Joder!!

Respiré.

Tranquilo, me dije, reflexiona un momento. Mientras veníamos hacia aquí percibimos una ligera brisa, ¿no? Aquella ráfaga de aire tenía que entrar por alguna parte.

Solo había que encontrar aquel punto.

Me levanté, como electrizado, para colocarme en el centro del enorme recibidor, justo sobre el gran escudo del Servicio Gallego de Salud grabado en el suelo. Cerré los ojos y extendí los brazos, tratando de percibir el más leve movimiento de aire. Una sutil brisa me revolvió el pelo. Abrí los ojos. Venía de la izquierda, desde detrás de recepción.

Enganchando a Prit del brazo, le arrastré hacia aquel punto. Al ucraniano, la desesperación parecía haberle permitido sacar fuerzas de flaqueza, y había desechado despectivamente la posibilidad de continuar en la silla de ruedas. Si nos van a joder, me dijo muy serio, mirándome a los ojos, quiero morir como un hombre, de pie, y no sentado en una puta silla.

Pese a la fiebre de sus palabras, atisé un preocupante brillo apagado en la mirada del ucraniano. Algo se había quebrado en su interior al atravesar aquella sala repleta de cuerpos sin vida de niños. La visión del cadáver de aquel crío atravesado en el pasillo había sido la puntilla para sus nervios, sometidos a una intensa presión emocional desde hacía meses. El duro ex-militar que había sobrevivido a la masacre del Punto Seguro, el tipo frío capaz de rebanarle lentamente el pescuezo a una mujer sin pestañear, se estaba desmoronando por momentos delante de mis ojos. Estoy seguro que cualquier psiquiatra le hubiese diagnosticado neurosis de guerra, de haber podido examinarlo.

De qué valía eso ahora.

19 July 2006 @ 19:43 hrs.

ENTRADA 100

Un corredor estrecho se abría justo detrás de recepción. Unos cuantos armarios metálicos de grandes dimensiones se alineaban silenciosamente en las paredes, semiocultos en la penumbra. Servidores, deduje al pasar a su lado y comprobar el enorme manojó de cables que corrían pegados al zócalo.

El corredor desembocaba en un cuarto de planta cuadrada con una enorme puerta roja con las palabras « Salida de Emergencia » pintadas sobre las jambas. Unas gruesas cadenas estaban cruzadas entre las dos barras de apertura. Zarandé la puerta, inútilmente. A no ser que llevase un soplete de acetileno en la mochila y no me hubiese dado cuenta de ello hasta el momento, tenía muy complicado abrir aquella puerta por mis propios medios.

Una escalera arrancaba hacia la planta superior, perdiéndose en las sombras. El rayo de la linterna alcanzaba a alumbrar el siguiente descansillo, pero poco más. No podía hacer más que conjeturas sobre adonde podrían conducir, pero era innegable que la ligera corriente de aire venía desde allí.

Con cautela, comenzamos a subir los escalones. Prit llevaba el AK colgado de su correa sobre el pecho, mientras yo sostenía la pistola con una mano y la linterna con la otra. Lúculo, medio estrangulado por la correa que llevaba atada a la muñeca, venía dando botes, pegado a mis tobillos.

Tuvimos que subir tres rellanos antes de llegar a la siguiente planta. Una sala cavernosa y oscura se abría ante nosotros, amenazadora. Una hilera de camas volcadas sobre un lado formaba una especie de trinchera justo delante de nuestras narices. Alguien había tratado de montar una línea de defensa allí, pero no parecía haber surtido efecto. La mitad izquierda de la línea estaba totalmente desbaratada, permitiendo el paso libre.

Un sonido extraño, un pequeño chasquido acuoso, nos puso en alerta. Salía justo de detrás de una de las camas volcadas. Nos acercamos con sigilo, Prit de un lado y yo del otro, procurando hacer el menor ruido posible. Por comodidad, me desenganché a Lúculo de la muñeca y lo dejé atado a la pata de un sillón, con un nudo apresurado. A continuación, cambié la pistola por el arpón. Ya habíamos montado suficiente ruido en la planta baja como para seguir haciéndolo en aquella.

Viktor ya había llegado a la altura de las camas y me esperaba, mirándome desorientado. Con un gesto de la cabeza le indiqué que estuviese preparado. El ucraniano parecía tener la cabeza en otro lado desde hacía un buen rato.

Respiré profundamente y alumbré justo al otro lado de la cama. Agachado en el suelo, un celador o un enfermero (no sabría decirlo a ciencia cierta, pero llevaba puesto el pijama del personal del Hospital), estaba inclinado sobre algo

que yo no podía ver. Enfoqué la linterna sobre su cabeza. Al notar la luz se giró con una velocidad asombrosa, lo cual me permitió ver dos cosas. La primera, su cara, cubierta de venas reventadas y con la piel muerta y amarillenta, manchada de sangre fresca, que le goteaba por la barbilla. La segunda, una enorme rata negra despanzurrada y abierta en canal sobre el suelo. El celador me miró furioso, con sus ojos muertos inyectados en sangre. Enfrascado en su comida, le habíamos pillado por sorpresa.

A menos de veinte centímetros de su frente, apreté el gatillo y el virote le atravesó limpiamente el cráneo, salpicándome de sangre putrefacta la cara... Asqueado, apoyé la linterna y el arpón descargado sobre una cama y comencé a limpiarme frenéticamente con el extremo de una sábana.

Totalmente absorto, no vi al segundo No Muerto abalanzarse sobre mí por la espalda. Era un chico joven, con un horrible corte de pelo que recordaba a un cenicero y que llevaba un montón de cadenas de oro colgándole del pecho, que le hacían parecer un Latin King o algo por el estilo.

Un débil gemido de Prit, que contemplaba la escena con ojos vidriosos, me puso en alerta, pero ya era demasiado tarde. Pelo-Cenicero me enganchó por una axila cuando me estaba girando al tiempo que clavaba sus dientes en mi hombro. Su dentadura no podía atravesar la gruesa capa de neopreno del traje, pero me las veía y me las deseaba para evitar que me arañase con sus manos cubiertas de sangre. Además, en cualquier momento podía cambiar de presa y tirarse hacia mi cuello o mis manos. Entonces sí que estaría realmente jodido.

Sujeté fuertemente por la cintura al No Muerto y traté de separarlo de mi cuerpo, pero aquella bestia era terriblemente fuerte. Comenzamos a girar por toda la sala, chocando de manera torpe contra todo lo que se interponía en nuestro camino. No cesaba de pegar gritos pidiéndole ayuda a Prit, pero el ucraniano, hecho una bola en el suelo, no cesaba de gemir mientras se balanceaba hacia delante y detrás.

El No Muerto y yo nos debatíamos furiosamente enlazados. Parecíamos un par de bailarines dementes ejecutando un agarrado mientras intentábamos degollarnos mutuamente. Estaba en un buen lío. Si soltaba alguna de mis manos para coger la pistola que llevaba colgada a la cintura, aquel monstruo me dominaría y acabaría conmigo, pero si no lo hacía, tarde o temprano, atinaría a morderme y entonces todo se habría acabado.

No sé en que momento golpeamos la linterna, pero cuando ésta se hizo trizas contra el suelo nos quedamos sumergidos en la oscuridad más absoluta. En ese instante, la situación pasó a ser realmente angustiosa. Ahora forcejeábamos en silencio, con la bestia mordiéndome obstinadamente el neopreno mientras procuraba sujetar sus manos con un brazo y con el otro le agarraba por el cuello, tratando de inmovilizarle la cabeza.

Tropezamos contra algo duro, que nos hizo perder el equilibrio. Me balanceé

como un borracho, agitando furiosamente una pierna para recuperar el equilibrio, pero la inercia ya era imparable. Noté como caíamos aún agarrados. Un borde afilado se me clavó en el costado magullado, haciéndome soltar un alarido de dolor, pero no tuve tiempo para nada más. Nuestro baile mortal nos había llevado hasta el borde de las escaleras y en ese momento el No Muerto y yo nos precipitamos rodando por ellas a toda velocidad.

No sé que pasó en los siguientes minutos, ni siquiera estoy completamente seguro del tiempo que transcurrió a continuación. Solo sé que me desperté sumergido en una bruma de dolor difuso que surgía de todos los poros de mi cuerpo. Notaba un sabor salobre en la boca. Sangre. Me palpé los labios y descubrí que me había mordido la lengua. Traté de incorporarme, pero un ramalazo de dolor me sacudió todo el cuerpo, como una descarga eléctrica surgiendo de mi costado magullado. Si antes me dolía, ahora me ardía.

Poco a poco mi mente se fue aclarando. Me acordé del Pelo-Cenicero... ¿Dónde diablos se había metido aquel bastardo? Tanteando en la funda que llevaba atada a la pierna, saqué el arrugado paquete de Lucky con el mechero que había encontrado un rato antes en el bolso. Era un encendedor barato de butano, y por el peso daba la sensación de estar en las últimas. Lo encendí. Una débil llama azulada alumbró suavemente la escena. Estaba tirado en el descansillo de las escaleras, con la cabeza pegada a la pared. El cuerpo del No Muerto yacía justo a mis pies, sacudido por unas extrañas convulsiones. Entre estallidos de dolor conseguí incorporarme a medias para echarle un vistazo.

Aquel hijo de puta había salido peor parado que yo en la caída. Se debía haber fracturado la espina dorsal en algún sitio malo, porque no era capaz de mover las piernas ni los brazos. El muy cabrón sacudía la cabeza espasmódicamente de un lado a otro, chasqueando los dientes como un cepo. Me miró, con odio reflejado en sus ojos muertos. Aquel idiota ya no era una amenaza para mí. Que se jodiese.

De una patada lo mandé rodando por el siguiente tramo de escaleras, confiando en que se abriese la cabeza contra alguna esquina afilada. Me incorporé, dolorido y exhausto. El tobillo de mi pierna derecha estaba tomando unas dimensiones nada halagüeñas y cada vez que inspiraba notaba como un navajazo en el costado. La boca aún me sangraba y tenía un dolor de cabeza de los que marcan época. En resumidas cuentas, estaba hecho un cromo.

Subí renqueando las escaleras, apoyándome en el pasamanos para no perder el equilibrio. El mechero me quemaba la mano y su llama era cada vez más débil y azulada. Mi mochila estaba apoyada en el suelo, justo donde la había dejado cuando cambié la pistola por el arpón. Rebusqué en su interior y saqué la linterna de repuesto.

Barri con el rayo de luz toda la cavernosa estancia, que parecía haber sufrido los efectos de un tornado devastador. Prit seguía hecho un ovillo en el mismo sitio

de antes, aparentemente indemne. De repente, noté que toda la sangre me afluía a los pies. El sofá donde había dejado atado a mi gato estaba volcado patas arriba. Y Lúculo había desaparecido.

ENTRADA 101

Sacudí el cuerpo tembloroso de Prit. El ucraniano, sacudiendo la cabeza, murmuraba un montón de incoherencias en ruso. Sus nervios, finalmente, no habían podido soportar por más tiempo la presión. Pasándome uno de sus brazos sobre mis hombros le ayudé a incorporarse. Mi mente pensaba a toda velocidad. No podía largarme de allí sin encontrar a Lúculo, por supuesto, pero lo cierto era que buscar al gato con Prit a cuestas se me antojaba algo realmente difícil. Tenía que encontrar un lugar seguro para resguardar al ucraniano mientras encontraba a mi mascota y después volver a por él para salir de aquel maldito hospital del infierno.

Una enorme y pesada puerta de madera labrada se abría en una de las paredes de aquella sala. Sus artísticos grabados y las enormes manijas de bronce estaban extrañamente fuera de lugar en el ambiente rectilíneo e hipermoderno del Hospital. Aquella puerta de dudoso gusto, que parecía salida de una mansión rococó, no pegaba nada con el resto de las instalaciones.

Intrigado, me acerqué hasta ella y la empuje cautelosamente con un pie. Estaba cerrada, pero una pesada llave antigua colgaba de la cerradura. Tras un par de ruidosas vueltas, la cerradura se abrió, dejando paso libre al interior.

Una suave luz tamizada de diversos colores se filtraba a través de unos altos ventanales alargados, cubriendo el suelo de manchas verdes, azules y rojas. Ante nosotros se abría una pequeña nave, con una doble hilera de bancos de madera a los lados, que terminaba en un estrado un poco más alto donde estaba situado el altar. Sobre el mismo, pendida por unos gruesos cables de acero, colgaba una enorme cruz de madera oscura.

Estábamos en la capilla del Hospital. Que irónico.

Extenuado, dejé caer a Prit en uno de los bancos. Tras descansar unos segundos, recorrí toda la pequeña capilla, prestando atención a los rincones más oscuros, para asegurarme de que no teníamos compañía. Pasé un rato especialmente malo cuando me vi obligado a abrir de una patada un confesionario (la imagen de un sacerdote No Muerto saliendo de allí me paralizaba de asco y terror), pero finalmente pude respirar aliviado. No había nada allí dentro, ni tampoco en la pequeña sacristía adjunta.

De un armarito pegado a la pared saqué lo que parecían ser un par de estolas de celebrar misa. Serían perfectas. Las extendí sobre Prit, que había caído en un sueño profundo e intranquilo. El ucraniano, abrigado con aquellos ropajes ofrecía un extraño aspecto. Lo sacudí por los hombros. Necesitaba veinte segundos de su atención.

El ucraniano se desperezó, con la mirada perdida y vidriosa. Un temblor

incontrolable aún le sacudía la mano izquierda.

—Prit —le dije—. Necesito que me escuches un momento. Tengo que dejarte sólo durante un rato. Lúculo ha desaparecido y tengo que encontrarlo... ¿Me entiendes? —le pregunté.

El ucraniano asintió, sin pronunciar una sola palabra. Parecía estar semicatatónico. Le arrojé con las estolas y tras despejarle la frente, le di de beber un trago de la cantimplora (deformada tras la caída por la escalera). Me desprendí de ella y la dejé a su lado. Por mi parte, tuve que sentarme durante unos buenos veinte minutos para controlar el temblor de mis piernas. Los veinte minutos se transformaron en casi una hora. Lo cierto era que cada vez que pensaba en levantarme y cruzar de nuevo aquella puerta un pánico incontrolable me atornillaba al suelo con la fuerza de una prensa.

Sabía que tenía que controlar el miedo. Si dejaba que el pánico prendiese en mí, estaría acabado y Prit conmigo. Valoré la posibilidad de abandonar a Lúculo a su suerte por unos instantes, pero deseché la idea con más rapidez que el tiempo que me lleva escribir esto. Lúculo no era solo mi mascota, ni mi fiel compañero desde hacía meses. No. Mi gato era el último vínculo que me quedaba con mi vida anterior. Si lo perdía, algo dentro de mí se perdería para siempre, y la memoria de la vida que llevaba antes se perdería como arena en el viento. No, tenía que encontrar a Lúculo como fuese. Seguramente el pobre estaría muerto de pánico, escondido debajo de cualquier trasto.

Me incorporé con un chasquido siniestro en mi rodilla que no auguraba nada bueno. Estaba más golpeado de lo que pensaba.

26 July 2006 @ 11:46 hrs.

ENTRADA 102

Tan solo me llevaría el arpón (con los dos virotes que me quedaban), y la pistola, que aún tenía siete proyectiles, además de la linterna. Viktor tendría que arreglárselas sin ella, aunque en la capilla había claridad suficiente como para que pudiese ver sin necesidad de iluminación artificial.

Dejé a Prit sumido en su sueño intranquilo y me aventuré de nuevo en la amplia sala a oscuras. Cerré a mis espaldas la pesada puerta de la capilla. Puede que aquellas enormes hojas de roble fuesen las puertas más sólidas y resistente que se podían encontrar en todo el Hospital. El sitio más seguro, con toda certeza, para dejar a Prit reposando unos minutos. Con la enorme llave en la mano dudé, por unos instantes. Finalmente, me encogí de hombros y tras darle un par de vueltas en la cerradura, me la colgué al cuello. Lo más probable, pensé, es que esté de vuelta en unos minutos.

Entre la enorme cantidad de material médico que había desparramado por todas partes, había encontrado una caja llena de guantes de látex. Tras enfundarme un par, saqué el virote clavado en la cabeza del enfermero. El acero salió con un sonido viscoso, cubierto de trozos de materia gris de un color rojo muy oscuro.

Conteniendo las arcadas, lo limpié como pude en la ropa del cadáver y lo enfundé de nuevo en el carcaj que llevaba adosado a la pierna derecha.

No tenía ni la más remota idea de donde podía estar Lúculo. Supuse que terriblemente asustado por la refriega habría buscado un rincón tranquilo donde guarecerse por un momento. En casa, cada vez que se desencadenaba una tormenta solía atrincherarse en el armario de las sabanas hasta que pasaba lo peor. Desalentado, caí en la cuenta de que encontrar a mi gato en un espacio tan vasto como aquel Hospital, a oscuras y con millones de recovecos desconocidos, podía ser una misión desesperada, sobre todo si lo que buscaba era un gato asustado que no tenía ganas de ser encontrado.

De todas formas, tenía que intentarlo. Sé que suena como una locura, y que tan solo era un gato, pero me sentía con la obligación moral de encontrarlo. Además, perder a Lúculo me partiría el corazón, después de todo lo pasado juntos. Cualquiera que tenga un animal de compañía entendería perfectamente lo que digo. Susurrando su nombre, continué por la sala hasta encontrar otras escaleras que arrancaban, muy empinadas, hacia abajo, perdiéndose en medio de la negrura más profunda.

Sentí una sensación rara en mis pies. Enfoqué la luz hacia el suelo. Un enorme charco de agua cubría toda aquella esquina y se derramaba escaleras abajo produciendo un goteo constante que provocaba mil ecos en la oscuridad.

Un par de gotas me cayeron sobre la cabeza, sobresaltándome. Levanté la mirada hacia el techo. Sobre mi cabeza, a considerable altura, unos siete u ocho pisos más arriba, se abría un enorme lucernario que primitivamente tenía como función llenar de luz toda aquella escalera. Estaba en una de las escaleras de servicio que comunicaban todas las plantas. Y a través del enorme lucernario, hecho pedazos se filtraban litros de agua de lluvia, que se escurrían escaleras abajo, empapándolo todo.

Volví a notar la ráfaga de viento azotando mi cara. Descorazonado, comprendí que aquella ventolera bajaba por el hueco de la escalera desde la destrozada claraboya del techo. No había salida por allí. En realidad, empezaba a desesperar de encontrar alguna salida.

Un suave gemido, débil, pero inconfundible, me sacó de esos amargos pensamientos. Con todos mis nervios en tensión, presté la máxima atención. Sí, ahí estaba de nuevo. Era algo como el gemido de un niño (o el maullido de un gato, me dije a mi mismo), que parecía provenir de la parte inferior de las escaleras, cubiertas de sombras.

Maldije por lo bajo. De todos los posibles sitios que no me apetecía visitar en aquel Hospital del infierno, su sótano era el que ocupaba el número uno de la lista. Y sin embargo Lúculo, por algún motivo que se me escapaba, parecía haber decidido refugiarse allí.

No quedaba otra. Armándome de valor, comencé a descender las escaleras.

El rellano situado al pie de las escaleras se había transformado en una enorme piscina. Desde uno de los últimos escalones «en seco» contemplaba desolado el reflejo de la luz de la linterna sobre el agua oscura, que se perdía en la oscuridad, al fondo del pasillo. Toda el agua de lluvia que ha entrado por el lucernario roto a lo largo de los últimos meses parece haberse acumulado aquí abajo. Sobrenadando el agua flotan manchas irisadas de aceite y algunas cajas vacías aquí y allá.

Me dije que era imposible que Lúculo hubiese pasado por allí. Dejando a un lado el odio visceral que le tienen los gatos al agua, estaba convencido además de que mi Lúculo jamás se hubiese dignado a meter ni un pelo de sus aristocráticas patas en una charca oscura y húmeda como aquella. No. Ni de coña.

Cuando comenzaba a darme la vuelta para subir las escaleras, un gemido similar al que había oído un rato antes hizo que me paralizase por completo. Lo que en la parte superior de las escaleras había sido un sonido vago, ahora se podía oír con completa claridad. Era un maullido de gato. De MI gato. De Lúculo. Estaba completamente seguro. Tras convivir dos años con aquel playboy peludo que pasaba noches enteras maullándoles a las gatas del vecindario no podía equivocarme.

El maullido, en el que vibraban notas de miedo, sonaba justo al otro lado de la extensión de agua oscura, y cada vez era más débil, como si se alejase.

Sin tiempo para pensar como era posible que Lúculo estuviese al otro lado de aquel pequeño lago, descendí los escalones que faltaban hasta llegar al nivel del suelo.

ENTRADA 103

El agua me llegaba aproximadamente por la cintura. Una parte de mi cerebro era vagamente consciente de que era imposible que un gato pasase por sus propios medios por allí, así que algo, o alguien, tenía que estar arrastrando a Lúculo. Sin embargo, la otra parte de mi cerebro prefería hacer oídos sordos a ese razonamiento, o el miedo me hubiese hecho dar media vuelta de inmediato. Aquello era una pesadilla que iba de mal en peor.

Chapoteando ruidosamente, crucé como pude todo un largo pasillo de aquel sótano inundado. Toneladas de material arruinado por el agua se acumulaban hasta más allá de donde me alcanzaba la vista. Pasé al lado de un plástico negro que me llamó la atención. Estaba flotando en el agua, como uno más de aquella enorme cantidad de despojos. Lo enganché con la punta del arpón para poder alumbrarlo con comodidad. En cuanto descubrí lo que era me aparté inconscientemente, con un estremecimiento de miedo y asco. Era una bolsa para cadáveres.

Respiré profundamente, tratando de controlar mi miedo. Aquella bolsa estaba vacía, de acuerdo, pero parecía estar aún sin estrenar. Sin embargo su presencia allí abajo no era nada bueno. Aquello solo podía significar que estaba peligrosamente cerca de la morgue. Y dada la peculiar naturaleza de mis depredadores, no era precisamente el mejor sitio para estar rondando a oscuras.

El sonido de una puerta metálica que se cerraba con violencia resonó como un cañonazo en el sótano, despertando un millón de ecos. Aferré con manos sudorosas el arpón, mientras pensaba lo estupendo que sería poder atar de alguna manera la linterna a la punta del mismo. Con un rollo de esparadrapo podría haberlo hecho perfectamente, pero el único rollo que tenía me lo había dejado en la mochila junto a Prit, en la capilla.

Maldije por lo bajo mi improvisación. Aquello me restaba movilidad, y a que con una mano tenía que alumbrar y con la otra hacer fuego. El arpón no suponía ningún problema (de hecho la mayor parte de las veces, bajo el agua, se utilizaba así, a una mano), pero con la pistola era una historia completamente diferente. El potente retroceso de aquel arma necesitaba de las dos manos para poder apuntar con un mínimo de fiabilidad. No tendría ninguna gracia tener la boca hambrienta de un No Muerto a menos de tres metros de mí y abrir un bonito agujero en el techo al tratar de cargármelo.

Un escalón oculto bajo el agua casi me hizo caer de bruces. Tuve que apoyarme en la pared para mantener el equilibrio y por un segundo la linterna osciló locamente en todas direcciones, arrancando destellos tornasolados del aceite que flotaba en el agua. Un penetrante aroma a gasoil impregnaba el

ambiente, casi hasta la saturación.

El escalón era el inicio de un pequeño tramo de escaleras. A partir de aquel punto el nivel del suelo se elevaba y el agua tan solo cubría hasta los tobillos.

Chapoteando a lo largo de aquel pasillo, recorrí los últimos metros hasta llegar a una sala, completamente seca, al fondo de la cual había una pesada puerta de acero. Me detuve, sorprendido ante aquel obstáculo.

La puerta no presentaba ninguna manilla ni pomo. Tan solo el oscuro ojo de una cerradura encastrada en un simple protector sin tornillos me observaba, burlón. Descargué una patada llena de ira contra la puerta. Sin la llave no pasaría ni un metro más allá. Desolado, agaché la cabeza, mascullando una sarta de imprecaciones en voz alta. O dicho de otra manera, empecé a cagarme en todo el santoral mientras la emprendía a golpes con la puerta.

Mi explosión de furia se detuvo de golpe al detener mi mirada en unas huellas húmedas que brillaban junto a la puerta. Había dos tipos de pisadas, unas de un 42 aproximadamente, que eran con toda seguridad mías y otras, mucho más pequeñas, con el inconfundible dibujo del calzado deportivo. Las huellas pequeñas llegaban hasta la puerta y repentinamente giraban hacia la izquierda.

ENTRADA 104

Alumbrándome con el foco de la linterna comencé a seguir aquellas extrañas pisadas, con el arpón en ristre, preparado para cubrir mi retirada si encontraba a la bestia que las había provocado.

Las huellas doblaban una pequeña esquina, justo detrás de lo que parecía ser un cuarto de mantenimiento y se perdían al fondo de un corredor. Con ríos de adrenalina bombeando en mis venas, me adentré en la oscuridad. Notaba gotas de sudor resbalándome por las sienes. Mi boca estaba seca como un desierto, la lengua pegada al paladar. El foco de luz barría sistemáticamente las pisadas del suelo, cada vez más tenues. Me estaba acercando.

De repente, un par de brillantes zapatillas rojas quedaron iluminadas por la linterna. Lentamente, fui subiendo el halo de luz. Unos vaqueros sucios y desgastados, un ligero jersey de lana... Una chica joven, poco más que una adolescente.

Una cara con unos inmensos ojos verdes enmarcados en un ovalo perfecto.

Una expresión asustada, pero decidida.

Una piel brillante, tersa.

Una piel viva.

Un ser vivo.

La impresión me dejó sin habla. Parpadeé un par de veces para asegurarme de que no estaba sufriendo una ilusión óptica. No, aquella chica era real. Estaba allí, delante de mí. Si estiraba el brazo casi podía tocar su cara. Podía oír su respiración mezclándose con la mía. Una gigantesca sensación de alivio recorrió todo mi cuerpo. Sentí unas ganas irrefrenables de gritar de gozo. Sin embargo, me contuve. El negro cañón del fusil que me apuntaba al pecho me invitaba a ser cauto con mis expresiones de alborozo.

La chica bizqueó, tratando de vislumbrar mi figura entre las sombras. Me di cuenta de que estaba deslumbrándola con el haz de luz de mi linterna.

Cautelosamente la apoyé sobre una mesa mientras apartaba las manos del arpón y le mostraba las palmas vacías. Noté que la chica tragaba saliva, tensa.

—Hola —saludé, con cautela. Sin poder evitarlo, pensé que se estaba convirtiendo en una costumbre bastante odiosa el hecho de que toda la gente viva que me encontraba me apuntase con un arma.

La chica se sobresaltó al oír mi voz. Por un segundo pensé horrorizado que me iba a pegar un tiro por las buenas.

—Hola —repetí mi saludo—. ¿Cómo te llamas?

La chica dudó. Su mirada oscilaba, nerviosa, entre mi cara y el estrecho pasillo que corría a mi derecha, hacia la puerta metálica. Estaba asustada. Me

tiene miedo a mí, pensé con sorpresa. Decidí intentarlo una tercera vez.

—Cálmate, no te voy a hacer nada —le dije, tranquilizador—. Me llamo...

Un potente estallido ahogó mis palabras. La chica había disparado su fusil contra mí.

Algo extremadamente caliente pasó muy cerca de mi cara, estrellándose con violencia contra el muro que estaba a mis espaldas. Una fina lluvia de yeso cayó sobre mí, al tiempo que la bala abría un boquete en la pared del tamaño del puño de un niño pequeño.

Me encogí, aterrado, maldiciendo aquella estúpida situación. Aquella lunática me iba a matar.

—¿Pero qué coño estás haciendo? —grité, con una nota de pánico en mi voz—. ¡No me dispaes, joder! ¡Que estoy vivo! ¡Vivo! ¡No dispaes, me cago en...!

La chica temblaba ahora como la hoja de un árbol. El HK reglamentario del ejército parecía un cañón descomunal en sus manos. Viendo como lo sostenía, empecé a sospechar que el arma se le había disparado por accidente.

Extendí una mano hacia el cañón y lo aparté hacia un lado. La belleza de ojos verdes no se opuso, dejándome hacer. Punto para mí, me dije. Ahora no la cagues, por favor.

Justo en ese instante, un prolongado y lastimero maullido rompió el silencio. Una mochila colgada de la espalda de la chica empezó a removerse furiosamente, mientras algo en su interior pugnaba por salir. Una cremallera mal cerrada cedió un poco permitiendo que una cabeza anaranjada y peluda asomase por ella, con los bigotes erizados y una expresión de profundo cabreo que había llegado a conocer bien con el paso de los años dibujada en su rostro.

—¡Lúculo! —grité alborozado, mientras respiraba contento de haber encontrado, por fin, a mi mascota perdida.

El felino había conseguido pasar gran parte de su grueso cuerpo a través de la cremallera cedida a base de forcejear y ahora pataleaba como un poseso, colgado como un vulgar saco de patatas de la abertura, con los cuartos traseros y su enorme cola aún atrapados dentro de la mochila. Finalmente, con una última sacudida consiguió desprenderse por completo, dejando un buen número de pelos anaranjados en la tentativa. Una vez en el suelo se sentó para relamer durante unos segundos sus costados y recuperar así algo de la dignidad gatuna perdida.

Una sonrisa enorme afloró a mi cara. El viejo Lúculo, genio y figura. Como era de sospechar, al lado de una hembra, y aún en medio de esta pesadilla... ¿En que otro lugar podría encontrarlo?

Levanté la mirada, con el gato en los brazos, con toda mi atención puesta en mi nueva «amiga». La primera mujer viva que veía en meses. Sin embargo no aparentaba más allá de quince o dieciséis años. Es que casi podía ser su padre, por Dios.

Sus ojos se cruzaron con los míos por primera vez. Aún hoy, después de todo lo sucedido, puedo recordar ese momento como si hubiese sucedido hace cinco minutos.

ENTRADA 105

Ahora podía contemplarla con más calma. Tendría unos dieciséis o diecisiete años, a lo sumo, pero era muy alta. Los increíbles y felinos ojos verdes que tanto me habían sorprendido al principio brillaban con fuerza en medio de una cara de facciones armoniosas adornada con unas cuantas pecas. Una densa cabellera oscura se derramaba sobre sus hombros. Su cuerpo, fibroso y delgado, parecía flexible como un junco y un par de pechos turgentes se adivinaban debajo del enorme jersey raído que llevaba puesto. Se notaba tensión acumulada en todos sus músculos, mientras permanecía pendiente de cada uno de mis movimientos. Era la viva imagen de una pantera a punto de salir corriendo.

—Me llamo Lucía —su voz era cálida, quizás un poco temblorosa, pero era evidente que la joven estaba asustada—. ¿Y tú?

Le repetí mi nombre por segunda vez. Asimismo le presenté a Lúculo aunque, añadí con cierta sorna, creía que ellos dos ya se conocían.

Un intenso rubor comenzó a cubrir las mejillas de Lucía mientras se explicaba de forma apresurada...

—Pensaba que estaba abandonado —me dijo—. Escuché el ruido de disparos arriba y subí a ver qué era. Me encontré a tu gato por el camino y lo recogí sin pensarlo. No quería robártelo... —añadió a la defensiva.

—Te creo —respondí con mi mejor sonrisa, mientras rascaba las orejas de Lúculo—. Dime, ¿qué demonios haces aquí?

Una sombra oscura veló los ojos de Lucía, mientras un temblor imperceptible recorría su cuerpo.

—Yo no debería estar aquí —meneó la cabeza y al cabo de unos segundos repitió con voz monótona—. Yo no debería estar aquí.

—Bueno, si te sirve de consuelo, yo tampoco debería estar aquí. Es más —añadí resoplando, mientras me incorporaba trabajosamente—. Ninguno de nosotros debería estar aquí en estos momentos.

—¿Es que vienes con alguien más? —había auténtico temor en su voz.

—Bueno, he dejado descansando en la capilla a un piloto ucraniano al que le faltan dos dedos de una mano y se le está empezando a ir la cabeza —observé su cara de sorpresa y añadí, muy seguro de mí mismo—. Pero es muy buen chico. Ahora cuido de él. Creo que solo necesita dormir un poco.

Me oía a mí mismo y no podía creer lo que estaba diciendo. Cinco minutos antes estaba literalmente muerto de miedo en medio de un pasillo oscuro, rezando para encontrar la forma de salir de allí lo antes posible y ahora me encontraba galleando como un adolescente en la edad del pavo delante de aquella preciosidad. Vale que hacía varios meses que no veía a una sola mujer

viva, pero aquello era excesivo.

Sin embargo Lucía no parecía ser consciente de nada de aquello. Reía encantada, aliviada como yo de no encontrarse frente a un No Muerto, y supongo que complacida por tener nueva compañía.

—¿Dónde estabas? —le pregunté—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Casi cinco meses —me observó de los pies a la cabeza con aire escrutado—. No eres del equipo de rescate, ¿verdad? —indagó con aire escéptico.

Me imaginé la estampa que ofrecía, con el neopreno manchado y lleno de rasguños, el arpón cruzado en la espalda y una pistola colgada a la cintura, al más puro estilo Pancho Villa. El estetoscopio que aún pendía de mi cuello no hacía más que añadirle un toque surrealista al asunto. Al menos, pensé, me había afeitado en el concesionario justo antes de salir hacia aquí. Parecería un vagabundo loco y lleno de hematomas, de acuerdo, pero por lo menos, recién rasurado.

Carraspeé, incómodo ante aquel examen tan profundo. Le pregunté a que equipos de rescate se refería.

—¡Pues a los equipos de rescate del ejército, por supuesto! —respondió como preguntándose si estaba bien de la cabeza—. Tarde o temprano tendrán que formar grupos desde los Puntos Seguros para rescatar a la gente que nos hemos quedado fuera. Sor María dice que no pueden tardar en llegar.

Meneé la cabeza, apesadumbrado. Cinco meses allí encerrada, aislada del mundo exterior. No sabía nada. Nada.

—No va a venir nadie —mascullé—. Ni hay ya ningún Punto Seguro. Todo se ha ido al carajo... —continué—. De hecho, eres una de las primeras supervivientes que me cruzo desde hace cinco meses.

Lucía me observó estupefacta. De hecho, creo que si le hubiese dicho que teníamos niño asado frío para cenar no habría puesto una expresión tan horrorizada.

—¿Qué dices? —se retorció las manos nerviosamente—. Eso es imposible... —parecía hablar más para ella misma que para mí—. Tiene que venir alguien, tiene que haber alguna autoridad a cargo de la situación.

—Creo que no —le respondí—. Llevo unas cuantas semanas dando vueltas por toda esta zona y no me he cruzado más que con un puñado de supervivientes —encendí un cigarrillo—. Y ni siquiera eran muy buena gente. Los Puntos Seguros son un cementerio. La falta de comida y las enfermedades debilitaron a todos los refugiados. Después —añadí, observando como le cambiaba el color de la cara al escuchar mis palabras—, esos seres arrollaron las defensas y acabaron con todo el mundo.

A Lucía le fallaron las piernas. Apoyando la espalda en la pared se dejó resbalar hasta el suelo, con la mirada perdida, demasiado impresionada por la noticia.

—No queda nadie —murmuraba, incrédula—. Nadie... ¿Qué va a ser de nosotras?...

—¿Nosotras? —le miré, perplejo—. ¿Estás con alguien más?

Por toda respuesta, asintió con la cabeza, mientras unos enormes lagrimones afloraban en sus ojos. Con un gesto de la cabeza me señaló la puerta metálica sin pomo que había estado pateando un minuto antes.

Le ayudé a incorporarse. El tacto de su mano era suave. Por un breve instante pude percibir una vaharada de su aroma. No llevaba perfume. Era un olor suave, cálido, humano, con un punto picante, femenino.

Olía a mujer. Seis meses de abstinencia habían desarrollado mi sensibilidad hasta ese extremo.

Lucía me miró a la cara. Por un momento creí ahogarme en aquellos enormes lagos verdes que tenía por ojos. Me zumbaba la cabeza. Me mareaba. Unos arañazos de Lúculo, tratando de llamar mi atención, me devolvieron a la realidad. Mi gato se empeñaba en trepar por mi pernera, molesto por la escasa atención que le dedicábamos.

24 August 2006 @ 14:19 hrs.

ENTRADA 106

Volvimos sobre nuestros pasos, cruzando de nuevo la amplia extensión de agua del sótano hasta llegar al arranque de la escalera. Pese a ser dos personas que se acababan de conocer, (o puede que precisamente por eso), los dos avanzábamos chapoteando lado a lado sin pronunciar ni una sola palabra. De vez en cuando uno de los dos tropezaba con algún objeto oculto bajo el agua y se tenía que apoyar en el otro, musitando un breve « gracias » o un « cuidado ahí », pero nada más.

Era curioso. Hasta ese momento había estado convencido de que en cuanto encontrase a cualquier otro superviviente que no fuese el lacónico ucraniano, me pondría a hablar por los codos. Sin embargo ahora me mantenía en silencio, sin saber qué decir, confuso como un adolescente en su primera cita. Supongo que a ella le pasaba lo mismo.

En realidad, creo que lo que nos sucedía era muy sencillo de explicar. Tras tantos meses de aislamiento y mutismo, tras tanto estrés y peligro, habíamos aprendido a comprender dolorosamente el valor del silencio. Habíamos descubierto que había cosas que no era necesario pronunciar en voz alta para ser conscientes de su existencia. Y la presencia de otro ser vivo al lado era una de ellas. Ambos estábamos gozando de aquella experiencia redescubierta, de una manera tan intensa, que pensábamos (al menos yo lo pensaba), que hablar podría romper el hechizo.

Tardamos tan solo unos cuantos minutos en llegar hasta la puerta de la capilla. El camino que a la ida me había parecido una eternidad se me hizo asombrosamente breve en esa ocasión. Estaba como obnubilado. Encontrar por primera vez un superviviente que hablase mi idioma, que no pretendiese pegarme un tiro a la primera y que parecía estar aún más desvalida que yo había supuesto una auténtica conmoción para mí. Necesitaba un momento para reflexionar.

Saqué la llave del cordón que llevaba colgado al cuello y la inserté en la cerradura de la capilla. Lo primero que pensé nada más abrir la puerta fue que Prit había muerto. La cabeza le colgaba en un ángulo imposible sobre el pecho y no movía un solo músculo. Medio derrumbado sobre el banco donde lo había apoyado un momento antes, su cuerpo estaba flácido y relajado, como si estuviese a un millón de años de allí y no en un sucio hospital abandonado y lleno de cadáveres.

Me precipité corriendo por el pasillo, preparándome para lo peor. La tensión había sido demasiado para el ucraniano... Tantos meses al límite habían cobrado su precio... Me sorprendí a mi mismo llorando. No, no podía ser. Prit no, por

favor. Por favor.

Al llegar a su lado, comprobé que el ucraniano aún respiraba. Un enorme suspiro de alivio vació de aire mis pulmones. Acuné la cabeza de Viktor contra mi pecho. Todavía no, viejo amigo, todavía no. Aguanta un poco más.

Pritchenko no estaba muerto, por supuesto, pero su estado era preocupante. Tenía una mirada vidriosa que se perdía en el infinito y un delgado hilillo de baba le pendía de la comisura de la boca, dándole un aspecto desvalido y frágil. Repetí su nombre varias veces, pero no conseguí llamar su atención de ninguna manera. Prit estaba como catatónico. Ido del todo.

Lucía contemplaba mis esfuerzos un par de pasos detrás de mí, con una expresión de perplejidad pintada en el rostro. Evidentemente se preguntaba como demonios podía haber llegado hasta allí, desde otra ciudad, arrastrando a alguien que obviamente era un inválido. Solo había que verlo. Un tipo bajito, de bigotes, con un brazo en cabestrillo empapado en sangre y mil pequeños cortes recientes en la cara y que por encima parecía estar en Úrano.

Noté su mirada indagadora clavada en la espalda. Me sentí furioso... ¿Cómo demonios podía explicarle todo lo que había pasado Prit hasta llegar allí? ¿Cómo explicarle los inmensos horrores que habíamos arrojado hasta llegar a ese cuarto miserable y abandonado? En ese momento me alegré profundamente de estar escribiendo este diario desde antes del principio de todo. Sé que es la única manera de que, si sobrevivo a esto, el día de mañana pueda recordar todo lo que pasó y convencerme de que no fue una pesadilla.

Lucía cogió a Prit por debajo de uno de sus brazos y le ayudó a incorporarse, mientras le hablaba con suavidad. Me sorprendió la delicadeza con la que trataba al ucraniano. Parecía un niño cuidando a un patito con un ala rota.

Caminando lentamente, emprendimos nuestra ruta hacia la puerta metálica del sótano. En aquel momento me resultaba evidente que con Prit en esas condiciones era absolutamente imposible salir de allí. Oh, por supuesto, podía intentarlo en solitario (es decir, Lúculo y yo solos), y seguramente lo conseguiríamos, pero esa era una opción que quedaba descartada.

No podía abandonar a Prit a su suerte, ni a aquella chica. Y además, la sola idea de volver a estar sin compañía de nuevo me resultaba tan terrible que me revolvió el estómago. No, para bien o para mal me quedaba allí con ellos. Si había sido capaz de soportar todas las pruebas hasta el momento podría con lo que me echasen por delante.

Finalmente, llegamos a la puerta. Lucía le propinó una serie de golpes (dos rápidos, tres más espaciados y finalmente una sonora patada), y esperó durante un momento. Al cabo de unos segundos alguien manipuló el mecanismo de cierre por dentro y la puerta se abrió. Un chorro de luz salió del marco abierto, deslumbrándonos por unos segundos.

Luz

Luz eléctrica. De alguna manera, tenían corriente eléctrica allí dentro.

Sin pensarlo, di un par de pasos hasta plantarme al lado de la puerta. Olía a comida, a algo bastante rico a juzgar por el aroma. Eché un vistazo hacia atrás, al túnel lóbrego, húmedo y oscuro que dejaba a mis espaldas.

Dudé. Ya había tenido malas experiencias en el pasado con otros supervivientes. No sabía que me encontraría al otro lado de aquella puerta, o más exactamente, a quien y con que intenciones, pero, dadas las circunstancias, parecía merecer la pena averiguarlo. De hecho, creo que no me quedaba otra alternativa posible. Sin dudarlo más, traspuse el marco.

La pesada puerta metálica se cerró detrás de nosotros con un sonido sordo, dejando de nuevo el pasillo sumido en la oscuridad. Fuera lo que fuese aquel lugar, ya estábamos allí.

ENTRADA 107

Dos meses. Es increíble como pasa el tiempo. Hacía dos meses que no me animaba a retomar este diario. He estado a punto de hacerlo todos los días que llevo pasados aquí, pero siempre, por algún motivo u otro, lo dejaba «para mañana». Supongo que ver esta libreta me recordaba el infierno que he pasado hasta llegar a este sitio. Pero ahora, eso da igual. Ya estoy mucho mejor.

Han sido dos meses mágicos que me han permitido recuperar mi equilibrio mental y alejarme un poco de la fiera acosada en la que me estaba convirtiendo, dos meses que me han permitido recordar que soy un ser humano y no un simple trozo de carne que lucha por sobrevivir.

La recuperación no ha sido solo mental, si no que también ha sido física. El descanso, la buena alimentación y sobre todo los atentos cuidados de mis nuevas compañeras me han permitido volver a disfrutar de la forma física que tenía antes de que el infierno se desatase. Sin embargo, no todo se ha curado. En mi interior ha crecido una veta dura y amarga, como la de un veterano de guerra. Mi escala de valores y la importancia relativa que le daba a ciertas cosas han cambiado. Yo he cambiado.

No se de que me sorprende. El jodido mundo entero ha cambiado, al fin y al cabo.

Ahora somos un grupo de cuatro personas, aparte de Lúculo, por supuesto. A Prit y a mi se nos han sumado Lucía y la hermana Sor Cecilia. Ver para creer. Una jodida monja en medio de esta locura. Mientras escribo esto las estoy viendo de espaldas, afanadas en el trajín de un horno. Es genial comer caliente todos los días.

El refugio es fantástico. Tras la puerta metálica del piso superior arranca un corto tramo de escaleras que lleva a donde nos encontramos en estos momentos, un subsector del sótano del Hospital que está completamente aislado del resto. En esta zona del sótano están situadas las enormes cocinas del complejo hospitalario, desde donde salían a diario las miles y miles de comidas destinadas al personal y los pacientes del mismo.

Tan solo hay tres accesos posibles. Está el montacargas que lleva a la sala de distribución de la planta superior, el tramo de escaleras general que conecta con el resto del hospital y la pequeña escalera de emergencia por donde entramos nosotros. El montacargas está inutilizado en nuestra planta mediante algún tipo de hierro que sujeta las puertas abiertas y las escaleras generales son impracticables al estar cortadas en la planta inmediatamente superior por unas gruesas puertas cerradas con cadenas.

Así pues, el único acceso posible a este sótano es a través de las escaleras de

emergencia por donde habíamos accedido. Una única entrada y salida guarnecida por una puerta antiincendios. Más seguro, imposible.

Pero lo mejor no es eso. Para nuestro alivio, los generadores de emergencia del Hospital siguen funcionando y suministrando corriente eléctrica a este sector. Ello implica que los gigantescos congeladores de la cocina, repleto de víveres como para alimentar a un ejército, continúan operativos. Como quiera que tan solo somos cuatro personas (y un gato que come por dos), calculo que tendríamos suficiente comida congelada para los próximos dos años. El Hospital dispone de su propio suministro de agua (hace años, cuando estaban excavando los cimientos del edificio, dieron con una enorme capa freática que paralizó las obras un tiempo) por lo que eso tampoco es un problema.

Lo único que nos puede preocupar es que los generadores fallen o que se acabe el combustible que los alimenta. No sabemos exactamente donde están situados, ni tampoco donde se encuentra el cuadro eléctrico. Aunque procuramos racionalizar el consumo energético al máximo, las reservas de diesel que alimentan a los generadores no son infinitas. Es una situación que tendremos que afrontar tarde o temprano.

Sor Cecilia María (aunque ella prefiere que le llamemos «hermana», a secas) es un ser excepcional. Es una mujer bajita, vivaracha y regordeta, con un brillo inteligente en su mirada. Tiene unos cincuenta y tantos años y es de un pueblecito perdido de Ávila. Se ha pasado los últimos quince años como misionera en Kenia, trabajando en un hospital que su orden tiene a unos doscientos kilómetros de Nairobi. El torbellino de la pandemia le cogió en el aeropuerto de Vigo, cuando venía a dar una serie de charlas en varios colegios de religiosas de la provincia. En un primer momento estuvo alojada en un atestado hotel de la ciudad, esperando a que las cosas se tranquilizaran. Cuando fue evidente que la situación ya estaba fuera de control, esta mujer enérgica se negó a seguir adoptando un papel pasivo de mera refugiada.

Se enteró de que el Hospital Meixoeiro seguía funcionando y atendiendo a cientos de personas, aunque padecía sin embargo una dramática escasez de personal médico (la mayoría huidos o muertos, a esas alturas). Así que sin dudarlo un momento se plantó en la puerta, para ofrecer sus servicios como enfermera. Las semanas finales de la civilización las pasó sumergidas en una vorágine de trabajo agotador, que le impedían tener apenas noticias del exterior. Mientras yo había estado cómodamente atrincherado en mi casa, la hermana había estado atendiendo innumerables heridos en el Hospital, en un goteo constante y demoledor. Por lo visto, el Meixoeiro fue el único centro médico que siguió operativo casi hasta el final, así que innumerables ambulancias y vehículos particulares que conseguían abrirse paso en medio del caos depositaban en la puerta docenas y docenas de heridos.

Según me ha contado Sor Cecilia, en la entrada de Urgencias un par de

agotados médicos del Ejército en uniforme de campaña hacían una primera selección de los heridos. Todos aquellos que presentasen mordiscos, arañazos o hubiesen tenido algún tipo de contacto con los infectados eran escoltados por un pelotón de soldados a otro «centro médico especializado» en las cercanías (No me he atrevido a decirle a esta piadosa mujer que nunca había existido ningún hospital «especializado». O mucho me equivoco, o los desbordados militares habían aplicado a esos heridos sin esperanza su particular «solución final». Posiblemente, en cualquier descampado en un radio de pocos kilómetros del Hospital, ahora mismo cientos de cadáveres con una bala en la cabeza se estuviesen pudriendo lentamente en el fondo de una fosa común. Así de terrible había sido la situación).

Sin embargo, aun sin contar con esa desdichada gente, aun había cientos de enfermos y heridos que la sobrecargada plantilla del Hospital a duras penas podía acoger. Accidentes de tráfico, heridos en disturbios y saqueos, infartos, apendicitis... toda la variada gama de enfermedades y accidentes que podía sufrir el ser humano seguía afluyendo al colapsado Meixoeiro, mientras la situación se iba degradando paulatinamente.

De repente, un día, llegó la orden de evacuación total hacia el Punto Seguro de Vigo. Las autoridades ya no podían garantizar la seguridad del perímetro y de cada cuatro ambulancias que salían ante un aviso de urgencia tan solo la mitad conseguían retornar. Las otras eran devoradas misteriosamente.

ENTRADA 108

Una compañía mecanizada de la Brilat apareció una mañana para organizar el convoy de evacuación. Cientos de enfermos y heridos fueron hacinados en camiones militares descubiertos, ambulancias, taxis, vehículos privados, y en general, cualquier cosa con cuatro ruedas que aún pudiese andar, junto con toneladas de medicamentos y la mayor parte del agotado personal médico. Tan solo unos ciento y pico pacientes, en un estado demasiado grave como para ser trasladados a ninguna parte, tuvieron que ser abandonados en el hospital. Un pequeño grupo de voluntarios, entre los que se encontraba la hermana Cecilia decidió quedarse para atender a aquella pobre gente, que de otra manera se hubiese visto irremediablemente abocada a una agonía lenta y dolorosa en la más absoluta soledad. Quizás hubiese sido mejor así.

Era un grupo de tres médicos y cinco enfermeros, contando a sor Cecilia. Además de ellos, un pequeño pelotón variopinto de soldados y policías fue destacado allí como fuerza de protección, con la misión de atrincherarse en el Hospital y esperar la llegada de un fuerte grupo de rescate « más adelante ». Como es obvio, dicho grupo nunca llegó.

Mientras los sanitarios luchaban por mantener con vida a los pacientes graves, los militares se dedicaban a fortificar sistemáticamente los accesos del Hospital (De ahí todas las puertas bloqueadas que habíamos encontrado). El sótano donde estamos ahora fue bautizado como « Numancia » por un sargento primero con un macabro sentido del humor. En caso de que las defensas cayesen, todo el mundo debía refugiarse en este sector. Los generadores fueron puestos en modo automático y se cortó la corriente eléctrica a todo el edificio excepto a aquellas cocinas, para reducir el consumo al máximo. Una vez hecho todo esto, solo les quedaba esperar.

Fue entonces cuando apareció Lucía. Es una cría de tan solo dieciséis años (« casi diecisiete », como no se cansa de repetir), pero ya tiene un cuerpo de escándalo. Vivía con sus padres en Bayona, una pequeña villa turística a poco más de veinte kilómetros de Vigo. Cuando fue ordenada la evacuación de toda la población civil a los Puntos Seguros, el ayuntamiento de Bayona trató de hacerlo de una manera sistemática y ordenada. De algún modo consiguieron reunir una flota de autobuses con los que trasladar a la población. Mientras miles de personas esperaban pacientemente en el entorno del Parador de Turismo, situado en una pequeña península, los autobuses realizaban el corto viaje de ida y vuelta entre Bayona y el Punto Seguro una y otra vez, incansablemente.

En medio de la confusión, Lucía subió en un autobús mientras su familia lo hacía en otro distinto. Confiando en encontrarse al cabo de unos minutos en el

Punto Seguro, Lucía se dejó llevar plácidamente, demasiado abrumada por la situación, como todo el mundo, para poder hacer otra cosa.

Sin embargo, el autobús de los padres de Lucía nunca llegó a su destino. En algún punto del camino desapareció misteriosamente. Evidentemente, todo el mundo se temió lo peor. En esos momentos, el acoso en torno al Punto Seguro empezaba a hacerse más severo. Los No Muertos ya pululaban por doquier.

Lucía casi se vuelve loca de la desesperación. Sola, sin saber la suerte corrida por sus padres, envuelta en el marasmo del Punto Seguro, obligada a dormir hacinada junto con otras trescientas personas en una antigua nave de congelados, comiendo unas raciones cada vez mas escasas, decidió que tenía que encontrar a su familia como fuese. Con buen criterio pensó que si no estaban en el Punto Seguro, el único otro lugar donde se podrían hallar tenía que ser el Hospital Meixoeiro, donde un reducido grupo aún se mantenía atrincherado. Así que cuando empezaron a reclutar voluntarios entre la población civil para formar parte de los grupos de exploración fue una de las primeras en presentarse en la oficina de enganche.

Le proporcionaron una guerrera de camuflaje que le quedaba un par de tallas grandes y unas pesadas botas de combate, pero no le dieron armas. No había suficientes para todo el mundo, la munición comenzaba a escasear y además, seguramente su aspecto frágil no le inspiraba demasiada confianza al oficial encargado. Su labor sería simplemente la de porteadora. En cuanto llegaban a algún objetivo, normalmente una pequeña tienda o algún supermercado de barrio, un equipo montaba un perímetro de seguridad alrededor, mientras otro hacía una batida preventiva en el interior. Cuando estaba el sector asegurado, los porteadores, todos ellos civiles, tenían que cargar a toda prisa con kilos y kilos de alimentos no perecederos, arramblando a toda velocidad con cualquier producto útil que se cruzase en su camino.

Lucía pasó tres agotadoras semanas jugando con la muerte en cada salida. Vio morir al menos a media docena de miembros de su equipo y ella misma estuvo a punto de ser cazada en una ocasión por un No Muerto agazapado en un almacén. Sin embargo continuaba saliendo, día tras día, esperando su oportunidad.

ENTRADA 109

Finalmente, esta llegó. Aprovechando que el objetivo de aquel día estaba relativamente cercano al Meixoeiro, Lucía se escabulló de su grupo y emprendió a pie el camino hacia el Hospital. Según ella, fueron las cuarenta y ocho horas más aterradoras de su vida. Por las noches se escondía en cualquier lugar elevado e inaccesible y con la primera luz del día reemprendía el camino, esquivando a los No Muertos y viéndose obligada a pasar largos ratos, horas en ocasiones, oculta detrás de algo, esperando a que los depredadores que se cruzaba se desplazasen a otra parte.

Cuando por fin llegó hasta el Hospital, la sorpresa del pelotón de soldados que lo protegía fue mayúscula. Hacia semanas que no veían un solo ser vivo por la zona, aparte de los grupos errantes de No Muertos que de vez en cuando se acercaban por allí, así que la visión de aquella muchachita vestida de soldado y que llegaba andando en busca de sus padres les desconcertó profundamente.

Evidentemente, no había rastro de los padres de Lucía en el Hospital, ni nadie tenía ninguna referencia de ellos. Aquello resultó demoledor para la valiente chica. De golpe fue consciente de que posiblemente se había quedado totalmente sola y sin saber muy bien que hacer.

Sin embargo, lo peor aún estaba por llegar. La presencia de una chica joven y guapa entre un grupo de hombres jóvenes, aislados y embrutecidos por la situación solo podía desencadenar una tensión sexual cada vez mayor. Las riñas y las peleas entre aquellos hiperexcitados soldados iban cada vez a más. Finalmente, una noche, uno de los integrantes del grupo, totalmente bebido, intentó violarla. Afortunadamente, uno de los médicos detuvo al agresor de un certero golpe en la cabeza justo a tiempo, pero la situación empezaba a ser incontrolable.

El teniente al mando del grupo ordenó que las mujeres del hospital (es decir, Lucía y Sor Cecilia) se mantuviesen permanentemente dentro de Numancia y no saliesen de allí bajo ningún concepto. De nada sirvieron las protestas de la monja ni la indignación de Lucía. El teniente, un tipo de la vieja escuela, no quería mujeres mezcladas con los hombres bajo sus órdenes y no había más que decir. Así, durante un par de semanas, se vieron obligadas a trabajar de cocineras y asistentes del grupo de las plantas superiores, mientras los pacientes iban falleciendo lentamente uno a uno, bien por su extrema gravedad, bien por la falta de medicamentos especializados o bien porque en aquellas condiciones era imposible realizar cualquier tipo de intervención quirúrgica. Por lo demás, mientras tanto, los defensores simplemente se limitaban a esperar.

No fue por mucho tiempo. Tan solo un par de noches después de que

perdiesen comunicación por radio con el Punto Seguro, cientos de No Muertos comenzaron a congregarse por la zona. En vez de tratar de pasar desapercibidos, el teniente al mando del pelotón, un cretino con la cabeza hueca y deseoso de gloria, ordenó abrir fuego a discreción. Pronto, el tableteo de las armas automáticas actuó como un imán sobre aquellos seres, congregando a una auténtica muchedumbre en el exterior.

A la postre, los No Muertos consiguieron entrar. Ni Sor Cecilia ni Lucía han sido capaces de explicarme como fue aquello, ni que es lo que pasó exactamente, ya que ellas estaban atrincheradas en el sótano mientras se desarrollaba el drama un poco más arriba. Lo único que saben es que uno de los soldados, un chico muy joven y asustado, con un marcado acento andaluz, había asomado apresuradamente la cabeza en Numancia y les había aconsejado que cerrasen la puerta por dentro.

Durante un par de horas se escucharon numerosas detonaciones e incluso alguna explosión. Los disparos, al principio en el exterior pronto pasaron a sonar en los pasillos interiores del Hospital, hasta que por fin, cesaron por completo. Durante casi dos horas, la monja y la adolescente aguardaron pacientemente a que alguien fuese a buscarlas para decirles que todo había acabado. Sin embargo, nadie apareció.

17 October 2006 @ 17:23 hrs.

ENTRADA 110

Lucía, armándose de valor, se arriesgó a salir de Numancia para tener noticias del grupo. Lo único que pudo ver fue lo mismo que meses mas tarde nos encontraríamos Pritchenko y yo. Corredores abandonados, huellas de pelea por algunas partes y ni un solo ser vivo.

Desde aquel momento, las dos mujeres habían estado viviendo en aquel sótano, protegidas del exterior. Allí no solo tenían luz, agua y alimentos, sino que además estaban a salvo de los No Muertos. Pero lo mas importante, sobre todo, era que tampoco tenían muy claro a donde ir ni que demonios hacer. Eran conscientes de que sus posibilidades en el exterior eran muy limitadas, y que por sus propios medios no podrían llegar muy lejos. Así que habían concluido que la mejor opción era esperar a que llegasen las partidas de rescate.

Pero sin embargo, los únicos que habían aparecido por allí eran dos supervivientes con un gato, cansados, heridos, famélicos y desorientados. El impacto que supuso nuestra llegada, junto con las noticias que traíamos del exterior, supuso una mezcla de horror y esperanza para ellas. Horror por descubrir que no quedaba nada en pie de la sociedad que conocían y esperanza porque ahora nuestra presencia les permitía ver por fin una salida a aquella situación tan compleja.

Viktor está muchísimo mejor. En cuanto entramos por la puerta, Sor Cecilia lo adoptó bajo su protección como una gallina clueca a un pollito. No solo fue capaz de remendarle con notable maestría su destrozada mano izquierda (a la que sin embargo le faltan dos dedos de forma irremediable) sino que además consiguió sacar al ucraniano de la tremenda crisis nerviosa en la que se había enterrado. Su diagnostico había sido sorprendentemente coincidente con el mío. Neurosis de guerra, había dicho. No es irremediable, pues normalmente un par de semanas en un lugar seguro y tranquilo, lejos de cualquier tipo de tensión nerviosa sirve para atajarlo, pero hay ocasiones en las que el que la padece queda trastornado para siempre.

Afortunadamente, este no ha sido el caso de Viktor. Sus ganas de vivir son demasiado intensas como para que una simple crisis nerviosa lo deje aparcado en la cuneta. A lo largo de semanas he visto como poco a poco su estado de ánimo era cada vez más fuerte y positivo. A ello ha contribuido sin duda las enormes, largas conversaciones, que a la luz de un par de lamparillas mantenía todas las noches con sor Cecilia. La monja y el ucraniano han forjado una estrecha relación de amistad, basada en la confianza. Como muchos esclavos, Pritchenko es fervorosamente creyente. Pese a que la hermana Cecilia es católica y él es ortodoxo, su presencia le ha servido de profundo consuelo.

Supongo que a lo largo de esas interminables charlas habrá tratado de sacarle algún sentido a todo este infierno, alguna respuesta a la repentina pérdida de su mujer y sus hijos, alguna idea de porqué Dios ha desencadenado este cataclismo sobre la tierra. No se si ha encontrado esas respuestas o no, pero por lo menos se que su búsqueda ha supuesto un bálsamo para su alma herida.

Algo dentro de su corazón se ha roto para siempre, de eso no cabe duda, pero ahora, al menos, está aprendiendo a convivir con el dolor. Que no es poco.

Yo, por mi parte, prefiero no pensar. El hecho incontestable es que a cada minuto que pasa no puedo dejar de preguntarme que habrá sido de los míos. Joder, los echo de menos, de una manera tan intensa y desesperada como nunca pensé que podría añorar a nadie. Sé que lo más probable es que se hayan transformado en una de esas cosas, pero me niego a admitirlo.

Tengo una pesadilla recurrente desde hace semanas. Estoy caminando por un pasillo oscuro, con el rumor del agua del mar chapoteando al otro lado de una de las paredes, pero no huele a mar, sino a podredumbre. El pasillo está cubierto de restos de basura, casquillos de bala y las paredes están manchadas con algo parecido a excrementos, aunque se que es sangre reseca. De repente, de una puerta salen mi hermana y mis padres, convertidos en esas cosas, avanzando hacia mi con ojos ciegos, buscando mi sangre. Aunque estoy armado en el sueño, no soy capaz de levantar el arma y entonces... Entonces me despierto, con un malestar enorme y unas ganas inmensas de vomitar.

Los que han muerto y se han convertido en una de esas cosas están en el infierno, sin duda, pero los supervivientes no vivimos mucho más lejos.

23 October 2006 @ 10:54 hrs.

ENTRADA III

Tenemos que salir de aquí. Y rápido, además.

Ayer por la tarde estaba con Prit, discutiendo en el hueco del montacargas cual sería la vía más rápida para alcanzar el GL y traerlo hasta nuestra « salida de emergencia ». Ambos estábamos de acuerdo en que teníamos que mover el pesado todoterreno desde el lugar donde lo habíamos dejado, al otro lado del Hospital, hasta una posición más segura en esta zona. No se trataba tan solo de tenerlo más a mano por si surgía alguna emergencia, sino que además era imprescindible moverlo un poco de vez en cuando para evitar que se descargase la batería. El invierno se acercaba lentamente y mucho me temía que pudiese afectar seriamente al motor de arranque.

En medio de la conversación el ucraniano se irguió de forma súbita, como un perdiguero olisqueando el aire ansiosamente, con una expresión reconcentrada en su rostro.

—¿No lo hueles? —preguntó.

—¿Oler el que? —respondí, desconcertado. He de reconocer que después de siete meses rodeado de basura y cadáveres descomponiéndose lentamente, mi pituitaria no tenía la misma sensibilidad que antaño.

—Incendio —dijo Viktor con los ojos cerrados, mientras olfateaba el aire ansiosamente. Abrió los ojos de golpe y se giró hacia mí, mirándome intensamente.

—¿Incendio? ¿Un fuego? ¿Aquí, en el Hospital?

—No aquí en Hospital. Fuego fuera, fuego forestal. Yo no estoy equivocado —respondió Prit, con la voz ahogada.

No me cabía la menor duda de que el pequeño piloto tenía razón. Años de experiencia combatiendo fuegos forestales le habían enseñado a percibir los rastros más tenues de un fuego, incluso aquellos que a un simple ciudadano le pasarían desapercibidos. Yo personalmente no olía nada, pero si el ucraniano decía que le olía a madera quemada, no había nada que discutir. La cuestión era como nos podía afectar eso a nosotros, dada nuestra situación.

—Viene arrastrado por el viento. Viene aquí —continuó el ucraniano—. Deberíamos mirar.

—Sí...

Nos miramos fijamente durante unos segundos. El ucraniano meneó la cabeza y yo solté un juramento por lo bajo. Ambos éramos conscientes de lo que iba a suceder.

Joder, pensé. Otra vez en el baile. Una vez más, no nos quedaba otra que asomar nuestra nariz fuera de la madriguera, nos gustase o no.

Tomada la decisión, volvimos de nuevo al interior de « Numancia » . En pocas palabras, pusimos rápidamente al corriente a la hermana Cecilia y a Lucía de la situación. La expresión de alarma que puso esta última cuando se enteró de que nos íbamos a aventurar de nuevo al exterior fue casi cómica.

Mientras me ayudaba a abrocharme el remendado traje de neopreno no cesaba de parlotear nerviosamente a mi alrededor, recordándome mil cosas que no debía hacer. No te arriesgues demasiado, no entres en sitios oscuros, no te acerques a nada sospechoso, no te alejes de Prit, no...

Traté de tranquilizarla un poco, no solo por ella, sino porque estaba consiguiendo que yo mismo me pusiese más nervioso todavía. No es que Lucía sea una histérica, ni nada por el estilo, pero la posibilidad de que nos pasase algo en el exterior parecía perturbarle profundamente.

Finalmente, tanto Prit como yo estuvimos listos. Ambos íbamos armados con un par de fusiles de asalto de los que habían quedado abandonados por los militares en el Hospital. Además, cruzado en la espalda, llevaba el arpón con un virote montado y otros dos de repuesto atados a la pantorrilla derecha. Por su parte, el ucraniano, ataviado con un espantoso chándal color fucsia que hería la sensibilidad cromática más elemental, llevaba un enorme cuchillo de caza metido en una funda sobre los riñones mientras mascaba chicle de forma mecánica, sorprendentemente tranquilo.

ENTRADA 112

Teníamos bastante claro que nuestra mejor vía de salida era a través del hueco del montacargas. No solo evitábamos tener que cruzar de nuevo medio Hospital a oscuras, sino que además era el acceso más rápido al exterior. Una vez en el almacén de recepción de productos de la planta superior simplemente tendríamos que abrir una ventana para tener una visión amplia de todo el valle que se extendía a los pies del Hospital.

Sin embargo, pronto descubrimos que trepar por el cable de un ascensor es algo bastante más difícil de lo que parece en las películas. No solo están completamente recubiertos de grasa, sino que además, el ruido que montábamos subiendo podría haber atraído a una legión de esas cosas hacia nosotros. Sin embargo, las circunstancias, como pudimos comprobar, nos favorecieron, al menos por un rato.

Al llegar a la planta superior Prit abrió la puerta del montacargas con extrema suavidad, preparado para arrojarle de nuevo al interior a la menor señal de peligro. Yo por mi parte, trataba de mantener lo más tenso posible el cable, para que en caso de problemas nos pudiésemos deslizar con rapidez hasta la planta baja.

Deslizándose como una anguila, Viktor desapareció tras la puerta del piso superior. Durante unos quince interminables segundos no pude oír ni el más mínimo ruido. Cuando pensaba que mis nervios estaban a punto de estallar, el ucraniano apareció de nuevo tras la puerta y me hizo una seña para indicarme que el camino estaba libre. Curiosamente libre, debo añadir.

Por primera vez en dos meses sentí la luz del sol directamente sobre mi piel, y la sensación fue tan fantástica que me quedé paralizado por un momento, disfrutando de aquel maravilloso placer. Estábamos en el almacén de la planta superior. Un pesado portalón metálico, por donde antaño entraban los camiones de los proveedores, estaba abierto de par en par, posiblemente abandonado de cualquier manera en el momento de la evacuación del complejo Hospitalario. Por allí entraba la luz del sol. Noté como los nervios me atenazaban la boca del estómago. Si aquella enorme puerta estaba abierta, eso significaba que nada impedía a los No Muertos pasear con total libertad por el interior de aquella enorme sala. Pero sin embargo no había ni rastro de ellos. Ni el más mínimo.

Cautelosamente Prit y yo asomamos la cabeza al exterior. Era un precioso día de principios de otoño. Aunque el sol brillaba intensamente en un cielo totalmente despejado, un fuerte viento del noreste hacía que la sensación térmica fuese muy baja. Pero aquel viento, a su vez, traía un intenso olor a madera quemada. Hasta y o podía percibirlo en aquel momento.

Mi mirada se paseaba nerviosamente de derecha a izquierda, tratando de localizar cualquier posible movimiento sospechoso, pero no había ni un alma a la vista. Tan solo docenas de pájaros, con movimientos atolondrados, volaban hacia todas partes, completamente desorientados. El ambiente estaba cargado de electricidad, como una especie de tensión contenida que se palpaba en todas partes.

De repente, Pritchenko me pegó un codazo en las costillas para reclamar mi atención. Seguí con la mirada la dirección que me indicaba silenciosamente con su dedo. Sobre las colinas que rodeaban aquel extremo del valle, en una longitud de más de dos kilómetros, una espesa columna de humo se elevaba, trizando enormes espirales negras que se agitaban con furia. Un maligno resplandor anaranjado teñía el horizonte, dándole un toque siniestro e irreal a toda aquella escena.

Me quedé completamente horrorizado contemplando la escena. Un incendio. Un puto incendio forestal. Me parecía recordar vagamente que un par de días antes una fuerte tormenta seca (gran cantidad de aparato eléctrico pero sin precipitaciones) había caído por la zona. Puede que aquel incendio lo hubiese provocado un rayo de aquella tormenta. O una bombona de butano abandonada al sol durante meses. O cualquier otra condenada cosa que en aquel momento no era capaz de imaginar. Quien sabe.

Lo único cierto era que aquel incendio, sin nadie que le hiciese frente, estaba cobrando unas dimensiones pavorosas, arrasando todo lo que se encontraba a su paso. De repente, como si alguien hubiese leído mis pensamientos, una potente explosión sacudió de golpe la atmósfera, al tiempo que una enorme bola de fuego anaranjada se elevaba sobre el horizonte. El fuego acababa de devorar un vehículo, puede que más de uno a la vez, dada la magnitud de la explosión. Aquello se estaba transformando en un monstruo.

Ese pensamiento me hizo recordar de golpe la extraña ausencia de No Muertos por las inmediaciones. Puede que su primitivo raciocinio, si es que se puede llamar así a su comportamiento, les hubiese dictado la orden de escapar a toda velocidad de las llamas. No me extrañaría nada. Al fin y al cabo, esos seres parecen actuar impulsados por sus instintos más primarios, como las bestias. Y uno de los impulsos más elementales en la naturaleza es el de la auto conservación. De alguna manera que no alcanzo a comprender, los No Muertos habían percibido el peligro, y simplemente, se habían alejado de él, hacia otras zonas mas seguras. Oh, posiblemente las llamas atrapasen a docenas, cientos, quizás miles de ellos, pero aun así, quedarían todavía millones de esas almas condenadas vagando por ahí. No, el fuego en sí no era la solución del problema, sino que suponía otro problema aún mayor, un cubo de mierda más para añadir al barreño ya rebosante en el que chapoteábamos lo supervivientes.

Un par de jabalís, surgiendo del enmarañado bosque en que se había

transformado el jardín delantero, atravesaron corriendo la explanada desierta del aparcamiento, en dirección opuesta al muro de llamas. Prit y yo nos miramos, sin decir nada. Si los animales huían del fuego era porque su instinto les dictaba que aquel lugar ya no era seguro. Quizás deberíamos tomar ejemplo, decía su mirada.

De todas formas, no hacía falta un instinto muy afilado para darse cuenta de todo eso. Simplemente fijándose donde estaba el frente del incendio y de donde soplabo el viento era fácil deducir que el incendio caería sobre el hospital en un par de horas, tal vez cuatro. Nada más. Ese era el tiempo del que disponíamos.

No había tiempo que perder.

26 October 2006 @ 16:38 hrs.

ENTRADA 113

Rápidamente rodeamos la pared sur del Hospital, en dirección al aparcamiento donde habíamos dejado abandonado de cualquier manera el GL hacía un par de meses. Recordaba a la perfección que la puerta del acompañante había quedado abierta por completo, y que incluso un par de aquellos seres se habían colado en el interior del vehículo. No sabíamos lo que nos podríamos encontrar allí, pero desde luego contábamos con que la batería del GL se hubiese descargado por completo. No estaba seguro de haber apagado los faros cuando saqué a Prit a rastras del coche, así que cualquier cosa era posible. Por si acaso, en el fondo de la mochila que llevaba colgada a la espalda reposaba una reluciente batería de repuesto, botín del almacén de repuestos de las ambulancias.

Mientras trajinábamos con las baterías, cambiando la vieja por la nueva, no pude evitar una poderosa sensación de deja vu. Era exactamente la misma situación que habíamos vivido meses atrás, cuando desembarcamos en el Puerto de Vigo, solo que ahora ya no íbamos tan a ciegas como antes. Bueno, y tampoco teníamos a un montón de pakistaníes armados dando vueltas a nuestro alrededor. Suponía una diferencia apreciable. Me pregunté vagamente que habría sido de la tripulación del Zaren Kibish... Por lo que a mi respecta, esperaba que estuviesen ardiendo en el infierno...

Con un par de hipidos el motor se puso en marcha tras apenas una breve vacilación. Mientras tanto, las primeras llamas ya empezaban a despuntar sobre las colinas cercanas al Hospital. El cielo estaba teñido de un intenso color anaranjado y el olor a humo era entonces perfectamente perceptible. El viento parecía haber aumentado su intensidad y la temperatura había aumentado al menos un par de grados centígrados. Aquello se ponía feo por minutos.

Con un crujido seco el GL se detuvo sobre la capa de grava que había a la entrada del túnel de acceso al almacén de servicio. Mientras Prit aguardaba en el todoterreno con el motor en marcha, yo me precipité como un obús por el hueco del ascensor, descolgándome por el cable engrasado hasta llegar sin aliento a la planta baja.

Sor Cecilia y Lucía me esperaban junto a la cabina del elevador, con una expresión inquieta en sus rostros. Me di cuenta de que el olor a quemado ya era ahora notoriamente sensible en el sótano. No se si fue mi imaginación acelerada o las prisas del momento, pero hasta me parecía ver volutas de humo circulando a contraluz frente a las lámparas de magnesio.

Les puse al corriente de la situación de forma apresurada. Un enorme incendio se acercaba al Hospital. No había manera de detenerlo, en poco más de

una hora estaría encima de nosotros y arrasaría aquel lugar hasta los cimientos. Hasta los putos No Muertos habían huido a toda la velocidad que sus maltrechos cuerpos les permitían. Había que salir de allí ya o seríamos carbonilla ennegrecida en poco rato.

Su reacción fue mucho más serena y tranquila de lo que me podía haber imaginado. Mentalmente me había hecho a la idea de enfrentarme a una pataleta de considerables dimensiones, o incluso a una negativa rotunda a salir de la seguridad del sótano, pero afrontaron la noticia con una ecuanimidad pasmosa. Mientras Lucía se dirigía a la esquina del almacén donde habíamos dejado depositadas las « mochilas de emergencia », como acostumbraba a llamarlas, la religiosa simplemente se limitó a preguntarme si había alguna posibilidad de desbloquear el elevador y ponerlo de nuevo en funcionamiento.

—Hay muchas cosas que puede hacer esta monja, —dijo—, pero trepar más de diez metros por un cable lleno de grasa no es una de ellas. Así que mueve el culo, hijo, o me tendrás que ayudar a salir por el lado más largo, y eso nos llevará mucho tiempo.

Sonreí por lo bajo, mientras meneaba la cabeza, demasiado impresionado como para hablar. Aquellas dos mujeres estaban hechas de un material muy duro. Tenían que estarlo, para haber sobrevivido solas durante tanto tiempo y haber aguantado todo aquel infierno sin ser devoradas.

Al fin y al cabo, donde hombres de pelo en pecho se habían doblado como muelles rotos frente a las dificultades, ellas simplemente habían apretado los dientes y seguido adelante un poco más. No, definitivamente no me las veía con un par de remilgadas. Menos mal.

Lucía volvía de la esquina del almacén en esos momentos, medio sepultada por un par de enormes mochilas del ejército y trayendo otra más a rastras. Dentro de aquellas bolsas habíamos metido todo lo que considerábamos que sería imprescindible cuando tuviésemos que salir de allí. Docenas de paquetes de comida liofilizada de los militares, un enorme y surtido botiquín con el que estoy convencido que se podría abastecer a un regimiento, munición, bengalas, mi radio de onda corta (sin pilas desde que algún marinero del Zaren Kibish registró mis pertenencias y consideró que las baterías le hacían falta para cualquier otra cosa), litros de agua y solo Dios sabe que docenas de cosas más.

Cargué la mochila que me parecía más pesada en mi espalda, mientras que ayudaba a Lucía a colocar bien la suya. Pese a las protestas indignadas de Sor Cecilia no le permití cargar con el tercer macuto, y lo arrastramos entre Lucía y yo, junto con la caja donde iba Lúculo. Las cosas no iban tan mal como para que una mujer de más de sesenta años tuviese que acarrear una mochila que pesaba al menos lo mismo que ella.

Antes de entrar en el elevador, dirigí una última mirada a aquel sótano, con una punzada de nostalgia. Durante casi dos meses había llevado allí una vida casi

normal. Posiblemente aquel fuese el único sitio seguro con luz, agua, comida y confort en muchísimos kilómetros a la redonda. Y no solo nos veíamos obligados a abandonarlo, sino que además sería pasto de las llamas en pocos minutos, y no había nada que pudiésemos hacer para impedirlo.

La simple idea de que un lugar tan maravilloso como aquel fuese a desaparecer me encogía el corazón de pena. Sonreí amargamente, consciente de la peculiar ironía que encerraba aquel último pensamiento. Un sótano oscuro, cerrado y lleno de olores de comida y de humedad producto de la condensación había llegado a parecerme un lugar « maravilloso » . Hay que joderse...

ENTRADA 114

Metiéndome en el bolsillo un rosario de hueso que la monja se había dejado olvidado sobre una mesa, me dirigí con paso lento hacia el ascensor, donde las dos mujeres ya me esperaban. Dejé todas las luces encendidas a mi paso, sin preocuparme de apagarlas. Que más daba. El Titanic también se había ido a pique con todas las luces encendidas y la música sonando en cubierta.

Tras echar un vistazo me di cuenta de que el elevador era sorprendentemente fácil de desbloquear. Simplemente había que retirar un enorme cucharón que algún tipo ingenioso había incrustado en el hueco que permitía el cierre del elevador. En cuanto lo hice, la puerta se cerró con un latigazo metálico ensordecedor y casi al mismo tiempo la cabina comenzó a ascender lentamente en medio de sacudidas nada tranquilizadoras.

El ascenso fue lento, y tenso. El olor acre del humo era cada vez más intenso y se filtraba por las rejillas de ventilación, secándonos las gargantas. No podía evitar que en mi mente se filtrase la imagen recurrente de docenas de esos seres esperando pacientemente delante de la puerta superior del elevador, aguardando a que el menú subiese hasta ellos. Me imaginaba como docenas de brazos y bocas ansiosas se estiraban hacia el interior del ascensor para despedazarnos y devorarnos.

Cerré los ojos, angustiado, mientras mi respiración se aceleraba con la tensión. No podría hacer nada, no podría hacer nada, no...

Una mano se apoyó en mi brazo. Abrí los ojos y pude ver la expresión tranquila de Lucía contemplándome, mientras me daba un afectuoso apretón en el brazo. Acercó su boca hasta mi oído y me susurró un cálido «Tranquilo. Todo va a ir bien». De paso, aprovechó para darme un pequeño mordisquito juguetón en el lóbulo de la oreja, no muy inocente, que casi me hizo tocar el techo del ascensor. Condenada cría...

El elevador se detuvo finalmente con una sacudida más fuerte que las demás. La puerta, un tanto atascada por tanto tiempo sin uso se resistía a abrirse y tuvimos que empujarla un poco para poder salir. Una vez fuera, nos detuvimos, abrumados por el espectáculo.

Los jirones de humo espeso envolvían ya toda el área del aparcamiento, reduciendo la visibilidad a poco más de doscientos metros. Todo estaba teñido de un color rojizo malsano, como una estampa salida del infierno. El frente de llamas había avanzando visiblemente por las colinas, y una vez que había superado las cimas de estas, continuaba corriendo ladera abajo, devorando todo lo que encontraba a su paso. Un enorme grupo de eucaliptos fue alcanzado por las llamas y por efecto del intenso calor explotaron como un racimo de fósforos

arrojados a una chimenea. Miles de pavesas incandescentes revoloteaban por todas partes, arrastradas por el fuerte viento que generaba el propio incendio. Algunas de esas pavesas caían sobre zonas secas altamente combustibles, iniciando a su vez nuevos incendios que no hacían mas que alimentar al monstruo. La situación era mucho más caótica de lo que habíamos previsto. El fuerte viento había provocado que el incendio avanzase mucho más deprisa de lo esperado. En menos de quince minutos estaría lamiendo las paredes del Hospital.

Con los ojos lagrimeando a causa del humo nos acercamos hasta el GL, que pese a tener todas las luces encendidas, resultaba casi invisible en medio de aquella tormenta de ceniza y fuego. Un inquieto Prit nos esperaba justo al lado del todo terreno, haciéndonos señas para que nos apresuráramos, con un ojo puesto en nosotros y el otro vigilando todo el entorno. Me fijé que tenía el seguro de su arma destrabado, algo que ni se me había pasado a mi por la cabeza. En fin, es un ex-militar, al fin y al cabo, y supongo que esas cosas quedan grabadas a fuego en el subconsciente.

Mientras estibaban los bultos en el maletero aproveché para deslizarme en el asiento del conductor. En aquella ocasión prefería llevar yo el vehículo. Ya había tenido suficiente experiencia de conducción ucraniana por aquel año y lo último que deseaba era tener un accidente.

Cuando por fin estuvieron todos a bordo arranqué en medio de una nube de gravilla disparada hacia todas partes. La estampa de la zona era dantesca. Una enorme nube rojiza envolvía todo lo que se abarcaba con la vista, que no era mucho, apenas unos cuarenta o cincuenta metros por delante de los faros, mientras el rugido de las llamas ya era perfectamente audible, puntuado con las explosiones y chasquidos secos de la madera al arder. Atravesando la explanada a ciegas esquivé en el último momento los restos de un Peugeot abandonado, con manchas de sangre reseca en su interior.

Por fin encontré la carretera de salida, enmarcada entre dos monstruosas piezas de hormigón, a las que se accedía tras atravesar un tramo de cincuenta metros de calzada vallada con alambradas. Con un tumbó que arrancó gritos de protesta de todos los ocupantes, pasamos por encima de un enorme bulto apolillado que había en mitad de la vía y que no pude evitar (algún cadáver en putrefacción, supuse). No nos habíamos alejado más que un kilómetro o dos del Hospital cuando una enorme explosión retumbó con fuerza en la atmósfera, haciendo vibrar nuestro vehículo. Las llamas ya debían haber alcanzado los depósitos de oxígeno líquido del Hospital, situados a una cierta distancia del mismo. La violencia de semejante explosión se debía haber llevado media fachada por delante. A partir de ese instante, y durante los siguientes quince minutos, una serie ininterrumpida de explosiones nos fue acompañando durante todo el camino, a medida que las llamas iban devorando los vehículos abandonados del parking, cada vez más cerca del Hospital.

Finalmente, una fabulosa explosión, considerablemente más potente que el resto, llegó hasta nosotros, sobresaltándonos. Los depósitos de combustible de los generadores o de la calefacción. Por supuesto. Entonces las llamas tenían que estar ya en el propio edificio.

Un refugio menos, y de nuevo en el camino, pero con dos personas más. Cristo Bendito. Qué cosas...

ENTRADA 115

Hicimos el resto del trayecto en silencio. Supongo que tanto Lucía como Sor Cecilia se preguntaban a donde diablos íbamos, pero si era así, se abstuvieron de decirnos nada. Puede que simplemente pensasen que nos limitábamos a correr en dirección opuesta al fuego y que ya decidiríamos nuestro destino una vez que estuviésemos a salvo.

Nada más lejos de la realidad.

Prit y yo no nos habíamos olvidado de la pequeña pieza metálica que, envuelta en un paquete cubierto de inscripciones en cirílico, reposaba en un gran bolsillo de la mochila del ucraniano. Aquella pieza era lo único que nos garantizaba que el helicóptero aún seguía en su sitio, esperando por nosotros.

El helicóptero. La solución temporal a nuestros problemas. Prit y yo lo habíamos comentado en más de una ocasión a lo largo de aquellos dos fantásticos meses. A menos de doce kilómetros en línea recta del Meixoeiro estaba el helipuerto contra incendios donde el helicóptero de Pritchenko tenía su base. Sobre un plano de carreteras habíamos trazado la mejor ruta posible hasta el mismo, combinando además los recuerdos que el ucraniano y yo teníamos de la zona. Era perfectamente factible llegar hasta allí por vías secundarias y cortafuegos abandonados que no aparecían en el mapa, donde la posibilidad de tener malos encuentros era ya muy baja, sobre todo porque discurría por zonas despobladas. Habíamos planeado intentar llegar hasta el helipuerto en octubre, cuando las primeras lluvias ocultasen nuestros movimientos un poco a los No Muertos, para intentar traer el aparato hasta el Hospital, donde podríamos cargarlo hasta los topes, pero aquel jodido incendio nos había obligado a acelerar nuestros planes. En fin. Teníamos que llegar hasta allí como fuese.

En principio no parecía muy complicado, sobre todo porque el incendio no avanzaba en aquella dirección, pero en cualquier instante un súbito cambio en la dirección del viento podía transformar el escenario. De momento, la zona por la que circulábamos parecía a salvo, mientras el fuego, tras haber devorado el enorme complejo hospitalario, reduciéndolo a un gigantesco montón de escombros incandescentes que se veían brillar en la distancia, con las llamas asomando por las ventanas de las plantas superiores, se dirigía ahora a una velocidad asombrosa, valle abajo, hacia un punto donde se adivinaban a contraluz las formas de los primeros edificios del extrarradio de Vigo. Si nadie lo impedía (Y lo único que se me ocurría que podía hacerlo era un fuerte aguacero) aquel incendio iba a devorar la ciudad hasta los cimientos en cuestión de horas.

Definitivamente, el viejo mundo de los hombres había acabado. El nuevo mundo, el mundo de los No Muertos, el Mundo Cadáver había llegado para

ocupar su lugar, eliminando poco a poco los rastros de nuestra presencia sobre la faz de la tierra. Sentía como si los pocos puñados de supervivientes dispersos fuésemos los últimos de nuestra raza. Era aterrador.

24 HORAS DESPUÉS

Estamos en la base forestal. La carretera que seguimos para venir hasta aquí estaba totalmente libre de obstáculos, excepto los dos últimos kilómetros, cortados por un desprendimiento de tierra, y que tuvimos que hacer a través de un viejo cortafuegos que desembocaba muy cerca de la enorme piedra donde estoy sentado escribiendo esto ahora mismo. Desde la cima de este monte, a unos seiscientos metros sobre el nivel del mar tenemos una vista privilegiada de toda la ría de Vigo, parte de la Pontevedra y muchos kilómetros tierra adentro. No se ven señales de vida por ninguna parte, de vida humana, por supuesto.

La base estaba absolutamente desierta cuando llegamos, y parecía llevar varios meses en ese estado, a juzgar por la espesa maleza que estaba creciendo justo sobre la puerta y que tardamos unos buenos cinco minutos en cortar para poder acceder al recinto vallado.

Para nuestro alivio, el helicóptero de Prit aun está aquí. Es un enorme PZL WSokol de color blanco y rojo, de morro alargado, con las aspas pintadas en negro y blanco y que reposa sobre sus enormes ruedas con todas las puertas abiertas. Sobre la cabina lleva adosada una enorme jiba en la cual, según me ha explicado Prit, van instaladas las dos monstruosas turbinas que impulsan al aparato. El interior es amplio y espacioso, ya que aparte de los asientos del piloto y el copiloto, caben otras diez personas más (Aunque normalmente las brigadas helitransportadas eran de solo nueve miembros, por comodidad).

Con un pequeño tractor de remolque hemos sacado el enorme aparato al exterior, a la pista de asfalto, donde puedo ver ahora a Prit encaramado entre las aspas, con la ojiva de una de las turbinas abiertas, afanándose en cambiar la pieza averiada. Me alegro de tener al ucraniano aquí. No solo ha demostrado ser un compañero fenomenal a lo largo de estos meses, sino que además ahora podremos salir de aquí gracias a él.

Por otra parte, el incendio parece estar devorando toda la zona norte de la ciudad. Con unos potentes binoculares Zeiss me he pasado las últimas cuatro horas oteando el horizonte, incluyendo Vigo, que está a unos buenos quince kilómetros. Una espesa columna de humo negro me impide contemplarla con detalle, pero ahora las explosiones se suceden con frecuencia, a medida que el fuego va devorando vehículos, estaciones de servicio, conducciones de gas y todas las miles de cosas altamente inflamables que se pueden encontrar dentro de una urbe de ese tipo. Me alegro de no estar allí.

El humo me impide además contemplar el Puerto, envuelto en una densa masa de cenizas y hollín. Me pregunto si el Zaren Kibish sigue aún fondeado en la dársena exterior o se las habrán apañado para salir de ahí.

14 February 2007 @ 10:53 hrs.

ENTRADA 116

Enfoque a donde enfoque los binoculares, los puedo ver. Los No Muertos. Hay cientos, miles de ellos, pululando por todas partes. Supongo que el incendio los habrá forzado a salir de la ciudad y ahora vagan por los campos y por los pequeños pueblos y urbanizaciones del extrarradio, buscando algo a lo que echarle el diente o sabe Dios lo que. Confío en que el fuego se halla llevado por delante a muchos de ellos, atrapados en el dedalo de calles de Vigo, pero por lo que puedo comprobar, la mayor parte ha podido huir a tiempo. Viniendo hacia aquí tan solo nos hemos cruzado con un par de ellos, y a bastante distancia, pero es tan solo cuestión de tiempo que se dejen caer por aquí.

Así que nos vamos. Y muy lejos, además.

Lo hemos decidido. Nuestro destino será Tenerife, en las Islas Canarias. Es la única salida lógica. En cualquier sitio del continente europeo donde nos quedemos tendremos los mismos problemas y las mismas dificultades que aquí. Hoy por hoy no hay sitio para el ser humano en esta parte del mundo. Estamos hastiados de todo esto. Yo estoy cansado de vivir como un animal acorralado. Necesitamos un sitio donde haya paz, comida, electricidad, y lo más importante, gente. El ser humano es un ser sociable por naturaleza, necesita de la presencia de otros humanos para poder existir. Necesitamos ver caras nuevas, gente nueva, ideas nuevas, o nos volveremos locos. Temo que si no nos encontramos con un grupo más amplio de gente, pronto empecemos a perder parte de nuestra humanidad.

Con la radio del helicóptero hemos podido captar algunas transmisiones muy débiles y llenas de interferencias, pero que no dejan lugar a dudas. Son transmisiones militares y hacen referencia al tráfico aéreo en el aeropuerto de Los Rodeos, en Tenerife. Ese aeropuerto por lo tanto sigue operativo y suponemos que eso debe implicar que hay un asentamiento de población en sus alrededores. Lucía ha recordado muy juiciosamente que el espacio marítimo y aéreo de las Islas fue cerrado para evitar que llegase más gente, pero eso fue hace muchos meses ya. Quiero creer que la llegada de un nuevo grupo de supervivientes, a estas alturas, será bien recibida.

Un problema no dejaba de dar vueltas en mi cabeza: La enorme distancia a recorrer. Hay más de mil setecientos kilómetros entre esta parte de la Península y las Islas Canarias. La autonomía de un helicóptero como el Sokol está en torno a los cuatrocientos kilómetros, con lo cual a mi no me salían las cuentas de ninguna manera. El vuelo en línea recta queda totalmente descartado, así que la única alternativa es ir volando sobre la Península, cruzar el Estrecho y llegar hasta Tarfaya, la zona de Marruecos más cercana a las islas. Una vez allí, apenas un par de horas de vuelo nos separarían de Fuerteventura.

La posibilidad de repostar por el camino era, cuando menos, problemática. No sabíamos cual era el estado de los aeropuertos y aeródromos que quedaban por el camino, ni siquiera si estarían allí cuando llegásemos. El combustible de un helicóptero no se puede obtener en una estación de servicio cualquiera, sino que tiene que ser un tipo específico que solo se obtiene en refinerías y aeropuertos, lo cual acrecentaba el problema. Así que por más que me estrujaba los sesos no era capaz de ver como solucionar aquel dilema.

Hoy por la mañana Viktor y yo estábamos trasteando alrededor de un mapa, mientras comentábamos las diversas posibilidades que nuestra escasa autonomía de vuelo nos permitía.

El ucraniano era partidario de volar hacia el Sur, sobre la costa portuguesa y tratar de repostar en las inmediaciones de Oporto y posteriormente en Lisboa, Huelva, Tánger, Rabat, Casablanca y así progresivamente hasta llegar frente a las islas.

A mí, después de la experiencia de Vigo, la posibilidad de tomar tierra en las cercanías de una metrópoli de varios millones de habitantes como Oporto, me parecía una pesadilla. Yo era partidario de ir bordeando por el interior, sobre zonas despobladas, y tratar de repostar en pequeños helipuertos y aeródromos olvidados como aquel. Por supuesto, era consciente de que las posibilidades de encontrar «secos» a esos aeródromos, es decir, sin una gota de combustible, era considerablemente más alta que en un gran aeropuerto, pero aun así lo consideraba preferible a acercarme a las inmediaciones de una gran ciudad.

Cualquiera de las dos opciones implicaba un montón de dificultades. En definitiva, un viaje lleno de horrores.

La solución, una vez más, vino de manos de Lucía. Mientras Viktor y yo discutíamos sobre el plano, ella nos escuchaba, mientras dirigía miradas cada vez más pensativas a la parte inferior del helicóptero. De repente, nos interrumpió.

—Viktor, ¿qué es eso? —dijo, mientras señalaba a una extrafalaria cestilla que estaba apoyada justo debajo de la panza del enorme Sokol.

—¿Eso? —respondió el ucraniano—. Eso es el Bambi.

Al observar la expresión de extrañeza que se dibujaba en mi cara y en la de Lucía se sintió obligado a explicarse.

—El Bambi es como le llamamos a la bolsa que se llena de agua para apagar los incendios. Normalmente, llevaba a las cuerdillas hasta el fuego y después desplegaba el Bambi, lo llenaba en cualquier río cercano y lo vaciaba sobre las llamas. A continuación, repetía el proceso una y otra vez. —Sonrió—. Era mi trabajo ¿sabes?

—¿Y que capacidad tiene? —volvió a preguntar Lucía, ahora con un brillo inteligente en la mirada.

—Unos dos mil litros más o menos, pero no veo que demonios importa eso ahora —respondió Pritchenko, malhumorado.

—Espera, creo que veo por donde va —le interrumpí yo—. Dos mil litros son...

—¡Pues claro! ¡Dos toneladas! Y si en vez de llevar agua, llevamos combustible, entonces nuestra autonomía pasaría a ser de... —Lucía miró inquisitivamente a Pritchenko, pero este ya nos había dado la espalda mientras se abalanzaba sobre un papel, donde hacía cálculos apresuradamente. Finalmente, al cabo de un par de interminables minutos, emitió un par de gruñidos satisfechos, se giró sonriente hacia nosotros y nos guiñó un ojo.

—Creo que puede funcionar —empezó a decir—. Llevando el depósito lleno hasta los topes y con una cisterna de dos mil litros de combustible colgando debajo de nosotros, podríamos llegar sin necesidad de repostar en ninguna parte. Va a ir un poco justo, sobre todo si nos encontramos viento de frente por el camino, pero podría llegar. —Se interrumpió con la mirada perdida en una pared, mientras su mente seguía haciendo cálculos—. Podría llegar —repitió con un brillo emocionado en la mirada—. Sí. Podría funcionar.

01 March 2007 @ 11:48 am

Entrada Final de Apocalipsis Zombie 1

Sentí una enorme sensación de gozo en el pecho. Íbamos a salir de allí. No me lo podía creer.

Así que ahora, mientras Prit le pega los últimos toques a las turbinas del Sokol, una reluciente montaña de bidones repletos hasta los bordes de combustible de helicóptero se apilan ordenadamente atados en el borde de la pista, dentro de una enorme y ultraresistente red de transporte. La idea es llevar colgada esa enorme bolsa de la panza del helicóptero, en el lugar donde normalmente tendría que ir el dichoso «Bambi». Cada vez que necesitemos repostar, Viktor posará el aparato en una zona despejada y tranquila para trasegar parte de esos barriles al depósito del helicóptero. Parece una empresa fácil, después de todo lo que hemos pasado.

El helicóptero ya está cargado con nuestras pertenencias y todo está listo para salir mañana, con las primeras luces del día. Las chicas están descansando dentro del hangar y Viktor acaba de cerrar la tapa de las turbinas con una expresión satisfecha en su rostro.

Estoy sentado en esta enorme roca del final del helipuerto, con Lúculo enroscado entre mis pies, mordisqueandome los cordones. El sol se está poniendo sobre la Ria, lanzando destellos dorados sobre el agua. Siento una sensación rara en el estómago. Posiblemente, no vuelva a ver este paisaje nunca más.

Somos el último tren que sale de esta estación. Si todavía queda alguien por esta zona, mucho me temo que esté condenado a corto o medio plazo.

De todas formas, aunque es una posibilidad remota, puede que alguien venga por aquí, en algún momento, en el futuro. He dejado esta copia completa de mi diario dentro de una funda de plástico, en la mesa principal del hangar. Si todo se va al diablo, y nos quedamos por el camino, por lo menos, si alguien lee esto sabrá que durante nueve largos meses un grupo de personas peleó duramente por sus vidas. Que no nos rendimos en ningún momento. Y que siempre llevamos en nuestro interior el sentimiento más noble, bello y diferenciador del ser humano: La esperanza.

En fin. Me voy a dormir un rato. Mañana va a ser un día de locos.



MANEL LOUREIRO. Es un escritor y abogado español, nacido en Pontevedra en 1975. Es licenciado en Derecho por la Universidad de Santiago de Compostela. Mientras residía en Santiago de Compostela y acababa sus estudios de Derecho trabajó primero como presentador de televisión en la Televisión de Galicia y más tarde como guionista de diversos proyectos. En la actualidad colabora con los periódicos Diario de Pontevedra y diario ABC. Asimismo es colaborador habitual de la Cadena SER.

Su primera novela, *Apocalipsis Z*, un thriller sobre una pandemia vírica que se expande por todo el mundo y transforma a los infectados en No Muertos comenzó como un blog en internet. Debido al gran éxito que alcanzó, fue publicado por la Editorial Dolmen en 2007, convirtiéndose automáticamente en un éxito de ventas. Sus siguientes novelas, *Los Días Oscuros* y *La Ira de los Justos* fueron publicadas por Plaza & Janés, editorial del grupo Random House Mondadori. Todas sus novelas, traducidas a varios idiomas, se han convertido de manera inmediata en un éxito, no solo en España sino en otros países como Italia o Brasil donde se han colocado en las listas de los más vendidos. Con la traducción al inglés de *Apocalypse Z* (*Apocalypse Z: The Beginning of the End*) ha alcanzado el número uno en ventas en Amazon dentro de la categoría Horror, por delante de Stephen King, el 13.º en la lista de libro electrónico y el 42.º en el listado general de dicha web.